

DragonLance:

EL AMANECER DE UNA NUEVA ERA

(Trilogía: "Quinta Era", vol.1)

Jean Rabe

1996, *The Dawning of a New Age*

Traducción: Mila López

PRÓLOGO

El descenso de Palin

Palin Majere se encontraba cerca de un altar destruido, en medio de un bosque calcinado. Era alto y delgado, como el puñado de abedules chamuscados que se aferraban a la vida a su alrededor. Sujetaba bajo un brazo un bastón rematado por una garra de dragón dorada, y su blanca túnica ondeaba contra sus piernas, agitada por la fuerte brisa. Su largo cabello, de color castaño rojizo, se sacudía de manera molesta contra su cuello y su cara y se le metía en los ojos. No obstante, el joven no apartó los dedos del libro que sostenía en las manos para retirar los fastidiosos mechones.

Bajó la vista hacia la cubierta. La encuadernación de cuero rojo estaba agrietada y desgastada, y casi igualaba la tonalidad rosada de Lunitari, la luna que estaba saliendo y que llevaba el nombre de uno de los dioses de la magia de Krynn. Había magia en el libro. Palin podía percibirla; sentía un cosquilleo en sus esbeltos dedos, el latido de la energía arcana que al principio le había parecido irregular pero que ahora palpitaba al mismo compás que su corazón.

La inscripción dorada de la portada casi se había borrado, y la única palabra que Palin alcanzaba a discernir era «Magius».

Con todo, esa palabra, el nombre del mago guerrero más grande de Krynn, revelaba la importancia del ejemplar que sostenía en las manos. El antiguo tomo era el más atesorado de la colección

de libros de hechizos de la Torre de Wayreth. Palin sabía que no se había permitido sacarlo del venerable edificio hasta ahora, cuando los conjuros que estaban escritos en sus quebradizas páginas eran tan desesperadamente necesarios. Aun así ¿serían suficientes contra Caos, que se había liberado de la Gema Gris y amenazaba con destruir el mundo? ¿Estaría él, un simple aprendiz de mago, a la altura de la tarea de invocar los conjuros contra la todopoderosa deidad que estaba desatando su furia en el Abismo?

Raistlin había puesto el libro en las manos de Palin. Y, al hacerlo, también había puesto una incommensurable confianza en la habilidad de su joven sobrino para dar un buen uso a los conjuros. Palin se consideraba un simple principiante al lado de su tío y los otros venerados y poderosos hechiceros de Krynn. Él no había sacrificado nada por la magia como habían hecho ellos, aunque el desafío que lo aguardaba podría resarcir con creces tal circunstancia al poner fin a su joven vida.

--Estoy preparado -le dijo a Raistlin. «Estoy listo para hacer mi sacrificio», añadió para sus adentros.

El Túnica Negra asintió con la cabeza y retrocedió unos pasos. Usha, la joven criada por los irdas, abrió la boca para decir algo, pero sus palabras se perdieron en el repentino y rugiente viento. Las rachas del mágico ventarrón, cada vez más fuertes, levantaron a Palin del suelo del bosque como si fuera una ligera hoja y lo alejaron de la tierra de los irdas, de Raistlin y de la hermosa Usha de ojos dorados.

El joven flotó como una marioneta suspendida de hilos invisibles, zarandeado por lo que ahora era un aullante vendaval. Los blancos y verdes de los abedules, los negros de las carbonizadas píceas, giraron a su alrededor y se fundieron en un vertiginoso despliegue de remolinos y borrones. Entonces, un instante después, se sintió caer, las cuerdas cortadas y el viento calmado. Todos los sonidos cesaron salvo el alocado palpitar de su corazón. La magia lo absorbió hacia un vértice, silencioso y aparentemente sin fondo de vibrante energía, cuyas chispas se le clavaban en la piel como millares de voraces insectos.

Tras unos segundos interminables, la irritante sensación remitió y se redujo a un simple cosquilleo en los brazos y el rostro, así como en los dedos, todavía prietamente cerrados sobre el libro. Sin embargo, la sensación de estar cayendo continuó.

Los colores cambiaron ante sus ojos cuando la luz rojiza de

Lunitari, el color dorado de los fascinantes ojos de Usha y el blanco plateado del cabello de su tío Raistlin hicieron desaparecer los tonos de los abedules quemados. El rojo, el dorado y el blanco se entrelazaron como el hilado de una rueca y se fundieron en uno merced al conjuro que lo estaba transportando entre dimensiones hasta el plano llamado el Abismo.

Parpadeó, y los colores volvieron a cambiar, convirtiéndose durante un instante en un azul brillante que crecía y menguaba como si fuera algo vivo, un ser gigantesco inhalando y exhalando. Después el azul desapareció, reemplazado por un gris vaporoso, que semejaba una neblina húmeda y opresiva. Unas volutas grises, semejantes a las finas guedejas de un anciano, se enroscaron alrededor de sus muñecas y tobillos, le ciñeron la cintura y tiraron de él hacia su pavoroso punto de destino. Por encima y por debajo del joven sólo había un vacío gris, la perpetua niebla que anegaba sus sentidos, que lo llevaba hacia Caos y, tal vez, a la muerte.

1 **Tormenta sobre Krynn**

En Foscaterra, lejos del país de los irdas, una espesa niebla se agarraba a un amplio prado de alto centeno y se extendía hacia el dosel de un exuberante bosque. Las volutas blanquecinas de la niebla se enroscaban alrededor de los troncos de los robles más añosos y ceñían su abrazo más y más.

Era una niebla densa, casi palpable, que ocultaba prácticamente la suave ondulación del terreno. Subía, flotante, hacia un pequeño collado aislado, donde abrazaba un círculo de vetustas piedras.

La niebla era perpetua en ese círculo, que señalaba el centro de Foscaterra. El sol no conseguía despejarla, y el vendaval más fuerte no podía disiparla. Era parte de la magia primitiva e inagotable que palpitaba, pulsante, a través de las piedras talladas y llegaba más allá de Krynn, a otros mundos y dimensiones existentes. El círculo de piedras quedaba así oculto a los ojos curiosos, a salvo para aquellos pocos que sabían cómo utilizarlo como Portal. Y, cada vez que un viajero usaba el círculo, la niebla emitía una energía brillante, como ocurría en este momento.

En el interior del círculo, trazos de colores dorados y azules destellaron, danzaron y rielaron para después suavizarse y volver a combinarse. El azul se intensificó hasta alcanzar una tonalidad fuerte, rutilante, que llenó el interior del círculo de piedras. Las chispas doradas se expandieron y formaron enormes órbitas gemelas que atravesaron la niebla como faros.

--He vuelto -siseó el viajero-. Y pronto, Kitiara, muy pronto, te traeré también a casa.

Las gruesas y azules patas del viajero se tensaron y empujaron contra el suelo, impulsándolo sobre el círculo y la niebla, por encima de las copas más altas de los árboles del bosque, hacia el despejado cielo crepuscular de Foscaterra.

Extendió las inmensas alas y las batió casi imperceptiblemente, justo lo suficiente para mantenerse a flote. Entonces estiró el largo y escamoso cuello, y sus cavernosos ollares se agitaron e inhalaron y captaron el fragante aroma de la tierra que tenía debajo.

El Dragón Azul era inmenso, un viejo y gran reptil. Cada una de sus escamas tenía el tamaño del escudo de un caballero, y todas estaban tan lustrosas y relucientes que parecía hecho de zafiros fundidos. Su cola serpentina ondeaba tras él lentamente.

--¡Ah, Kitiara, encontrarte por fin! -gritó-. ¡Tocarte después de tantos años! -Echó la testa hacia atrás y un jubiloso rugido empezó a sonar en lo más profundo de su ser. El sonido subió veloz por su garganta, y el dragón abrió las gigantescas fauces. Un rayo de ardiente energía salió disparado entre sus colmillos y se elevó en el cielo hacia Lunitari-. ¡Pronto, Kitiara, volveremos a estar juntos!

El dragón movió las alas con más fuerza ahora, batiendo el aire con frenesí, dispersando toda la niebla salvo la que estaba eternamente agarrada al círculo. Sus mandíbulas se abrieron y se cerraron rítmicamente al tiempo que su cola se retorcía y sacudía. Cerró los ojos. Surgiendo aparentemente de la nada, unas nubes se agolparon y cubrieron la pálida luna roja; pronto se oscurecieron y se volvieron más densas al cargarse de lluvia.

Un rayo salió de la boca del dragón y se enterró profundamente en la nube más grande. El cielo retumbó en respuesta, y una miríada de relámpagos se descargó, rozó las copas de los árboles y saltó desordenadamente hacia la tierra.

Uno de ellos alcanzó las alas del dragón, se desplazó hacia sus hombros y después recorrió los picos y valles de la cresta que crecía a lo largo de su espalda. Subió, chisporroteante, por su cuello y a lo

largo de los plateados cuernos, descendió veloz hacia la punta de su cola, y se propagó por sus macizas patas traseras. El reptil disfrutó con su hormigueante contacto. Era su dueño y señor.

El dragón cerró los ojos en un gesto de éxtasis, y su rugido fue respondido como un eco por el estruendoso tronar de la tormenta. Entonces empezó a llover, y las gotas repicaron contra la piel del reptil, contra el oculto y vetusto círculo de piedras, alla abajo. El dragón se remontó aun más, hasta estar justo debajo de las nubes, y allí soltó de nuevo su aliento de energía una y otra vez. Lo iluminaban los relámpagos, y las escamas, húmedas por la lluvia, actuaban como fragmentos de cristal en los que se reflejaban las descargas luminosas, haciéndolo resplandecer.

Sacudió la cola como un látigo. En respuesta, la tormenta se intensificó, y la lluvia cayó en torrentes, azotando los árboles y aplastando la hierba.

El aguacero aumentó mientras el dragón hacía un picado y se quedaba cernido sobre el círculo de piedras, todavía oculto en la inmutable niebla mágica, pero no para él.

--¡Escuchad! -gritó con una voz que sonaba como un viento penetrante-. ¡Khellendros, el Amo del Portal, la Tormenta sobre Krynn, ha regresado! ¡Khellendros, al que Kitiara llamaba Skie, ha vuelto a casa!

Los relámpagos y los truenos sacudieron la tierra, la lluvia martilleó los árboles, y el cielo se oscureció, negro como la noche.

2

El Abismo

La sensación de estar cayendo desapareció, y la niebla se apartó de Palin, dejándolo sobre el suelo rocoso y árido de lo que parecía ser una caverna gigantesca. El aire estaba cargado y tenía un olor fétido. Docenas y docenas de caballeros montados en dragones volaban sobre él, a ras del techo, y directos hacia algo. Palin oía el estruendo de la batalla, los apagados gemidos de los moribundos, el clamor de los gritos de guerra, y el siseante ruido del aliento de dragones. Caos estaba más adelante, en alguna parte.

A Palin le ardían los pulmones, y le costaba respirar; el calor expulsado por las rocas del suelo traspasaba las suelas de sus botas y le llegaba a las plantas de los pies. Tragó saliva con esfuerzo y bajó la vista hacia sus manos para asegurarse de que todavía sostenían el libro. Lo había tenido aferrado con tanta fuerza que los dedos se le habían quedado dormidos. El libro seguía allí, comprobó con alivio, y también su bastón mágico.

Los siguientes segundos pasaron como un confuso borrón para el joven hechicero. Como fragmentos y vislumbres de una pesadilla, los acontecimientos empezaron a desplegarse a su alrededor. Vio a Steel Brightblade, su primo, en lo alto, montado en un Dragón Azul. Lo llamó por señas, y al cabo de unos instantes se encontraba sentado detrás del joven Caballero de Takhisis. Las alas del dragón acortaron la distancia con Caos, llevando a Palin y a su primo hacia el Padre de Todo y de Nada.

--Sólo tenemos que herirlo -le susurró Palin a Steel.

Entonces se encontró de nuevo en tierra, rodeado por el estruendo de la batalla y un mar de hombres y dragones -sangre y fuego- atestando el aire en torno a la gigantesca forma de Caos.

A saber cómo, Usha también estaba aquí, lejos, al borde de la batalla, y Tasslehoff se encontraba con ella. Palin los vio al levantar la mirada del libro, los atisbo por el rabillo del ojo. Las últimas palabras del hechizo salieron de su boca en un confuso balbuceo al tiempo que su mirada se quedaba prendida en la de Usha. En lo alto, Caos derribó a un dragón de un manotazo, como si fuera un mosquito, y el reptil se precipitó al suelo y golpeó a Palin.

El joven sintió el aplastante peso de la cola de la criatura sobre su pecho, y notó que el libro se le caía de las manos y que el bastón resbalaba de entre sus dedos. Una repentina oleada de frío lo inundó. Una impenetrable negrura engulló a caballeros y dragones, a la figura de Caos, que se alzaba hasta el rocoso techo de la gigantesca caverna, y a él mismo.

almohadillas de las garras de la criatura que avanzaba por el desierto hacia el noroeste, en una trayectoria oblicua que la alejaba del sol naciente.

Horas antes, la criatura se había sentido impulsada por un propósito apremiante, una búsqueda que la había internado en este interminable desierto. Tenía que localizar a los aliados de su señora, los Dragones Azules que se guarecían en esta abrasadora desolación, y las criaturas inferiores, como ella misma, que pululaban por la zona. Una vez reunidos, serían transportados a la batalla que se estaba fraguando en el Abismo.

Pero la criatura había recibido esas instrucciones hacía horas -de hecho, la noche anterior-, y ahora había perdido el contacto con su señora, la Reina de la Oscuridad, Takhisis. Ya no percibía su poderosa presencia. No sabiendo qué hacer, continuó su monótona andadura y disfrutó con el tacto de la arena.

La criatura caminaba erguida como un hombre, pero era más semejante a un dragón. Sus escamas de color cobrizo, así como su piel, ponían de manifiesto que era un kapak, una de las subespecies más lerdas de la raza draconiana de Krynn. Tenía un hocico semejante al de un lagarto, ojos de reptil, y manojo de pelo áspero y greñudo de un tono pardusco que colgaban de su mandíbula moteada. Las alas, que agitaba de vez en cuando para refrescarse, eran correosas, y en la base del macizo cráneo nacía una erizada cresta que terminaba en la punta de la corta cola, la cual sacudía con nerviosa incertidumbre.

Se preguntaba qué hacer. A despecho de sus cortos alcances, el kapak notaba que algo iba mal. Quizá la batalla había empezado antes de lo que se esperaba, y su Oscura Majestad estaba ocupada.

No sabía si seguir buscando a los dragones, pues ya había encontrado vacías dos guaridas. Tal vez otros draconianos, esbirros de la reina, habían salido con la misma misión y habían encontrado a todos los dragones que vivían en los Eriales y habían sido transportados por su soberana. O quizás la batalla se había suspendido, y la Reina Oscura había olvidado informar a su fiel servidor kapak.

«Quizá se han olvidado de mí, me han abandonado», pensó. El kapak hizo un alto y escudriñó la árida extensión, la monotonía del paisaje rota de vez en cuando por parches de hierba raquírica, chaparros y rocas amontonadas. Se rascó la escamosa cabeza y después reanudó la caminata, decidido a atenerse a las órdenes

recibidas hasta que volviera a percibir en su mente la presencia de Takhisis.

Khellendros siguió gozando con la tormenta de verano mientras viraba hacia el noroeste y dejaba Foscaterra atrás. La lluvia era cálida y le cantaba, tamborileando una suave melodía contra su espalda. Su canto le decía que se alegraba de tenerlo de vuelta.

Era una sensación agradable estar de nuevo en casa, pensó el gran Dragón Azul, que alzó la vista al cielo y dejó que la lluvia le mojara los dorados ojos. Y aún se sentiría mejor al poner fin a la soledad, cuando se reuniera con Kitiara de nuevo.

--Una vez te hice una promesa -siseó en voz alta a la par que los kilómetros discurrían bajo sus enormes alas-. Juré que te mantendría fuera de peligro, pero te fallé. Tu cuerpo murió y tu espíritu desapareció de Ansalon, aunque sé que está vivo y me recuerda.

También el dragón recordaba. Recordaba lo que era estar unido con el único ser humano que, a su entender, poseía el corazón de un dragón. Ambiciosa y astuta, Kitiara lo había dirigido en asaltos victoriosos, conduciéndolo de una batalla gloriosa a otra. Juntos no había nada que no se atrevieran a hacer ni fuerza alguna que se les resistiera.

Khellendros se había sentido realizado en aquellos años de antaño, siempre decidido y siempre satisfecho en compañía de su calculadora y fiel compañera. Recordaba con nostalgia la desbordante alegría que compartían en plena batalla, y la embriagadora sensación de la victoria que venía a continuación.

Y recordaba la frustración de ser incapaz de salvar a Kitiara en uno de los pocos días en que se encontraba sola, lejos de él. Incluso a pesar de la distancia sintió la muerte de su cuerpo, experimentó el instante de su muerte como si le hubieran propinado un golpe increíble en la boca del estómago. Había volado hacia ella entonces, y había visto desplomado el frágil cadáver, el débil cuerpo humano que había albergado su extraordinaria mente. Y, a través de un velo de ira y lágrimas, había presenciado cómo su espíritu se liberaba y se elevaba sobre los inútiles restos. ¡Su espíritu seguía vivo!

Khellendros había jurado atrapar su esencia y encontrar otro cuerpo -uno al que protegería con mucho más empeño- para su compañera. El dragón fue en pos del espíritu de Kitiara volando

sobre llanuras y valles de Ansalon; de vez en cuando lo perdía de vista, para después volver a sentirlo cerca, pero fuera de su alcance. Había pasado años siguiéndolo, buscándolo. En ocasiones había habido meses rebosantes de frustración, cuando ni el más leve vestigio del espíritu de la mujer se había cruzado en su camino. Con todo, el gran dragón rehusó darse por vencido, y por fin había vuelto a encontrar su esencia, a sentir su mente, y la había llamado.

¡Skie!, había oído dentro de su cabeza. Era la voz de Kitiara, y su corazón había palpitado jubiloso. El dragón buscó en lo más hondo de su ser, invocando las energías mágicas que discurrían por todo su cuerpo. Trató de canalizarlas para atraer a la mujer hacia sí. *¡Skie!*, oyó la voz otra vez, algo más fuerte que un susurro en esta ocasión.

Entonces su espíritu se había desvanecido de nuevo, y Khellendros supo en el fondo de su corazón que la esencia de la mujer ya no estaba en Krynn. Entonces se había dirigido a los Portales de piedra con la esperanza de que el espíritu de Kitiara hubiera entrado en otra dimensión a la que él pudiera llegar utilizando estos accesos. Viajó a través de los antiguos y místicos Portales, maniobrando entre nebulosas dimensiones donde habitaban duendes y vagaban sombras de seres humanos.

Estuvo buscando durante lo que le parecieron siglos. En ese tiempo creció y se convirtió en un vetusto reptil de grandes proporciones y sobrecogedores poderes. Aprendió de memoria los neblinosos pasajes y las turbulencias entre reinos y planos; descubrió razas desconocidas en Krynn; topó con hechizos olvidados por los mortales desde hacía mucho tiempo. Cuando creía que ya no le quedaba ningún sitio donde buscar, ninguna borrosa dimensión sin explorar, fue a parar por casualidad a El Gríseo.

Era una tierra sin tierra, un limbo de arremolinadas volutas grises en el que bullían las almas. No parecía haber allí criaturas con materia, a excepción de él mismo. El gran Dragón Azul no planeaba quedarse mucho tiempo, pero percibía la presencia de algo familiar y preciado para él, un vestigio de Kitiara. En consecuencia, siguió buscando, quizá durante un siglo más. El tiempo transcurría de manera diferente a este lado del Portal, discurriendo con tanta velocidad como lo hacía con lentitud en Krynn, y el único detalle por el que el dragón sabía que esto ocurría así era por el ritmo constante de su crecimiento. Pero para Khellendros el tiempo era algo que no contaba; sólo importaban Kitiara y la reparación de su promesa

incumplida.

Por fin la había encontrado y había tocado fugazmente su espíritu, como si su mente fuera una mano que acariciara la mejilla de la persona amada. Ella había reconocido su presencia, le había pedido que se quedara a su lado en El Gríseo, su hogar actual. «Pronto estaremos juntos, para siempre», había susurrado él, y después se había marchado para regresar a Krynn a través del Portal.

--Volveremos a ser compañeros -dijo Khellendros mientras dirigía sus pensamientos de nuevo al presente y contemplaba su sombra que se deslizaba sobre el serpenteante río Vingaard-. Encontraré un cuerpo adecuado para tu espíritu.

Las grandes praderas de Trasterra se extendían bajo él, y el viento levantado por sus alas hacía ondear la hierba. Un gran rebaño de venados dejó de pacer y miró hacia arriba. Aterrados por la presencia del dragón, los animales corrieron espantados en distintas direcciones. Khellendros tenía hambre, y el rebaño resultaba tentador, pero llenar el estómago tendría que esperar. Ante todo debía ocuparse del nuevo cuerpo de Kitiara.

Durante el viaje a través de los Portales había aprendido un poderoso hechizo que le permitiría desalojar el espíritu de un cuerpo e introducir otro en él. Elegiría el de un guerrero, joven y sano, atlético y de buena presencia, cosa que complacería a Kitiara.

Un guerrero elfo, decidió Khellendros. Los elfos vivían muchos más años que los humanos y que las otras razas de Krynn, y el dragón, que casi podía considerarse inmortal, deseaba para Kitiara un cuerpo en el que el paso de las décadas no dejara huella. Y, cuando ese cuerpo elfo empezara finalmente a debilitarse y a envejecer, conseguiría otro. No volvería a dejar que muriera.

Quedaron atrás la mañana y Trasterra sin haber visto la menor señal de elfos en ninguna parte. Las desoladas extensiones de los Eriales del Septentrión aparecieron ante su vista. Oleadas de bendito calor vespertino se alzaban del suelo y acariciaban la parte inferior de sus alas. Le encantaba el vibrante bochorno del desierto de los Eriales, y habría disfrutado tumbándose en la arena y dejando que el sol le acariciara las escamas, pero no podía perder tiempo en placeres personales, y sabía que en los Eriales no había elfos.

«Aunque sí van y vienen de Palanthas», reflexionó. «Lo único que tengo que hacer es esperar en las afueras de la ciudad hasta que vea a uno que sea aceptable. Puede que incluso atrape varios

para realizar pruebas.»

Hizo virar su corpachón hacia el oeste. El territorio de Palanthas se encontraba detrás del desierto, y la ciudad se alzaba en la lejana costa, resguardada entre un abra del océano Turbulento y una cordillera. No le llevaría mucho tiempo volar hasta allí, probablemente unos tres días si mantenía un buen ritmo. O tal vez encontrara otro Portal por el que llegar antes.

Comería y descansaría después de haber capturado unos cuantos elfos. Entonces se...

Los pensamientos de Khellendros fueron interrumpidos por algo que el dragón atisbo en la arena, a lo lejos. La figura brincaba y planeaba, batiendo sus pequeñas alas y agitando los brazos para llamar la atención del dragón.

Khellendros enfocó su penetrante vista en la criatura. Era un obtuso kapak. ¿Qué quería? El Dragón Azul dejó atrás a la criatura que seguía haciéndole señas, pero en su mente irrumpieron interrogantes sobre los draconianos. «¿Por qué se atreve a molestarme? ¿Será algo importante? Quizá debería...»

Finalmente, la curiosidad pudo más que él; plegó las alas contra los costados, cambió el rumbo, y descendió en picado hacia el suelo del desierto. Una breve interrupción no tenía importancia; además, así podría sentir el agradable tacto de la arena caliente, aunque sólo fuera durante unos instantes.

El kapak no temía al dragón, aunque todos los draconianos respetaban a los grandes reptiles por sus maravillosas habilidades, pero estaba muy impresionado por el tamaño de Khellendros. En el momento en que el dragón aterrizó, el draconiano corrió hacia él con los brazos alzados ante sí para resguardarse de la lluvia de arena que levantaban las inmensas alas, y empezó a parlotear.

--Habla más despacio -ordenó Khellendros.

--La Reina Oscura -graznó el kapak, cuya voz estaba enronquecida ya que tenía la boca y la garganta secas por estar en los Eriales tanto tiempo-. Mi señora, *nuestra* señora, Takhisis, quiere que los dragones se agrupen.

Khellendros arqueó el enorme entrecejo en un gesto interrogante.

El kapak frunció los agrietados labios y se esforzó por recordar las órdenes recibidas.

--Aquí -dijo finalmente-, Takhisis quiere que los Dragones Azules se reúnan aquí, en el desierto. También los draconianos, si

encuentro alguno. Agruparse todos en el desierto, dijo la Reina Oscura. En el desierto...

--¿Por qué? -lo interrumpió Khellendros, sin dejar que el kapak acabara de hablar.

--Una batalla en el Abismo -replicó, enojado-. Takhisis quiere que los Dragones Azules se agrupen en el desierto. Otros se reúnen en otra parte. Nos llamará al Abismo. Allí habrá una gloriosa batalla.

Khellendros rugió, y el kapak retrocedió unos pasos.

--No tengo tiempo para batallas -espetó el dragón, que hizo una mueca y dejó a la vista los dientes relucientes.

--Pero Takhisis...

Khellendros cerró los ojos, se concentró, y abrió su mente en un esfuerzo por entrar en contacto con la Reina de la Oscuridad a fin de verificar lo que este estúpido draconiano decía. El gran Azul visualizó mentalmente el dragón de cinco cabezas, imagen de la diosa, con tanta claridad como si lo tuviera ante sí, pero no logró establecer contacto con ella. Dedujo que su señora estaba ocupada con asuntos divinos, y que el necio kapak no sabía lo que se decía. ¿Una batalla en el Abismo? Imposible. Si hubiera una contienda, la todopoderosa deidad no precisaría ayuda. Seguramente el calor había hecho enloquecer al simple kapak. Sin embargo, su cuerpo estaba en buenas condiciones. El Dragón Azul observó escrutadoramente al draconiano.

--Takhisis quiere que los Dragones Azules se agrupen en el desierto -repitió la criatura.

El cuerpo del kapak emitía un cierto halo mágico, así como la esencia de dragón. Muy apropiado para una mujer con un corazón de dragón, reflexionó Khellendros. Más apropiado incluso que el cuerpo de un elfo.

--Habrá una batalla en el Abismo -reiteró con un tono monótono el draconiano, sin darse cuenta de que el dragón apenas le prestaba atención-. Takhisis dice que los irdas rompieron la Gema Gris y dejaron libre a Caos. El Padre de Todo está furioso, quiere destruir Krynn. Todo el mundo tiene que luchar contra Caos en el Abismo, dice Takhisis.

La mente de Khellendros era un hervidero de ideas. Los draconianos eran inmunes a las enfermedades humanas. Vivían un millar de años. Kitiara estaría de acuerdo. El gran Dragón Azul sabía que el kapak, como todos los demás draconianos, había sido creado por la Reina de la Oscuridad para que fuera su esbirro y la sirviera

como mensajero, espía, asesino o soldado.

De los huevos de los Dragones del Bien había formado los cuerpos estériles de los draconianos y los había insuflado con la esencia de los tanar'ris, unos espíritus perversos del Abismo. Este kapak procedía de un huevo de los Dragones de Bronce y, por ende, su cuerpo era de superior calidad.

Khellendros se fue acercando hasta que el inmenso hocico estuvo a pocos centímetros del kapak. Alargó una de las patas delanteras y su garra se cerró cautelosamente en torno al sorprendido draconiano.

--¿Qué pasa? -exclamó la criatura.

--Te vienes conmigo -contestó Khellendros.

--¿Al Abismo?

--A mi cubil.

--¡Pero... Takhisis, y Caos! ¡No! -Con la última palabra, el kapak escupió en la garra del dragón y empezó a forcejear.

Venenosa y cáustica, la secreción siseó y estalló en burbujas sobre la piel del dragón. Con un bramido, Khellendros soltó al kapak y metió la garra en la arena para aliviar la molesta sensación.

El kapak retrocedió un paso y lo miró fijamente. Cayendo finalmente en la cuenta de que el dragón no iba a seguir sus valiosas instrucciones, giró sobre sí mismo y echó a correr; cuando entrara en contacto con Takhisis mentalmente, le informaría que este insolente Dragón Azul la había desobedecido. Batió las alas atropelladamente y, saltando en el aire, planeó unos cuatro metros antes de aterrizar de nuevo en la arena y volver a saltar sin dejar de aletear furiosamente.

Un retumbo desdeñoso surgió en lo más hondo de Khellendros al ver que el draconiano trataba de volar. Sabía que sólo un tipo de draconianos podía volar realmente: el creado de huevos de Dragones de Plata. Los intentos del kapak resultaban ridículos, lastimosos.

«Pero tú sí podrás volar, Kitiara,» pensó el Dragón Azul mientras el retumbo ascendía por su garganta y sus alas se desplegaban. Khellendros se elevó sobre la arena y abrió las fauces, de manera que escupió un rayo que se descargó en el suelo, delante del kapak que huía.

El sobresaltado draconiano giró a la derecha y se impulsó sobre las piernas con más fuerza, lanzando una lluvia de arena tras su regordeta cola.

Otro rayo cayó a pocos metros delante de él, y la arena saltó en todas direcciones al tiempo que el cielo del desierto retumbaba con un trueno. El kapak se estremeció cuando un tercer rayo se descargó justo detrás de él. La criatura se encogió y volvió a virar hacia la derecha, pero al instante lo cubrió la sombra de Khellendros; se frenó en seco, levantó la cabeza, y se encontró mirando el vientre del Dragón Azul.

Khellendros agarró al kapak por una de las correosas alas, se remontó en el cielo, y voló velozmente hacia el norte con su forcejeante presa, que no dejaba de escupir. Sin prestar atención a su cháchara acerca del Abismo, se concentró en el sonido del viento que silbaba alegremente en torno a sus azules alas.

Cuando la noche trajo su refrescante caricia al desierto y las parpadeantes estrellas empezaron a hacerse visibles, Khellendros descendió al pie de una loma algo rocosa. Sólo había una luna en el cielo, una gran esfera pálida. No se parecía a ninguna de las tres lunas que habían girado en torno a Krynn desde la creación del mundo: la roja Lunitari, la blanca Solinari y la negra Nuitari. Pero el dragón sólo pensaba en Kitiara y en el draconiano que llevaba atrapado en sus garras, por lo que no reparó en el pálido astro.

El kapak apenas ofrecía ya resistencia, así que el Dragón Azul lo arrojó sobre la arena y se puso a excavar cerca de una depresión de la loma. Sus largas garras se clavaban en el suelo del desierto y tiraban hacia arriba, arrastrando consigo tierra, arena y piedras. El kapak se acobardó, creyendo que el dragón pensaba enterrarlo vivo. Pero, a medida que la noche avanzaba, el agujero se fue haciendo más y más grande. La luna ascendió en el firmamento, y su luz dejó al descubierto una inmensa caverna.

Poco después, el alba llegaba a los Eiales del Septentrión, pero la sombra arrojada por la loma ocultaba de manera efectiva la entrada del cubil recuperado por el dragón. Khellendros se apresuró a empujar al kapak hacia la boca de la cueva, y lo siguió al interior.

--La Reina Oscura... -empezó a decir el draconiano. Su voz era apenas un susurro y se quebraba con cada palabra, que salían de entre sus labios hinchados por la falta de líquido.

--Te creó -lo interrumpió Khellendros mientras echaba un vistazo en derredor a su hogar. Lo complació comprobar que no se había tocado nada desde su partida, que ningún otro dragón había descubierto la inmensa cueva subterránea ni se había apoderado de ella junto con todas las grandes riquezas que guardaba. Montones

de monedas y piedras preciosas emitían débiles destellos con la tenue luz que penetraba por la entrada. Su tesoro, cubierto con una fina capa de arena y polvo, permanecía intacto, y pronto lo compartiría con Kitiara.

--Takhisis...

--Te dio un intelecto poco brillante -volvió a interrumpirlo el dragón-. Pero te otorgó un cuerpo fuerte y saludable, y haré buen uso de él.

El kapak se echó a temblar. A sus labios acudieron palabras de súplica, pero de ellos no salió sonido alguno, y el corazón empezó a palpitarse en el pecho frenéticamente. ¿Un dragón amenazando a un servidor de Takhisis? La mente del kapak gritaba que tal cosa no estaba bien. El draconiano contempló con horror cómo Khellendros se aproximaba a él. Utilizando una de sus afiladas garras, el Dragón Azul empezó a cincelar un dibujo en la piedra del suelo en tanto que su mirada iba de manera alternativa del trabajo que estaba realizando a su prisionero kapak.

Los minutos se prolongaron hasta que, finalmente, Khellendros terminó el dibujo; el dragón llamó con un gesto de su garra al draconiano. Como un sonámbulo, el kapak obedeció y se adelantó arrastrando los pies hasta situarse justo en el centro del dibujo.

--Aprendí ciertos conjuros -siseó Khellendros, hablando más para sí mismo que para el draconiano-, unos conjuros antiguos que los patéticos hechiceros humanos de Krynn darían cuanto poseen por conocer. -El dragón extendió una garra y tocó con ella el esternón del kapak. El draconiano se encogió y dio un respingo cuando la garra bajó por su tórax. La sangre y algunas escamas cobrizas cayeron al suelo de piedra-. Aprendí cómo desplazar mentes y reemplazarlas por otras.

Cuando Khellendros apartó la garra, el draconiano se llevó las manos a la herida del pecho, obligándose a no gritar para no hacer patentes su dolor y su debilidad. El dragón empezó a mascullar palabras extrañas, complejas y profundas que llenaron la cueva subterránea y aumentaron el miedo del kapak. La voz del dragón aceleró su ritmo, y el gran reptil miró directamente a los ojos del draconiano en el momento en que terminaba de pronunciar el hechizo.

La determinación del kapak se esfumó en un suspiro y dio paso a un único y penetrante aullido. Cayó de rodillas al suelo y se llevó las manos a las sienes para calmar los dolorosos latidos de su

cabeza. Su cola se agitó frenéticamente de lado a lado, y los músculos de sus brazos y sus piernas temblaron y se sacudieron por los espasmos. Una fina película de sudor le cubrió la escamosa piel.

Khellendros esperó, indiferente a la agonía de su cautivo, y vio cómo el kapak caía de bruces, boqueaba, se retorcía y sufría arcadas. Tras unos segundos interminables, sus movimientos espasmódicos perdieron fuerza y finalmente cesaron. El pecho subió y bajó al ritmo de una respiración normal, y la criatura se incorporó lentamente del suelo; miró, temerosa, al dragón.

--Takhisis...

--¡No! -bramó Khellendros. Propinó un golpe al kapak que lo lanzó dando tumbos contra la pared de la cueva. La mente de la criatura tendría que haber desaparecido, su espíritu desplazado. No debería haber sido capaz de pensar ni de hablar, no tendría que haber sido más que un cascarón vacío, inmóvil, pero con vida, preparado para recibir la esencia de Kitiara-. ¡La magia de Takhisis es demasiado poderosa!

El dragón se arrastró hacia adelante al tiempo que le brotaba una lágrima de frustración. La lágrima se deslizó sobre su azul mejilla y cayó en el dibujo, donde se mezcló con la sangre y las escamas del kapak. Khellendros contempló fijamente los trazos cincelados que empezaban a relucir y a brillar con tonos azules y dorados.

--Pero también mi magia es muy poderosa -dijo el dragón-. Quizás un conjuro clónico podría funcionar.

De nuevo empezó a mascullar palabras arcaicas de otro hechizo aprendido mientras cruzaba el Portal. A medida que la intensidad de su voz crecía, también lo hacía la del resplandor. El fulgor se expandió, y formó una columna de chispeantes luces azules y cobrizas. Chisporroteó y centelleó, y entonces un haz de luz azul se desprendió de la columna y se descargó sobre el kapak. El draconiano volvió a chillar.

Khellendros se concentró en la columna, que había empezado a tomar una forma diferente. A través del resplandor de las luces, el dragón podía ver cómo cobraban forma unos miembros musculosos, un ancho tórax y una cabeza semejante a la de un dragón. Cuando las luces se apagaron, unas alas brotaron de la espalda de la criatura al tiempo que una larga cola crecía hasta el suelo. El ser tenía una vaga semejanza con el kapak, pero era más refinado, con unas escamas azul oscuro, del color del mar al anochecer. Sus ojos eran dorados, como los del Dragón Azul, y una cresta de púas le corría

desde la coronilla hasta la punta de la cola. Unos rayos diminutos chisporroteaban entre las garras de la criatura, y su respiración sonaba como una suave llovizna.

--Mi lágrima -musitó Khellendros en tono quedo-. Alteró el conjuro, creó algo *diferente*.

--Amo -graznó la criatura azul.

Los ojos del dragón se abrieron de par en par, y su mirada fue del acobardado kapak a la nueva criatura. El kapak, acurrucado como un niño asustado, miró de soslayo al dragón y luego agachó los ojos.

--¡Estirpe de Khellendros! -exclamó el dragón. Decidió llamar a la criatura un khelldrac. Se sentía extremadamente complacido consigo mismo.

Pero entonces su complacencia se hizo añicos al caer en la cuenta de que bautizar a la criatura con parte de su nombre era revelar su secreto prematuramente.

--Por ahora, te llamaré simplemente... drac. -La exigua palabra lo hizo encogerse, y miró a su creación, que se asemejaba a él tanto en hermosura como en porte. Se sintió arrebatado ante su propia magnificencia, y las palabras acudieron a su boca y salieron en tropel de sus inmensas mandíbulas:- Quizá debería llamarte drac azul. -Era lo menos que se merecía, pensó para sus adentros.

--Amo -repitió la criatura. La palabra sonó más fuerte en esta ocasión. El ser apretó los puños, giró la cabeza de reptil, y flexionó las piernas para probar los fuertes músculos. Después batió levemente las alas, removiendo la fina capa de arena y polvo que alfombraba la caverna, y se elevó unos cuantos palmos sobre el suelo de piedra.

«No pude desplazar la mente del kapak porque la magia de Takhisis es demasiado poderosa -reflexionó Khellendros-. Pero quizás sí podría desplazar la mente del drac. Entonces el espíritu de Kitiara dispondría de un cuerpo exquisito.»

--¡Amo! -Una expresión de dolor asomó fugaz a los rasgos del drac. Los ojos de la criatura se apagaron, y su forma empezó a perder consistencia y a volverse transparente. Su cuerpo tembló y rieló como ondas de calor sobre la ardiente arena del desierto. Después desapareció, dejando tras de sí un débil fulgor azul que se enroscó sobre sí mismo y se extinguió.

El rugido colérico de Khellendros sacudió la caverna.

--¡No fracasaré! -bramó el gran dragón. Se levantó sobre sus

patas traseras hasta rozar el techo con la cabeza.

El kapak se pegó contra las sombras y se alejó a hurtadillas de Khellendros, dirigiéndose hacia la salida del cubil.

--¡Triunfaré! -rugió el Dragón Azul al tiempo que una de sus garras se disparaba y atrapaba al draconiano-. ¡Experimentaré contigo otra vez y las veces que sean necesarias!

Muchos meses después, Khellendros se encontraba descansado, ahito y satisfecho. Cuatro dracs azules se encontraban al fondo de su cubil, y él había pasado las ultimas horas admirándolos.

El kapak que había ayudado a materializar su creación yacía sobre el suelo de la caverna, exhausto y magullado. Su sed había sido apagada, y también había comido recientemente. El Dragón Azul se ocupaba de mantenerlo razonablemente saludable para así poder hacer uso de él otra vez.

Khellendros sabía que sus dracs azules, sus vástagos, eran más fuertes que el kapak, posiblemente más fuertes que los auraks, los draconianos más grandes de la Reina Oscura. Había sido necesario combinar el arcaico hechizo con la sangre y las escamas del kapak, sus propias lágrimas, y cuatro humanos recogidos de una tribu de bárbaros nómadas que había al norte de su cubil. Los cuerpos habían dado materia a los dracs, impidiendo que sus formas se disiparan. Las mentes humanas se habían fundido con la del kapak para crear un nuevo ser, uno que era entera y mágicamente fiel a Khellendros.

--Uno de vosotros tendrá el honor de albergar a Kitiara -susurró el Dragón Azul. Salió del cubil, extendió las alas, y se dirigió hacia Foscattera.

Tras él, y olvidado, el kapak se esforzó por ponerse de pie. Durante largos instantes observó fijamente a los dracs de escamas azules. Ellos le sostuvieron la mirada, pero no dijeron ni hicieron nada. Khellendros no les había dado ninguna orden, no les había dicho que podían hablar. Unos rayos diminutos crepitaban entre sus afiladas y negras garras, y sus ojos brillaban como ascuas ardientes.

El kapak pensó que eran hermosos. Lo enfureció y lo sorprendió el hecho de que una parte de su mente y algunas de sus escamas hubieran alimentado la magia que les había dado vida. Vida. La palabra remoloneó en su simple cerebro.

--Los auraks deberían saber esto -dijo, refiriéndose a sus hermanos draconianos que habían sido creados de los huevos corruptos de Dragones Dorados-. Tendrían que saberlo. Y también los sivaks. -El kapak sabía que los auraks y los sivaks eran los draconianos más listos y astutos de todos. Quizá podían usar esta magia para conseguir que su raza procreara, para que dejara de ser estéril. Quizá lo recompensaran por esta información.

El intrigante kapak salió del cubil de Khellendros andando a trompicones; la misión impuesta por él mismo prestó fuerza a sus pasos inseguros.

Los kilómetros pasaron veloces bajo las alas de Khellendros. Era de noche cuando llegó a Foscaterra, y la pálida luna que flotaba en el cielo despejado iluminaba el paisaje que era igual -y sin embargo distinto- que cuando lo había visto muchos meses atrás. El gran Dragón Azul planeó sobre las copas de los añosos árboles y descendió en picado hacia el suelo. Aterrizó cerca de un pequeño collado y miró fijamente el círculo de piedras que se alzaba allí. La niebla había desaparecido, y las vetustas piedras eran visibles para todos.

Khellendros estaba desconcertado, pero echó a andar hacia el círculo; sus pisadas sonaban como truenos apagados. Su cuerpo era demasiado grande para pasar entre las piedras, así que se impulsó con las patas y aterrizó en el centro del círculo. Enroscó la cola en torno a sus patas, como un gato.

Cerró los ojos y se concentró, imaginando el nebuloso reino de El Gríseo, pensando en Kitiara. Khellendros se vio a sí mismo flotando a través de la niebla, acercándose más y más a su antigua compañera, llamándola, contándole lo de sus dracs azules y su nuevo cuerpo. Pero cuando abrió los ojos todavía seguía dentro del círculo.

--¡No! -El grito del Dragón Azul se propagó por los campos de Foscaterra. Un ruido profundo subió por su garganta y formó un rayo que salió disparado de su boca y se perdió en el cielo, muy, muy arriba.

Khellendros cerró de nuevo los ojos y se volvió a concentrar. Repitió el conjuro en su mente una y otra vez, imaginándose a sí mismo pasando de Krynn a otras dimensiones. Pero tampoco ocurrió nada en esta ocasión.

Llevado por la cólera, sacudió la cola y derribó del golpe una de las piedras.

--¡La magia! -siseó-. ¡La magia no acude a mí! ¡El Portal no se abre!

Soltó otro rayo ardiente que alcanzó una piedra y la reventó en miles de fragmentos que rebotaron contra su dura piel sin ocasionarle daño alguno. Entonces invocó a las nubes, y un denso y negro manto cubrió rápidamente el cielo, del que se descargó una terrible tormenta muy acorde con su iracundo estado de ánimo. El viento se levantó y pronto empezó a aullar. La lluvia caía sobre la tierra con fuerza, los relámpagos rasgaban el cielo, y los truenos hacían temblar el entorno.

--Otro Portal -siseó sobre el aullido de la tormenta-. Volaré hasta otro Portal. -Sus piernas se tensaron, listas para impulsarlo hacia el cielo.

--Ningún otro Portal funcionará.

La voz sonó hueca, poco más que un susurro, pero dejó paralizado al gran dragón. Khellendros giró la enorme cabeza hacia uno y otro lado, buscando al que había hablado, osando inmiscuirse en sus asuntos.

--La magia ha desaparecido de este Portal y de todos los restantes.

--¿Quién eres? -bramó el dragón en una voz que se oyó por encima del retumbar de los truenos.

--Nadie de importancia -contestó la voz.

--¿Cómo sabes todo esto?

--Sé que queda poca magia en Krynn.

--¡Muéstrate! -exigió Khellendros al tiempo que volvía a sacudir la cola y volcaba otras dos piedras.

--¡Cuidado! -advirtió el que hablaba, quien por fin se mostró.

Una de las vetustas piedras se apartó del círculo, emitió un brillo apagado, a continuación se encogió y, como arcilla trabajada por un experto alfarero, adquirió la forma de un ser pequeño, semejante a un humano. Medía poco más de treinta centímetros, era gris y estaba desnudo. No tenía orejas, sólo unos pequeños agujeros a los lados de la cabeza, y sus ojos eran grandes y negros, sin pupilas. Sus dedos eran delgados como juncos y puntiagudos, al igual que sus pequeños dientes.

El dragón se acercó, levantó una pata delantera, y la bajó con intención de aplastar al hombrecillo. Pero éste era rápido. Corrió

veloz hacia un lado, se agarró a una de las piedras y chasqueó la lengua.

--Matándome no conseguirás que los Portales funcionen.

--¿Qué eres? -bramó Khellendros.

--Un huldre -contestó el hombrecillo.

--Un duende -siseó el Dragón Azul mientras estrechaba los ojos.

--¿Nos conoces?

Khellendros inclinó la cabeza hasta que tuvo la nariz a menos de un palmo del huldre.

--Una de las razas perdidas de Krynn -entonó el dragón con voz monótona-. Un polimorfista, un maestro de los elementos. ¿De la tierra? -El hombrecillo gris asintió con su calva cabeza-. Vives en El Gríseo.

--O dondequiero que me plazca. Que me placía -se apresuró a corregirse.

--Quiero acceder a El Gríseo -gruñó Khellendros.

--Igual que yo -dijo el huldre-. Lo prefiero a los otros reinos. Pero la magia ha desaparecido de este mundo. La batalla en el Abismo se ocupó de ello.

--¿El Abismo? -Los dorados ojos de Khellendros se abrieron de par en par. El kapak había mencionado una batalla en el Abismo, pero él no había prestado atención a sus balbuceantes palabras.

--¿No estuviste allí? -empezó el huldre-. Creía que todos los dragones estaban en el Abismo, convocados por Takhisis.

--Me encontraba... en otra parte. -Las palabras del Dragón Azul rebosaban una gélida amenaza-. ¿Qué ocurrió para provocar esa contienda?

--Alguien rompió la Gema Gris, la piedra que contenía la esencia de Caos, el Padre de Todo. Quedó libre, y estaba furioso por haber permanecido prisionero en ella durante tantos siglos. Amenazó con destruir Krynn como castigo a sus hijos, que lo habían encerrado en la gema. Así que sus hijos, los dioses menores, se unieron para luchar contra él. Los dragones ayudaron, al igual que muchos humanos, además de elfos, kenders y ese tipo de gente.

--¿Y Takhisis?

--Se ha marchado -respondió el hombrecillo.

--¿Cómo pudo abandonar a sus criaturas, sobre todo si estaban luchando en su nombre?

--Al final todos los dioses abandonaron a sus criaturas. Caos no fue realmente derrotado, aunque, de algún modo, su esencia volvió a

ser capturada dentro de la Gema Gris. Los dioses menores juraron abandonar Krynn si Caos prometía no destruirlo. Cuando aceptó, se marcharon, llevándose consigo las tres lunas y la magia. Ahora sólo hay un satélite.

Khellendros alzó los ojos al cielo y contempló el gran orbe, tan distinto de las otras lunas.

--¿Toda la magia ha desaparecido?

El duende se encogió de hombros.

--La magia que alimentaba los Portales... ésa ha desaparecido. La que los hechiceros invocaban para ejecutar sus conjuros, también ha desaparecido. Queda algo de magia aquí y allí en el mundo, en armas antiguas y en chucherías, y en criaturas como tú y yo -continuó-. Pero eso es todo. Llaman a esta época la Era de los Mortales, pero yo la denomino la Era de la Desesperación.

Khellendros miró más allá del duende a través de la cortina de lluvia que seguía cayendo sobre la tierra.

--¿Los objetos mágicos todavía tienen poder? -preguntó. El huldre asintió con la cabeza-. En la torre de Palanthas hay almacenados montones de objetos mágicos. Kitiara me habló de ellos en una ocasión, y del Portal al Abismo que hay en lo alto de la torre.

--La lucha en el Abismo ha terminado -lo interrumpió el duende-. Te la perdiste, ¿recuerdas? Y quizás haya sido mejor para ti, ya que podrías haber muerto. Los hombres que combatieron allí están muertos o han desaparecido, y ya no puedes hacer nada salvo, tal vez, recoger los huesos.

--Utilizaré los objetos mágicos para abrir el Portal, y desde el Abismo podré acceder a El Gríseo -musitó Khellendros, que parecía no estar escuchándolo-. Todavía existe la posibilidad de salvar a Kitiara.

--¿Es que no me has oído? -insistió el hombrecillo gris-. Los dioses se han marchado. El mundo es distinto. ¿Es que nada de eso te importa?

«Sólo me importa Kitiara», pensó el dragón, que tensó las patas, se dio impulso, y voló hacia la terrible tormenta.

La premonición

Palin despertó bañado en sudor, las sábanas empapadas y el largo cabello rojizo pegado en las sienes. Inhaló hondo repetidas veces en un intento de tranquilizarse.

Usha rebulló a su lado, y él trató de levantarse de la cama sin despertarla, pero no tuvo éxito.

--¿Qué ocurre? -susurró la joven mientras se sentaba y ponía la mano en la frente de Palin-. ¡Tienes fiebre! Has vuelto a tener ese sueño.

--Sí -admitió él en un susurro-. Pero esta vez ha sido peor que nunca. -Bajó los pies al frío suelo de piedra, se levantó y caminó hacia la ventana. Apartó la gruesa cortina y miró hacia el este, donde el sol acababa de asomar-. Esta vez estoy seguro de que no se trata de un simple sueño.

Usha se estremeció y bajó de la cama; tras echarse sobre los hombros una bata de seda, fue junto a él y apoyó la cabeza en su hombro desnudo.

--¿Era el Dragón Azul?

--Lo vi volando hacia Palanthas otra vez, y en esta ocasión llegaba a la ciudad. -Se volvió hacia ella, rodeó su esbelto cuerpo con sus brazos, y la besó en la mejilla. Después se miró en sus dorados ojos mientras pasaba los dedos entre los despeinados mechones de su plateada melena, que brilló al caer sobre ella los primeros rayos del sol. Incluso recién despierta estaba bellísima-. Creo que te casaste con un loco, Usha.

Ella lo estrechó contra sí.

--Y yo creo que me casé con un hombre maravilloso -le dijo-. Y también creo, esposo, que puedes haber heredado la habilidad de tu tío Raistlin para ver el futuro.

Se habían casado hacía menos de un mes, después de que Usha convenciera a Palin de que entre ella y Raistlin no había ningún parentesco a pesar de tener los ojos dorados y el cabello plateado. Al archimago no se lo había visto hacia tiempo. Los dos jóvenes se habían instalado en Solace, si bien Palin visitaba la Torre de Wayreth con frecuencia.

El joven se apartó de su mujer, y sus ojos, de un intenso color verde, observaron la campiña solámnica a través de la ventana. La torre se alzaba ahora justo a las afueras de la ciudad de Solanthus, como lo había estado desde hacía varias semanas. Mañana tal vez

estaría en cualquier otra parte. La torre nunca permanecía en un sitio demasiado tiempo, y a veces se movía a requerimiento de Palin. La facultad del edificio para manipular el espacio era uno de los poderes mágicos que habían subsistido en Krynn, e incluso había incrementado su radio de acción, a pesar de la desaparición de los dioses de la magia. Palin había descubierto que las cosas imbuidas de magia antes de la guerra contra Caos conservaban sus poderes.

--Veamos si puedo dar a este sueño, a esta premonición -rectificó-, un poco más de solidez.

Se dirigió hacia un gran escritorio de roble que había en un rincón del cuarto, cogió un espejo de mano hecho de peltre que había en el cajón superior, y regresó junto a Usha. Poniéndose de espalda a la ventana, enfocó toda su concentración en un punto del centro de la lisa superficie del espejo, en tanto que la joven se inclinaba hacia adelante, con los codos apoyados en el alféizar.

Hubo un destello de luz cuando el sol tocó el espejo, y entonces el aire rieló y brilló al tiempo que un marco ovalado y de un pálido tono verde se materializaba en el cristal. Dentro del marco cobró forma una imagen; al principio las tonalidades se mezclaban como pinturas de acuarela, pero después la imagen cobró consistencia hasta quedar enfocada. El sol se ponía en el puerto de Palanthas, y una gran ave planeaba sobre las crestas de las suaves olas y viraba hacia el litoral occidental.

El joven hechicero se encogió cuando la criatura alada se aproximó, y se vio claramente que era un dragón. Tras él, oyó a Usha dar un respiro, y sintió el suave roce de sus dedos en la espalda. Palin se concentró en el aspecto de la bestia. Era un Azul enorme, un macho de largos cuernos blancos y relucientes ojos dorados. Era el que había invadido sus sueños durante las últimas tres noches, y al que no había visto en el Abismo durante la guerra contra Caos. A pesar de la gran confusión que había reinado en la batalla y de ser muchos los dragones que habían combatido en ella, no habría olvidado uno tan grande. Era mayor que cualquiera de los que habían luchado.

--¿Qué querrá hacer en Palanthas ese dragón? -inquirió Usha en un susurro.

Los dos contemplaron cómo el Azul se convertía en una sombra que planeaba silenciosamente sobre la urbe, como un halcón.

--Debe de querer algo que hay en la ciudad -musitó Palin.

La sombra del dragón se deslizó hacia la imagen

fantasmagórica de la Gran Biblioteca. Plegó las alas contra los costados, cayó en picado pesadamente sobre el tejado, atravesó las tejas, y desapareció. Palin enfocó su atención en el agujero abierto por la bestia y atisbo a través del polvo y la mampostería rota.

La imagen cambió para acomodarse a sus deseos, y le mostró el interior del edificio. El dragón estaba sentado sobre los cadáveres ensangrentados y aplastados de unos monjes, y con sus enormes garras iba tirando estantería tras estantería de libros, cogiendo alguno que otro ejemplar raro. Era evidente que el Dragón Azul buscaba tomos específicos, de contenido mágico. Finalizado su sórdido trabajo, el reptil aferró su botín con una garra y se marchó de las ruinas, para remontarse luego en el cielo. Su rumbo lo llevó hacia otro edificio.

--La Torre de la Alta Hechicería -susurró Usha.

A Palin lo asaltó una repentina flojedad, y su cuerpo alto y delgado se estremeció.

El dragón hizo caso omiso del Robledal de Shoikan que rodeaba la Torre de la Alta Hechicería y que mantenía a distancia a la mayoría. Cernido sobre el techo de la torre, pareció ejecutar algún tipo de hechizo antes de aterrizar ágilmente en lo alto del imponente edificio. Con las garras posteriores, la bestia empezó a escarbar y a destrozar la construcción. Grandes fragmentos de piedra salieron volando como pegotes de barro y cayeron sobre la ciudad, donde aplastaron a muchos curiosos que habían salido de sus casas y establecimientos para ver qué ocurría.

Cuando la terraza de la torre quedó reducida a un montón de escombros, el dragón hincó las garras en la cámara inferior, el laboratorio, y empezó a recoger baúles y cofres llenos de objetos mágicos y pergaminos con poderosos hechizos arcanos. Entonces los dorados ojos del reptil se clavarón en el Portal al Abismo.

--¡No! -gritó Palin con voz enronquecida-. Tengo que detenerlo.

La imagen de la torre se disipó en el espejo, sustituida por la del ceniciente rostro del joven y del despejado cielo matinal.

--Pero ¿qué puedes hacer tú? -Usha tiró de su esposo, apartándolo de la ventana, y corrió la cortina-. ¿Qué puedes hacer contra un dragón de ese tamaño?

--No lo sé. -Palin acarició la mejilla de Usha-. Pero he de hacer algo, y pronto. Si mi sueño es realmente una premonición, un atisbo del futuro, es posible que el dragón piense actuar enseguida, tal vez hoy mismo, al anochecer. No puedo dejar que mate a esas personas

ni que se apodere de la magia de la torre y tenga acceso al Portal.

--En el Abismo no hay nada salvo los cadáveres de los dragones y otro despojos -dijo Usha-. ¿Qué iba a querer de allí?

--Eso no importa -contestó-. Para llegar a él, el dragón tiene que destruir la torre y la valiosa magia que se guarda en ella.

El joven fue hacia los pies de la cama, donde estaba su blanca túnica. Se la puso rápidamente, y se volvió a mirar a su esposa.

--Tengo un contacto en Palanthas. Puedo alertarlo, contarle lo de mi sueño. Él puede hacer algo. Puede comunicarse con alguien en la Torre de la Alta Hechicería.

--Creía que con la marcha de Caos y los dioses estaríamos a salvo -musitó Usha-. Pensé que por fin conoceríamos la paz.

5

El amo de la Torre

En los sótanos de la Torre de la Alta Hechicería de Palanthas, un hombre vestido de oscuro se separó de las sombras de las que era una más y se acercó a una pared húmeda en la que sobresalía una única y chisporroteante antorcha. La vacilante luz titiló sobre su negra túnica, un ropaje que colgaba en gruesos pliegues y que parecía demasiado grande para su delgado cuerpo.

--Me has llamado -dijo en un queso susurro-. Me has sacado de mi descanso. -Suspiró y se sumergió de nuevo en la oscuridad. Su curso lo llevó escalera arriba, por los peldaños deteriorados por el paso del tiempo. No necesitaba luz para ver por dónde iba. Conocía de memoria cada rincón enmohecido, cada habitación y cada corredor de la vetusta torre. Pasó las puntas de los dedos a lo largo de la fría piedra de las paredes que estaban cubiertas de armas ornamentales, escudos y retratos de antiguos hechiceros muertos mucho tiempo atrás. Tampoco necesitaba ver los rostros plasmados en los cuadros. Había conocido a los hechiceros cuando aún respiraban y estudiaban en esta torre, y prefería sus recuerdos a las telas pintadas; hacían más justicia a sus colegas.

Sus mesurados pasos lo llevaron más y más arriba por la escalera de caracol hasta que llegó a un cuarto bañado por el

brillante sol matinal que entraba por varias ventanas repartidas a tramos regulares por las paredes. Se desplazó hacia una de ellas desde la que se veía el palacio en el centro de la poblada ciudad. Al fondo se divisaba la bahía de Branchala, con sus aguas azulverdosas brillando invitadoras. Al norte se encontraba la Gran Biblioteca, la más grande de todo Krynn; y al sur estaba el Templo de Paladine. Se preguntó si este último seguiría recibiendo visitantes ahora que los dioses habían abandonado el mundo.

Contempló la ciudad, y sus muchos edificios en ruinas, afectados durante la batalla contra Caos por la energía mágica que había rebasado los límites del Abismo. Daba la impresión de que la contienda se hubiera dirimido allí. Imaginó que, sin duda, otras poblaciones también habían sentido las repercusiones de la guerra, y sus cicatrices habrían dejado huella en edificios y ciudadanos por igual.

--¿Qué quieres? -preguntó al aire. Sintió la caricia de una suave brisa en su mejilla, y vislumbró el rostro transparente de un hombre joven.

--Advertirte -contestó la imagen-. Compartir un sueño.

El Túnica Negra cerró los ojos y su mente revivió la visión de Palin; escamas azules y ojos dorados inundaron sus sentidos. Tras varios segundos la neblina se disipó, y el hechicero se apartó de la ventana. Corrió escaleras abajo, deteniéndose en cada piso para recoger unas cuantas chucherías y objetos mágicos de poca importancia.

El mago trabajó diligentemente durante muchas horas, reuniendo pergaminos, armas y armaduras mágicas, bolas de cristal y cosas por el estilo. Durante todo ese tiempo, no dejó de reflexionar sobre el dragón del sueño de Palin, preguntándose por qué querría acceder al Abismo.

Ni siquiera toda la magia contenida en la Torre de la Alta Hechicería le garantizaría la apertura del Portal. Llevar esto a cabo devastaría la ciudad, pues arrasaría todos los edificios existentes en un radio de casi dos kilómetros. Los muertos se contarían por millares. Y aun podía ser peor si el dragón desataba los poderes mágicos sobre Palanthas antes de utilizarlos para abrir el Portal.

La guerra de Caos había concluido, y sólo la muerte reinaba ahora en el Abismo. ¿Qué querría el dragón de ese lugar o qué esperaba llevar a cabo allí? Palin había dicho que eso era lo de menos, pero el hechicero sabía que tenía importancia, y mucha. Se

prometió que se ocuparía de considerar el asunto después, una vez que la magia estuviera a salvo.

Poco o nada acostumbrado al trabajo corporal, el mago estaba al borde del agotamiento para cuando hubo reunido un impresionante montón de objetos en un lugar situado a gran profundidad bajo la torre. Su pecho subía y bajaba con una fatigosa respiración mientras observaba el valioso cúmulo de objetos que brillaban con la luz de la antorcha.

--No está todo -susurró al tiempo que apartaba de los ojos un mechón de cabello empapado en sudor-, pero es lo mejor y lo más poderoso, y habrá que conformarse. -Su delgado cuerpo se estremeció, y el mago se recostó en la húmeda pared-. Ah, vieja amiga -le dijo a la piedra-. Te echaré de menos. Hemos... ¿Qué ha sido eso? -Ladeó la cabeza y pasó las yemas de los dedos sobre la unión entre dos losas-. El dragón. Ya llega.

Extendió la mano y en ella se materializó un bastón de madera pulida, rematado por una garra de dragón dorada que aferraba una bola de cristal tallado en el que había una latente energía. Pasó las yemas de los dedos sobre la suave madera del cayado, y después lo levantó y golpeó el suelo con la punta dos veces.

Un cegador destello azul inundó la cámara subterránea. Cuando el resplandor se apagó, la chisporroteante antorcha alumbró únicamente el enjuto cuerpo del hechicero. El montón de objetos arcanos había desaparecido.

--A salvo -susurró el hombre. Respiraba de manera trabajosa, y tuvo que utilizar el bastón para apoyar su peso.

Empezó a remontar los peldaños con gran esfuerzo, mientras el repulgo de la túnica se enredaba en sus pies y lo hacía tropezar. Sus dedos temblorosos acariciaron las frías piedras en un gesto de despedida.

--Hemos pasado juntos mucho tiempo -les susurró a las paredes.

Fuera, los últimos rayos del sol poniente rozaban los picos de los tejados de la ciudad y las copas de los árboles del Robledal de Shoikan. Los guardianes de la arboleda no obstaculizaron su paso.

--Huid -les susurró mientras cruzaba la cancela y se encaminaba hacia las bulliciosas calles de la urbe-. Huid o pereceréis.

»¡Huid! -le gritó a la gente, levantando la voz.

Al principio, los viandantes no le hicieron caso y siguieron hablando entre sí acerca de sus asuntos o sobre qué iban a hacer

para cenar. Unos pocos se apiñaban a la puerta de una posada, examinando el menú del día. Pero los que estaban más cerca del mago lo vieron alzar el bastón en el aire, le oyeron pronunciar palabras que no entendían, y sintieron un temblor en el suelo bajo sus pies.

--¡Corred! -gritó alguien.

La gente se apartó de él como una ola se retira de la arena de la playa, dejando solo al Túnica Negra de pie ante la torre. Pero fueron pocos los que corrieron lo bastante lejos para no ver lo que pasaba, pues la curiosidad se impuso al sentido común. La mayoría se refugió en las casas, con las caras pegadas a las ventanas. Algunos se apelotonaron en los umbrales de las puertas o debajo de los soportales y las marquesinas de los comercios.

El mago apretó con fuerza el bastón y las palabras fluyeron furiosamente de sus labios. Sus ojos brillaron con una intensa luz, y la torre se estremeció como un viejo achacoso.

El hechicero sollozó. Su respiración se volvió entrecortada al tiempo que las lágrimas acudían a sus ojos, desbordándose.

--Cae -instó-. Derrúmbate, por favor.

En alguna parte, a su espalda, oyó un fuerte murmullo entre el grupo de palanthianos que había rehusado cobijarse.

--¿Qué está haciendo? -gritó una mujer.

--¡Es magia! -aulló un hombre.

--¡Pero si la magia ha muerto! -arguyó otro.

--¡Debe de ser el bastón! -replicó el primero.

--¡Huid! -les gritó el hechicero, que golpeó el suelo con la punta del cayado repetidas veces-. ¡Cae! -ordenó-. ¡Derrúmbate!

Como respondiéndole, los adoquines de la calle se sacudieron bajo sus pies, y la torre tembló y crujió.

Detrás del mago se alzó un griterío. El Túnica Negra escuchó el ruido apagado de pisadas que retrocedían. Los espectadores ya no tenían coraje suficiente para seguir observando los acontecimientos. Después no oyó nada salvo el gemido de la torre al empezar a desmoronarse. Alzó los ojos y vio aparecer unas grietas en el aire por encima del edificio; su barrera invisible se estaba resquebrajando como un huevo. Los cristales de las ventanas saltaron hechos añicos por el aire y acribillaron la calle.

Una grieta, fina como el hilo de una telaraña, apareció en los adoquines entre los pies del hechicero. Se extendió, dirigiéndose hacia el Robledal de Shoikan, a través de la cancela abierta. La

grieta empezó a ensancharse. El suelo vibró, y el mago contempló a través del velo de las lágrimas cómo las piedras del muro que rodeaba la arboleda caían en la fisura, que seguía agrandándose. Los árboles del robledal se sacudían y se levantaban antes de precipitarse en la hendidura, en tanto que la hierba resbalaba hacia la grieta como si fuera agua, arrastrando consigo las flores y plantas medicinales que el hechicero había cuidado con tanto esmero en el pasado.

Estallidos y siseos se unieron al estruendo, evidenciando que el terremoto estaba destruyendo las defensas y protecciones mágicas de la torre.

El mago se llevó la mano a un costado y gritó. El sonido fue repetido como un eco por la torre, que en ese momento se desplomaba sobre sí misma. Los rojizos minaretes fueron los primeros en caer hacia adentro, tragados totalmente mientras los cascotes de negro mármol se fundían con la tierra.

En alguna parte, a la espalda del hechicero, se rompieron cristales y se oyó el chillido de un niño. Una marquesina ondeó y se soltó de la fachada del edificio; pasó volando sobre el mago y desapareció en medio de la negra e informe masa fundida.

El Túnica Negra intentó mantenerse en pie, pero las sacudidas del suelo lo tiraron hacia atrás y lo derribaron. Al mirar a lo alto, al cielo cubierto por una densa nube de polvo, divisó una forma que apenas alcanzó a distinguir.

¿Una gran ave? No. El dragón.

El hechicero rodó sobre sí mismo; hincó los esbeltos dedos en las grietas abiertas entre los adoquines y se arrastró sobre el suelo, alejándose de la fuerza centrípeta creada por la demolida torre.

Entonces, una tremenda explosión sacudió Palanthas, señalando el fin de la Torre de la Alta Hechicería. Las reverberaciones siguieron dañando las fachadas de los edificios, derribando balcones, chimeneas y tejas.

El Túnica Negra llegó al costado de una casa y se volvió a tiempo de ver cerrarse la gran grieta, enterrando los restos del robledal. Sus ojos siguieron la línea de la fisura conforme se cerraba, desplazándose veloz hacia la zona donde se había alzado la torre. Pero su mirada sólo encontró un espacio redondo de materia negra y vidriosa, semejante a obsidiana. Eso era todo cuando quedaba de la Torre de la Alta Hechicería.

Un acceso de tos sacudió su cuerpo mientras intentaba recobrar

la estabilidad. Por un instante se preguntó si la destrucción que había desatado no habría sido peor que la que hubiera ocasionado el dragón. Pero sabía que no. Nadie había muerto, de eso no cabía duda. Y la magia de la torre no sólo se encontraba fuera del alcance del reptil ahora, sino que los tomos arcanos de la Gran Biblioteca también habían desaparecido. En el mismo instante en que la torre se había destruido, los libros se habían esfumado.

Contempló el liso y brillante espacio negro y pensó en todo lo que guardaba: los restos de la torre, los retratos de los antiguos hechiceros que en un tiempo estudiaron allí y caminaron junto a él.

--Adiós -musitó el mago mientras se acurrucaba contra la fría pared de piedra del edificio.

En lo alto, en el cielo sobre Palanthas, Khellendros hervía de rabia. La torre había sido destruida y sus restos enterrados. El camino al Abismo estaba perdido.

--¡Kitiara! -gritó.

Un relámpago zizagueó en el firmamento y se descargó sobre los adoquines de la ciudad, haciendo añicos una acera delante de una posada donde se apiñaba una multitud. Nubes negras se agolparon de manera que cubrieron el sol poniente, y estalló una feroz tormenta. Los asustados ciudadanos atrancaron puertas y ventanas cuando empezó a llover. Al principio fue una lluvia suave, pero enseguida aumentó su fuerza hasta acribillar la ciudad. Arrastró la tierra y el polvo acumulados por el terremoto mágico, y se mezcló con las lágrimas de un hechicero.

El guerrero estaba en una cumbre desde la que se divisaba Palanthas, y observó a Khellendros alejándose de la ciudad. Estaba empapado por la tormenta del dragón.

--Creía que era él. Lástima.

El guerrero tenía un vago parecido con un hombre, pero carecía de rasgos y era negro como la noche, como si hubiera sido extraído

de un trozo de pizarra húmeda o de obsidiana. Sus ojos, rojos y relucientes, siguieron la figura progresivamente lejana del dragón hasta que sólo fue un punto en el horizonte. Entonces bajó la vista y contempló a través de la cortina de agua el negro charco que hasta entonces había sido la Torre de la Alta Hechicería.

--El Azul fue demasiado blando -gruñó-. Al no conseguir lo que quería, tendría que haber destruido la ciudad. Tenía el poder y el derecho de tomar venganza.

El guerrero apretó los negros puños, que por un instante brillaron anaranjados, como ascuas ardientes.

--No había nadie en Palanthas capaz de desafiarlo. Sólo el hechicero, que había gastado toda su energía en destruir la torre. Todos ellos son un puñado de estúpidos, patéticos necios.

Una gran multitud deambulaba por las calles, principalmente humanos, aunque el guerrero pudo distinguir unos cuantos elfos y varios kenders entre ellos. En su mayoría eran plebeyos, vestidos con túnicas sencillas y polainas marrones o grises. Sus ropas estaban deslucidas, y su propio aspecto era macilento.

La curiosidad dio a unos cuantos el coraje necesario para arrostrar el posible peligro, y lentamente se acercaron al área donde se había levantado la Torre de la Alta Hechicería hasta hacía unos minutos. Por fin, un par de anhelantes kenders se adelantaron corriendo, y cuando los dos estuvieron lo bastante cerca para mirar la superficie de dura obsidiana, vieron la imagen de la torre atrapada dentro. Nada se movía, pero sus conciudadanos se mantuvieron apartados un momento más, esperando a ver qué ocurría.

Cuando se hizo patente que no iba a pasar nada más, el guerrero se puso a observar a otro par de curiosos kenders dedicados a registrar el área antes ocupada por el Robledal de Shoikan. El guerrero imaginó que las demás personas reunidas allí habían oído las historias que corrían sobre las criaturas que acechaban en los alrededores de la torre, y habían decidido mantenerse a una distancia prudencial. Los kenders no se acobardaban con tanta facilidad.

Tras echar una ojeada a su espalda, el guerrero volvió a fijar su atención en los kenders que habían entrado en la diezmada arboleda. No los vio, aunque sí reparó en los dos hilillos de humo anaranjado que ascendían sinuosos en el aire desde el punto donde los kenders estaban antes.

--Necios -volvió a susurrar-. No saben con lo que juegan.

A medida que el número de ciudadanos reunidos aumentaba más y más, también lo hacía el nivel del ruido. El guerrero sólo alcanzó a oír retazos de las conversaciones.

--Fue la magia lo que destruyó la torre -manifestó un hombre de aspecto cansado-. Los terremotos no son tan selectivos como para tragarse un único edificio.

--Seguramente había hechiceros dentro -intervino otro-. Estarían haciendo un experimento con algo que no deberían. Vi a uno salir a todo correr del edificio. Iba vestido de negro, como un trozo de carbón. Me dijo que huyera.

--Pues yo creo que fueron los dioses. -El que hablaba ahora era un carnicero. Se limpió las manos en el delantal manchado de sangre y sacudió la cabeza-. Los dioses estaban furiosos con los hechiceros.

--Los dioses se han ido, y también la magia -suspiró una anciana-. Y creo que ninguno de ellos volverá. Pero apuesto a que quedaba un resto de magia en esa torre y fue lo que causó el terremoto.

--¿Viste al dragón? -preguntó un kender mientras le tiraba de la blusa.

La anciana no dijo nada.

--Yo sí lo vi -respondió un joven delgado-. Era un gigantesco Azul. Nunca había visto uno tan grande.

--Podría habernos matado -apuntó el kender con un atisbo de sobrecogimiento en la voz.

--Debería haberlos matado -musitó el guerrero-. A todos vosotros. Caos os quería muertos.

El guerrero había nacido durante la reciente guerra en el Abismo. En lo más encarnizado de la batalla, el padre de los dioses, Caos, había hecho caer una estrella de los cielos y la había pulverizado con un simple gesto. De los ardientes fragmentos de roca resultantes, el dios había creado al guerrero y a sus malignos hermanos, dándoles unas mágicas formas a imagen del hombre, del mismo modo que un escultor habría creado una serie de estatuas. Caos les había insuflado vida tomando recuerdos de los caballeros que se amontonaban como un enjambre a su alrededor, extrayendo sus peores pesadillas y utilizándolas para infundir el aliento en sus demoníacos guerreros y hacer que sus negros corazones empezaran a latir. Las perversas creaciones habían luchado en defensa de Caos, obedeciendo sus órdenes.

La mayoría había perecido en la batalla. El demonio guerrero que ahora contemplaba Palanthas había visto caer a casi todos sus hermanos. Él se había salvado cuando los mortales vencieron. Y él y otros pocos como él habían sentido que su creador se alejaba, los abandonaba. Sin tener órdenes ni a Caos para que los guiara, los demonios guerreros supervivientes habían abandonado el Abismo y habían encontrado el camino a Ansalon, obligados a encontrar una nueva razón para seguir viviendo.

Éste estaba obsesionado con la venganza. Había jurado hacer pagar a los humanos por expulsar al Padre de Todo. Cambió su forma a la de una masa cónica y rotatoria de la que crecieron unas garras nebulosas y una cola serpentina que se sacudía como un látigo. Caos había dotado a sus guerreros con la habilidad de cambiar la forma de sus cuerpos, cabalgar en el viento y desplazarse a través de agua o tierra con la misma facilidad con que los mortales caminaban sobre el suelo.

--Todos deberían estar muertos, pudriéndose en sus patéticas tumbas -siseó el guerrero-. Deberían ser alimento de gusanos.

El demonio sabía que la gente de Palanthas ya empezaba a sacudirse el estupor de la guerra. Lloraba a los muchos héroes muertos en la batalla contra Caos, estaba de duelo por los insignificantes Caballeros de Solamnia y los Caballeros de Takhisis que habían luchado codo con codo. Habían enterrado los cadáveres recuperados, y habían honrado con reseñas y palabras elogiosas aquellos perdidos para siempre bajo los cuerpos de los dragones muertos y las cavernas desplomadas del Abismo.

Nadie lloraba por Caos y sus criaturas polimorfistas muertas. Nadie estaba de duelo salvo sus hermanos. Los penetrantes ojos rojizos del demonio se volvieron hacia el puerto de Palanthas. Una suave brisa levantaba olas en la bahía. El sol poniente teñía las aguas con un brillante tono anaranjado que le recordó a la criatura el de las ascuas al rojo vivo o los fragmentos de la estrella de la que había nacido.

Algunos de los muelles habían quedado dañados por la subsiguiente reacción de la energía liberada en el Abismo, y se veían cuadrillas de obreros trabajando en su reconstrucción.

--El Azul podría haber destruido el puerto -despotricó el demonio guerrero-. Pero es demasiado débil y alberga una chispa de respeto por esos insectos. Afortunadamente, percibo a alguien que no es tan débil, que no tiene lazos que la aten. Ella descargará su fuego

devastador sobre este mundo. Y yo la ayudaré a encenderlo.

A miles de kilómetros de Palanthas, un joven Dragón Negro cazaba venados en la planicie empapada por la lluvia de la isla de las Brumas.

Hizo un alto en la caza cuando el cielo se oscureció de repente. Un enorme Dragón Rojo, más grande que cualquiera de los que había visto antes, tapaba la luz del crepúsculo. Era una hembra con las escamas de un profundo color carmesí; se quedó cernida en lo alto y sostuvo la mirada del Negro. Las alas extendidas a los costados ondeaban como las velas de una goleta. El Negro tuvo que girar la cabeza de lado a lado para abarcar con la vista toda su envergadura.

Sus cuernos de brillante marfil se alzaban desde la maciza testa formando un suave arco. Sus ojos ambarinos eran unas órbitas fijas que no pestañeaban y lo mantenían hipnotizado. De sus cavernosos ollares se elevaban unas volutas de vapor. Olvidada por completo la caza, el Dragón Negro se irguió sobre sus patas traseras.

«Es tan grande como era Takhisis, tal vez incluso más», pensó. Sólo una deidad podía ser tan inmensa. Aquella idea hizo que el corazón le diera un vuelco. «¡Quizás es ella, la Reina Oscura de los Dragones del Mal, que ha regresado a Krynn para dirigir a sus criaturas!»

Su mente había estado en contacto con la de la diosa en una ocasión, hacía muchos meses, cuando había llamado a sus servidores para la batalla en el Abismo. El Negro había suplicado que lo escogiera para estar entre los dragones que combatirían por ella, pero Takhisis lo había rechazado, argumentando que era demasiado pequeño y no contribuiría en nada. El Negro no había vuelto a sentir su presencia desde entonces ni a ver a muchos de los otros dragones. Estaba muy ansioso por saber lo que había ocurrido en el Abismo. Quizá Takhisis se lo contaría ahora.

Lanzó un chorro de ácido al aire en homenaje, y la gran hembra Roja empezó a descender. Los luminosos rayos del sol poniente rozaron sus escamas y las hicieron relucir como llamas ardientes, dándole el aspecto de una hoguera viviente.

El dragón inclinó la cabeza con reverencia cuando ella aterrizó. El suelo tembló con su peso, y el Negro estrechó los ojos para resguardarlos de la lluvia de barro que lo roció, levantada por la

corriente que creaba el batir de sus alas.

Una llamarada se alzó hacia el cielo por encima del dragón y barrió el aire de lado a lado para alcanzar los bosques que había a ambos extremos de la llanura. El abrasador calor del aliento de la hembra Roja era intenso y doloroso, y el Negro oyó el chasquido y el crepitar de los árboles del entorno que se habían prendido fuego a pesar de la constante humedad de la isla de las Brumas. El dragón miró hacia arriba y abrió la boca para hablar; entonces vio una garra roja extendiéndose hacia él.

La garra lo golpeó con fuerza y lo lanzó varios metros por el aire hacia el antiguo bosque. El impacto lo dejó sin aire en los pulmones; aturrido, sacudió la cabeza para despejarse y después la miró.

La inmensa zarpa roja se hincó en su costado, y las garras traspasaron las gruesas escamas negras y se clavaron en el blando tejido muscular que había debajo. Entonces la otra garra lo sujetó contra el suelo, amenazando con romperle las costillas.

--¡Takhisis, mi señora!

La sangre del Dragón Negro manó de la herida, y el reptil chilló con sorpresa y dolor, debatiéndose inútilmente bajo el peso. A través de un velo de lágrimas, sus ojos se prendieron en los de ella, suplicantes, interrogantes.

La inmensa cabeza de la hembra ocupó todo su campo visual cuando se agachó sobre él. El olor de su aliento era ardiente y sulfuroso como el fuego que ahora crepitaba rugiente en el bosque.

La hembra abrió las fauces, y su enorme lengua se adelantó, serpenteante, hasta tocar la punta de su hocico, y después se retiró para relamerse los labios.

--¡No! -gritó el Negro-. ¡Takhisis no mataría a uno de los suyos! -Hizo acopio de todas sus fuerzas y luchó para mover la pata que lo sujetaba contra el suelo. Pero no consiguió su propósito; la hembra Roja era demasiado grande.

»¡Por favor! -chilló al tiempo que boqueaba para coger aire-. ¡Por favor! -suplicó de nuevo, sorprendido de escuchar una palabra tan humana escapando de sus labios, pero desesperado por hacerse oír.

El corazón le latía frenéticamente en el pecho, y sus patas traseras se sacudían de manera espasmódica. Intentó con desesperación encontrar un asidero en el barro, algo sólido a lo que agarrarse y utilizar como apoyo para apartarse de ella. Giró la cabeza a uno y otro lado, y expulsó un chorro de ácido. El corrosivo

Líquido salpicó contra un lado de la cabeza de la hembra, y se oyó un repulsivo ruido de pompas reventando. La hembra Roja aflojó la presa de sus garras, y el Negro se apartó con un impulso.

Lo detuvo una pata que cayó con fuerza sobre su cola, en tanto que la otra descargaba un zarpazo en su grupa. Después sintió unos afilados dientes cerrándose sobre la cresta de su espalda, y un instante después era levantado en el aire. La hembra lo llevó hacia la playa y allí lo arrojó violentamente contra el suelo. El Negro quedó tendido, hecho un ovillo, sin apenas fuerzas, aunque se esforzó por incorporarse, y casi lo consiguió. Pero la larga cola de la hembra Roja descargó un latigazo y lo alcanzó de lleno en el hocico, dejándolo aturdido.

El dragón se concentró, confiando en poder arrojar un último chorro de ácido, algo, cualquier cosa que la hiciera retroceder para que él pudiera elevarse sobre el acantilado y escapar entre los árboles. Era mucho más pequeño que ella, y quizás podría ocultarse entre los vetustos sauces. Abrió las fauces e inhaló y expulsó el aliento, pero de su garganta salió sólo un ridículo chorrillo de ácido que cayó con un chapoteo sobre la arena. Las fauces de la hembra se acercaron más y se hundieron en el cuello del Negro, dando comienzo al festín.

Las primeras luces del día alumbraron la costa de la isla de las Brumas. No quedaba nada de las verdes frondas, sólo unos restos calcinados y rotos que se alzaban retorcidos. La hembra Roja lo había destruido todo.

Bostezando, el gigantesco dragón se levantó de la playa, se estiró, y se sacudió el sueño. La cena de la noche anterior, un enorme lagarto negro, le había proporcionado un poco de energía, y después había devorado una manada de venados, aunque eran muy pequeños.

Pero todavía estaba hambrienta... e inquieta. ¿Había imaginado que el lagarto negro le había hablado? La había llamado... ¿Cómo era la palabra? ¿Takhisis? ¿Lo habría soñado o el lagarto le había hablado realmente? ¿Se habría cenado un reptil racional en su ansiedad por saciar el terrible apetito?

Echó una ojeada al charco createdo por la marea, donde había dejado la cabeza y unos cuantos huesos de las costillas del lagarto. A la luz del día los restos parecían tener un aspecto distinto, y le

permitió distinguir ciertos detalles sutiles. La gran hembra Roja se estremeció. No era la cabeza de un lagarto negro grande lo que yacía en un ángulo grotesco en la cuesta de la playa, sino la de un Dragón Negro.

¿Cómo podía haberla cegado el hambre hasta ese punto, haciéndola devorar una pequeña cría? Avanzó hacia la orilla y contempló su ceñudo semblante en el agua. Advirtió que unas cuantas escamas cerca de la mandíbula estaban derretidas y deformadas por la saliva acida de la cría.

Levantó una pata y desprendió las escamas estropeadas y medio sueltas, que cayeron sobre la arena con un ruido sordo. La hembra Roja hizo una mueca. Crecerían otras que las sustituirían y ella volvería a ser hermosa, pero tardarían unas pocas semanas.

En fin, por lo menos sólo era un Negro, un dragón menor, se dijo para sus adentros, tratando de apaciguar su mala conciencia. Los Negros no eran tan inteligentes como los Rojos. Si éste lo hubiera sido, no se habría quedado esperándola en terreno abierto.

¿Qué habría querido decir cuando la llamó Takhisis? ¿Qué significaría esa palabra?

Para cuando el sol alcanzó su cémito, la hembra de Dragón Rojo volaba alto en el cielo, con las ruinas de la isla de las Brumas bajo ella. La isla parecía pequeña, igual que había parecido pequeño el Dragón Negro.

Quizá debería regresar a casa. No es que le importara mucho la compañía de los otros toscos Rojos, pero quizás podría volver a soportarlos. Se esforzaría. Lo intentaría otra vez. Oh, cómo detestaba esta sensación de hambre. Levantó un ala y viró rumbo a casa.

--No puedes marcharte.

Los ojos de la hembra Roja se enfocaron en la imagen, gris y cambiante, de un minúsculo hombrecillo que flotaba en el aire delante de ella. Plegó las alas hacia atrás y estrechó los ojos para verlo mejor. Parecía una sombra, cosa imposible dada la luminosidad del sol matinal, y sus ojos eran unos puntos carmesíes fijos, que no parpadeaban. Decidió que no era un hombre. Entonces, ¿qué era?

La hembra Roja siseó. De sus ollares salió vapor, y los tenues hilillos se enroscaron como el humo de una chimenea y se elevaron hacia las nubes que había más arriba. Retiró los labios hacia atrás, enseñando los dientes, y gruñó. Podía comérselo, pero era tan pequeño que su estómago apenas lo notaría. No merecía la pena

hacer el esfuerzo de tragárselo.

--¿Qué eres? -bramó.

--Soy un demonio guerrero, una creación del Padre de Todo y Nada, Caos -respondió el hombre de sombras-. Quiero vengarme de los mortales responsables de que mi creador se marchara de Krynn. Y tú serás el instrumento del que me valdré para conseguirlo. -De la borrosa imagen crecieron unos cuernos y se oscureció hasta adquirir un reluciente tono negro.

La hembra Roja pensó que la criatura debería estar suplicando clemencia y, en lugar de ello, se dedicaba a cambiar de forma y a charlar con ella como si fueran amigos. Ella no tenía amigos.

--¿De dónde vienes? -La voz del guerrero tenía un timbre grave, y al mismo tiempo hueco, como un eco-. No eres de Ansalon, y no llevas aquí mucho tiempo. Alguien habría reparado en un dragón de tu tamaño a estas alturas. Habrían enviado a los héroes de turno para combatirte. ¿Hay más como tú?

La hembra Roja estrechó más los ojos hasta reducirlos a unas finas rendijas, y le lanzó una mirada furibunda. Entre sus afilados colmillos asomaron unas pequeñas lenguas de fuego.

--Mi hogar no es de tu incumbencia -respondió al cabo.

--Pero sí el lugar adonde te diriges. Tienes que ir hacia Ansalon, no alejarte del continente. Tienes que matarlos a todos ellos, pero no a la vez. Hay que hacerlos temer por sus vidas, que se den cuenta de que están perdidos, que aguarden el inexorable fin.

--¿Ellos?

--La gente -contestó el hombre de sombras-. Los humanos y los elfos. Los enanos, los gnomos, los kenders.

--¡Basta! -Un profundo gruñido empezó a retumbar en el pecho de la hembra de dragón. Abrió las fauces, y las llamas salieron disparadas; atravesaron el cristalino aire matinal y formaron una gran bola de fuego abrasador que se precipitó sobre él, rugiente y crepitante. Pero la bola se dividió a pocos centímetros del demonio y fluyó como agua a su alrededor, para volver a unirse a su espalda.

--Soy una criatura de fuego, engendrada en el Abismo. El fuego no puede tocarme, por muy intenso que sea. -El demonio guerrero hizo que sus rojizos ojos brillaran como ascuas abrasadoras-. Y ahora, escúchame. Ahí abajo está la isla de las Brumas, el lugar donde pasaste la noche y que trataste como si sólo fuera yesca. Al norte está Kothas, situada al borde del Mar Sangriento de Istar.

La hembra de dragón lo miró de hito en hito y un atisbo de

curiosidad asomó fugaz a su enorme rostro. Decidió escucharlo un poco más.

--Kothas no es tan importante como el resto del mundo -continuó el demonio-. Y tampoco lo son Mithas y Karthay. Pero las llanuras Dairly... -El brillo en los ojos del hombre de sombras se suavizó-. Allí hay rebaños de ganado para satisfacer tu apetito, pueblos que destruir y aterrorizar, y también dragones más pequeños.

«¿Sabrá lo del Negro?», se preguntó la hembra de dragón.

--Voy a donde me place, cazo lo que me place, y hago lo que me place.

--Les enseñarás que no debieron desafiar a Caos -replicó el guerrero-. No debieron haber obligado a mi padre a marcharse.

--Nadie me dice lo que tengo que hacer.

--Te lo digo yo -siseó el hombre de sombras-. Te digo que arrases Ansalon, que mates a humanos y elfos. La gente dejará de ser la fuerza dominante en el mundo. Lo serás tú... bajo mi dirección.

--¿Y los dragones?

--Se han dispersado. Con la marcha de su diosa Takhisis...

--Así que Takhisis es una diosa -comentó la hembra Roja, que añadió para sus adentros: «El Negro creyó que era una deidad».

--Los dioses se han ido. Todos ellos -continuó el demonio, irritado por la interrupción del reptil-. Los dragones no tienen un líder. Algunos se enfrentan a la gente de vez en cuando, pero no muchos. Ayer vi cómo un gran Azul volaba sobre una ciudad y no arrebataba una sola vida.

«Yo podría dirigir a los dragones -pensó la hembra Roja-. Podría gobernar sobre ese Ansalon.»

--Las llanuras Dairly... -Las palabras salieron de su boca como un torrente.

--Ahí es donde quiero que empieces. Las gentes de Dairly están confiadas, desprevenidas.

--¿Hay otras tierras más allá de esas llanuras? -siseó la hembra de dragón.

--Por supuesto -contestó el hombre de sombras-. Después de que hayas atacado las llanuras Dairly, te indicaré hacia dónde habrás de viajar a continuación. ¿Tienes nombre? Querría saber cómo llamar a mi impresionante peón.

El reptil frunció el inmenso entrecejo escarlata.

--Malystryx. Me llamo Malystryx.

--Malys -dijo el hombre de sombras, encontrando un diminutivo

más de su agrado. De nuevo, el demonio gesticuló hacia las llanuras septentrionales Dairly.

Los ojos de la hembra de dragón siguieron la dirección señalada por los brumosos dedos del hombre de sombras; después alzó la vista y se encontró con su vacía mirada. A una velocidad impresionante, su zarpa se disparó y alcanzó de lleno al guerrero. Las garras abrieron surcos en la nebulosa imagen.

Malys vio el gesto de sorpresa en el semblante del guerrero, y tuvo una sensación increíblemente fría cuando lo que supuestamente era la sangre del demonio escurrió sobre su pata. Mientras el hombre de sombras se estremecía, ella aproximó la inmensa testa, escaldando el aire con su aliento.

--Puede que el fuego no te haga daño -dijo Malys-. Pero hay otras formas de matar.

Abrió las fauces al tiempo que se acercaba más, y sus dientes se cerraron sobre el demonio guerrero. La hembra Roja sintió el frío y pesado cuerpo resbalar por su garganta. Después pegó las alas a los costados y viró hacia la línea costera de las llanuras septentrionales Dairly.

Extendió de nuevo las alas cuando la tierra subió a su encuentro, y planeó hacia el sur a lo largo del litoral oriental, siguiendo la rocosa costa. Del agua sobresalían escollos de obsidiana y de piedra de cuarzo afilados como colmillos. «Pero no tan afilados y mortales como los míos», pensó.

Al llegar a un cabo donde terminaba la costa, en las llanuras meridionales, giró y tomó rumbo norte, volando sobre árboles esta vez. Inhaló profundamente, y unos aromas, fuertes y penetrantes, cosquillearon en sus ollares: flores extrañas, hierbas exóticas, plantas con las que no estaba familiarizada. Unos pájaros huyeron espantados, y los agudos ojos de la hembra Roja los localizaron. Eran demasiado pequeños para servirle de comida, así que se limitó a observarlos.

El bosque terminó, y una planicie de herbazales se extendió ante ella. El alto pasto formaba una alfombra verde profundo que se extendía hacia un claro donde se alzaba una aldea. Malys fijó los ojos en las cabañas con tejados de bálago y en las personas semejantes a hormigas que se movían por el lugar. Ajena a la presencia de la hembra Roja, se ocupaban de sus tareas y juegos.

Todos parecían tan tranquilos, tan confiados, tan desprevenidos, pensó, utilizando las palabras del demonio guerrero.

Algo se cocinaba sobre una lumbre central, alguna pequeña criatura asándose en un espetón. El olor le recordó que estaba hambrienta. Planeó y se aproximó más. Cuando su sombra rozó el borde de la aldea, la hembra de dragón vio a uno de ellos que miraba hacia arriba. El hombre señaló en su dirección y empezó a agitar los brazos y a gritar.

En un visto y no visto, toda la gente estaba mirando a lo alto. Algunos dejaban caer los cestos de fruta que transportaban. Otros gritaban y corrían hacia la falsa seguridad de sus cabañas. Unos pocos cogieron lanzas y las agitaron en dirección a la hembra Roja. Gritaban palabras que no alcanzaba a entender porque eran muchos chillando al mismo tiempo. Sus voces sonaban como el zumbido de los insectos.

Dominada por la curiosidad, y consciente de que, de todas formas, tendría que acercarse más para devorarlos, Malys aterrizó al borde de la aldea. El impacto de su peso provocó temblores que derribaron a algunos de los humanos.

Uno de ellos, especialmente valeroso, avanzó hacia ella con los ojos fijos en la inmensa testa, y fue tan osado de arrojarle una lanza. Por un instante, la hembra Roja consideró el matarlo de un pisotón o concederle el honor de que muriera con su aliento. La curiosidad la pudo, y preparó un chorro de fuego. Lo sintió subir por su garganta a gran velocidad y después salió de entre sus fauces en forma de cono que primero envolvió al valiente aldeano y después alcanzó las chozas que había directamente detrás.

«Así que no todos son como el demonio guerrero -se dijo-. Él fuego daña a esta gente.»

Los aullidos del valiente aldeano no duraron mucho; el fuego era tan intenso que Malys apenas si olió la carne quemada. Pasando sobre la forma calcinada, batió las alas para avivar las llamas, que saltaron a las siguientes chozas.

Sintió que algo le tocaba el muslo. Giró la cabeza y vio a dos hombres arremetiendo contra su pata, pero sus lanzas no podían penetrar las duras escamas.

Disparó su garra delantera para derribar una de las pocas chozas que no se habían prendido fuego. Dentro había tres pequeños acurrucados. Malys los aplastó con una de las patas.

Adelantó el cuello y apresó en las fauces a un puñado de aldeanos que intentaba escapar. Sus forcejeantes cuerpos fueron rápidamente engullidos, y Malys dirigió su atención a otro grupo, que

también contribuyó a apaciguar su apetito.

Más guerreros se unieron a los dos primeros junto a sus patas. Gritaban maldiciones y arremetían fútilmente con sus armas. A través del hedor a carne y bálago quemados, la hembra Roja percibió el agradable olorcillo a sudor mezclado con miedo. Con un latigazo de la cola les aplastó el pecho y acabó con sus vidas.

Todavía quedaban unos pocos vivos, y éstos corrían hacia el bosque, al otro lado de la aldea. Se dio impulso contra el suelo y saltó tras ellos al tiempo que escupía otro chorro de fuego. Las llamas se descargaron más allá de los que huían y prendieron los árboles.

Las personas giraron sobre sus talones y empezaron a volver hacia la aldea, pero Malys les salió al paso. No le suplicaron por sus vidas, y ella dio por sentado que eran lo bastante listos para saber que había llegado su fin. Abrió las fauces y se zampó a los que estaban más cerca; después se adelantó y saboreó lentamente a los restantes.

Cuando la hembra Roja se elevó en el aire, el fuego en el bosque se intensificó. Malys viró hacia el sur, y planeó sobre la aldea en llamas y la herbosa llanura.

Poco después sus alas la llevaron sobre otro bosque; los árboles eran altos y acogedores, el dosel lo bastante tupido para ocultar su presencia.

Descendió, y las patas partieron las ramas más altas, derribaron unos pocos robles viejos, y se posaron en la fértil marga.

«Descansaré aquí -pensó-. Éste será mi hogar durante un tiempo, mientras esté en las llanuras Dairly. Pero no me quedaré para siempre.»

Malys atacó más pueblos para saciar su gran apetito, pero tuvo cuidado de no acabar con todos los que encontró. No quería agotar sus reservas de alimentos demasiado deprisa, y necesitaba que algunas personas siguieran vivas para así poder observarlas y aprender cosas acerca de lo que ahora era su territorio. Además,

disfrutaba con la idea de que la gente de otros pueblos viviera aterrorizada con la incertidumbre de si su aldea sería la próxima en arder, propagara la noticia de sus ataques, y la obsequiara con una espléndida fama.

Alternaba su dieta con el ganado y varias criaturas raras del bosque que se cansó de estudiar, y de vez en cuando devoraba tripulaciones de barcos que navegaban cerca de la rocosa costa oriental de las llanuras Dairly.

No había nada que significara un verdadero peligro para ella... hasta que apareció otro Rojo. El macho no era ni la mitad de grande que ella, ya que medía unos dieciséis metros desde el hocico a la punta de la cola. Malys lo había visto merodeando por los pueblos que ella había diezmado, buscando carroña entre las ruinas. Lo había descubierto deslizándose a través del bosque, deteniéndose en los claros que ella había abierto al arrancar de raíz los árboles para atrapar ciertos animales particularmente sabrosos. Sabía que la había estado observando con el propósito, al parecer, de aprender de la mejor.

Un día lo divisó acercándose al cubil que ella había creado en el litoral, un cueto colgado de un escarpado acantilado que se asomaba al océano Courrain Meridional. Había esculpido cuidadosamente la guarida y el terreno circundante durante los últimos meses. Como un resuelto alfarero, estaba modificando continuamente el área, haciendo el cueto más grande, más abrupto, más imponente, con picos escabrosos y sombrías cavidades.

Había excavado una inmensa cueva tierra adentro, un agujero lo bastante grande para albergar su escamoso cuerpo y unos cuantos cofres con monedas que había cogido de los barcos. Desde el interior de su cómodo cubil, lo vio acercarse más.

--¿Qué quieres? -siseó cuando estuvo cerca.

--Tenía que verte -gruñó el macho, que emitió un rugido bajo y suave al tiempo que las llamas asomaban por sus ollares-. Oí hablar de un gran Rojo en las llanuras, uno que no estuvo en la guerra de Caos, en el Abismo. Uno que, quizá, tuvo miedo de combatir junto al resto de nosotros al lado de Takhisis.

--Yo soy Takhisis -espetó Malys al recordar la palabra que el joven Dragón Negro y el demonio guerrero habían mencionado-. Soy tu diosa. Inclínate ante mí.

El macho se echó a reír, y un sordo rugido empezó a sonar en lo más hondo de su pecho.

--Eres grande -espetó-, pero no eres Takhisis. No eres una diosa. Los dioses no necesitan comer, y no viven en cuevas. Todos ellos se han marchado. Inclínate *tú* ante mí.

Malys oyó la brusca inhalación de aire, olió un indicio de sulfuro, y supo que el macho estaba a punto de lanzar un chorro de fuego contra ella. Pero no se movió del sitio. Sabía que el ardiente aliento del Rojo no le haría daño; sólo pondría de manifiesto lo necio que era.

El dragón abrió las fauces, y una bola de fuego amarilla y naranja salió disparada entre sus relucientes colmillos. Voló hacia Malys, pero no directamente hacia ella, sino que se descargó contra la rocosa ladera que había justamente sobre su cabeza. El macho volvió a inhalar, y Malys sintió que su cubil se sacudía. El Rojo no era tan necio, después de todo. Polvo y rocas cayeron en cascada sobre su cabeza y la dejaron atrapada en el interior del cubil. Volvió a oír el crepitar del fuego, sintió el calor, notó que la entrada se cegaba, que la tierra se cocía, que las rocas menos densas se derretían con el ardiente aliento del macho. El hueco se estrechó prietamente contra sus costados.

--¿Quieres enterrarme? -siseó mientras el féretro de tierra estrujaba su inmenso corpachón y la presión en sus costillas se hacía más y más incómoda.

Como un perro mojado que se sacudiera el agua, Malys agitó la cabeza a uno y otro lado, empujó con las alas, y descargó la musculosa cola hacia atrás. Un sordo retumbo se inició en su interior, semejante a un temblor de tierra. El ruido creció de intensidad al tiempo que la hembra se sacudía; después, Malys inhaló profundamente y exhaló el aliento.

El rocoso cueto explotó. Piedras, tierra y llamas ardientes salieron disparadas en todas direcciones. Algunas rocas cayeron a bastante distancia en el Courrain Meridional, otras llovieron sobre el insolente Rojo y acribillaron la gruesa piel.

El macho rugió y cargó contra ella, impasible ante el chorro de fuego que seguía saliendo de sus fauces. Descargó zarpazos contra su pecho, y el impacto la echó hacia atrás. Malys enroscó la cola alrededor de una de las patas traseras del macho, y durante un instante se enzarzaron en un cuerpo a cuerpo al borde del acantilado. Entonces el suelo cedió bajo el enorme peso de sus cuerpos, y los dos se precipitaron hacia los aserrados picos que sobresalían a lo largo de la costa.

Malys sabía de memoria su territorio, conocía palmo a palmo cada estanque, cada pueblo, cada escollo de obsidiana y cuarzo que sobresalía del agua y amenazaba la seguridad de los barcos. Mientras caían, giró sobre sí misma, dejando al macho debajo de ella, clavó las garras en sus flancos, y plegó las alas contra los costados cuanto pudo para caer como una piedra.

El Rojo aleteó frenéticamente en un intento de frenar el descenso, pero ella pesaba demasiado. Su cuello se enroscó como una serpiente enfurecida, acercando la cabeza a la hembra. Sus mandíbulas se cerraron alrededor del cuello de Malys, que bramó de sorpresa y dolor al tiempo que descargaba zarpazos contra los costados de su oponente. La cálida sangre del macho le humedeció las garras mientras que la suya propia le resbalaba en regueros cuello abajo. Malys sacudió la cola atrás y adelante, la alzó para golpear las alas del macho, y después la descargó contra su hocico con el propósito de hacerle soltar su presa.

Pero los dientes del Rojo se hincaron aún más, y por un instante a Malys le costó trabajo respirar. Se sentía mareada, los pulmones le ardían, y entonces oyó un tremendo impacto cuando el macho chocó contra los escollos. Las afiladas rocas lo atravesaron como lanzas por la espalda, dejándolo clavado en ellas.

En el mismo momento en que le soltaba el cuello, Malys abrió las alas y empezó a agitarlas frenéticamente para no acabar empalada como el macho. Cernida a pocos palmos de él, descargó unos zarpazos en el jadeante pecho del Rojo y contempló sus fútiles forcejeos para liberarse. Unas volutas de vapor se alzaron del agua que tocaba las fauces del macho, mientras éste se sacudía violentamente.

--No eres una diosa -jadeó el Rojo.

--Pero sigo viva -replicó ella con voz ronca.

Malys se posó detrás de él, tan cerca de la pared del acantilado como le fue posible, donde el agua era poco profunda y no había rocas puntiagudas. Adelantándose con cautela, descargó un zarpazo en el vientre del macho. Sus afiladas garras abrieron tajos en la escamosa piel y trazaron unos sangrientos surcos paralelos.

Cuando el Rojo exhaló su último aliento, Malys respiró hondo. Un halo rielante de color carmesí salió del cuerpo del dragón muerto y flotó hacia ella, como si algo lo atrajera. La esencia del macho se posó sobre Malys y se deslizó suavemente sobre el contorno de su inmenso corpachón como si fuera un ropaje; entonces pareció

ceñirse a sus escamas ligeramente realzadas antes de penetrar a través de su piel y desaparecer por completo.

Malys bajó la vista hacia el macho muerto, reducido ahora a una cáscara hueca que las olas barrieron rápidamente de las rocas, arrastrándola al mar. La idea de la hembra Roja había sido devorarlo para apaciguar su hambre.

La decepción de haber perdido esa oportunidad pasó a un segundo plano, desplazada por una nueva sensación de energía que recorrió, crepitante, por todo su cuerpo y se propagó hasta sus extremidades. Se sentía tremadamente viva, superior, animada por una embriagadora sensación de poder. La hizo desear haber tomado parte en la batalla del Abismo, en la guerra de Caos, de la que había hablado el macho Rojo. Y también la hizo ansiar otra pelea violenta, otra oportunidad de ponerse a prueba.

--Cuéntame más cosas acerca de esa guerra de Caos y qué la provocó. -Malys estaba hocico contra hocico con un Dragón Verde, otro visitante curioso en las Llanuras Dairly. A éste había decidido no matarlo pues podría serle de utilidad más adelante, aunque sólo fuera como fuente de información acerca de otras regiones de Krynn o como una marioneta para sus planes. No confiaba en el Verde, porque no confiaba en nadie ni en nada, pero sabía cómo fingir amistad y colaboración. Se lanzó con resolución a conquistar al Dragón Verde con palabras suaves y una insólita amabilidad.

El dragón era un poco más grande que el Rojo que Malys había matado hacía más de un mes. Tenía el mismo color que los bosques de las planicies Brumosas, con pequeñas escamas que eran tan flexibles como las ramitas de un retoño, no gruesas y rígidas como las de los otros dragones. A juicio de Malys, era apuesto para ser un Verde, pero no tan regio y hermoso como un Rojo.

--La guerra de Caos es un homenaje a la estupidez de los mortales y su indiferencia hacia los dioses -empezó el dragón-. Los irdas, también conocidos como los altos ogros, fueron los primeros en poner de manifiesto su ignorancia. Tenían en su poder la Gema Gris, que contenía lo suficiente de Caos para mantenerlo a raya y apartado de Krynn, al que había jurado destruir. Con Caos confinado, Takhisis hacía y deshacía a su antojo.

El Verde entretuvo a Malys con relatos que había oído sobre el modo en que la Reina Oscura había desplegado cuidadosamente a

sus vasallos -los dragones leales y unos humanos, juguetes sin saberlo en sus manos, llamados los Caballeros de Takhisis- por todos los países de Krynn. Había esperado el momento oportuno para dar la orden de ataque, confiando en tener a todo el mundo bajo su control.

--Pero los irdas estropearon sus planes. Por alguna razón creyeron que la Gema Gris les sería más útil si la rompían. Imaginaron que al liberar sus poderes el resto del mundo los dejaría en paz. -El Verde resopló con desdén-. Ignoraban que la fuerza que había en su interior era Caos.

--¿Así que el plan de Takhisis de dominar Krynn fracasó cuando rompieron la gema? -preguntó Malys.

--Una vez liberado, Caos intentó cumplir su juramento de destruir el mundo. Si su Oscura Majestad no hacía algo para detenerlo, entonces no quedaría nada que dominar. En consecuencia, ella y los dioses menos poderosos que aceptaron colaborar en su plan lo desafiaron. Caos se hizo fuerte en el Abismo. Takhisis convocó a sus dragones más poderosos para que se unieran a ella. Cientos de dragones combatieron al lado de nuestra soberana. -El Verde hizo una pausa, con la mirada perdida en el vacío.

»Pero fueron muy pocos los que sobrevivieron. Ahora estamos desperdigados, la mayoría solos, eludiendo la compañía de los demás.

--Y, aparte de Takhisis y los otros dioses, ¿sólo combatieron dragones? -insistió Malys.

--También había humanos, los Caballeros de Takhisis. Y otros mortales, humanos, elfos y enanos. Incluso un kender. Pero al lado de Caos eran insectos, poco más que nada. Sólo los dragones eran lo bastante poderosos para debilitarlo, cansarlo y distraerlo a fin de que una gota de su sangre pudiera recogerse entre las dos mitades partidas de la Gema Gris. De no ser por los dragones, Krynn no existiría. Cerrar la gema fue suficiente para obligarlo a marcharse. Pero sus hijos, los dioses, tuvieron que partir con él, así como toda la magia. Dicen que ahora es la Era de los Mortales.

--Pues yo creo que es la Era de los Dragones -manifestó Malys.

El Verde movió la cola perezosamente, como un gato, y sacudió la cabeza con actitud triste. Levantó una zarpaz para rascar su angulosa mandíbula.

--No. El tiempo de los dragones ha pasado. Quedamos muy

pocos. Somos criaturas de la magia, y sin ella ¿cuánto tardaremos en desaparecer completamente de Krynn?

En realidad era una afirmación, no una pregunta, y el dragón no esperaba respuesta, pero Malys se la dio:

--No tenemos por qué desaparecer. -Clavó los ojos en el Verde, y una leve sonrisa curvó las comisuras de sus inmensos labios-. Un Rojo me desafió hace poco, y me vi obligada a luchar contra él. Me alcé con la victoria, desde luego. Cuando él murió, me sentí más fuerte, me hice más poderosa. Comprendí que al matarlo había absorbido su esencia mágica. Yo no voy a desaparecer.

El Verde se incorporó y se apartó de Malys.

--¿Estás sugiriendo que los dragones se maten entre sí de manera deliberada para sobrevivir?

--Imagino que no querrás desaparecer de Krynn, ¿o sí?
-preguntó a su vez Malys-. Es mejor que mueran algunos que no todos. Es mejor que sigas vivo.

El macho la miró fijamente, en silencio.

--Los de Cobre, los de Bronce, los de Latón -dijo después, al cabo de unos segundos-. Los draconianos.

--Los que sean más pequeños y débiles, que no representen una seria amenaza en un enfrentamiento. En los que haya algún rastro de magia. Ésos son los que hay que matar para obtener su poder.

--De todos modos son mis enemigos -reflexionó el Verde, dando un portazo en las narices a su conciencia.

--Quizás incluso algunos Verdes más pequeños.

--¡No!

--Por supuesto que no -se apresuró a rectificar Malys-. Discúlpame. Simplemente pensaba que a lo mejor querías eliminar a los que están por debajo de ti, los que podrían representar una amenaza y hacerse más poderosos a medida que mataran a sus enemigos... y finalmente se volvieran contra ti. -Malys echó una ojeada por encima del hombro a su nuevo cubil, que era parte de una pequeña zona montañosa en la que estaba haciendo mejoras paisajísticas.

»Las llanuras Dairly me pertenecen -siseó-. Y pronto me apoderaré del territorio que hay al oeste de ellas.

El Dragón Verde asintió con la cabeza. Malys le había dado una idea excelente. Estaba impaciente por compartir el plan con todos sus aliados.

Al cabo de un año, Khellendros se había convertido en el señor supremo de un reino que abarcaba los Eriales del Septentrión, Trasterra, Gaardlund y las Llanuras de Solamnia, es decir, las comarcas bañadas por el océano Turbulento y que se extendían hasta la nueva frontera meridional de Solamnia. Probablemente el Azul podría haber conquistado más territorio, pero eso le habría llevado más tiempo y habría necesitado dedicar muchas horas a patrullar.

Seleccionó a Ciclón, un Dragón Azul inferior a él, para que vigilara los límites más lejanos de su territorio. Ciclón, consciente de que más le valía aliarse con Khellendros que acabar pisoteado por él, sirvió lealmente a Tormenta sobre Krynn.

Khellendros prefería pasar el tiempo intentando perfeccionar sus dracs azules. Seleccionó los mejores candidatos humanos para convertirlos en sus creaciones de pesadilla, y de vez en cuando encontraba el draconiano que necesitaba para llevar a cabo las transformaciones. Prefería pasar el tiempo pensando en Kitiara y en que al final acabaría encontrando el modo de hacerla regresar.

Los habitantes de Nueva Costa estaban preocupados por su comarca, que se estaba volviendo más húmeda de lo normal en otoño. Las lluvias se habían incrementado de manera espectacular, y el suelo no estaba absorbiendo el agua tan deprisa como era habitual. Cerca de pueblos del interior crecían profundas charcas que anegaban las cosechas y amenazaban sus hogares. Los ríos se desbordaban, presagiando la inundación de granjas situadas en terrenos bajos. Las temperaturas estaban subiendo, y los enjambres de insectos eran tan densos como nubes.

El intempestivo calor otoñal evaporaba la humedad del litoral y lo hacía más bochornoso que en pleno verano. Y la propia línea costera estaba sufriendo cambios. El nivel del agua de la angosta bahía del Nuevo Mar que se extendía entre Nueva Costa y Yelmo de Blode estaba subiendo y cubriendose de plantas acuáticas, por lo que los que vivían a lo largo de la costa se habían visto obligados a trasladarse más tierra adentro.

Un Dragón de Plata, preocupado, había emprendido vuelo en busca de una respuesta. En este día descendió para inspeccionar un

fétido pantano que no estaba allí unas pocas semanas antes, cuando había sobrevolado la zona. Hizo otro pase sobre el encharcado terreno y aterrizó en las cercanías. A un centenar de metros se alzaban los primeros árboles de un bosquecillo, y aposentado entre los sauces más grandes había un marjal lleno de juncos que se extendía hacia el horizonte. Los árboles llevaban mucho tiempo allí, pero las tupidas enredaderas y el musgo que colgaban de las ramas eran recientes. Sus raíces estaban sumergidas en el agua salobre.

El dragón tampoco recordaba el junqueral, aunque tenía que admitir que no estaba muy versado en esta zona de la Nueva Costa. Una nube de mosquitos flotaba sobre la estancada superficie y las raíces húmedas. Una rana gorda, satisfecha, que estaba sumergida parcialmente en un parche de rango, giró los ojos hacia el dragón.

--Hay humedad aquí -empezó el Plateado-. Demasiada para esta estación. -Las palabras sonaron como un croar. Los Plateados tenían el don de poder comunicarse con casi todas las especies, y el joven dragón disfrutaba haciéndolo; a veces estas conversaciones resultaban muy instructivas. A diferencia de las personas y de ciertos dragones, los animales no mentían.

--Nunca demasiada -croó la rana-. Humedad. Calor. Muchos insectos para comer. Maravilloso.

--Pero no hace mucho que está así.

--Hace menos de una luna -respondió la rana.

--Menos de un mes -repitió el dragón en un susurro.

--Para siempre -añadió la rana-. Estará húmedo para siempre.

El Plateado inclinó más la cabeza hacia el animal.

--¿Qué sabes tú sobre el agua? -inquirió.

--Al ama también le gusta. Y el calor. El maravilloso calor.

--¿El ama?

--El ama hace llover. Endurece la tierra para que el agua se estanke y no se empape ni corra hacia otro sitio. Lluvia maravillosa.

--¿Y quién es esa ama?

--Yo. -No fue la rana la que contestó, sino una voz profunda y femenina que sonó detrás del Plateado, desde el juncal plagado de insectos.

»Y tú estás invadiendo mi territorio.

El dragón giró lentamente la cabeza al tiempo que estrechaba los ojos. Al escudriñar el bosquecillo tapizado de musgo, divisó un par de grandes ojos amarillos que relucían a la altura del suelo, a través de la nube de mosquitos.

El Plateado se apartó de la rana medio enterrada y avanzó hacia el marjal.

--Lo que estás haciendo aquí está mal; es contrario a la naturaleza -reprendió el dragón-. La zona no era así, y no tienes derecho a cambiarla.

--El territorio me pertenece, Nueva Costa y Yelmo de Blode en su totalidad.

El Plateado introdujo la cabeza a través de una cortina de enredaderas para ver mejor a su interlocutora. La hembra de Dragón Negro estaba tumbada en el marjal, y sólo la cresta de su cabeza y sus ojos eran visibles sobre la superficie del juncal.

De repente las enredaderas cercanas se retorcieron como serpientes y, obedeciendo una orden sin palabras de la hembra Negra, se enroscaron alrededor de la cabeza y las fauces del Plateado, amordazándolo, y luego bajaron para enrollarse en torno a su cuello. Unas raíces de árbol salieron del agua y ciñeron sus patas.

El Plateado forcejeó. Era tremadamente fuerte, y las enredaderas no podían inmovilizarlo. En el mismo instante en que se soltaba, la hembra Negra se incorporó y escupió un chorro de ácido que lo alcanzó en el hocico.

La sustancia cáustica siseó y burbujeó, y el Dragón Plateado echó la cabeza hacia atrás en un gesto de sorpresa y dolor. La hembra no cejó en su ataque y volvió a escupirle. El corrosivo ácido derritió las escamas alrededor de la cabeza del Plateado. La hembra Negra se abalanzó sobre un sauce y lo golpeó con el hombro. El árbol crujió y cayó sobre el macho.

El Plateado retrocedió presuroso, apartándose del marjal, y la hembra fue en pos de él. Ahora, a la luz, el macho pudo verla mejor. Estaba cubierta con gruesas escamas negras, y tenía unas placas alomadas, negro azuladas, en la parte inferior del cuello y del vientre. Las alas eran suaves y del color aterciopelado del cielo nocturno; los cuernos marfileños le nacían pegados a la cresta, justo encima de los ojos sesgados, y eran unos garfios amenazadores que se curvaban un poco en las puntas.

Su lengua serpentina salía y entraba de sus fauces una y otra vez, y la saliva que resbalaba de sus labios siseaba al caer sobre la tupida hierba.

La hembra sólo era un poco más grande que el Plateado, y en una lucha limpia no lo habría derrotado, pero tenía a su favor el factor sorpresa, y lo estaba aprovechando. Esta vez dirigió el chorro

de ácido a las zarpas delanteras del macho.

El Plateado se alzó sobre las patas y abrió las fauces a fin de contraatacar; inhaló profundamente y después exhaló, expeliendo un chorro de azogue.

Pero la hembra Negra era muy rápida; se movió como un rayo hacia adelante, por debajo de él, y arremetió contra el vientre del macho. Sus garras y dientes atravesaron sus escamas plateadas, y a continuación soltó otro chorro de ácido que salpicó en las heridas. El Dragón Plateado empezó a retorcerse mientras se desplomaba, y la hembra Negra se adelantó para rematarlo.

--Soy Onysablet -siseó al tiempo que acercaba las fauces al rostro del macho. Sus cuernos engancharon la carne escamosa de debajo de los ojos-. Y éste es mi reino.

Seis años después, los habitantes de Ergoth del Sur, una isla de gran tamaño con una extensión de casi mil kilómetros de norte a sur y otro tanto de este a oeste, se encontraron con que la región estaba experimentando un cambio climático gracias a un nuevo residente.

A lo largo de su historia, Ergoth del Sur se había jactado de su diversidad climática. Ahora, sin embargo, hacía un frío permanente. La nieve cubría las desoladas planicies del norte y extendía su manto a los antiguos bosques y las montañas. Una gruesa capa de hielo relucía sobre praderas y lagos. Las aguas profundas de la bahía de las Tinieblas se obstruyeron de tal modo con la nieve y el hielo que la ensenada y la costa circundante se convirtieron en un glaciar. En el estrecho de Algoni, así como en el mar de Sirrion, flotaban icebergs que eran una amenaza en las rutas marinas.

Era invierno -y seguiría siéndolo- porque el señor supremo de Ergoth del Sur, el dragón Gellidus, era partidario del frío. Gellidus había pasado la mayor parte del año esculpiendo el territorio a medida de sus necesidades. Era amante de los grandes bancos de nieve sobre los que podía deslizarse a una velocidad increíble. También le gustaban los ventisqueros, en los que le era posible esconderse y acechar a sus confiadas presas. Para él, el gélido viento era algo tan querido como la caricia de una amante, y su aullido cuando descendía por las laderas de las montañas y sobre los helados lagos era tan bienvenido como un susurrante beso.

Al reptil se lo conocía por el nombre de Escarcha; era un inmenso Dragón Blanco de brillantes escamas, alas tan suaves como

cuero engrasado con un suave tono azulado en los bordes, y la cabeza cubierta con un caparazón anguloso y alomado.

Gellidus había pasado los últimos meses creando un clima a su conveniencia y devorando a los dragones que protestaron. También le había cogido gusto a la carne de los kalanestis, qualinestis y silvanestis, aunque tenía que engullir muchos para satisfacer su enorme estómago.

Los ogros y goblins ocupaban las montañas o, más bien, las cuevas y hendeduras que resultaban demasiado pequeñas para albergar el inmenso corpachón del Blanco. Los elfos que pudieron abandonaron el territorio, y los que se habían quedado hacían todo lo posible para ocultarse de Gellidus y adaptarse al nuevo y antinatural entorno.

Ergoth del Sur había dejado de ser una prometedora tierra donde instaurar un estado soberano de las razas elfas en el que kalanestis, qualinestis y silvanestis pudieran coexistir en paz. La mayoría de los elfos habían sido expulsados de sus hogares y obligados a huir hacia el oeste.

Con el paso de los años la población de dragones de Krynn fue disminuyendo. Sólo quedaban unas cuantas docenas, y eran bestias enormes y temibles; no sólo su tamaño era inmenso, sino también sus poderes, y establecieron firmemente sus territorios.

Algunos dragones pequeños habían sobrevivido, aquellos que sabían cómo esconderse de sus parientes de mayor tamaño y que no tenían el menor deseo de desafiarlos por cuestiones territoriales.

Uno de estos dragones era Brynseldimer. Anteriormente había vivido en las aguas turbulentas de Copa de Sangre, pero ahora se había apropiado de Dimernesti, la tierra subacuática oriental de los elfos marinos.

Era un Dragón del Mar, un vetusto ejemplar que había visto transcurrir muchos siglos. Hacía tiempo que sus escamas azulverdosas habían perdido su brillo tornasolado; se habían tornado planas y opacas, y estaban cubiertas de percebes negros como el fondo del mar. Sus cuernos subían retorcidos de lo alto de la cabeza, y cuando el dragón se acostaba en el lecho oceánico semejaba un abrupto arrecife coralino. Tenía una cola delgada y suave como una serpiente marina, rematada en la punta con afiladas púas que a menudo el reptil utilizaba para ensartar grandes peces o atravesar algún elfo marino demasiado curioso.

Brynseldimer había abandonado su hogar septentrional para

proteger su vida. El Dragón del Mar quería eludir las luchas con dragones más grandes que se habían trasladado a la zona y que habían empezado a pelear entre sí. Temía a todos los que eran de su tamaño o lo superaban. No era demasiado astuto, y no deseaba ser víctima de algún ataque bien planeado.

Los elfos dimernestis, de piel azulada, constituían más una molestia que una amenaza, y el sabor de su carne no era especialmente de su agrado; pero, de tanto en tanto, algún grupo armado había salido nadando de sus hogares en las torres coralinas para desafiarlo. Los había engullido porque no sabía qué otra cosa hacer con ellos.

Los pocos que habían intentado nadar hacia el país de los silvanestis para ir en busca de la ayuda de sus parientes de los bosques habían terminado aplastados bajo las patas del dragón. Finalmente, los dimernestis habían aprendido a no molestarlo y a quedarse en sus casas, convertidas ahora en sus celdas. El dragón, al que apodaban Piélago, por lo general los dejaba en paz mientras no anduviesen vagando por ahí.

Aislados, no sabían que en otras partes de Krynn los dragones estaban estableciendo reinos y atormentando a las gentes; ignoraban que, a medida que los meses y los años pasaban, se apoderaban de más y más regiones y cambiaban el entorno para hacerlo acorde a su condición.

No tenían idea, pues, de que, a despecho de su situación semejante a un encarcelamiento, la de humanos y elfos de muchos otros sitios era aún peor. No sabían que Brynseldimer se ocupaba diligentemente de hundir los barcos que se acercaban demasiado a sus dominios para impedir que nadie llegara hasta ellos y mantenerlos aislados en sus comunidades submarinas. Devoraba cualquier especie marina inteligente, sobre todo las nutrias, ya que los dimernestis eran capaces de adoptar la forma de estos animales.

E ignoraban asimismo que las acciones del dragón tenían como propósito principal cortar cualquier información que delatara su presencia. Aunque Brynseldimer no era el dragón más listo de Krynn, era consciente de que, si no quería que sus parientes más grandes y escamosos le dieran caza, tenía que evitar que lo descubrieran. Debía mantener su presencia en secreto.

Casi veinte años después de que Malys compartiera su plan

secreto con el Dragón Verde, una hembra Verde de mayor tamaño ingirió la importante información (junto con el infeliz macho), y decidió disputarle el dominio de su territorio. Se llamaba Beryllinthranox, y, después de haber acabado con casi treinta draconianos gracias a su devastador aliento venenoso, también se la conoció como Muerte Verde.

Las planicies azotadas por el viento que recibían el nombre de Praderas de Arena, comprendidas entre las Kharolis, la bahía de la Montaña de Hielo y el mar de Sirrion, eran suyas. Concentró sus esfuerzos en atrapar a todos los draconianos escondidos, así como a las crías de Dragones Azules y de Cobre, a los que les gustaba el terreno seco de las planicies. La hembra Verde empleó la energía arrebatada a sus víctimas para transformar la comarca, creando un medio ambiente en el que proliferaron árboles y arroyos donde antes sólo crecían algunos parches de matojos.

Finalmente se dirigió hacia el norte, a las praderas situadas al sur de los bosques de Qualinesti, donde añadió tres jóvenes Dragones de Bronce a su lista de víctimas, además de darse un banquete con una patrulla de elfos.

Beryl creció de tamaño, se hizo más poderosa, más beligerante, y en el transcurso de tres años reclamó como suyo el reino de los elfos qualinestis y se convirtió en la señora suprema de Qualinost y sus alrededores.

El reino de Malys incluía ya Kendermore, Balifor, Khur, y las llanuras Dairly. Esta última comarca ya no era llana. La hembra Roja había empleado sus energías en crear una accidentada cordillera que se extendía desde el extremo sur al norte y se curvaba hacia la tierra de los kenders. Los exuberantes bosques habían menguado, tanto por sus frecuentes cacerías como por la degradación del terreno debida a sus manipulaciones.

Su cubil, el Pico de Malys, se encontraba ahora justo al sur de una ciudad llamada Flotsam. Era una meseta rodeada por todas partes de puntares peñascos. Allí se reunía con otros dragones, también señores supremos, para intercambiar noticias sobre sus conquistas. Malys estaba interesada siempre en saber cosas sobre los humanos a los que los otros dragones se enfrentaban. Lo quería saber todo sobre ellos: sus motivaciones, sus pasiones, sus debilidades, sus defectos.

--Es la Era de los Dragones, no la Era de los Mortales -siseó la gran hembra Roja a Khellendros. El Azul había ido a visitarla, acudiendo a su llamada por curiosidad, no por respeto-. La magia poderosa no está a su alcance.

--Pero sí al nuestro -la interrumpió Khellendros-. Somos criaturas mágicas, y la magia no desaparecerá de nosotros. Por el contrario, nos estamos haciendo más fuertes.

El Azul la miró fijamente, como si la estuviera estudiando. Por un instante, Malys se preguntó si Khellendros sospecharía que era ella la que había iniciado las batallas entre dragones. ¿Sabría que no era necesario que se mataran entre sí o que destruyeran a los draconianos para conservar su esencia mágica y asegurarse la permanencia en Krynn? Lo consideraba inteligente, pero resultaba difícil creer que era lo bastante listo para imaginar sus manejos. No, imposible.

--Ahora es el momento de atacar -gruñó la hembra suavemente-. Cuando los hombres están más débiles. No pueden hacernos frente ni derrotarnos como lo hicieron con otros dragones en décadas pasadas. Debemos someterlos.

Khellendros siguió con los ojos clavados en ella durante unos segundos muy largos. Finalmente, su enorme cabeza hizo un gesto de asentimiento.

--Sí, ahora es el momento de atacar -convino.

8 *Reunión de hechiceros*

--¿En qué piensas? -La voz era suave y femenina, y sonó a la espalda de Palin, que estaba junto a la ventana contemplando el bosque de Wayreth.

--Me preguntaba qué estarías haciendo en esta bonita tarde, Usha.

--Eres un mal embustero, esposo. -La mujer puso suavemente la mano sobre su hombro mientras él se volvía hacia ella.

Las tres décadas que habían pasado desde la guerra de Caos habían sido benévolas con Usha Majere. Su largo cabello era plateado y brillante, el mismo color que cuando la había conocido.

Seguía teniendo una bonita figura que hacía volver las cabezas de hombres con la mitad de su edad. Y las pocas arrugas que había en su cara eran las de las comisuras de los dorados ojos, que se le marcaban más al sonreír.

Pero Usha no sonreía mucho últimamente. Sabía que Palin estaba preocupado, y que cada día dormía menos. Los sueños habían vuelto, y a menudo despertaba sudando y no quería hablar de ellos. Los años y las preocupaciones habían pintado canas en su largo cabello rojizo, marcado arrugas en su frente y en su atractivo rostro, y quitado brío a sus pasos. Pero no habían encorvado sus hombros ni habían embotado su intelecto, como tampoco habían disminuido su entereza.

Palin había pasado ya los cincuenta. Seguía vistiendo una sencilla túnica marfileña, aunque hacía años que lo habían nombrado portavoz de la Orden de los Túnicas Blancas. Y a menudo todavía pensaba en su tío Raistlin, el hechicero más formidable de los Túnicas Negras que había pisado Krynn.

Con la aparente desaparición de la magia, Palin se había sentido frustrado e inútil. Había servido como jefe del Cónclave de Hechiceros durante los últimos cuatro años, pero nada había cambiado. A los magos les era imposible realizar hasta los más sencillos conjuros, y sólo podían utilizar algunos objetos mágicos. Los elfos de Qualinesti necesitaban desesperadamente un medio para combatir a la poderosa Beryl, que se había proclamado señora suprema del territorio, pero los hechiceros habían sido incapaces de ofrecer ninguna solución.

--¿En qué piensas realmente? -insistió Usha.

Palin alzó la mano y enredó un dedo en el suave cabello una y otra vez hasta formar un rizo; soltó el mechón de pelo y rodeó el rostro de su esposa con las manos. Usha olía a lilas esta mañana, y el mago inhaló su fragancia profundamente.

--Pensaba en los dragones -contestó por fin.

--Siempre estás pensando en ellos.

--En estos tiempos, resulta difícil pensar en otra cosa. Tengo que hacer algo antes de que la situación empeore más, pero es que no sé qué puedo hacer. Todo lo que hemos intentado los otros hechiceros y yo no ha cambiado nada, ha pasado inadvertido.

Usha se apartó de él, apretó los puños y se puso en jarras.

--También a mí me asustan los dragones, Palin Majere, pero el destino de todo Krynn no recae sobre tus hombros. Ya casi no

duermes, te quedas levantado hasta muy tarde estudiando, pensando. Y te levantas temprano. Me tienes muy preocupada.

--Estoy bien.

--No lo estarás si sigues así.

--Tengo mucho trabajo. He hecho un descubrimiento que...

--Sea lo que sea, si has estado trabajando en ello tanto tiempo, podrá esperar un día más -insistió Usha-. Sólo un día. Prometimos cenar con nuestros hijos. ¿Y qué me dices de nuestros nietos? Lo prometimos. Mañana podrás...

Palin puso mala cara.

--Deseo verlos. De verdad que quiero -empezó. En su voz había un timbre de exasperación-. Pero tendrá que ser una cena rápida. Y me temo que habrá de ser tarde. Tengo cosas que hacer aquí que no se pueden aplazar.

--¡Palin! -lo reconvino su esposa.

--Palin -llamó una voz más profunda-. Estamos listos.

Usha apretó los labios hasta convertirlos en una fina y tirante línea. Miró fijamente a su esposo a los ojos.

--Quisiera no tener que compartirte con los dragones y con esta torre -dijo, enojada-. Y quisiera no tener que compartirte con esos... hombres. -Hizo un gesto hacia atrás, señalando a un hombre de ropajes blancos, cuyo rostro quedaba oculto bajo la capucha de la túnica.

Palin la atrajo suavemente contra su pecho.

--Soy yo quien organizó esta reunión. Ellos vinieron porque se lo pedí. -Sus labios rozaron la frente de la mujer, retrasando la separación-. He de irme ya.

Se reunieron en la habitación del piso más alto de la Torre de Wayreth. Palin se sentaba a la cabecera de una larga mesa hecha de madera de ébano. El sol vespertino se reflejaba cálidamente en su lustrosa superficie.

A su derecha se hallaba un hechicero de túnica marfileña que aparentaba unos treinta años, sólo unos pocos más que Ulin, el hijo de Palin. Pero el jefe del Cónclave sospechaba que el hombre era mucho mayor que él mismo. Las negras y suaves manos del hechicero sobresalían de las amplias mangas, y sus dedos seguían el trazado de las vetas y espirales del tablero de la mesa. Se retiró la capucha dejando a la vista el rostro de piel negra, sin tacha.

--Esperaba que más hechiceros hubieran respondido a tu llamada, Majere -comentó-. O que no hubieran respondido rehusando. Este cónclave que has convocado podría muy bien ser el último en Ansalon. -El hombre era conocido como el Custodio de la Torre. Era el encargado del edificio y, hasta cierto punto, un misterio. Nadie recordaba haberlo visto antes de la guerra de Caos.

--Algunos adujeron estar demasiado ocupados para asistir. Otros afirmaban que simplemente no disponían de medios para llegar aquí -dijo el mago que estaba sentado a la izquierda de Palin, llamado el Hechicero Oscuro. Resultaba imposible distinguir si la voz pertenecía a un hombre o a una mujer porque se oía amortiguada al sonar detrás de una máscara metálica en la que sólo había rendijas para los ojos. Su esbelta figura iba cubierta totalmente por ropajes negros, y la capucha de la túnica ocultaba aun más el metálico e inexpresivo rostro que cubría-. Pero creo que los otros hechiceros no han venido porque han perdido la fe en la escasa magia que queda. Al parecer ya nadie estudia el arte. Apenas hay aprendices. Y los dragones han matado a los hechiceros que osaron hacerles frente.

--Creo que todos tememos a los dragones -dijo Palin.

--Deberíamos -abundó el Custodio.

--Entonces, esta reunión no tiene sentido. -El Hechicero Oscuro se retiró de la mesa, y las patas de la silla chirriaron contra el suelo de piedra-. Dudo que se pueda detener a los dragones. Nosotros, desde luego, no tenemos los medios para hacerlo.

--Sin embargo quedan muy pocos, al menos, en comparación con los que había antes de la guerra de Caos... y antes de que empezaran a luchar unos contra otros -señaló el Custodio.

--Reconozco que su, así llamada, Purga de Dragones ha contribuido a diezmarlos, pero ahora parece haber llegado a un punto muerto -repuso el Hechicero Oscuro. Sus hombros estaban encorvados, ya fuera por la edad o por el desánimo-. Pero los que quedan son más astutos, más mortíferos, puede que invencibles.

Palin suspiró y observó en silencio a sus compañeros.

--Vuelves a tener premoniciones -dijo el Custodio.

--El dragón que veo en mis sueños es un Azul gigantesco, el mismo de otras veces. Tiene que tratarse de Khellendros -comentó Palin-. Si alguien no hubiera destruido la Torre de la Alta Hechicería de Palanthas, el dragón se habría adueñado de ella y de la magia que guardaba, y a saber qué uso le habría dado. Tal vez Palanthas no existiría en la actualidad.

--El dragón habría utilizado la magia contra alguien, de eso no cabe duda -convino el Custodio.

--¿Has tenido algún sueño sobre la hembra Roja del este, Malystryx, o sobre cualquier otro dragón? -preguntó el Hechicero Oscuro en tono susurrante.

--Sólo del Azul -repuso Palin al tiempo que sacudía la cabeza. Respiró hondo y se pasó los dedos por el cabello-. Está cerca de Palanthas, pero no ha vuelto a ser una amenaza para la ciudad desde hace treinta años, cuando la torre fue destruida. Pero hasta que me sea posible interpretar mis sueños, determinar qué se trae entre manos, tendremos que ocuparnos de otros asuntos urgentes.

--¿Te refieres a tu descubrimiento, Majere? -preguntó el Custodio.

--Sí. Creo que puede tener una gran repercusión en cualesquiera acciones que emprendamos contra los dragones. -Palin se puso de pie y apoyó las puntas de los dedos sobre la mesa-. Me parece que he descubierto cómo realizar conjuros.

--¿Cómo es posible? -El tono del Hechicero Oscuro puso de manifiesto que la afirmación de Palin lo había intrigado.

--No dejaba de pensar que dependía de mí discurrir el modo de traer de nuevo la magia a Krynn. Me negaba a aceptar que hubiera desaparecido así, sin más. Y entonces se me ocurrió que quizá yo era capaz de hacerla, yo personalmente, y que tal vez la magia no había desaparecido de nuestro mundo.

--Todos hemos deseado eso mismo. Todos lo hemos intentado -adujo el Custodio.

--Sí, pero sólo hemos intentado usar la magia del mismo modo que lo habíamos hecho siempre. Este no es el mismo Krynn que era hace treinta años. Siempre utilizamos la magia de la Alta Hechicería que nos fue entregada por los dioses hace milenios, pero ellos ya no están. Ahora no contamos con su ayuda, por lo tanto, naturalmente, no podemos acceder a la magia de Krynn con el mismo método anterior.

--La magia de Krynn -dijo el Hechicero Oscuro al tiempo que asentía con la cabeza.

--¡Sí! Y aún sigue aquí esa magia innata, primigenia, que todavía trasciende a nuestro mundo... La magia de Krynn.

--Pero ¿cómo utilizarla sin conjuros escritos o aprendidos de memoria? -preguntó el Custodio, echándose hacia adelante en su silla.

--Buscad vosotros el modo -respondió Palin con entusiasmo.

Los otros dos hechiceros parecieron ofenderse con sus palabras y se recostaron en sus sillas.

--Lo que quiero decir es que tenéis que buscar la magia de Krynn a vuestro modo, tejiendo vuestros propios y exclusivos conjuros -aclaró Palin en voz queda.

--Si uno puede *sentir* la magia, puede moldearla a voluntad -comentó el Hechicero Oscuro tan de improviso que sorprendió a Palin.

Los tres se miraron entre sí, y durante largos minutos el único sonido que se escuchó fue el silbido del viento en la escalera de caracol que había al otro lado de la puerta de la cámara.

--Esta nueva hechicería tuya podría no llegar a ser nunca tan poderosa como la antigua -dijo el Custodio con un tono de pesar.

--Es cierto que tiene menos poder, al menos, por ahora -hubo de admitir Palin de mala gana.

El silencio volvió a adueñarse de la cámara.

--Quizá se podría extraer la energía de un objeto mágico para aumentar la potencia del conjuro -sugirió el Hechicero Oscuro.

Palin sonrió al tiempo que asentía con la cabeza a medida que la idea le parecía más y más razonable. Su sonrisa se borró al reparar en la expresión preocupada que había en el negro semblante del Custodio.

--Si existe la posibilidad de ejecutar un conjuro agotando la magia de un objeto, nadie deberá saberlo.

--¡Mantenerlo en secreto, dices! -exclamó Palin, mirándolo enojado.

--¡Desde luego! Mantenerlo en secreto es lo más aconsejable. ¿Qué quieres que hagamos, Majere? ¿Levantar la veda de los artefactos más preciados de Ansalon? Se nos acaba de ocurrir esta idea. ¿Quién puede afirmar siquiera que funcionará? ¿Tú qué opinas, Hechicero Oscuro?

--Creo que lo mejor sería reflexionar sobre el asunto durante un tiempo -respondió en voz queda el interpelado.

Palin se hundió en su silla.

--Concentrémonos pues en lo que sí podemos hacer -dijo.

--Correcto -abundó el Hechicero Oscuro-. Esta nueva hechicería debe revelarse como una sorpresa a los dragones. Voto por lanzar un ataque sobre Beryl.

--Tu entusiasmo es loable, colega, pero ¿no te parece que antes

deberíamos aprender cómo ejecutar los conjuros? -preguntó el Custodio.

--Lo digo porque los elfos necesitan desesperadamente ayuda. Es una de las razones por la que nos hemos reunido -contestó el otro mago.

La discusión se alargó hasta la noche, pasada la hora en que Palin tendría que haber ido a cenar con sus hijos. Usha se marchó sola, susurrando que lo entendía y que Linsha y Ulin también se harían cargo.

Palin no pudo dormir esa noche, aunque esta vez el insomnio se debía más a la excitación que a la preocupación. El Custodio de la Torre había declarado que su reunión constituía el último Cónclave de Hechiceros, y le había dado instrucciones para disolver las antiguas Órdenes de magos y abrir una escuela en la que enseñar la nueva hechicería. Y, aunque no disponían de magia suficiente para destruir a Beryl, iban a intentar expulsarla. El futuro de la raza elfa dependía de que ellos infligieran a la hembra Verde una derrota, aunque ésta no fuera definitiva.

Por fin Palin disponía de medios para hacer algo, y eso lo alegraba, pero también se sentía solo de algún modo, agobiado con el peso de una gran responsabilidad. ¿Dónde estaban los dragones bondadosos? ¿Dónde estaban los de Bronce, los de Latón, los Dorados, los Plateados, y los de Cobre? ¿Dónde estaban los que siempre habían ayudado a los hombres?

Sus pensamientos retrocedieron unas cuantas décadas, a la guerra de Caos. Había visto volar a los Azules al lado de los Dorados, algunos con jinetes y otros solos, todos unidos bajo la misma bandera. Entonces no había dragones perversos, a su entender. Simplemente eran paladines que luchaban para salvar Krynn. Ese día murieron más hombres que dragones, tanto Caballeros de Takhisis como Caballeros de Solamnia, ya que dejaron a un lado sus lealtades por una causa común. Y, cuando la batalla terminó, los caballeros, en otros tiempos enemigos, fueron enterrados juntos en una tumba erigida en Solace para honrar a los héroes caídos.

«Krynn necesita nuevos campeones -pensó Palin-. Si ésta es realmente la Era de los Mortales, entonces los mortales tienen que reclamar la tierra. Quizá Goldmoon nos ayude a encontrarlos.»

--Me recuerdan un rebaño. -La voz de Malys estaba cargada de desprecio.

--¿Los humanos? -inquirió Khellendros.

La majestuosa hembra Roja asintió con la testa.

--Y también los elfos, los enanos, los gnomos. Todos ellos. Incluso los kenders. Sobre todo los alegres, lastimosos kenders. Los despreciables kenders con sus insignificantes armas, insolentes sonrisas y molestas chanzas. Me apoderé de sus tierras, y no pudieron hacer nada para impedírmelo.

Malys estaba tumbada sobre su vientre en el cubil de la meseta, al sur de Flotsam, dejando que el sol de última hora de la tarde le caldeara las escamas. Cerró los ojos y soltó un gruñido suave, satisfecho. Le encantaba el calor. Khellendros estaba sentado delante de ella.

--Hay humanos que aspiran a la grandeza -empezó-. Por lo menos, algunos.

--Eres blando al pensar así -siseó la hembra.

--Soy inteligente al admitirlo -replicó Khellendros-. Los humanos y sus aliados han sido responsables de ahuyentar dragones de la faz de Krynn con anterioridad. No se los debería tomar a la ligera.

Malys arqueó el escamoso entrecejo, abrió un ojo y en silencio lo instó a continuar.

--Este mundo ha sido testigo de tres guerras de dragones, cuatro si esta última puede llamarse así -explicó el Azul-. Todas fueron gloriosas, y devastadoras, para nuestra especie. En la primera, hace casi cuatro mil años, los elfos intentaron expulsarnos de la que ellos consideraban su tierra. Era nuestra, y habríamos vencido, ya que los elfos no eran lo bastante numerosos para hacernos frente. Pero los dioses de la magia los ayudaron, entregándoles varias piedras encantadas que capturaron los espíritus de los dragones y absorbieron su fuerza; entonces los elfos enterraron las piedras en las entrañas de las montañas más altas. Los dragones se debilitaron y fueron expulsados del mundo.

--Pero regresaron -ronroneó Malys.

--La segunda guerra tuvo lugar menos de un milenio después. Las piedras estaban enterradas en las montañas Khalkist, donde un clan de enanos tenía una mina en explotación. Los enanos no son partidarios de la magia, así que cuando el nuevo túnel desembocó en la cámara donde se guardaban las piedras y percibieron su magia poderosa, se libraron de ellas arrojándolas a la superficie. Pensaban que así estaban a salvo y protegían su mina.

--¿Hicieron que los dragones volvieran al mundo? -preguntó Malys, en cuya voz era patente la incredulidad. La hembra miraba fijamente al Azul ahora, sin pestañear.

--Sí -asintió Khellendros-. Los confiados enanos liberaron a los dragones, que reunieron ingentes ejércitos de seres semejantes a lagartos llamados bakalis e invadieron los bosques de Silvanesti para vengarse de los elfos. Los árboles más vetustos fueron derribados, y las bajas entre los elfos fueron impresionantes. Los dragones se proponían exterminar la raza, condenarlos a la extinción. Y podrían haber tenido éxito. Deberían haberlo tenido. Pero, de nuevo, la fatalidad no quiso que fuera así.

--¿Qué ocurrió? ¿Estabas tú allí?

--No. Todavía no había nacido. Y sospecho que ninguno de los dragones presentes en Krynn ahora estaba vivo entonces, a excepción de nuestra señora, Takhisis -respondió el Azul-. Pero todos los dragones, todos los de Ansalon, sabemos lo que ocurrió y compartimos una historia común. Te lo estoy contando para que así comprendas mejor tu nuevo linaje.

--Prosigue -urgió la hembra.

--Tres hechiceros y un vástagos, una de las criaturas más magníficas de este mundo, invocaron fuerzas poderosas y exigieron que la propia tierra se tragara a los dragones para toda la eternidad. Los dragones no fueron engullidos, pero sí derrotados y expulsados. Y los enreídos elfos siguieron viviendo y de nuevo se apoderaron de nuestra tierra.

--Pero los dragones, obviamente, recuperaron de nuevo el poder -adujo Malys.

--Sí. Takhisis no habría permitido que fuera de otro modo. Convocó a los seres lagarto y, con su ayuda, introdujo huevos de dragón en las entrañas de las minas de Thoradin. Cuando los huevos eclosionaron, los jóvenes dragones devoraron a sus cuidadores y se hicieron más fuertes. Permanecieron ocultos en las minas durante un

tiempo, hasta que fueron lo bastante grandes para lanzar su ataque en nombre de la Reina Oscura. Esa época se llamó la Tercera Guerra de los Dragones, la contienda más sangrienta y costosa de todas. Los humanos estuvieron a punto de perecer como raza. Oleada tras oleada de dragones cayeron sobre ellos escupiendo fuego, rayos, ácido, veneno y hielo. La victoria tendría que haber sido nuestra. Pero los Dragones del Bien, los entrometidos Dorados y Plateados, intervinieron. Los humanos fabricaron lanzas encantadas y, a lomos de sus dragones aliados, volaron contra nosotros. Al final, Takhisis cayó derrotada. Aceptó marcharse de Krynn, llevándose a sus criaturas con ella.

--Y eso ocurrió...

--Hace más de dos mil quinientos años, unas cinco décadas después de que terminara la llamada Segunda Guerra de los Dragones, aunque en realidad era una continuación de ella. Esto se debe a un error de un historiador, que fechó la última parte de la contienda mil quinientos años después de que ocurriera realmente.

--Es mucho tiempo -reflexionó Malys.

--Pero no en lo que concierne a la historia. O a los dragones.

La hembra Roja gruñó y agitó la cola. Era evidente que no le gustaba que la corrigieran.

--Y los dragones... -instó al Azul a continuar su relato.

--Reaparecieron de nuevo aproximadamente en el año 141 después del Cataclismo, cuando Takhisis descubrió una puerta y regresó al mundo para dirigirnos. Yo estaba allí. -Khellendros hizo una pausa, preguntándose si Malys sería capaz de comprender que él era un dragón mucho más grande y poderoso de lo que correspondía a su edad, pero llegó a la conclusión de que la hembra Roja no estaba enterada de la existencia de los Portales y de cómo discurría el tiempo entre ellos. Por otra parte, no debía de saber mucho respecto a la edad y el tamaño de los dragones de Ansalon.

--¿Y qué ocurrió? -preguntó Malys.

--Con el paso de los años, hicimos un pacto con los ogros y con los humanos perversos, unos seres que no tenían escrúpulos en matar a sus propios congéneres. Los ejércitos de la Reina Oscura crecieron, nacieron los draconianos, y finalmente tuvimos bajo nuestro control la mayor parte de Ansalon. -Khellendros se quedó mirando fijamente un punto de la meseta, absorto en aquellos días pasados-. Esa época se llamó la Guerra de la Lanza, y no tuvo parangón con ninguna otra. Los Señores de los Dragones, humanos

escogidos de mentalidad militar, nos dirigieron de una batalla grandiosa a otra. Encaramados a nuestra espalda, nos ayudaron a alcanzar la victoria sobre sus semejantes.

--¿Estuviste asociado con un *humano*? -Malys escupió literalmente la última palabra, como si fuera un pedazo de carne podrida.

--Una humana, Kitiara. -Khellendros pronunció el nombre en voz queda, casi con reverencia.

--¿Y dónde está ahora esa Kitea... Kitiara?

--Los cuerpos de los humanos son frágiles.

--¿Qué decía yo? -siseó Malys.

--Pero sus mentes son extraordinarias -continuó Khellendros-. Cuando la batalla estaba en todo su apogeo, otro humano, un hechicero, se sacrificó para clausurar el Portal al Abismo... con la Reina de la Oscuridad dentro. Los hombres reconstruyeron su mundo, y nosotros, los dragones, nos quedamos relegados a un segundo plano, maquinando.

--Pero ya no estamos en segundo plano, y ahora los hombres no disponen de la magia -gruñó Malys-. Se han quedado sin sus dioses, sin su poder. No son más que ganado. Y yo tengo planes para ellos.

Ahora le llegó a Khellendros el turno de escuchar. El gran Azul miró a la hembra a los ojos y vio en ellos un fugaz brillo divertido.

--Algunos serán guardados en corrales -empezó Malys-, igual que guardan ellos sus rebaños. Humanos, elfos, enanos, todos ellos.

-Malys observó atentamente a Khellendros, calibrando si la idea horrorizaba al gran Azul, pero la expresión del macho se mantuvo impasible, cosa que complació a la hembra Roja-. Los más despabilados y más fáciles de dominar serán utilizados como espías. Quiero saber qué se cuece en sus ciudades, y los confidentes leales a mí que formaré me lo contarán.

El Azul levantó una garra con gesto aburrido y se rascó la mandíbula.

--Te prevengo que los humanos son listos. No encontrarás muchos que deseen cooperar contigo.

--Pero serán suficientes. Y los que se atrevan a desafiar me, serán destruidos. -Malys se incorporó hasta que sus ojos estuvieron a la misma altura que los de Khellendros-. De todas formas, cientos, miles de ellos han de ser sacrificados. Hay que frenar y reducir su crecimiento demográfico para poder tenerlos controlados. Esta vez, los humanos no podrán echarnos de Krynn porque no les daremos

ocasión de hacerlo.

Khellendros la observó en silencio. Estaba impresionado por el ansia de poder de la hembra, y algo más que un poco preocupado. Malys demostraba una gran decisión, y si había llegado a plantearse los pasos que seguiría para dominar a las personas, ¿qué se propondría después?

--Me necesitas -siseó ella, interrumpiendo sus pensamientos-. Me necesitas como aliada.

--No querría tenerte como enemiga, desde luego.

--Y yo te necesito a ti -continuó Malys-. Eres poderoso, más grande que los otros dragones señores supremos. Juntos, tú y yo podemos dirigir la conquista de Krynn -dijo con voz aterciopelada-. Y, cuando llegue el momento, tú y yo procrearemos la nueva raza de dragones que caminará sobre la faz de Krynn.

Khellendros accedió al plan de Malys. Mientras volaba hacia su desértico hogar, recordó las palabras exactas de su respuesta: «No hay nadie más en Krynn con quien me aliaría. Es un honor para mí, Malystryx, que hayas elegido incluirme en tus planes.»

Sellado el pacto, la dejó para regresar a los Eriales del Septentrión. Khellendros no le había mentido. No había nadie en Krynn a quien considerara como posible compañero. La esencia de Kitiara estaba en El Gríseo, así que Malys sería su aliada por ahora. Era más seguro estar de su parte que contra ella. Era codiciosa, ambiciosa, intrigante, poderosa... Poseía los rasgos que él admiraba. Pero no era Kitiara, y jamás podría ocupar su lugar.

--Utilizaré a los humanos como ganado, Malys -susurró mientras su curso lo llevaba sobre las montañas más altas de Neraka-. Pero no del modo de imaginas.

El Azul pasaba casi todo el tiempo atrincherado en su guarida situada debajo del vasto desierto de los Eriales del Septentrión. Había ampliado la caverna, utilizando las técnicas de Malys para moldear su territorio, y ahora ésta constaba de varias cámaras subterráneas; en algunas de ellas tenía encerrados a humanos, unos bárbaros que había atrapado en los pueblos repartidos a lo largo de los rompientes del Tiburón.

Lo miraron con ojos de temor. Sabían que era mejor no decirle nada, no preguntar qué iba a ocurrirles, no osar desafiarlo. «Los humanos son más inteligentes de lo que crees, querida Malys»,

pensó Khellendros.

El Azul estuvo trabajando con sus cautivos, separándolos, jugando con su miedo y sus debilidades. Tenía que corromperlos, hacer que se volvieran los unos contra los otros o volverlos locos. En los años dedicados a la creación de dracs, Khellendros había descubierto que sólo los humanos perversos o los que casi habían quedado reducidos a meros autómatas sin cerebro resultaban adecuados para prole. Los humanos voluntariosos y con buenos sentimientos solían morir en el proceso o terminaban convertidos en cáscaras azules vacías que carecían de comprensión para seguir incluso la orden más sencilla.

«Pero encontraré el modo de superar ese obstáculo -pensó-. Hallaré la forma de transformar a cualquier humano, sea cual sea su condición.»

Al cabo de un mes tenía una docena de candidatos apropiados para el proceso, así como un colérico sivak cautivo que nutriría la transformación. Pero no conseguía que manaran sus lágrimas, y necesitaba una -una parte de sí mismo- para completar la mutación de cada uno de sus vástagos.

El dragón paseó impaciente por su extenso cubil subterráneo. Se concentró en Kitiara, pensó en la muerte de su cuerpo, en cómo le había fallado él cuando lo necesitaba. Lo abrumó una gran sensación de tristeza, pero en lo más recóndito de su mente alentaba todavía la esperanza de hacerla regresar y darle el cuerpo de uno de sus dracs. Y ese atisbo de esperanza le impedía producir la lágrima vital.

Las maldiciones de Khellendros retumbaron como truenos en la caverna, haciendo que las paredes temblaran y se agrietaran. El ominoso retumbo de su estómago empezó a sonar, y sólo los respingos de sus prisioneros humanos impidieron que soltara un rayo.

Sus enormes zarpas resonaron sobre el suelo de piedra y lo llevaron al exterior, al desierto. Era de noche, y las estrellas titilaban como si se burlaran de él. La arena estaba fría bajo sus pies, indicando que era tarde, que el suelo había tenido muchas horas para librarse del calor diurno. Khellendros no había tenido conciencia del paso del tiempo, y aulló de frustración. Lanzó un rayo hacia el cielo y rugió en actitud desafiante.

--¡No! -gritó-. ¡No me daré por vencido! -Escupió otro rayo, esta vez hacia el horizonte, y calcinó un rodal de chaparros. Hincó las

garras en la arena y empezó a escarbar y araÑar para desahogar su cólera. Los granos volaron a su alrededor, como sacudidos por un violento ventarrón. De repente, interrumpió su arrebato y miró fijamente el agujero que había hecho.

»La arena -musitó-. La bendita arena.

Khellendros abrió los ojos de par en par y metió la cabeza en el hoyo. Los ásperos granos de arena se introdujeron por debajo de los párpados, irritantes, haciendo brotar las lágrimas. Metió la cabeza aún más, restregando los ojos y los ollares contra el suelo del desierto hasta que la sensación se volvió insopportable y empezó a faltarle la respiración. Entonces, finalmente, se apartó, alzó la cabeza hacia el cielo, y regresó al cubil. La arena le escocía en los ojos y le provocaba las lágrimas que tan desesperadamente necesitaba para completar a sus dracs.

Se dirigió presuroso a la cámara subterránea y empezó a pronunciar las palabras del encantamiento que había aprendido en los Portales de Krynn a otros planos. Sus lágrimas cayeron sobre el rocoso suelo, relucientes.

Los doce dracs azules que estaban de pie ante Khellendros eran sus primeros experimentos con éxito. Corrompidos antes incluso de la metamorfosis, sus ojos centelleaban con un brillo maligno en la oscura cámara bajo la superficie del desierto. Unos diminutos rayos crepitaban entre sus garras, negras como el azabache, y sus alas de color zafiro batían suavemente. Las escamas de los dracs eran pequeñas, y semejaban los aros de una cota de malla azul oscuro que hubiera sido engrasada y bien cuidada. Tenían el cuerpo similar al de un hombre, con torso amplio, piernas largas y brazos musculosos. Pero la cabeza era más parecida a la de un reptil, y todos tenían una cresta que arrancaba del entrecejo y llegaba hasta la punta de la regordeta cola. Sus pies eran palmeados y estaban equipados con garras, igual que los de Khellendros, pero en miniatura. Sus ollares aleteaban al olsquear, alertas, su entorno.

Khellendros se sentó recostado contra la pared del fondo de su cubil, y los estudió intensamente. Se sentía orgulloso de ellos como lo estaría cualquier padre de sus pequeños hijos. Pero estos hijos no eran tiernos y cariñosos; eran guerreros, y harían la voluntad del Azul sin discutir ni replicar. Uno de ellos sería elegido como receptáculo del espíritu de Kitiara; quizás el que sobresaliera en la lucha.

--Pronto habrá más como vosotros -les dijo con entusiasmo a sus atentos pupilos-. Muchos más. Constituiréis una fuerza impresionante, causaréis estragos en el desierto y, a continuación, haréis lo mismo en las dulces campiñas de Palanthas. Juntos, robaremos los preciados objetos mágicos de los humanos: pergaminos, armas, cualquier cosa en la que late la energía de un encantamiento. De algún modo, lograremos encontrar suficiente magia para abrir el Portal, y nadie nos detendrá. Vuestra sola presencia despertará tal terror en cualquier criatura viva que...

Como si fueran un solo ser, los ojos de los dracs se volvieron a un tiempo a la derecha, hacia la entrada del cubil. Khellendros gruñó y pasó presuroso ante ellos, curioso por ver quién o qué se habría aventurado en su caverna, y confiando en que no fuera Malystryx. No tenía la menor intención de compartir la noticia de su creación con ella, y consideraba vital que la hembra Roja no se enterara de sus planes de abrir el Portal y devolverle la vida a Kitiara.

--¿Hola? -llamó una vocecilla.

Khellendros comprendió que no se trataba de Malys. Entonces ¿quién? Escudriñó la oscuridad, pero a pesar de su vista penetrante sólo distinguió sombras y un atisbo de luz.

--¿Puedo acercarme?

Una de las sombras se separó de la pared o, más bien, un pedazo de pared se desprendió. El pequeño trozo de piedra se adelantó al tiempo que cambiaba de forma conforme se acercaba a Khellendros.

--¿Te acuerdas de mí? -preguntó el fragmento de roca que seguía transformándose-. Sé que han pasado casi treinta años desde que nos conocimos, pero me gustaría pensar que no soy tan fácil de olvidar.

--Fisura -gruñó el Azul. Era el huldre, el que había conocido en el Portal del círculo de piedras, el que le había explicado que no podía regresar a El Gríseo. Khellendros retumbó, disponiéndose a hacer añicos con un rayo a la criatura que había sido tan arrogante como para entrar en su cubil.

--¡Espera! -gritó Fisura, adivinando la intención del dragón-. He venido para ayudarte.

El retumbo se frenó en la garganta de Khellendros, la descarga de energía contenida, lista para salir disparada.

--Estaba escuchando. Es una mala costumbre que tengo -balbució el huldre-. Oí que todavía no tienes acceso a los Portales,

a pesar del tiempo transcurrido. Bueno, supongo que para ti no es mucho, en realidad.

--¡Insolente criatura! -espetó el dragón.

--Sí, puede que lo sea -continuó Fisura-. Pero también sigo queriendo tener acceso a los Portales. Es una buena idea eso de reunir magia suficiente para abrir uno a la fuerza, pero no funcionará una clase cualquiera de magia. Se me ha ocurrido algo...

El retumbo cesó por completo, y Khellendros se apartó a un lado para dejar que el huldre entrara en su guarida.

10
La llamada

El mausoleo se encontraba en un campo cercano a Solace. Había sido erigido hacia unas cuantas décadas por las gentes de Ansalon. Era un edificio austero, de diseño sencillo, aunque impresionante y elegante a la par, y estaba construido con fina obsidiana negra y mármol blanco que habían sido traídos por los artesanos enanos del reino de Thorbardin.

Dentro yacían los cuerpos de los Caballeros de Solamnia y de los Caballeros de Takhisis que habían combatido y caído en el Abismo. Sus nombres aparecían cincelados en las losas que constituían las paredes exteriores del mausoleo, y también estaban los nombres de aquellos caballeros cuyos cadáveres no pudieron ser recuperados. Asimismo, Tanis el Semielfo descansaba aquí.

El mausoleo tenía dos puertas primorosamente trabajadas. Una era de oro y estaba adornada con la imagen de una rosa; la otra era de plata y tenía labrado un lirio en el centro. Por encima de las puertas cerradas, se había cincelado con esmero el nombre de Tasslehoff Burrfoot. Sin embargo, el cuerpo del kender no reposaba en su interior; había desaparecido en el Abismo después de que Tas hiciera un arañazo a Caos consiguiendo así la necesaria gota de sangre para salvar Krynn. Una jupak, la posesión favorita del kender, aparecía esculpida debajo de su nombre.

Alrededor de la tumba crecían árboles que habían sido traídos por los elfos de los bosques de Silvanesti y de Qualinesti. Sólo eran retoños cuando había empezado la construcción del mausoleo, pero

ahora estaban altos y podían aguantar los bruscos cambios del inestable tiempo y dar sombra a los muchos visitantes que acudían a ver la tumba.

Sobre los peldaños inferiores del mausoleo, un ramo de flores había empezado a marchitarse con la calurosa atmósfera que no aliviaba el menor soplo de aire. Siempre había flores en la tumba porque siempre había peregrinos que las traían. Dichos peregrinos eran elfos, enanos, kenders, gnomos, humanos y, muy de vez en cuando, algún centauro. Y, aunque eran respetuosos, los visitantes rara vez se mostraban entristecidos. El mausoleo no era un lugar de tristeza y dolor, sino de meditación e introspección. Honraba a la vida. En ocasiones también servía de punto de reunión de familias, en especial cuando se trataba de familias kenders.

Dos kenders se encontraban ahora al pie del mausoleo. No eran parientes; de hecho, acababan de conocerse, pero enseguida se habían hecho amigos, como suele ocurrir entre miembros de esta raza.

--¿Ves esta cuchara? -se jactó el más bajo-. Es exactamente igual a la que tenía Tasslehoff, la que utilizó para alejar a los muertos vivientes. Es una cuchara mágica, de rechazo de espectros.

--Es muy bonita, y bastante valiosa, me parece -contestó la kender, que era más alta. Estaba intentando leer los nombres de las losas al mismo tiempo que trataba de prestar cierta atención a su joven compañero-. Ojalá tuviera una igual.

--¡Pues ya la tienes! -exclamó él mientras le tendía la cuchara-. Considéralo como un regalo de cumpleaños anticipado. O retrasado. ¡Feliz cumpleaños, Ampolla!

--Gracias. -Ampolla sonrió y alargó una mano enfundada en un guante. Sus dedos se cerraron lentamente sobre el mango, y la kender hizo un gesto de dolor. Le hacía daño utilizar mucho las manos, el resultado de un desgraciado accidente de su juventud sobre el que prefería no pensar. Metió la cuchara en uno de sus muchos saquillos y reanudó la lectura de los nombres de los respetados muertos.

--Por cierto, ¿cuántos años tienes? -preguntó el kender mientras admiraba una margarita como si fuera la flor más exótica del mundo.

--De sobra.

--¿Más que yo?

--Muchos más.

--Es lo que me parecía. Casi tienes tantas canas como pelo

rubio.

--Gracias.

--De nada.

El cabello del kender era pelirrojo y formaba una maraña desgreñada en la coronilla a modo de un pobre remedio de copete. Ampolla suponía que la mata despeinada era la razón de parte de su nombre: Raf Testagreñas. Por su parte, el copete de la kender estaba limpio y peinado, cada pelo en su sitio. Le costaba un buen rato arreglárselo, y utilizaba métodos modernos para hacerlo. ¿Para qué obligar a trabajar a sus doloridos dedos cuando podía hacerlo un invento gnomo? Las ropas de Ampolla también contrastaban con las de su recién conocido compañero. La camisola naranja de él chocaba de lleno con sus polainas de un color verde chillón, remendadas con parches de distintos tonos azules en las rodillas. El kender también llevaba un chaleco púrpura oscuro en el que había media docena de bolsillos del mismo color pero de tono más claro, y que iban cosidos con hilo amarillo. Ampolla vestía polainas marrón claro y túnica de color rosa que casi le llegaba a los nudosos tobillos. Las botas de cuero marrón hacían juego con los saquillos y casi eran iguales al tono de la madera de la jupak que la kender dejó junto a las flores de Raf.

--Apuesto a que Tas tuvo una igual que ésta -dijo el kender mientras admiraba de cerca la ofrenda que había depositado su amiga.

--No. Imagino que la suya no estaría rota -comentó Ampolla, que señaló con un gesto de la cabeza la grieta que había en la vara.

--Entonces, ¿por qué dejas ésta? Y perdona mi impertinencia por preguntar.

--Era mi favorita -contestó la kender melancólicamente-. Además, los que están ahí dentro no necesitan armas, estén o no en buen estado. Es simplemente una muestra de respeto.

--Ah. -Raf se fijó entonces en un hombre alto que había a unos cuantos metros, de pie bajo las ramas de un árbol aoso-. Me pregunto qué clase de ofrenda dejará ese tipo -especuló Raf en voz alta-. Quizás una bolsa de semillas. Por su aspecto, parece un labriego.

--Lo que deje, si es que deja algo, no es de nuestra incumbencia -adujo Ampolla mientras miraba de soslayo por encima del hombro.

--Sólo era curiosidad -repuso Raf, ceñudo.

--Seamos educados. -Ampolla tiró del kender y lo apartó de los

escalones. Luego se sentó recostada en el tronco de un olmo de Errow, que era el árbol más próximo al mausoleo. Raf se acomodó sin ceremonias a su lado-. Estás enfurruñado -observó la kender.

--Nunca me enfurruño -respondió Raf, cuyo labio inferior sobresalía de manera notoria en un gesto malhumorado.

El recién llegado miró de reojo en su dirección, y después caminó hacia la tumba. Se detuvo a unos cuantos palmos de las puertas y se arrodilló. Por su aspecto podría haber sido un labrador o un peón. Su camisola gris era fina y estaba desgastada en los codos, e iba ceñida con un sencillo cordón blanco. Los pantalones de cuero negro también tenían un aspecto ajado, y los tacones de las botas estaban comidos. Meneó los hombros para quitarse una mochila de lona que llevaba a la espalda, y la soltó en el suelo, detrás de él.

--Me pregunto quién será -susurró Raf-. Y qué habrá dentro de esa mochila.

La piel del extraño estaba morena y algo curtida por el sol, y llevaba el largo cabello rubio pulcramente atado en la nuca con una tira de cuero negro. Tenía los hombros anchos, y Ampolla advirtió que se le marcaban los músculos debajo de la fina camisola. El forastero sacó una espada larga de una vaina vieja y manoseada que llevaba al costado y la puso en el suelo, delante de él. Entonces inclinó la cabeza y susurró algo.

--¿Crees que va a dejar la espada? Parece antigua. Apuesto a que es valió... eh... que está afilada. Sería peligroso dejarla aquí. Los niños podrían hacerse daño -parloteó Raf.

--¡Chist!

--Si la deja, la cogeré. Sólo para que los niños no corran peligro, naturalmente.

--Es demasiado grande para que la lleves colgada -lo reconvino Ampolla.

--Podría arrastrarla.

El hombre oía discutir a los kenders que estaban a poca distancia, pero hizo caso omiso de sus voces y contempló intensamente el mausoleo. Había venido caminando hasta aquí desde El Cruce, una ciudad portuaria en el norte. Había tardado más de una semana en llegar a este lugar, y se había impuesto un ritmo fuerte, sobre todo en las estribaciones cercanas a Solace. Estaba cansado y con calor, y tenía intención de buscar una posada y descansar en cuanto hubiera acabado de presentar sus respetos. Regresaría mañana otra vez.

--Perdón -musitó, y miró la puerta de plata, los ojos fijos en el lirio-. Perdón por las batallas en que combatí, la sangre que derramé, la vidas que tomé... -Calló. Se levantó una ligera brisa que acarició su rostro y lo refrescó.

Empezó a sentir un cosquilleo en la piel, muy leve al principio, pero que después se hizo más intenso. Se le erizó el vello de la nuca, y un escalofrío le recorrió la espina dorsal.

--Hablas de batallas -creyó oír susurrar a la brisa-. ¿Es que eres un guerrero?

El hombre miró en derredor y clavó la vista en los kenders, que charlaban entre sí. No era ninguno de ellos. Echó un vistazo por encima del hombro. Quizás otro peregrino había llegado al mausoleo y lo había oído. Pero no había nadie más.

--¿Eres un guerrero? -insistió el viento.

--Lo fui -repuso el hombre en voz queda.

Tal vez había alguien detrás de la tumba. Hizo intención de incorporarse, pero sentía las piernas como si hubieran echado raíces en la tierra. De repente, las dobles puertas del mausoleo relucieron, se volvieron translúcidas durante un instante, y una fantasmagórica mujer de cabello dorado pasó a través de ellas. Una túnica ondeante de niebla azul pálido se ceñía a su forma etérea. Los rizos dorados se mecían suavemente en torno a su radiante rostro. Y, cuando se movió, el forastero sintió la caricia de una suave brisa.

--Quizá podrías volver a ser un guerrero -dijo ella. Tenía una voz musical. La mujer cerró los ojos y tendió una mano fantasmal hacia él.

La piel del hombre cosquilleó aun más, y el escalofrío se propagó por todo su cuerpo. Tiritó, pero la sensación pasó enseguida, y tragó saliva con esfuerzo, los ojos fijos en la aparición.

--He mirado dentro de tu corazón -manifestó la fantasmal mujer.

--¿Eres un espectro? ¿El fantasma de alguien que murió en el Abismo? ¿Por qué te apareces ante mí?

--No soy un fantasma, y me aparezco a guerreros, hombres y mujeres fuertes con la habilidad y las ganas de hacer algo importante en el mundo.

--¿Quién eres?

--Dejemos los nombres para otro momento, cuando nos reunamos en Schallsea. -El cabello le cayó alrededor de los hombros, y sus diáfanos ojos azules se clavaron en los de él-. He percibido que buscas una causa, una que cure tu alma herida. Te

ofrezco una grandiosa.

--¿Cómo sabes lo que busco?

--Sé lo que hay en tu corazón. Tal vez mejor incluso que tú -contestó la fantasmagórica imagen-. Ve a la Escalera de Plata, en la isla de Schallsea.

--¿Dónde está la Ciudadela de la Luz?

--Dónde está tu destino.

--¿Mi destino?

--Y el de Krynn.

El forastero vio que la imagen fluctuaba y después se desvanecía.

--Disculpa -soltó Raf de sopetón-. ¿Te encuentras bien?

El hombre sacudió la cabeza intentando salir de su estupor. La puerta volvía a ser sólida, y no había rastro del fantasma.

--¿Oíste lo que dijo la mujer? -preguntó mientras recogía la espada y se ponía de pie.

--¿Qué mujer? -Raf observaba, ceñudo, cómo el hombre envainaba la antigua arma.

--La que salió del mausoleo.

--Nadie salió del mausoleo -intervino Ampolla.

--Sí, la mujer que pasó a través de las puertas.

--Creo que deberías descansar -sugirió la kender-. Me parece que tienes algo de fiebre.

--¡Aquí hay una cuchara de curación! -exclamó Raf al tiempo que rebuscaba en su bolsa y sacaba una cuchara sopera de plata deslustrada.

--¿Cuántas de éas tienes? -preguntó Ampolla.

--Una par de docenas, más o menos. Pero todas son diferentes.

--No necesito descansar -balbució el hombre-. Me encuentro bien. Lo que tengo que hacer es ir a Schallsea.

--Nunca he estado allí -dijo Ampolla-, aunque siempre he querido ir. Sé que hay un barco que hace la ruta comercial desde Nuevo Puerto hasta la isla.

--Gracias -respondió el forastero a Ampolla, rechazó la cuchara de Raf, y apartó a un lado a los kenders.

--Tampoco yo he estado nunca en Schallsea -anunció Raf-. Me pregunto cómo será.

--No tengo nada mejor que hacer en este momento -adujo Ampolla.

--¡Entonces, vayamos!

La kender se dio prisa para alcanzar a Raf, que a su vez se apresuraba para alcanzar al alto humano.

11
Correo fantasmal

La imagen de la mujer volvió a aparecer, aunque esta vez lo hizo flotando sobre una larga y oscura mesa que había en una habitación situada en el piso alto de la Torre de Wayreth. El sol se estaba poniendo, y el brillo anaranjado que se derramaba en el cuarto creaba un suave halo en torno a la translúcida mujer.

La aparición flotó hacia Palin, que estaba solo, sentado a la cabecera de la mesa, ignorante de su presencia. Había montones de papeles colocados cuidadosamente delante del mago, quien miraba una página amarillenta cubierta de notas escritas con garabatos casi ininteligibles. La hoja aleteó con la suave brisa creada por el fantasma, y Palin alzó la vista.

Sus labios se curvaron ligeramente hacia arriba con una leve sonrisa.

--Traes buenas noticias, espero -dijo.

La aparición se desplazó hasta que sus claros ojos azules estuvieron a la misma altura que los de Palin. Extendió una mano insustancial, y él hizo otro tanto con la suya hasta que los dedos sólidos y los incorpóreos se rozaron en una especie de saludo.

--No tan buenas como imaginaba -contestó la imagen femenina-. Pero es un comienzo. He emplazado a muchos guerreros adecuados, aunque, hasta ahora, sólo parece haber una probabilidad con uno de ellos. Se dirige hacia Schallsea, según lo que acordamos.

--¿Sólo uno? -Palin sacudió la cabeza.

--Habrá más -dijo la aparición-. Recuerda que yo estaba sola al principio, en la época de la Guerra de la Lanza. Pero el grupo de tu padre se unió a mí. Y después hubo más que se sumaron a nuestras filas. Continuaré emplazando a gente en el mausoleo. Habrá más que respondan a la llamada, aunque tal vez tarde más tiempo de lo que pensábamos.

--No he perdido la esperanza -musitó Palin.

--Lo sé. Tampoco yo.

--Ese que respondió a tu llamada -empezó el mago-, si es un hombre bien dispuesto...

--Lo enviaré a Refugio Solitario, en los Eriales del Septentrión, cerca de Palanthas.

--Allí está el mango.

--Esperando al estandarte.

12

Compañeros de viaje

--¿Cómo te llamas? -resopló, jadeante, Raf.

--Dhamon.

--¿Nada más? ¿Sólo Dhamon?

--Dhamon Fierolobo.

--Mmmm. Un nombre no muy alegre. ¿Por qué te lo pusieron? Debió de ser una mala época, ¿eh? A lo mejor no dejaba de llover, o puede que un lobo matara todas las vacas de sus granjas. ¿De dónde eres?

Dhamon no contestó. Aunque se sentía agotado, alargó las zancadas, y los kenders tuvieron que esforzarse para mantenerse a varios metros de él sin que aumentara más la distancia. La aparición de la fantasmal mujer no se iba de su mente, lo azuzaba a continuar, y le planteaba una pregunta tras otra.

--Una gran empresa -musitó el hombre entre dientes-. Schallsea. Mi destino. Quizás esté loco por hacer esto, por ir tras un fantasma. Quizá lo he imaginado todo.

--Ya está hablando solo otra vez, Ampolla.

--Chitón. Y camina más rápido, Raf.

Dhamon tenía un mapa de la comarca. Se lo había comprado a un escriba en El Cruce, y lo había utilizado para encontrar el mausoleo. Su intención había sido quedarse más tiempo en el emplazamiento de la tumba, tal vez unos cuantos días, para meditar, considerar qué lo había llevado allí, y plantearse lo que iba a hacer con su vida en adelante. No había contado con el fantasma.

Estudió el mapa mientras caminaba. Estaba muy bien ejecutado, y el cartógrafo se había esmerado en señalar lugares de interés

histórico y caminos a través de los bosques al sur de Solace, cerca de las ciudades de Haven y Qualinost. Pero Beryl gobernaba allí, y Dhamon se alegraba de que la aparición lo hubiera dirigido lejos de la hembra de dragón y no hacia ella.

El mapa también mostraba una calzada desde Solace a Nuevo Puerto, y, desgraciadamente, parecía estar a una considerable distancia. Si la escala indicada por el cartógrafo era correcta, tardaría al menos un par de días en llegar allí.

«Tal vez los haya despistado para entonces», pensó. Soltó un bostezo y miró por encima del hombro; vio a los dos kenders resollando. «En algún momento tendrán necesidad de dormir.»

Eso fue lo que hizo el propio Dhamon. A última hora de la tarde eligió un claro junto a la calzada; cerca corría un arroyo, así que se bañó y limpió sus ropas del polvo del camino. «Sólo descansaré unas cuantas horas, -se dijo-. Me habré levantado antes del alba, y los kenders seguirán roncando. Tal vez para entonces me haya replanteado todo este asunto y decida regresar.»

Los sueños de Dhamon estuvieron plagados de imágenes de campos de batalla, de cadáveres retorcidos, de hombres enterrados en tumbas poco profundas y anónimas, de charcos de sangre pegajosa esparcidos por el suelo. Era lo mismo de siempre. Pero esta noche había algo diferente. La fantasmal mujer irrumpía en el sueño, flotando por encima de la carnicería. Se aproximaba a él y mitigaba el horror de la pesadilla. «Schallsea -repetía-. Tu destino.» Las palabras resonaron en su mente hasta que la fatiga se impuso. Despertó a media mañana, con el aroma de conejo asado y bayas frescas.

--Habla solo hasta en sueños -susurró Raf-. Me había empezado a preguntar si no iba a despertarse nunca. Creía que los labriegos tenían por costumbre levantarse con el sol.

--¡Espero que hayas dormido bien! -dijo Ampolla con voz animada-. ¡Dejamos apartado buena parte del desayuno para ti! Todavía está caliente.

--Lo atrapé yo -intervino Raf-. ¡Con mi cuchara de cazar conejos!

--Y con tu trampa de lazo -añadió Ampolla en voz queda.

El estómago de Dhamon comenzó a hacer ruidos. El conejo olía mejor que la carne seca de venado que llevaba en la mochila.

--Gracias -dijo, sirviéndose su ración.

Mientras Dhamon comía, el kender no paró de charlar.

--No nos hemos presentado como es debido. -Raf hinchó pecho

y señaló a su compañera-. Ésta es Ampolla Dedosligeros, y es mucho mayor que yo. Y yo soy Raf Testagreñas, oriundo de Puerto Zhea, en Ergoth del Sur. No sé si Puerto Zhea se seguirá llamando así o ni siquiera si seguirá siendo una ciudad portuaria. Hay montones de hielo por allí ahora. Dudo que los barcos puedan entrar, y ¿qué es un puerto sin barcos? Verás, desde que ese gran Dragón Blanco, un dragón grande de verdad, se instaló, toda la comarca empezó a volverse terriblemente fría. A mí no me gusta el frío. No tengo bastantes ropas de abrigo para ese clima. Y además no siento demasiada simpatía por los dragones, a pesar de que nunca he visto uno, a decir verdad. Imagino que, si lo hubiera visto, ahora no estaría aquí. En fin, que decidí marcharme antes de quedarme congelado, así que me subí a un barco y llegué aquí. Bueno, en realidad, llegué a Solace, después de desembarcar en El Cruce, porque el nombre de Solace sonaba a sitio bonito. Y me habría quedado en esa ciudad durante un tiempo, ya que encontré a otros kenders allí y me contaron lo de la tumba y lo de Tasslehoff y todo lo demás. Allí es donde os conocí a Ampolla y a ti. Pero nunca he estado en Schallsea. También suena como si fuera un sitio bonito.

--Yo soy de Kendermore -intervino Ampolla, aprovechando que Raf se había callado un instante para respirar-. Me marché cuando llegó Malys. Tenía que advertir a los Caballeros de Solamnia sobre la hembra Roja. Después de cumplir mi misión, descubrí que ya no tenía un hogar al que regresar gracias a Malys, así que decidí ver mundo.

Dhamon le sonrió débilmente entre bocado y bocado del delicioso conejo.

--Y tú ¿qué? -insistió Raf-. ¿Eres granjero o labrador? Es lo que Ampolla cree que eres. Bueno, por lo menos yo lo creo, y seguramente ella está de acuerdo conmigo. ¿Crías cerdos o vacas? ¿O quizás siembras maíz? Eso es algo que todavía no tengo muy claro. ¿Por qué fuiste al mausoleo? ¿Y por qué estás siempre hablando solo?

--Será mejor que me ponga en marcha -anunció Dhamon al tiempo que alargaba la mano hacia la mochila y la cogía. Se puso de pie y se colgó la espada-. Supongo que pensáis venir conmigo, ¿no?

--¡Claro! -respondieron Ampolla y Raf prácticamente al unísono.

--No vais a ninguna parte... todavía.

Los tres se volvieron bruscamente y se encontraron con un par de tipos horribles, bandidos a juzgar por su aspecto. Se habían

acercado furtivamente a Dhamon y a los kenders durante la ininterrumpida conversación. Sus ropas estaban ajadas y sucias, pero calzaban botas caras y nuevas, y llevaban morrales limpios, quizá producto del pillaje a sus anteriores víctimas. Las espadas que blandían estaban en buenas condiciones. La del más alto llevaba una empuñadura de filigrana con canteado de oro que apuntaba su pertenencia a un caballero en otros tiempos.

--Hay que pagar peaje para transitar por esta calzada -dijo el más alto. Una cicatriz reciente le corría desde el párpado inferior hasta la mandíbula, y le faltaba el meñique de la mano derecha-. El peaje es cualquier cosa valiosa que llevéis.

--Entonces, siempre y cuando estemos satisfechos, podréis continuar -se mofó el otro. Era varios años más joven que su compañero, y sus cicatrices no eran tan obvias.

--Yo llevo cucharas -ofreció Raf con nerviosismo. Hurgó en su bolsa y sacó una deslustrada.

El hombre alto actuó con rapidez. Se abalanzó y arrancó la bolsa al kender de un manotazo. Una docena de cucharas salieron volando por el aire, y cayeron al suelo ruidosamente. Raf retrocedió e intentó esconderse detrás de Ampolla.

--¡No queremos cucharas! -gritó el bandido mas joven. Esbozó una mueca que dejó a la vista una hilera de dientes amarillentos-. Queremos monedas de acero. ¡Vamos, sacadlas de una vez!

--¡No!

Mientras la palabra salía de la boca de Dhamon, el guerrero saltó hacia atrás y desenvainó el espadón. La hoja trazó un arco sobre su cabeza, centelleando con el sol matinal, y se descargó fuertemente sobre la mano del bandido de más edad con la que empuñaba su espada. Dio el golpe sólo con la parte plana de la hoja, pero con la fuerza suficiente para desarmar al otro hombre, quien, a juicio de Dhamon, era el más peligroso.

El bandido joven avanzó un paso mientras blandía su arma para mantener alejado a Dhamon, pero éste levantó su espadón a fin de parar la arremetida y las armas chocaron con gran ruido.

--¡Me gustan los desafíos! -se burló el joven.

--Pues yo había imaginado que te gustaba vivir -replicó Dhamon-. Podemos dar el asunto por terminado ahora, y tú y tu amigo podréis marcharos. Nadie saldrá herido, y yo haré como si no hubiera pasado nada.

El joven se echó a reír y arremetió, lanzando una cuchillada a

las piernas de Dhamon, aunque la hoja sólo hendió el aire.

--¡Cuidado! -gritó Ampolla. Agitó los cortos brazos en dirección al bandido de más edad, que se había agachado para recoger su espada.

Un gruñido escapó de los labios de Dhamon, que giró hacia la derecha al tiempo que su espadón trazaba un amplio arco. El bandido joven no estaba preparado para este movimiento, y siguió adelantándose al no poder frenar el impulso. El arma de Dhamon pasó por encima de la espada de su oponente y abrió un profundo tajo en el pecho del asaltante. Una expresión de sorpresa asomó a su semblante, soltó la espada, y cayó de rodillas, con las manos crispadas sobre la creciente línea roja de la túnica. Un instante después, se desplomó de brúces sobre los resquicios mortecinos de la lumbre.

Dhamon saltó por encima del cuerpo y se enfrentó al hombre de más edad.

--Te repetiré mi oferta -siseó entre los dientes apretados. Tuvo que adelantar el arma para parar un violento golpe-. Da por terminado este asunto y márchate.

--¡Lo terminaré cuando te mate! -El bandido reanudó el ataque, intentando que Dhamon tropezara con el muerto que estaba tirado detrás de él.

Pero Dhamon saltó hacia un lado. El bandido estaba tan cerca de él que podía oler el penetrante hedor a sudor rancio que impregnaba las ropas del hombre.

El asaltante arremetió de nuevo, y Dhamon contuvo el aliento para evitar el nauseabundo olor. Se agachó, y vio pasar la ornamentada espada por encima de su cabeza. En ese momento, levantó su propia arma y la hincó profundamente en el estómago del hombre. Tiró para sacar la hoja al tiempo que su oponente se desplomaba pesadamente, muerto.

Dhamon sacudió la cabeza con tristeza, y se arrodilló entre los dos cadáveres. Inclinó la cabeza, soltó la espada en el suelo, y unió las manos ante sí. La suave brisa agitó los mechones de pelo que se habían soltado de la cola de caballo. Empezó a murmurar palabras con actitud reverente.

--¿Está rezando? -susurró Raf.

--Eso parece -contestó Ampolla.

--¿Es que no sabe que los dioses se han marchado?, ¿que no hay nadie que oiga sus plegarias?

Ampolla se llevó un dedo a los labios, instando a Raf a guardar silencio.

--Dhamon no tiene ni un rasguño -susurró el kender-. Acaba de matar a dos hombres y ni siquiera se ha manchado de polvo. Y ahora está rezando junto a los cuerpos. Eran mala gente, y él reza por ellos.

Dhamon se levantó, recogió su espada, y fue hacia el arroyo. Limpió la sangre de la hoja, envainó el arma, y se volvió a atar el cabello.

--No eres granjero, ¿verdad? -preguntó Ampolla.

--No -contestó Dhamon.

A su espalda, Raf había empezado a parlotear otra vez mientras hurgaba en las posesiones de los hombres muertos. Se guardó casi todas las monedas y otras cosas interesantes que encontró en los cadáveres.

--¿Quieres esta bonita espada, Dhamon? -preguntó el kender-. Te la has ganado, y es demasiado larga para mí.

Dhamon sacudió la cabeza.

--Apuesto a que vale bastante -rezongó Raf por lo bajo.

--Probablemente el valor del pasaje a Schallsea -dijo Ampolla-. ¡Mira, Dhamon se marcha! Vamos.

--¡Espera! ¡Tengo que recoger mis cucharas!

Nuevo Puerto se alzaba al fondo de una bahía estrecha y alargada del Nuevo Mar. Era una ciudad bulliciosa que había experimentado un notable crecimiento con la llegada de los elfos que abandonaron los bosques de Qualinesti cuando la hembra de Dragón Verde se trasladó allí. No todos los elfos se habían marchado de los bosques ni todos los que partieron habían ido allí, pero los que lo hicieron aumentaron la población de manera espectacular y contribuyeron al rápido desarrollo de la localidad.

La ciudad estaba construida como una rueda. Los sectores residenciales más antiguos formaban el eje, y de él partían calles a manera de radios en las que abundaban las viviendas y los

comercios. Los edificios más recientes eran los más alejados del centro de la población, salvo un sector de construcciones antiguas levantadas a lo largo de la costa.

Resultaba fácil distinguir el sector viejo de la ciudad del nuevo. El centro de la población constaba de recios edificios de piedra con techos de bálago. Los postigos y los marcos de las ventanas estaban desgastados y cubiertos de pintura desconchada. Al oeste, los edificios eran más pequeños, de madera, y recién pintados o sin el menor rastro de pintura. Algunos daban la impresión de que los hubieran amontonado, y sus paredes olían a pino recién cortado. En medio había chozas y cobertizos ocupados por personas que todavía no tenían hogares permanentes. La impresión general era la de una ciudad en expansión que progresaba, quizá creciendo demasiado deprisa.

Pero, a despecho de las apariencias, Nuevo Puerto no estaba prosperando. Los mendigos se amontonaban entre los edificios. Los pilludos jugaban en las puertas traseras de tabernas y posadas con la esperanza de conseguir algunas sobras comestibles entre las basuras o recibir de los cocineros la limosna de restos de comidas. Algunos establecimientos se encontraban cerrados o parecían estar desocupados y polvorrientos.

Dhamon inició una conversación con un vendedor callejero, quien le explicó que muchos negocios no iban bien, y algunos habían cerrado las puertas porque los gastos de mantenerlos abiertos superaban las ganancias que podrían obtener. La gente gastaba lo imprescindible y ahorraba su dinero, que le haría falta para comprar el pasaje a otras tierras que fueran más seguras en caso de que la hembra Verde decidiera ampliar su territorio, situado al este de la ciudad. Casi todos los residentes estaban inquietos, aunque lo disimulaban bien con sonrisas y talantes animados.

Los pescadores eran los únicos vecinos realmente felices de la comunidad, según el vendedor. Ahora que la orilla opuesta del Nuevo Mar se había convertido en un pantano debido a los cambios climáticos realizados por la hembra de Dragón Negro, las temperaturas cálidas se habían extendido hacia el oeste, alcanzando esta parte del mar, y la pesca había mejorado de manera considerable. La gente tenía que comer, así que los pescadores estaban haciendo ganancias al haber más bocas que alimentar.

Dhamon se paró en una esquina y compró una manzana a un gnomo. Los kenders hicieron otro tanto, y después dieron media

vuelta y se dirigieron a buen paso hacia la zona del puerto.

La salada brisa del mar tenía un aroma intenso y agradable, mezclado con olor a pescado, cangrejos y langostas recién capturados. Dhamon vio a varios hombres pescando con redes y otros aparejos desde un viejo y estrecho muelle que se internaba en la resplandeciente bahía. Unos cuantos barcos estaban atracados en los muelles principales, donde el agua era más oscura y profunda. Era mediodía, así que la mayor parte de los barcos pesqueros aún estarían fuera durante varias horas más.

El trío no tardó mucho en encontrar un barco que hacía travesías más o menos regulares a la isla de Schallsea. Era un transporte mercante costero llamado *Cazador del Viento*. Construido con madera de álamo y pino, apenas media quince metros de eslora, y sólo tenía un palo y una vela cuadrada. El capitán era un apuesto hombre de piel oscura y corto cabello negro. Era alto y musculoso, y lucía una limpia camisa amarilla de amplias mangas que se agitaban con la brisa. Sus pantalones de color tostado eran fruncidos e iban sujetos a la rodilla, justo por encima de las botas de piel.

--Así que a Schallsea, ¿eh? -preguntó el capitán mientras caminaba desde el centro de la cubierta y miraba desde la baja batayola a Dhamon. Tenía una voz profunda y melodiosa que resultaba agradable. Sus oscuros ojos se clavaron en los kenders, y el hombre frunció los labios-. Sólo voy cuando hay suficientes pasajeros... y dinero, lo que probablemente ocurrirá a lo largo de mañana o pasado mañana.

Raf mostró la ornamentada espada larga que había llevado arrastrando.

--¿Cubrirá esto nuestros pasajes?

El capitán sonrió a medida que sus ojos examinaban el arma con admiración y se detenían en la empuñadura. Dhamon miró de soslayo el alfanje que colgaba de la cadera derecha del hombre negro. Estaba bien lubricado y tenía un aguzado filo que centelleaba con la luz del sol, pero no era tan valioso como la espada que Raf le había ofrecido. También llevaba varias dagas sujetas en torno a la cintura, y debajo de la camisa y por el borde de las botas asomaban los pomos de más armas cortas.

--Es una espada excelente. ¿Cómo la has conseguido, pequeño? -La que hablaba era una mujer, de tez negra como el capitán, pero con el cabello aún más corto, tanto que casi daba la impresión de que se hubiera afeitado la cabeza. Llevaba un chaleco

de satén de color marfileño que casi hacía juego con el de la vela arriada, detrás de la cual había salido. Las polainas marrones se ajustaban a sus largas piernas como un guante, y el fajín de seda verde que ceñía sus caderas ondeaba alegremente con la fuerte brisa.

Dhamon imaginaba que pertenecían a la estirpe de los bárbaros del mar en el lejano noreste, una raza de marineros negros oriundos de las islas vecinas a *Copa de Sangre*, en el Mar Sangriento.

--Mi tío me la regaló -empezó Raf-. Lleva años en la familia, pero soy demasiado bajo para utilizarla, y estoy cansado de ir arrastrándola de un sitio para otro.

--Servirá para pagar *tu* pasaje -manifestó el capitán.

--El de *todos* -intervino Ampolla.

El hombre negro enarcó una ceja.

--De acuerdo -accedió-. La espada vale lo suficiente para cubrir el precio de los tres pasajes. Volved mañana, antes de mediodía.

--Hoy -insistió Dhamon-. Necesito ir a la isla de Schallsea hoy.

--De todos modos, no llegarás allí en un día, por muy pronto que partamos. Hay unas trescientas millas marinas hasta el puerto principal de la isla. Regresad mañana y veremos si hay pasajeros suficientes para hacer la travesía.

--Tengo un poco de dinero -continuó Dhamon-. Puede que te sea rentable zarpar ahora.

--¿Es que te persiguen? -tanteó el capitán-. ¿Te busca la justicia?

--No, sólo tengo prisa.

--El dinero y la espada -dijo la mujer. Se acercó, silenciosa como un gato, hasta ponerse detrás del capitán-. Con eso quedaría cerrado el trato. Me llamo Shaon. -Alargó una mano esbelta y encallecida hacia Dhamon para ayudarlo a subir a bordo. Su apretón era firme-. Éste es Rig. Está al mando del *Cazador del Viento*. Tenemos otros dos tripulantes, que han ido a comprar provisiones, pero estarán pronto de vuelta. -Giró sobre los talones y se pegó a Rig-. A los hombres no les va a gustar esto -susurró-. Creían que nos quedaríamos en la ciudad por lo menos una noche.

--Te costará cien monedas de acero y la espada -soltó Rig de sopetón.

Dhamon suspiró y empezó a buscar dentro de su mochila. Los ojos de Raf se abrieron de par en par.

--¿Tiene tanto dinero? -susurró el joven kender mientras daba

tirones a la túnica de Ampolla.

--Con esa cantidad casi podríamos comprar una embarcación pequeña -intervino la kender, haciendo caso omiso de su curioso compañero-. Cincuenta, y ni una moneda más. Sigue siendo demasiado dinero, pero tenemos prisa. O lo tomas o buscamos otro barco.

Rig rezongó por lo bajo y dirigió una mirada feroz a los dos kenders que estaban subiendo a bordo, pero asintió y extendió una mano.

--¿Conoces la Escalera de Plata? -preguntó Dhamon mientras pagaba las monedas.

El hombre negro hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

--Está en la Ciudadela de la Luz -dijo-. Los peregrinos llevan años visitando el lugar. -Entregó las monedas a Shaon, y después señaló un par de bancos que había casi en el centro de la cubierta.

--Allí es donde tengo que ir, a la Escalera de Plata -añadió Dhamon.

--Eso está más lejos, subiendo por la costa. Te costará más.

--¿Cuánto más? -intervino Raf.

--Veinte monedas.

--Diez -regateó Ampolla, que se puso en jarras y frunció el ceño.

--Hecho. -El hombre negro se echó a reír y se dirigió a proa.

--No le habrías pagado las veinte monedas y las otras cien que antes te había pedido, ¿verdad? -preguntó Ampolla a Dhamon.

El guerrero apretó los labios en una fina línea.

--Es todo el dinero que tengo -admitió-, pero, sí, se lo habría dado.

--Debes aprender a regatear, maese Fierolobo -lo reprendió la kender-. En caso contrario, acabarás sin un céntimo en el bolsillo, y entonces pasarás hambre.

Dhamon y los kenders acababan de sentarse en los viejos bancos cuando dos marineros cargados con barriles de agua y fruta fresca subieron a bordo. Parecieron sorprenderse por la inminente partida del barco, y empezaron a protestar, explicando sus planes para aquella noche. Pero una mirada iracunda y un par de órdenes impartidas en tono seco por parte de Rig cortaron en seco sus quejas y los hicieron dirigirse rápidamente hacia la vela para izarla. En un santiamén, estaban soltando las maromas que mantenían amarrado el *Cazador del Viento*, y el barco empezó a separarse lentamente del muelle.

--¡Aguardad! ¡Esperadme! -gritó una voz, acompañada por el ruido de unos pies corriendo. Dhamon miró por encima de la batayola al posible pasajero-. ¡Rig Mer-Krel, me dijiste que no zarpabais hasta mañana como muy pronto! ¿Se puede saber a qué juegas?

El capitán hizo un gesto a Shaon, que corrió hacia la borda y se estiró con el brazo extendido sobre la borda. Dhamon se fijó en que la ornamentada espada de Raf colgaba ahora de la cadera de la mujer. En un abrir y cerrar de ojos, ayudó a subir a bordo a un jadeante enano de cabello rojizo.

--Lo siento, Jaspe -se disculpó Shaon mientras revolvía los rizos del recién llegado-. Debemos de habernos hecho un lío con las fechas.

--Pues menos mal que os vi izar la vela -refunfuñó el enano, que siguió rezongando al tiempo que rebuscaba en su bolsillo y sacaba de él siete monedas de acero-. Al sitio de siempre, la Ciudadela. Dejadme lo más arriba de la costa que podáis.

Ampolla y Raf abrieron la boca para protestar por la reducida tarifa pagada por el enano, pero una mirada severa de Dhamon los obligó a guardar silencio. Para sus adentros, el guerrero estaba que echaba chispas por haber tenido que pagar mucho más que el enano, pero tuvo el suficiente sentido común de guardarse para sí lo que pensaba. Al menos, iba camino a su cita con el fantasma.

El enano se dirigió al banco opuesto al que ocupaban los tres compañeros y se acomodó en él, justo enfrente de Ampolla. Dhamon pilló a Raf mirando con descaro al recién llegado. A decir verdad, el enano tenía un aspecto algo peculiar y merecía una segunda ojeada. Llevaba el cabello corto, tanto que sólo le rozaba las orejas; también tenía la barba pulcramente recortada, con un estilo muy distinto del habitual en sus congéneres. Dhamon calculó que debía de tener alrededor de los cien años, es decir, en la flor de la vida y en plena forma para alguien de esta raza de corta talla. Vestía una túnica de cuero encima de una camisa de un vivo color azul, y pantalones. No tenía barriga, tan habitual en casi todos los enanos, pero sí la expresión hosca. Al verlos puso mal gesto.

--¿Quién eres? -preguntó Raf.

--Jaspe Fireforge -repuso el enano, que miró ceñudo al kender-. Shaon me ha dicho que también vais a Schallsea.

--A la Escalera de Plata -informó Raf-. Maese Fierolobo cree que tiene que ir allí, y Ampolla y yo lo acompañamos.

Ahora fue Dhamon el que torció el gesto.

El enano estrechó los ojos y ladeó la cabeza. Al encoger los fornidos hombros se abrió un poco el cuello de la túnica de cuero y dejó a la vista una gruesa cadena de oro con un trozo de jaspe.

--Tú vas allí -manifestó el joven kender-. Te oí sin querer cuando se lo decías a la señorita, cuando le pagaste el pasaje. Sólo siete piezas de acero.

--Donde vaya es únicamente de mi incumbencia -replicó el enano. Raf abrió la boca para hacer otra pregunta-. Y cuando voy a alguna parte -se le adelantó Jaspe-, prefiero hacerlo en silencio.

Cruzó los cortos brazos, cerró los ojos, y mantuvo el gesto ceñudo.

El resto de la travesía transcurrió en un incómodo silencio, con los dos kenders a menudo en la proa, donde podían charlar sin molestar al enano.

La vista de la Ciudadela de la Luz dejó sin habla incluso a los escandalosos kenders. Los rayos del sol se reflejaban en las múltiples y enormes cúpulas cristalinas y deslumbraban si se contemplaba directamente la construcción, pero su belleza atraía las miradas. Los chorros de agua de dos grandes fuentes imitaban las líneas curvas de los resplandecientes edificios y atraían la atención hacia la cúpula central de la Ciudadela. Una figura aguardaba a la entrada.

--Recibe a todos los que vienen aquí para aprender los poderes del corazón -dijo el enano, cuyo humor había mejorado de manera considerable. Se adelantó con gesto anhelante, y los kenders lo siguieron.

Dhamon volvió la vista hacia el mar. Rig había accedido a esperar a poca distancia de la costa hasta última hora de la tarde siguiente a cambio de otras diez monedas de acero. Dijo que mandaría el bote de remos a buscarlos cuando le hicieran la señal. Si se entretenían más tiempo, tendrían que esperar hasta que regresara en el siguiente viaje, la próxima semana, para recogerlos. Dhamon aceptó sus condiciones a regañadientes. No le gustaba la idea de perder de vista el *Cazador del Viento* ni le apetecía quedarse colgado sin transporte a pesar de no tener que ir a ningún sitio en particular.

Cuando el guerrero se volvió de nuevo hacia la Ciudadela,

descubrió que sus compañeros lo habían dejado atrás. La figura que aguardaba en la entrada de la cúpula central lo llamó por señas. Dhamon no estaba seguro de que lo estuviera esperando a él, pero se apresuró para alcanzar a los demás y, sin darse cuenta de lo que hacía, echó a correr, de repente embargado por una intensa y alegre emoción que lo impulsaba a seguir adelante.

14 *Los rostros de Goldmoon*

Dhamon escuchó los pasos precipitados del enano y de los kenders a su espalda, y se preguntó, fugazmente, si debería frenar sus zancadas para acomodarlas a la marcha de ellos. No sabía muy bien qué le estaba pasando. Los había alcanzado y dejado atrás, y no era propio de él actuar de un modo tan descortés. Se volvió para desandar el camino y disculparse.

--Te estaba esperando.

La voz era familiar. Se giró de nuevo y vio a una mujer pequeña, de piel pálida y con arrugas. La túnica blanca ondeaba con la brisa del mar y perfilaba su cuerpo frágil.

--He emplazado a muchos guerreros que visitan el mausoleo, pero tú eres el primero que ha acudido a mi llamada.

Era la fantasmal mujer, pero su voz sonaba más suave que cuando la había escuchado a las afueras de Solace, y parecía mucho mayor que la joven mujer que había visto en la tumba de los Últimos Héroes. El rubio cabello ya no era frondoso, y tenía abundantes mechones blancos. Sus azules ojos estaban opacos y vidriosos. La fuerte luz del sol ponía de manifiesto las arrugas de su rostro, y Dhamon reparó en que los tejidos bajo la mandíbula y en los brazos estaban algo fláccidos.

Era una anciana, de unos setenta u ochenta años, calculó, aunque rezumaba un aire matronal y se movía con gracia y dignidad. Sus pasos eran lentos, pero no inseguros, como advirtió el guerrero. La envolvía una especie de halo, una sensación de poder.

--Por favor, acércate. -La voz sonó queda, poco más que un susurro.

Los ojos de Dhamon se trabaron con los de ella, pero el hombre no se movió.

--Puedo verte bien desde aquí -dijo.

--Cuéntame qué te llevó al mausoleo.

--Fui para presentar mis respetos a los caballeros. -Dhamon se encogió de hombros-. Es por lo que va la mayoría de la gente, ¿no? Pero la tumba no tiene nada que ver con el hecho de que esté ahora aquí. -Hizo una pausa y frunció los labios-. Por cierto, ¿por qué estoy aquí?

--Yo acudo al mausoleo para honrar a mis amigos -comentó ella, pasando por alto su pregunta.

--¿Quién eres?

--Goldmoon, de los *que-shus*.

Dhamon la miró intensamente mientras hacía memoria. ¿Era ésta la famosa Goldmoon, Heroína de la Lanza? ¿Era la mujer que había luchado en la Guerra de la Lanza y había contribuido a restablecer la magia curativa en Krynn? A juzgar por la edad, podría serlo.

--¿Cómo te fue posible llamarme? -fue la única pregunta que planteó.

--Todavía queda algo de magia en el mundo y en mí. Dirigí mi pensamiento al mausoleo de Solace. Un lugar que honra a los héroes caídos tiene que atraer a los héroes vivos, ¿no crees? Pensé que la tumba sería el mejor lugar para encontrar nuevos campeones.

--¿Tuviste que usar tu magia para aparecerte como una mujer joven? ¿Creías que necesitabas hacerlo para atraer mi atención? -inquirió Dhamon con brusquedad-. ¿Es que piensas que sólo me interesa ayudar a...?

--¡Goldmoon! -Jaspe llegó en ese momento, jadeando por la larga carrera. Miró a Dhamon-. ¡Qué piernas! Nunca se cansan.

Las del enano, regordetas, lo llevaron por delante de Dhamon. La anciana sonrió y extendió una mano que él estrechó al tiempo que miraba los azules ojos de Goldmoon semejantes a estrellas, relucientes, cálidos y sorprendentemente jóvenes.

--Siento haber estado ausente tanto tiempo -refunfuñó-. Intenté entrar en Thorbardin, pero ya sabes que han cerrado la montaña. Pensé que podría encontrar un acceso, visitar a mis parientes. Tal vez lo habría conseguido si hubiera buscado con más ahínco, pero recordé mi promesa y regresé aquí.

Jaspe la observó mientras la mujer se apartaba un mechón del espeso y sedoso cabello de su perfecto semblante. El tono rubicundo de su tez casi igualaba el del enano, y la piel de su mano tenía un

tacto suave contra la palma callosa de él. El enano no estaba viendo una mujer anciana; veía a Goldmoon como una sempiterna belleza llena de vida que rebosaba esperanza y fe. Cuando la miraba no veía arrugas ni mechones canosos ni lentitud de movimientos. Su voz y sus gestos tenían fuerza, como en los tiempos de la Guerra de la Lanza.

--Está bien, Jaspe -dijo. Alargó la mano y rozó con un dedo la punta de la nariz del enano-. Y me alegra que hayas escoltado a nuestro visitante. Lo mandé llamar.

El enano la miró perplejo.

--¿Un nuevo pupilo? ¿Quieres que me marche?

--Quiero que te quedes -repuso ella.

--¿Podemos quedarnos nosotros también? -preguntó Raf, jadeante, mientras se acercaba a ellos.

--¡Raf, frena un poco! Te dije que no te metieras en donde no te llaman. ¡Podrías salir herido! -Ampolla venía detrás de él, resoplando, con los ojos prendidos en Goldmoon. Se estiró la túnica, limpió la arena de sus zapatos, y sonrió a la mujer-. Perdona por habernos presentado en tu casa sin haber sido invitados. Mis compañeros son muy testarudos, pero no tenían intención de mostrarse descorteses.

--No es necesario que te disculpes -contestó Goldmoon-. Todos sois bienvenidos aquí. -Se volvió hacia Dhamon.

»Hay una empresa grandiosa en perspectiva, una aventura que no debería emprender una persona sola, Dhamon Fierolobo -dijo.

--¿Cómo sabes mi nombre? -Un instante después de haber pronunciado las palabras, Dhamon hubiera querido tragárselas. Si una mujer era capaz de proyectar una imagen a cientos de kilómetros y a través de las puertas de una tumba, sin duda podía descubrir la identidad de la persona a la que iba dirigida esa proyección.

--Sé muchas cosas sobre ti, Dhamon, pero ¿sabes tú algo de mí? -El hombre no respondió.

»Décadas atrás, mis compañeros y yo buscamos la forma de detener a los ejércitos de los Dragones. Hombres y criaturas perversas llegaron en tropel de las montañas Khalkist y arrollaron todo Balifor y más allá. Fue el principio de la Guerra de la Lanza. El conflicto duró cinco años, y en ese tiempo presenciamos la caída de todas las comarcas orientales de Ansalon.

Dhamon sabía de memoria la historia de los Héroes de la Lanza.

Pocos en Ansalon ignoraban las hazañas de Caramon y Tika Majere, Raistlin, Goldmoon y los demás.

--Las Dragonlances fueron la clave -continuó Goldmoon, interrumpiendo sus pensamientos-. El secreto de cómo se fabricaban se descubrió en un momento en que mucha gente había perdido la esperanza, como les ocurre ahora a muchos. Utilizamos las armas recién forjadas para rechazar al Ala Azul, uno de los ejércitos de los Dragones. Los Dragones del Bien, que anteriormente se habían mantenido ajenos al conflicto porque habían robado sus huevos, entraron en liza. La tornas cambiaron, y las fuerzas de Takhisis fueron dispersadas. Los Dragones del Mal volaron hacia zonas remotas de Ansalon y se debilitaron. Algunos de mis compañeros, que combatieron en esa guerra, han dejado este mundo: el kender Tasslehoff Burrfoot, Tanis el Semielfo, Flint Fireforge, Sturm Brightblade, mi amado Riverwind. Los pocos que quedamos... -Hizo una pausa y se acercó más.

»Sólo podemos observar y confiar en que el futuro mejorará. El mundo es vuestro ahora, os toca a vosotros. Nosotros vencimos a los dragones una vez. Quizá se los pueda derrotar de nuevo. Los dioses se han marchado, y la amenaza de los reptiles es mayor que nunca. Y estás buscando una causa, Dhamon Fierolobo, aunque no te des cuenta. Estás buscando algo que alivie tu corazón. Parece ser que esa causa te ha encontrado. -Lo tocó en un hombro.

»Ésta es una era en la que los hombres tienen que mirar dentro de sus corazones y encontrar la fortaleza y la fe con las que superar los obstáculos interpuestos en su camino. Ya no pueden volver los ojos hacia los dioses para la salvación del mundo; sólo pueden volverlos hacia sí mismos. Yo he mirado en tu corazón, Dhamon, y es mucho más fuerte de lo que crees.

--Pero ¿qué puedo hacer yo? -El guerrero miró a la anciana de hito en hito-. ¿Qué puede cambiar realmente un solo hombre?

--Uno solo, no -repuso Goldmoon-. Jaspe irá contigo, y después te seguirán otros. Yo continuaré emplazando a visitantes del mausoleo.

El enano frunció el entrecejo y sacudió la cabeza; se dirigió hacia Dhamon.

--Flint Fireforge era mi tío. Prometí una vez que ayudaría a Goldmoon cuando me lo pidiera. -Hizo una pausa y añadió en un susurro:- En ningún momento pensé que me lo iba a pedir.

--Podría resultar excitante -cuchicheó Raf-. Puede que incluso

veamos un dragón, y yo nunca he visto uno.

--Me parece que no deberíamos meternos en esto -le contestó Ampolla sin perder la calma-. No es de nuestra incumbencia; sólo venimos de acompañantes. El asunto le concierne a Dhamon, no a nosotros.

--Bueno ¿y qué? Pues volveremos a ir de acompañantes.

--No, no iremos -se opuso Ampolla.

--Vale, pues entonces, iré yo.

--De eso nada.

Dhamon hizo caso omiso a la cháchara de los kenders.

--¿Qué quieres que haga? -le preguntó a Goldmoon.

--Tienes que viajar hacia el norte, a Palanthas. Allí se está engendrando el Mal, y hay que detenerlo. Será un largo, viaje, pero necesario. Tengo amigos cerca. El mago Palin Majere se reunirá contigo en un lugar llamado Refugio Solitario. Está en los Eriales del Septentrión, y Jaspe puede indicarte cómo llegar allí. Palin te ayudará. Tienes que entregarle esto. -Buscó entre los pliegues de su túnica y sacó un pedazo de seda ajado, de color azul y amarillo.

--¿Un trozo de tela?

Goldmoon se lo puso en la mano e hizo un gesto para que los kenders y Jaspe se marcharan. Los rezongos del enano se escucharon por encima de la animada cháchara de los kenders; Goldmoon esperó hasta que estuvieron junto a una de las grandes fuentes de la Ciudadela.

--El paño es un estandarte que estuvo atado a una Dragonlance. Palin tiene el astil o mango. Cuando hayas unido estas dos piezas, Palin te dirá dónde se encuentra la lanza. Une las partes del arma, Dhamon Fierolobo. Era una de las Dragonlances originales, y, según rumores, la más poderosa de todas. Podría ser nuestra única esperanza contra los dragones, los señores supremos.

--¿Una sola arma?

--Será sólo una, pero, también, y más importante, un símbolo. Algo que dé esperanza a las gentes de Ansalon. Algo que las una y las guíe. Quedan otras cuantas lanzas originales, pero casi todas están fueran de nuestro alcance ahora. La que unirás, será el comienzo. Quizás otros visitantes a la tumba que respondan a mi llamada puedan recuperar las otras armas.

Dhamon respiró hondo. ¿Debería ir a Palanthas y a Refugio Solitario o por el contrario dirigirse a donde quisiera? ¿La mujer le daba opción a elegir o era una orden? ¿Podía marcharse

simplemente y reanudar su vida en cualquier otra parte o ya había decidido en la tumba de Solace dejar que esta mujer trazara su destino, lo ayudara a limpiar su corazón?

--Hay muchos barcos en Nuevo Puerto. Veré si alguno de ellos nos puede llevar a Palanthas -dijo por último.

--No te demores -lo urgió Goldmoon.

15

La expansión del Mal

--Fue idea mía venir aquí -gruñó la criatura-. Dije que deberíamos hacerlo. ¡Fui yo! ¿Me oís?

El joven goblin, un ser de aspecto vagamente humano, con menos de un metro veinte de estatura, tenía el rostro plano y una ancha nariz que lo hacía parecer como si se hubiera estrellado de cara contra un objeto duro. Su oscura boca era ancha, y bajo el fino labio superior asomaban unos colmillos amarillentos. Tenía la frente retraída, de manera que los brillantes y rojizos ojos parecían más prominentes; sus brazos peludos le colgaban casi hasta las rodillas, dándole apariencia de simio. Era un excelente espécimen de su raza.

El color del sol, que empezaba a sumergirse en el horizonte, era un poco más claro que la piel del goblin, de un vivo tono anaranjado. La criatura estrechó los ojos para protegerlos del molesto resplandor.

--¡Se me debería reconocer el mérito de la idea! ¿Me oís?
-machacó, malhumorado.

Sus compañeros tenían más o menos su misma apariencia, aunque eran mayores, menos musculosos, y tenían distintos tonos de piel que iban desde un amarillo sucio a un oscuro bermellón. Todos ellos llevaban toscas botas de cuero y piezas disparejas de armaduras que habían sido unidas de manera patética. La mayoría de las armaduras habían sido robadas de las tumbas de guerreros kenders y elfos, y sólo unas pocas piezas habían sido ganadas en peleas limpias. Y, para los goblins, una pelea limpia significaba, por lo general, una emboscada cuidadosamente planeada o una trampa de agujero bien construida y plagada de afiladas estacas en el fondo.

Varios de ellos portaban burdos escudos fabricados con tablas y

adornados con dibujos de puños apretados o cabezas partidas. Unos pocos llevaban impresionantes escudos metálicos que habían cogido como botín a enemigos caídos. Sus armas eran primitivas hachas de piedra, garrotes con puntas de metal clavadas, y mazas.

--No fue idea tuya -bramó el goblin más corpulento. Llevaba un escudo de metal abollado que tenía el emblema de tres rosas, dos en capullo y una completamente florecida, que indicaba que en un tiempo había pertenecido a un caballero de la Orden de la Rosa-. Nos llamaron.

El goblin grande se llamaba M'rgash, y era el jefe de los otros treinta y seis que poco a poco se abrían camino a través de lo que quedaba del bosque. En el pasado, la densa floresta había cubierto aproximadamente la mitad de Kendermore y bordeado Balifor. Pero una cordillera había emergido justo en la frontera de los dos países y había arrasado un gran número de árboles.

La totalidad de la tribu de M'rgash sumaba unos cuatrocientos individuos, y estaba guarecida en túneles profundos debajo del bosque del Paso, al sur del territorio kender. Estos treinta y seis, a los que había seleccionado para este viaje, se encontraban entre sus favoritos y más leales guerreros. Habían emprendido la marcha hacía cinco días.

Los goblins se pararon al pie de un rocoso terraplén que formaba la base de la cordillera y miraron hacia arriba. Unos pocos meses atrás esas montañas no existían.

--Puede que nos hayan convocado, M'rgash -replicó el goblin de piel anaranjada, que se llamaba Dorgth y era el lugarteniente de M'rgash-, pero fue idea *mía* responder a la llamada.

El jefe de los goblins gruñó y abofeteó al joven lugarteniente con bastante fuerza como para hacer que se tambaleara. M'rgash consideraba necesario hacer una pequeña demostración de fuerza de vez en cuando para conservar su elevado rango.

--La decisión la tomé yo, y tú te limitaste a estar de acuerdo conmigo.

El jefe era un goblin viejo que había visto el transcurso de casi cuarenta veranos y conocía el protocolo goblin mejor que cualquier otro miembro de la tribu. Dirigió una funesta mirada a Dorgth, que había ascendido de rango sólo por su temeridad y audacia. Después hizo una señal para que la escolta lo siguiera. Dorgth, recibido el pertinente correctivo, se puso en la retaguardia.

Los goblins continuaron ascendiendo, ayudándose con las

garras para trepar, hasta que llegaron a lo que equivalía a una trocha. M'rgash se arrodilló y examinó una huella impresa en un pequeño trozo de barro.

--Hobgoblins -masculló-. Supongo que nuestros parientes más grandes también han sido convocados, pero ¿por qué?

Entró en la trocha y miró a la derecha. La senda se alejaba, serpenteante, hacia el otro lado de la montaña. A la izquierda trazaba una curva ascendente que conducía a una gran quebrada. Los puntiagudos peñascos de la cumbre estaban oscuros, señal de que el sol casi se había puesto. Dentro de unos minutos llegaría el bendito crepúsculo. M'rgash había calculado bien la duración del viaje.

El jefe goblin echó a andar hacia la hendidura, seguido en fila india por los hombres de su tribu. Detrás de la quebrada se extendía una pequeña meseta, y en ella se encontraba Malys, que ocupaba casi la mitad del espacio. La hembra Roja era impresionante, y M'rgash se quedó parado en las densas sombras de la hendidura; oyó la violenta inhalación del acre aliento del reptil. Los guerreros que estaban tras él también lo oyeron, y el jefe escuchó el nervioso castañeteo de sus dientes.

--No corráis -susurró el jefe goblin-. No demostréis temor.

La hembra Roja estaba sentada sobre las patas traseras, de manera que sus cuernos quedaban a la misma altura que la rocosa loma que rodeaba la meseta. Los últimos rayos de sol se colaban a través de la quebrada, haciendo que sus escamas parecieran brasas ardientes. Sus oscuros ojos, que relucían con un brillo malévolos, se prendieron en M'rgash. De sus enormes ollares se elevaban unas volutas de vapor. La hembra Roja hizo un leve gesto con la cabeza, dignándose reconocer su presencia.

A su derecha tenía una fila de dos docenas de bárbaros, unos salvajes que vestían con tiras de cuero y pieles. Sus cabellos enmarañados les llegaban más abajo de los hombros, y su piel estaba curtida debido a su vida al aire libre. Sus músculos eran como gruesos cables sudorosos que se marcaban a lo largo de sus brazos y piernas, perfilados por una sinuosa red de venas. El jefe goblin descubrió al cabecilla de inmediato. El hombre manejaba la lanza más larga y llevaba una pesada cadena de plata alrededor del cuello, con un gran amuleto dorado colgado de ella. Los ojos del cabecilla bárbaro se encontraron con los de M'rgash, pero sólo un instante. El bárbaro puso su atención de nuevo en la hembra de dragón.

A la izquierda de Malys había un grupo de casi cincuenta hobgoblins. M'rgash emitió un quedo gruñido al ver que Illbreth el *Tornadizo*, un elemento en el que no se podía confiar, estaba al mando de este clan. Los hobgoblins estaban apiñados, y cuchicheaban y señalaban recelosamente a la hembra de dragón. M'rgash se rió para sus adentros. Sus parientes, que casi los doblaban en tamaño, apenas tenían entrenamiento militar y eran incapaces de formar en posición de firme. Eran de un color entre rojo oscuro y marrón, la piel una mezcla de pellejo duro y pelo. Manejaban mazas y lanzas que estaban en mucho mejor estado que sus armaduras de cuero negro.

M'rgash, al ver que Illbreth se había fijado en él, salió de la quebrada para que sus hombres pudieran seguirlo, y a continuación les ordenó formar en tres filas detrás de él. Firmes y hombro con hombro, tenían la apariencia de una unidad militar razonablemente bien entrenada. Sin embargo, el jefe goblin percibió el fuerte olor del miedo que exudaban. Confío en que la hembra Roja e Illbreth no advirtieran también el olor.

Malys dio unos golpecitos con la zarpa en el suelo de la meseta.

--Vamos a empezar -retumbó su voz-. Y sabed que podría acabar con todos vosotros si quisiera.

El olor a miedo se hizo más penetrante, y M'rgash oyó los respingos de sus parientes, los hobgoblins.

--Pero si deseara mataros no os habría convocado aquí para que vuestra cadáveres amontonados ensuciaran mi guarida. Os necesito. -La voz retumbaba en las paredes rocosas.

El silencio que siguió fue largo e incómodo, y finalmente el jefe goblin encontró el coraje suficiente para romperlo:

--Dinos qué quieras de nosotros. -Hablabía con tono firme y fuerte, aunque respetuoso-. Si está en nuestras manos, lo haremos.

--Lo está. -La hembra de dragón agachó la cabeza hasta que la mandíbula rozó en el suelo. Su cuello serpenteó hacia adelante de manera que su hocico quedó a pocos palmos de M'rgash, y el goblin pudo sentir su ardiente respiración-. Quiero vuestra lealtad y la de vuestras tribus, las de todas las tribus aquí representadas.

¿Entendido?

Levantó la cabeza y su mirada pasó de los bárbaros a los hobgoblins y, por último, de nuevo a M'rgash y sus soldados.

--¡Tienes nuestra lealtad! -El cabecilla bárbaro adelantó un paso y se inclinó ante la hembra Roja-. ¡Yo, Harg Hachanegra, lo juro!

M'rgash vio que Illbreth se adelantaba también. Se notaba la flojedad en las rodillas del hobgoblin y el temblor de la barbilla. A M'rgash lo complació comprobar que, aunque él estaba asustado, su pariente lo estaba aún más.

--S... s... soy Illbreth, jefe del clan Risco Sangriento, y prometo la lealtad de mis hombres aquí presentes así como la de todos los miembros de mi tribu en La Desolación. Somos más de doscientos y estamos a tu servicio.

Había llegado el turno de M'rgash, que hinchó pecho, respiró hondo, y se inclinó ante Malys.

--Soy M'rgash, jefe de la poderosa tribu del Túnel. Somos más de cuatrocientos, y te juramos leal...

--¿A qué nos obligaría este compromiso? -La pregunta la hizo Dorgth. El joven lugarteniente había salido de la tercera fila y se adelantó para colocarse junto a M'rgash.

El jefe goblin gruñó y extendió el brazo para golpear a su insolente subordinado, pero Dorgth dio un salto hacia adelante para esquivar el golpe y se aproximó mas a la hembra

Roja.

--¿Qué tendremos que hacer? Quiero saberlo antes de hacer ninguna promesa -insistió el temerario goblin-. No juraré lealtad a nadie así, sin más, ciegamente.

Detrás de Dorgth, M'rgash masculló una sarta de groseras maldiciones.

--¿Te atreves a discutir conmigo? -siseó Malys. Un sordo retumbo empezó a sonar en su estómago, y el suelo de pizarra tembló en respuesta-. ¡Podría matarte antes de que pudieras parpadear!

Dorgth se mantuvo firme y la siguió mirando de hito en hito. El sol se había puesto, con lo que la fastidiosa luz ya no le molestaba en los ojos, y ahora podía ver a Malys mucho mejor.

--Sentía curiosidad, eso es todo -respondió sin disculparse. Según el protocolo goblin, una disculpa era el reconocimiento de subordinación.

--Apártate de tus compañeros -espetó la hembra de dragón-. Acércate a mí. Eso es. Más cerca. Más.

M'rgash apretó los puños y frunció los labios al ver a su segundo aproximarse poco a poco a Malys. Iba a necesitar otro lugarteniente dentro de poco. ¿A quién elegiría? ¿A Pulgarespina? ¿Tal vez a Snargadi? Ninguno de los dos era tan valiente como Dorgth pero,

desde luego, tampoco eran tan necios como él.

La mirada de la hembra Roja pasó de los bárbaros a los hobgoblins y de nuevo a M'rgash y sus soldados.

--¿Tienes más tan osados como éste, goblin? -inquirió. El retumbo en su estómago se iba haciendo más fuerte, y las llamas asomaban entre sus fauces.

--¡No, señora! -chilló M'rgash-. ¡Dorghth es un perro insolente, en nada parecido al resto de mis hombres!

--Qué lástima -siseó Malys. El retumbo fue en aumento hasta el punto que la meseta se sacudió. La hembra Roja abrió las fauces, y un chorro de fuego salió disparado. La abrasadora lanza de llamas pasó por encima de la cabeza de Dorghth y alcanzó primero a M'rgash. Los aullidos del jefe goblin quedaron ahogados por el violento crepitar del fuego. Las llamas se extendieron y envolvieron a las tres filas de hobgoblins que había tras él. El aire de la meseta se impregnó de manera instantánea con el hedor a carne quemada y el profundo tufo del miedo que emitían los que seguían con vida.

Malys cerró la boca y miró fijamente al único goblin que quedaba.

--Jefe Dorghth -empezó-, confío en que regresarás junto a tu tribu y explicarás a los tuyos que están a mi servicio. Los cuatrocientos en su totalidad, y sin hacer preguntas.

El goblin tragó saliva con esfuerzo y asintió. Se llevó la mano a la cabeza, donde el cabello se le había chamuscado, y después echó una fugaz ojeada por encima del hombro. Todo lo que quedaba de sus compañeros eran unos montones de ceniza.

--S... s... sí. ¡Te prometo mi lealtad y la de los míos!

--¡Oídme bien! -rugió Malys-. A cambio de vuestras insignificantes vidas, vosotros y vuestras tribus de las montañas, las llanuras y los túneles me serviréis. Empezaréis por apresar humanos, ya sean granjeros, viajantes o aldeanos, en las comarcas cercanas a las que llamáis Khur y Balifor. Tanto da la edad que tengan. Coged a viejos y jóvenes, y también niños.

--¿V...v... vivos? -tartamudeó Dorghth.

--¡Desde luego! ¡Los quiero vivos!

--Y, c... c... cuando los tengamos, ¿qué quieres que hagamos con ellos?

El retumbo en el estómago de la hembra de dragón empezó a sonar otra vez, haciendo que un escalofrío recorriera las espinas dorsales de hobgoblins, de bárbaros y de Dorghth.

--Encerradlos en jaulas, en corrales, mantenedlos débiles y sumisos, pero con vida. Tratadlos como si fueran ganado, y no les demostréis el menor respeto. Cuando hayáis reunido un número superior a los miembros de vuestra tribu, regresad aquí para que os dé más instrucciones.

Tras limpiar obedientemente las cenizas de los inmolados miembros de su tribu, Dorgth se puso a la cabeza de la marcha y abandonó la guarida de la hembra Roja.

Ninguno de ellos habló hasta que el cielo estuvo completamente negro y se encontraron en lo más profundo de lo que quedaba de los bosques entre Kendermore y Balifor. Entonces, la silenciosa floresta se llenó de ideas compartidas para llevar a cabo las órdenes de Malys.

16

El Yunque de Flint

Unos cuantos días después, Dhamon y Jaspe estaban de regreso en los muelles de Nuevo Puerto.

Rig Mer-Krel soltó una carcajada y sacudió el índice mientras señalaba al guerrero.

--Vamos a ver si te he entendido bien -dijo luego-. ¿Quieres pagarme sesenta monedas para que yo y Shaon, y cualquier otro a quien podamos persuadir, naveguemos hasta Palanthas en una vieja bañera que has comprado? -El marinero negro se palmeó el muslo-. Por sesenta monedas ni siquiera uno de nosotros embarcaría hasta tan lejos.

--Tienes una buena reputación -empezó Dhamon, pensando que si no funcionaba con el dinero, a lo mejor los cumplidos lo convencían-. Necesitamos un capitán, y me han dicho que eres el mejor. Desde luego, hiciste un buen trabajo en la travesía a la Escalera de Plata.

--¡Pues claro que es un buen capitán! -Shaon sonrió y señaló con la mano hacia el puerto-. Tiene más experiencia en mar abierto que todos los marineros de aquí juntos. Para que lo sepas, ha navegado por el Mar Sangriento de Istar y ha pilotado un galeón a través del Ojo del Toro. Además, fue timonel en el...

La mirada que le dirigió Rig interrumpió la relación de la mujer sobre sus conocimientos y aptitudes para la navegación. Shaon le hizo un guiño cómplice.

--Pero sesenta monedas son un insulto -añadió-. Tendríamos que enfrentarnos al Turbión, la tempestad que amenaza constantemente en el estrecho de Algoni. La paga tendría que ser mucho más cuantiosa para que renunciáramos a nuestro trabajo aquí y arriesgáramos el cuello.

--¿Qué tal la embarcación como pago? -ofreció Jaspe-. Está en el tercer muelle, echadle un vistazo. Nos lleváis a Palanthas, os quedáis unas pocas semanas por allí, esperando, y después es vuestra.

--¿Te refieres a la carraca verde? -preguntó el corpulento marinero, que se inclinó para observar intensamente al enano.

--Sí -asintió Jaspe-. La compré ayer. Y no soy amante del mar, así que no me importaría deshacerme de ella... después de que nos lleve a donde queremos ir.

--¿Os encagaríais vosotros de los víveres? -inquirió Rig. Dhamon hizo un gesto de asentimiento-. Entonces, zarparemos por la mañana, mientras siga el buen tiempo. Voy a contratar un par de hombres... si no os importa. Dudo que alguno de vosotros dos sirva de mucha ayuda en un barco.

Rig y Shaon habían inspeccionado a fondo la carraca para cuando Dhamon y Jaspe llegaron a los muelles, con las primeras luces del día. La vela delantera era cuadrada, igual que la del *Cazador del Viento*, pero la mesana era una vela latina, cuya forma recordaba un triángulo irregular. La embarcación tenía veintiséis metros de eslora y diez de manga.

Estaba en buen estado, con el casco recién pintado en un color verde oscuro y la cubierta bien lustrada con barniz. En la proa se le había pintado un nuevo nombre: *Yunque de Flint*.

--Un barco más grande habría sido mejor -comentó Rig, que estaba encaramado al palo mayor-. Uno con la quilla más profunda y un tercer mástil. Y también con un nombre de sonido más ligero.

--¿Has cambiado de opinión? -preguntó Dhamon.

--No. Sólo os estoy advirtiendo que va a notar el oleaje un poco más de lo que me hubiera gustado, y, desde luego, muchísimo más de lo que a ti o a Jaspe os apetecería. Espero que no os mareéis y

vayáis dejando recuerdos por la cubierta.

Dhamon se aseguró de que las provisiones estaban a bordo, incluidos doce barriles de agua fresca que habían sido apilados en forma de pirámide, cerca del palo de mesana. Todavía le quedaban cincuenta monedas de acero, de sobra para comprar más vituallas en un puerto a lo largo de la travesía. No estaba seguro de lo que haría cuando se quedara sin dinero. Tal vez ese tal Palin Majere era rico, pensó.

Shaon había contratado una tripulación de cuatro hombres, tres de los cuales se afanaban en hacer los últimos ajustes en los aparejos. El cuarto subió a bordo mientras Jaspe discutía con Shaon sobre la distribución de los camarotes. El nuevo tripulante iba acompañado por un lobo.

--Nada de animales -se opuso Dhamon tajantemente.

El lobo medía alrededor de un metro hasta la cruz, y tenía un denso pelaje rojizo y los ojos dorados. El hombre debía de medir más de dos metros, era fornido, tenía la piel curtida, y sus rasgos eran toscos: frente ancha, ojos negros muy separados, y nariz roma. Llevaba un chaleco sin camisa debajo, y el resto de su indumentaria estaba ajada. Un reluciente aro de oro, que colgaba de su oreja derecha, parecía ser el objeto más valioso que poseía.

--Un semiogro -masculló Jaspe.

--El lobo no viene -insistió el guerrero.

--Dhamon, éste es Groller Dagmar -replicó Rig-. A ti no te presento porque no me oiría. Es sordo. Después de Shaon y de mí, es el marinero más competente que podrías encontrar. Lo quiero en mi tripulación, así que se queda. Y eso significa que el lobo también se queda. A menos, claro está, que prefieras empezar a buscar otro capitán.

El amanecer llegó con una ligera brisa, apenas suficiente para empujar al *Yunque de Flint* fuera de puerto. A última hora de la tarde, el viento era racheado e hinchaba las velas hasta el punto de hacer crujir los mástiles. Navegaban a buen ritmo. Rig iba al timón, y el

semiogro, Groller, estaba con él. No había señales del lobo rojo.

Dhamon y Jaspe hacían todo lo posible por familiarizarse con el barco mientras avanzaba por la bahía meciéndose con el oleaje, y el enano intentaba con empeño acostumbrarse al constante cabeceo.

--Me siento fatal, como si el estómago se empeñara en subirse por la garganta -se quejó Jaspe-. Nunca he estado en un barco que se moviera tanto.

--Eso es porque nunca has estado en un barco cuando soplaban un viento tan fuerte -contestó Dhamon-. Reconozco que las olas son muy altas, pero podría ser mucho peor. Más vale que estés preparado para el Turbión.

--El mar estuvo siempre calmado durante la travesía a Schallsea -adujo el enano, taciturno.

Nuevo Puerto había quedado muy atrás para entonces, y Dhamon se inclinó por la borda y escudriñó intensamente hacia el norte con la esperanza de divisar Puerto O'Call. Sin embargo, lo único que consiguió ver fueron las turbulentas aguas. Se preguntó cuántas semanas pasarían en el mar y qué encontrarían en Palanthas. «Allí se está engendrando el Mal», le había dicho Goldmoon. ¿Sería difícil encontrar ese Mal o tal vez el Mal los encontraría a ellos?

Jaspe pasaba la mano por la batayola, como si estuviera juzgando la calidad de la talla y determinando cómo se había realizado. Quizás intentaba mantener la mente ocupada para no notar el constante movimiento. Un suave tintineo interrumpió su inspección. Se volvió y frunció el entrecejo.

--Interesante nombre el que elegiste para la nave, Jaspe -comentó Shaon-. Esperemos que sea lo bastante fuerte y no se hunda como un yunque.

--Se llamaba *Melancólico Morkoth* cuando lo compré. No me gustaba la idea de navegar en un barco bautizado con el nombre de un feo monstruo marino, así que se lo cambié haciendo alusión a mi tío.

La mujer de piel oscura sacudió la cabeza.

--Nunca me ha importado la familia -dijo.

Shaon llevaba puesta una blusa blanca sin abotonar hasta mitad de la pechera, y unos pantalones ajustados de color negro que había remangado hasta las rodillas. Iba descalza, y alrededor del tobillo derecho llevaba una gruesa cadena de oro de la que colgaban una doble hilera de diminutas campanillas que tintineaban alegremente

cuando caminaba.

--Pues a mí me importaba Flint -rezongó Jaspe-. Me importaba lo bastante para prometerle en un sueño que ayudaría a su amiga Goldmoon. No imaginaba que estar en un barco fuera parte de ello.

-El enano se apretó el estómago al tiempo que el barco se remontaba sobre una gran ola. Tenía la tez pálida, y se agarró a la batayola para mantener el equilibrio. Miró fijamente el agua un momento, cerró los ojos, y después se volvió, dando la espalda al mar.

»¿Qué es eso? -le preguntó a Shaon, señalando un cabo tensado.

Dhamon sonrió.

--La mayoría de la gente lo llama cuerda -contestó la mujer.

--Oh.

--Pero los marineros lo llamamos estay del trinquete. Es el cabo que va del palo mayor al bauprés. Hay que cuidar que no se desgaste.

--¿Y esto? -El enano frunció el ceño y señaló el mástil.

--Bueno, todo en conjunto, mástil, botalón y botavara, se llama berlinga.

--No es tan difícil -rezongó Jaspe-. Estay de trinquete, mástil, berlinga, estribor, popa, gobernable, aparejo, quilla, kenders.

--¿Kenders? -Dhamon se giró bruscamente y siguió la dirección de la mirada del enano. Frunció el ceño al ver a Raf y a Ampolla que subían de la cubierta inferior-. ¡Creía que vosotros dos os habíais quedado en Nuevo Puerto!

--Ésa era mi intención -farfulló la kender mientras intentaba mantener el equilibrio sobre la inestable cubierta-. Pero Raf se empeñó en continuar pegado a ti. No pude hacer que cambiara de idea, así que imaginé que más valía apuntarme también. Alguien tiene que vigilarlo e impedir que se meta en problemas.

Dhamon gimió y se dirigió hacia proa, alejándose del grupo.

Raf se fijó de inmediato en la pulsera de tobillo de Shaon. Se acercó para verla con más detalle, y la media docena de saquillos que llevaba colgados de la cintura tintinearon y susurrieron con cada paso.

--¿Por qué llevas campanillas? -preguntó el kender.

--Rig me las dio. Es oro de Karthay.

--¿Y por qué tienes el pelo tan corto?

--Para que no se me meta en los ojos.

--¿Y por qué...?

Jaspe se puso entre Shaon y Raf, de espaldas al kender, sin dejar de agarrarse con una mano a la batayola para no perder el equilibrio.

--¿Hacia dónde iréis Rig y tú después de dejarnos en Palanthas? -preguntó.

--Hablamos sobre ello un buen rato anoche. Rig no durmió mucho. Creo que estaba excitado por el hecho de tener su propio barco. Es algo que siempre deseó. Lo más probable es que naveguemos costeando los Eriales del Septentrión y volvamos al Mar Sangriento de Istar. Somos de esa zona.

Ampolla se abrió paso a codazos para meterse en la conversación, y Jaspe suspiró resignado y se apartó, tambaleándose, hacia un montón de cajones que había cerca del cabrestante. El enano se sentó en el de más abajo y se agarró la cabeza cuando el barco se alzó sobre otra gran ola.

--Yo he estado allí -dijo Ampolla. La kender llevaba puesto un par de insólitos guantes esta mañana. Eran de cuero verde, y tenían pequeños garfios en los pulgares.

Shaon echó un vistazo por encima del hombro y contempló el mar con expresión ensimismada.

--Allí fue donde conocí a Rig Mer-Krel, en una enorme carraca que navegaba por el Mar Sangriento. El barco en el que iba yo chocó con un rompiente, y se fue a pique muy deprisa. Un montón de hombres quedaron atrapados en la cubierta inferior y se ahogaron. Los tiburones ya se habían dado un festín con más de la mitad de los supervivientes cuando el *Dama Impetuosa* llegó al lugar del naufragio. Rig era timonel del *Dama*, y me sacó del agua. Los tripulantes que sobrevivimos, nos alistamos.

--Eso suena muy excitante -dijo Raf-. ¿Estáis casados?

--No. Bueno, todavía no. Pero no busca otras mujeres, así que estoy satisfecha.

--¿Cómo vinisteis a parar aquí? El Mar Sangriento es prácticamente un mundo aparte -cotorreó el kender.

--¡Shaon! -Rig miraba a los cuatro con expresión severa-. Basta de charla. Es tu turno al timón.

Rig apartó a Shaon del grupo mientras Groller se hacía cargo del gobierno de la nave. Ampolla vio a Dhamon en la proa y se dirigió hacia él. Al quedarse sólo, Raf sintió curiosidad por los barriles de agua apilados en la popa del barco.

Ampolla y Dhamon permanecieron callados un buen rato, escuchando el sonido del agua al romper contra la roda y el chasquido de las velas. El sol descendía hacia la línea del horizonte, y no tardaría en ponerse.

--¿Sabes? No llegaste a contarme qué te llevó al mausoleo y después a Schallsea -dijo la kender, rompiendo finalmente el hechizo.

--No, no lo hice.

--Y no piensas decírmelo, ¿verdad?

Dhamon fijó la mirada en un gran pez espada que saltó sobre las olas y después desapareció.

--¿Sabes una cosa, maese Fierolobo? Si no piensas contar la verdad, o, para ser precisos, no quieras contar nada, más te vale aprender a mentir. Me parece que eso no se te da muy bien.

--E imagino que a ti sí.

--Lo de mentir, no sé, pero sí se me da bien contar cuentos. Casi todos los kenders son buenos narradores. Permíteme que te dé una lección. Si alguien, como yo por ejemplo, te pregunta por qué fuiste a la tumba de los Últimos Héroes y no quieras decirle la razón que te llevó allí realmente, podrías contarle un cuento. Podrías decir: «Fui al mausoleo porque me dijeron que los enanos de Thorbardin transportaron los materiales utilizados en su construcción. Soy un estudioso de su arquitectura y, como el reino enano está cerrado, imaginé que la tumba era la mejor alternativa que tenía para echar un vistazo a una obra reciente». En esta respuesta hay un punto de verdad: fuiste a la tumba.

--Entiendo.

--Y si te pregunta de dónde eres, puedes contestar: «Vengo de El Cruce, al norte de Solace. Es una bonita ciudad portuaria, famosa por su cerveza y sus constructores de embarcaciones. Deberías visitarla alguna vez». Eso no sería una mentira, exactamente. Estuviste en El Cruce antes de ir a Solace, sólo que antes venías de alguna otra parte.

--Comprendo.

--Y si te pregunta acerca de tu profesión, sea cual sea la que tienes en realidad, puedes decir que...

--¡Miradme! ¡Miradme todos! -La aflautada voz de Raf puso punto final a la lección de Ampolla. El joven kender atrajo de

inmediato la atención de todo el mundo, a excepción de Groller. El semiogro seguía ante la rueda del timón, ajeno al bullicio.

Raf estaba de pie en lo alto de la pirámide de barriles de agua. En la primera fila había cinco barriles tumbados de lado y atados entre sí para evitar que rodaran. La segunda grada la formaban cuatro; la tercera, dos; y uno en lo alto. Raf se balanceaba de manera precaria en este último.

Satisfecho de ser el centro de atracción, el pequeño kender se inclinó hasta tocar con las puntas de los dedos la madera del barril, después se apoyó en las manos, se dio impulso con las piernas, y se puso a hacer el pino. Sus pies calzados con sandalias saludaron a los que estaban en cubierta. El barco escoró a estribor para salvar una ola, y Raf mantuvo, afortunadamente, el equilibrio. Sus saquillos tintinearon en protesta.

--¡Qué divertido! -chilló.

--¡Raf, baja de ahí ahora mismo! ¡Es peligroso! -lo regañó Ampolla. Sus pequeños pies sonaron sobre la cubierta al dirigirse hacia la pirámide de barriles. Para variar, Dhamon iba tras ella.

--Siempre estas preocupándote por todo, Ampolla. Nunca te diviertes. Fíjate. -Raf pegó el brazo derecho contra el pecho y se quedó en equilibrio sobre una sola mano-. Podría trabajar de titiritero en las ferias.

--¡Podrías acabar en el mar, que es a donde te arrojaré si no te bajas de los barriles de agua! -lo increpó Rig.

Jaspe, que se había puesto al lado del marinero, frunció el ceño por las travesuras del kender. Shaon parecía divertida, pero sobre todo por la expresión malhumorada de Rig.

Otra gran ola sacudió el barco, y el joven kender se tambaleó vertiginosamente. Una fugaz expresión preocupada asomó a su semblante, pero bajó la otra mano para volver a equilibrarse.

Shaon soltó un respiro y se mordió el labio inferior. De repente, la cosa había dejado de tener gracia. El barco cabeceó otra vez, y el saquito en el que Raf guardaba las cucharas se soltó del cinturón -con una docena de cucharas soperas de plata y acero dentro- y cayó dando vueltas hacia la cubierta.

--No os preocupéis. ¡Estoy en perfecto equilibrio! -fanfarroneó el kender.

--¡Pues sigue guardando equilibrio fuera de esos barriles! -ordenó Rig.

--¿Para qué sirve esta cuerda?

--Para atar los barriles. Déjala en paz -espetó el marinero-. ¡Y bájate de una vez!

Pero las palabras de Rig llegaron con un segundo de retraso. Para entonces, Raf había vuelto a ponerse de pie, había acercado las manos a la cuerda, y tiraba de ella. Una sonrisa ensanchó su angelical rostro.

--¡No! -gritó Ampolla.

Dhamon echó a correr hacia la pirámide de barriles cuando ésta empezó a crujir y la cuerda se soltó. La fila inferior se extendió al separarse los barriles, que rodaron a estribor y a babor, y las filas de encima se movieron y cayeron hacia adelante.

Raf se convirtió en un borrón de color y de manos y pies agitándose. Intentó dar una voltereta hacia adelante, impulsándose sobre el barril superior para apartarse de la pirámide que se desmoronaba. Pero la cuerda que había desatado se sacudía en el aire como una serpiente enfurecida, y la punta lo golpeó en la cara con un seco chasquido. Sorprendido, el kender vaciló en mitad de la voltereta y aterrizó violentamente de espaldas en la cubierta. Se quedó sin respiración y momentáneamente aturrido. Antes de que pudiera levantarse, el barril de arriba se estrelló contra él.

Sus ojos se desorbitaron, y el kender abrió la boca para chillar, pero su grito quedó ahogado por el golpe de otro barril al caerle encima, seguido por un tercero.

Dhamon resbaló con el agua derramada y cayó cuan largo era. Miró hacia arriba y, rápidamente, levantó un brazo para protegerse la cara de los trozos de madera que volaban por el aire al haberse roto otro barril. Más agua chorreó por la inestable cubierta, pero Dhamon consiguió avanzar a gatas.

De algún modo, Rig había llegado primero junto al kender. Un barril hecho astillas seguía tirado sobre Raf. Uno de los aros de hierro, roto, estaba clavado en la cubierta y le aprisionaba el pecho. La otra mitad del aro estaba hincada en su pierna.

El marinero apartó el barril de encima de Raf y tiró de las piezas de hierro hasta soltarlas.

--Está muerto -anunció-. Tiene el pecho aplastado. Y ahora sólo nos queda un barril de agua intacto. Maravilloso. -Rig maldijo y regresó a grandes zancadas hacia la rueda del timón-. ¡Un barril! Sólo nos durará un par de días. ¡Habrá que racionar el agua! -gritó por encima del hombro-. Y después tendremos que hacer escala en Caergoth para abastecernos otra vez.

--¿Muerto? -Ampolla se abrió camino entre los barriles rotos y se arrodilló junto al cuerpo de Raf. Utilizó los ganchos de los guantes para quitar los fragmentos de madera. Haciendo caso omiso del dolor de sus manos, acunó la cabeza del kender. Un hilillo de sangre escurrió de la boca de Raf.

»Y yo vine para que no se metiera en líos -susurró.

Enterraron a Raf en el mar, tras envolver su cuerpo en una manta de muchos colores y ponerle peso para que se hundiera. Ampolla pronunció sólo unas pocas palabras en memoria del joven kender. Lo conocía hacía poco tiempo, y no se le ocurría qué decir. Un dolor sordo se extendió por sus manos y sus brazos cuando sus dedos se cerraron sobre una cuchara de plata y se la llevó al pecho.

--Le dije que cuidaría de él -susurró.

La pena por la repentina muerte de Raf pronto quedó relegada por el miedo por sus propias vidas cuando el *Yunque de Flint* se topó con el Turbión. La tempestad no era algo inesperado, ya que el choque de masas de aire del glaciar Ergoth del Sur y del templado continente creaban una tormenta constante en el estrecho de Algoni, pero no había forma de estar completamente preparado para una perturbación atmosférica tan voluble e impredecible con el Turbión.

Tan pronto como entraron en las aguas más frías y profundas del estrecho, Rig dio instrucciones a la tripulación para que arriara las velas; avanzarían con los palos desnudos a fin de ofrecer la menor resistencia posible al viento. Apenas se acababa de llevar a cabo la tarea cuando unas olas gélidas, coronadas de espuma, empezaron a romper sobre la cubierta, y Rig ordenó a Jaspe, Ampolla y Dhamon que bajaran a la cubierta inferior.

El enano y la kender corrieron hacia la escotilla, resbalando varias veces en el camino debido a los cabeceos del barco y a que las tablas de cubierta estaban mojadas. El *Yunque* se elevó sobre una enorme ola. Jaspe vio cómo subían muy alto sólo para caer a plomo inmediatamente por el otro lado de la ola. De repente fue como si el enano se encontrara en un valle entre montañas azules. No podía ver nada salvo las curvadas paredes de agua oscura a cada lado del barco. ¿Dónde estaba el cielo? El *Yunque* empezó a remontar la siguiente ola, un muro de agua rugiente y altísimo. Jaspe

abrió la escotilla de un tirón y bajó por la escalera. Ampolla, en su precipitación por ir tras él, le pisó la cabeza.

Dhamon no se movió del sitio, aferrándose al palo mayor con los brazos.

--¡Vete! -gritó Rig para hacerse oír sobre el aullido del viento.

El guerrero sacudió la cabeza en un gesto de negación; los ojos le escocían por las rociadas de agua salada al intentar mirar al capitán. Shaon se acercó a él, tiritando y con la ropa empapada pegada al cuerpo.

--¡Necesitaremos tu fuerza más tarde! -dijo con voz suplicante. El barco se ladeó y la mujer trastabilló hacia atrás, alejándose de él y resbalando hacia el costado del barco, que escoraba peligrosamente cerca de las turbulentas aguas. Su movimiento se frenó cuando la cuerda que llevaba atada a la cintura se puso tensa y el barco se tumbó hacia el otro lado. Una agua helada pasó por la borda y se estrelló sobre la cubierta, alzando en vilo a la mujer y arrojándola contra el palo mayor.

Shaon se incorporó trabajosamente, se limpió los ojos con gesto furioso, y después intentó guardar el equilibrio. Extendió la mano hacia Dhamon; gritaba algo, pero el aullido de la tempestad ahogaba sus palabras. Ahora caía una fuerte lluvia que el viento hacía precipitar de costado sobre la nave.

De mala gana, Dhamon se soltó del mástil y cogió la fría y mojada mano de Shaon. El barco volvió a escorar, y los dos cayeron de rodillas y fueron gateando hacia la escotilla. La helada mano de la mujer lo mantuvo firmemente agarrado hasta que Dhamon fue capaz de llegar a la abertura. El guerrero se metió de cabeza en la oscura cubierta inferior mientras la puerta de la escotilla se cerraba de golpe tras él.

No supo cuántas horas de cabeceos y sacudidas, de ser arrojado contra los costados del casco o contra otros miembros de la tripulación, de escuchar hasta el último crujido y gemido del barco que se debatía por mantenerse intacto, pasaron antes de que se oyieran unas pisadas precipitadas por encima de sus cabezas y un cabo empapado cayera colgando por la escotilla. Tampoco supo de quién era la voz que gritaba su nombre desde la rugiente oscuridad de allá fuera.

18 *Enfrentamiento caballeresco*

El puerto de Caergoth era mucho más grande que el de Nuevo Puerto. Hileras de muelles se extendían en una bahía lo bastante profunda para acoger galeones, drakkars, galeras y dromones. El puerto estaba lleno de barcos en diversos estados de reparación, y la mayoría había sufrido los desperfectos durante su encuentro con el Turbión.

Rig señaló hacia un galeón que estaba en dique seco y que tenía un gran agujero en el casco, cerca de la línea de flotación. Dijo que lo sorprendía que no se hubiera hundido antes de llegar a puerto; probablemente había chocado con un iceberg. La tripulación debía de haberse visto obligada a echar por la borda parte del cargamento para mantener el barco a flote hasta llegar a puerto.

Tras su angustioso encuentro con el Turbión, el *Yunque de Flint* también había pasado rozando un iceberg. El estrecho entre Southlund y el territorio del Dragón Blanco estaba plagado de grandes masas lisas de hielo flotante que semejaban pequeñas islas. Navegar entre estos hielos era difícil, sobre todo si se tenía en cuenta que la parte que asomaba sobre el agua no era más que una fracción del bloque helado que se ocultaba bajo la superficie. Sin embargo, Rig estuvo a la altura de las circunstancias, y Dhamon y Jaspe pensaron que el marinero se enfrentó a la comprometida situación con precavido entusiasmo. Bajo la dirección de Rig, el *Yunque* se fue abriendo camino a través de los helados obstáculos y alrededor de un iceberg particularmente amenazador sin que el casco sufriera ni un arañazo.

Les asignaron un lugar situado en el extremo occidental de la bahía, y pronto la nave estuvo atracada al muelle y con las velas arriadas. Ampolla prefirió quedarse a bordo con Shaon, ya que las dos se habían hecho amigas y la mujer negra dijo que podía ayudarla en la revisión de cabos y velas. La kender se puso unos guantes de cuero marrón que llevaban unas lentes de aumento acopladas al pulgar derecho «para facilitar la revisión de los cabos», explicó.

A Groller le encargaron la tarea de comprar barriles para agua, llenarlos y enviarlos al barco. El lobo de rojo pelaje, que había permanecido oculto en algún lugar bajo cubierta durante la mayor

parte de la travesía, iba a su lado cuando el semiogro desembarcó. Jaspe decidió acompañarlos, atraído por la posibilidad de pisar tierra firme y porque sentía cierta curiosidad sobre el modo en que Groller, si realmente era sordo, haría una transacción comercial. El enano tenía la sospecha de que sería él el que acabaría haciendo el trato. Frunció el ceño y metió la mano en el bolsillo para asegurarse de que llevaba bastante dinero para pagar los barriles.

Los otros tres tripulantes recibieron un permiso de varias horas, pero Rig les dio órdenes estrictas de reincorporarse antes de la puesta de sol. El *Yunque* no haría noche en Caergoth.

Así las cosas, Dhamon y Rig se quedaron de pie junto a la batayola, contemplando la costa. A juzgar por la pintura desgastada y saltada del embarcadero y de las numerosas tabernas y posadas que se alzaban en las inmediaciones, era un puerto viejo; y, aunque había una gran actividad y sin duda se obtenían buenos beneficios, no parecía que los propietarios estuvieran inviniendo ni un céntimo de esas ganancias en el mantenimiento de sus negocios. Las construcciones más recientes eran tres altas torres de madera situadas cerca de la orilla. Encaramados en lo alto había hombres que vigilaban en dirección a Ergoth del Sur con catalejos. Buscaban cualquier indicio de problemas, en especial por parte del Blanco que vivía allí.

Las personas que caminaban arriba y abajo por el muelle eran en su mayoría marineros y estibadores que estaban de permiso o haciendo algún encargo. Había unos pocos que parecían comerciantes con negocios que atender en el puerto, y pequeños grupos de viajeros que habían desembarcado o que buscaban pasaje. También se veían unas cuantas mujeres moviéndose entre los puestos donde se vendía pescado y mariscos.

Un par de pescaderos iban y venían cerca de los edificios y al borde de los muelles intentando vender sus mercancías a cualquiera cuyas ropas estuvieran en buen estado y, por ende, que llevaran dinero en sus bolsillos.

--Pensaba que alguien con suficientes monedas para viajar hasta Schallsea tendría también para comprarse algo de ropa decente -comentó Rig. El bárbaro vestía unos pantalones de cuero de color verde oscuro y una camisa de seda en un tono amarillo claro y con mangas holgadas. Llevaba una banda en la frente que estaba hecha con cuero rojo trenzado y que casi hacía juego con el fajín que ceñía su cintura. La cinta de la cabeza tenía finas trencillas que le

colgaban hasta los hombros y se agitaban con la brisa. Dhamon se encogió de hombros con indiferencia.

»Con ese aspecto no atraerás las miradas de las damas.

--Quizá no me interesa hacerlo. -Dhamon se apartó de la batayola y alzó la vista hacia el encapotado cielo.

--No me gusta el aspecto de esas nubes -manifestó tajantemente el corpulento marinero, que había seguido la mirada del guerrero-. Es el motivo de que no nos quedemos.

--¿Qué hay de raro en ellas? Las nubes son sólo nubes. ¿Acaso están muy ajadas para tu gusto?

--El cielo siempre lleva un mensaje, Dhamon, para quienes son lo bastante listos para interpretarlo. Y el mensaje, por lo general, está escrito en las nubes. Cuando son planas, como sábanas, el aire está en calma y la temperatura es estable. En tal caso, la travesía será fácil. Estas nubes están hinchadas, y grises por debajo. Tal cosa significa que están cargadas de lluvia y que sólo es cuestión de tiempo el que empiecen a soltar agua. La pregunta es si será sólo un chubasco o una gran tormenta.

Dhamon metió la mano en el bolsillo y tanteó el estandarte de seda que Goldmoon le había entregado. Siguió callado.

--No me importa la lluvia, y un chubasco no es mayor inconveniente para un buen marinero, pero todavía tenemos que navegar un gran trecho antes de dejar atrás el territorio de Escarcha, y una posible tormenta con icebergs incluidos es algo a lo que prefiero no enfrentarme. Éste será mi barco después de que os deje en Palanthas, y quiero que esté en una pieza. -Su mirada fue hacia el galeón en dique seco-. Por lo tanto zarparemos antes del anochecer.

Dhamon pasó junto al marinero y empezó a bajar por la pasarela hacia el muelle.

--¡Eh! ¿Adónde vas? Salimos dentro de un par de horas.

--Voy a hablar con algunos marineros. Quizás alguno ha venido del norte, y tal vez sea lo bastante listo para interpretar el mensaje de las nubes de allí y pueda darnos información valiosa.

--¡Shaon, te quedas al mando del barco! -gritó Rig-. Espera, Dhamon, voy contigo. -Mientras pasaba junto a Ampolla, el marinero añadió:- Siento de verdad lo de tu pequeño amigo.

Jaspe y Groller iban por una acera de tablones que se extendía

a lo largo de la calle que había a continuación de los muelles. Caergoth era la capital de Southlund, y como tal era una urbe bastante extensa con un bonito paseo marítimo. Varios de sus edificios tenían marquesinas de muchos colores que se extendían sobre la acera a fin de proteger a los compradores de la lluvia o el sol, dependiendo del tiempo que hiciera. Otros establecimientos tenían carteles en los escaparates en los que anuncianaban sus especialidades -sopa de marisco, aguardiente amargo, túnicas de cuero teñido, botas de piel de anguila, y cosas por el estilo- con los que podrían atraer a posibles clientes al interior.

--Realmente no puedes oírme, ¿verdad? -preguntó Jaspe, que miraba al semiogro de hito en hito.

Groller le sostuvo la mirada y enarcó una ceja. El semiogro no oía nada, pero sus otros sentidos sí funcionaban. Sus ojos captaron la expresión exasperada en el rostro del enano. Groller frunció los labios y extendió los brazos ante sí, formando un círculo. Después señaló con la barbilla hacia el comercio de un barrilero que había a media manzana de distancia. Jaspe no reparó en el letrero que representaba un montón de barriles apilados hasta que el semiogro se lo señaló.

Sin esperar contestación, y puesto que en cualquier caso tampoco la habría oído, Groller dio media vuelta y echó a andar hacia el comercio. El lobo rojo trotaba a su lado, atrayendo las miradas de los transeúntes.

Jaspe iba a llamarlo para pedirle que caminara más despacio, pero se calló a tiempo y en cambio rezongó por lo bajo algo sobre «gritarle a un sordo», y alguna que otra maldición. Apresuró el paso para alcanzarlo, cosa nada fácil debido a las rápidas y largas zancadas del gigantesco semiogro.

Poco antes de llegar a la puerta de la tienda, Jaspe logró llegar junto a él y, casi sin resuello, tiró del chaleco de Groller. El semiogro se volvió y bajó la vista hacia el enano.

--Mmmmm. ¿Cómo consigo que me entiendas? -rezongó Jaspe para sí-. Necesitamos once barriles. ¿Te dijo Rig cuántos tenías que comprar? No, por supuesto que no te lo habrá dicho. Para eso tendrías que poder escuchar. Menos mal que he venido. -Hizo un gesto con los brazos, igual que el que había hecho Groller, formando un círculo delante del pecho. A continuación, juntó las manos ahuecadas y simuló beber.

El semiogro sonrió y asintió con la cabeza.

--Así que puedes entenderme -dijo Jaspe-. O, al menos, eso creo. -Levantó las manos y extendió los diez dedos; después los cerró y levantó sólo el índice.

--Oo... on... ce -balbució Groller-. Ba... rriles. Sé. Yo no ne... ció. Sólo sordo.

Costaba un poco de trabajo entenderlo, pero Jaspe comprendió lo esencial y asintió con la cabeza frenéticamente. La pareja entró en el establecimiento.

Groller se dirigió al mostrador, y un delgado y anciano tendero salió casi inmediatamente de detrás de una cortina. El enano, que se había quedado retrasado para observar, imaginó que el tendero había advertido su presencia por el crujido del suelo bajo los pies del semiogro.

--¡Nada de animales aquí! -gritó el delgado anciano, cuya estatura apenas sobrepasaba el metro y medio. Llevaba una camisa que debía de ser un par de tallas más grande de lo que le correspondía. Un delantal de cuero colgaba de su cuello-. Lo digo en serio. No...

El lobo rojo aplastó las orejas y soltó un quedo gruñido que cortó las protestas del tendero. Groller señaló una hilera de barriles que había apilados contra la pared. Luego sacó un trozo de pizarra de un bolsillo y garabateó algo con una tiza, tras lo cual lo sostuvo frente al tendero.

--No sé leer -dijo el hombre, sacudiendo la cabeza.

Groller se guardó el trozo de pizarra en el bolsillo.

--On... ce -dijo lentamente. El semiogro metió los gruesos dedos en un bolsillo del chaleco y sacó unas cuantas monedas-. Oo... on...ce ba...rri...es lle...nos de agua. -Le entregó el dinero-. Mandar mue... lles. «*Unque de Film.*»

El tendero lo miró con desconcierto y se pasó los dedos por el ralo cabello.

--¿Once barriles? -preguntó. El lobo ladró y movió la cola-. ¿Para enviar a los muelles? -El lobo volvió a ladrar-. ¿Cuál era el nombre del barco?

--El *Yunque de Flint* -intervino el enano, y el lobo soltó un tercer ladrido-. Así que no eres sordo de nacimiento -comentó Jaspe mientras salía de la tienda en pos de Groller-. Has oído normalmente, al menos durante un tiempo. De otro modo, no podrías hablar. Y supongo que supiste hacerlo mejor en el pasado. Probablemente es difícil conseguir que las palabras suenen

correctamente si no puedes oírlas. -Tiró del fajín del semiogro para llamar su atención.

Jaspe se señaló un oído y después cerró los dedos y los movió como si hiciera una bola con algo y lo tirara. A continuación señaló a Groller y se encogió de hombros.

--Sordo t... tres a... ños -respondió Groller.

El enano señaló a un hombre y a una mujer que entraban en la tienda de un curtidor. Un chiquillo trotaba detrás de ellos. Después Jaspe señaló a Groller.

--No fami... lia. Ya no. Toda muerta. -Una expresión triste asomó al rostro señalado con cicatrices del semiogro, que se agachó para rascar las orejas del lobo-. Sol... lo *Fuu... ra*.

Jaspe ladeó la cabeza, sin comprender la última palabra.

Groller apretó los labios en una fina línea y bizqueó como si se hubiera vuelto loco. Después entrecerró los dedos de la mano derecha y los puso sobre su corazón. De repente, apartó la mano con violencia. El semblante de Groller recuperó su habitual talante sereno y se inclinó para acariciar de nuevo al lobo.

--Enfadado. Furioso -masculló el enano-. ¡*Furia*! El nombre del lobo es *Furia*. Entiendo. -Jaspe sonrió y entonces se dio cuenta de que era la primera vez que sonreía desde hacía días.

Groller, que no oía a Jaspe, dio un empujoncito al lobo y los dos echaron a andar. El enano los vio dirigirse hacia una posada que anunciable su especialidad en sopa de marisco y ron oscuro. El lobo rojo se sentó fuera a esperar, obedientemente. Jaspe se relamió y tanteó el dinero que llevaba en el bolsillo.

--Tengo suficiente -susurró-. Y estoy hambriento. -Echó un vistazo hacia el puerto y después se reunió con Groller.

Dhamon se paró para charlar con el timonel de una carraca. El hombre estaba en la playa, mirando hacia una hilera de edificios de piedra y madera que había cerca de los muelles. Una en particular atraía su atención. Sobre la puerta lucía un gran letrero en el que había pintada una jarra rebosante de cerveza. El timonel carraspeó, se pasó la lengua por los ressecos labios, y comentó que tenía sed, pero siguió charlando con Dhamon. Rig no se anduvo con sutilezas e intervino en la conversación:

--Nos dirigimos costa arriba, y he oído que le decías a mi amigo que vuestro barco vino de esa parte ayer.

--Sí -asintió el marinero-. El tiempo se mantiene estable. O al menos lo estaba. Nuestra última escala fue en Puerto Estrella, unas noventa millas marinas al norte. Esos hombres -señaló a un grupo de hombres uniformados que estaba a unos ciento cincuenta metros- partieron varias horas después que nosotros, a juzgar por cuando llegaron aquí. Quizá deberíais hablar con ellos.

Los hombres mencionados eran una docena, y todos vestían armaduras de acero pintadas en negro. Desde el puente del *Yunque*, Dhamon y Rig no habían alcanzado a verlos.

Encima de la armadura, cada hombre llevaba un tabardo azul oscuro con un lirio de la muerte bordado en el pecho y la espalda. Estaban en un corrillo, enfrascados en una conversación.

--Caballeros de Takhisis -susurró Dhamon.

Aunque la Reina Oscura había desaparecido de Krynn con el resto de los dioses, la orden de caballería había permanecido intacta. Era muy numerosa, pero se había fragmentado en varias facciones que actuaban bajo los auspicios de poderosos comandantes y que estaban dispersas por todo Ansalon. Los caballeros todavía sostenían batallas para defender las comarcas que sus comandantes dominaban o para ampliar territorios. Algunos actuaban como fuerzas militares de ciudades, y los comandantes gozaban de posiciones prestigiosas en el gobierno. Unos pocos grupos habían invadido villas, reclamándolas para la caballería.

--Todavía son numerosos, a pesar de que su diosa se ha marchado -comentó Rig-. Me pregunto para qué generalillo trabajarán éstos. Al menos, con sus facciones divididas ya no representan una amenaza.

--Están bien armados -dijo Dhamon, sacudiendo la cabeza-. Son una amenaza.

--Hay un barco lleno de ellos -intervino el timonel-. Aquella pequeña galera de allí. Tal vez tengan información más precisa para vosotros.

--Quizá tengas razón. Gracias. -Rig le dio una moneda de cobre-. Toma, para que eches un trago. -Luego se encaminó hacia el grupo.

--No me parece una buena idea -argumentó Dhamon-. Probablemente estarán demasiado ocupados con sus cosas para dedicarse a charlar con nosotros.

O Rig no lo oyó o prefirió hacer caso omiso de él. Dhamon deslizó los dedos hacia la empuñadura de su espada envainada y

siguió a Rig a varios metros de distancia.

--Me han dicho que vuestro barco ha llegado del norte. -La profunda voz del marinero negro sonó a través del trecho de playa que lo separaba de los caballeros.

Los hombres se volvieron hacia él, abriendo el círculo, y entonces se vio quién era el centro de su atención: una joven elfa.

--Vaya, vaya -dijo Rig en voz baja-. Creo que me he enamorado.

--Creí que estabas enamorado de Shaon -susurró Dhamon.

--Y lo estoy. O casi.

La mujer tenía una bonita figura y estaba morena. Iba vestida con unas polainas ajustadas, de color pardo, y una túnica sin mangas, de color castaño y adornada con flecos, que ceñía su cuerpo ligeramente musculoso. El cabello, castaño claro, largo, espeso y ondulado, dejaba la cara despejada y le caía sobre los hombros, semejando la melena de un león.

También lucía varios dibujos. En el rostro llevaba una artística hoja de roble, entre ocre y amarilla; el tallo se curvaba alrededor y por encima de su ojo derecho, mientras que la hoja se extendía sobre la mejilla, con la punta casi rozando la comisura de la boca. Un rayo rojo le cruzaba la frente. Desde cierta distancia, daba la impresión de ser una cinta ceñida a la cabeza. Por último, en el brazo derecho, desde el codo hasta la muñeca, llevaba dibujada una pluma verde azulada. Las pinturas la señalaban como una kalanesti o Elfa Salvaje.

Dirigió una fugaz ojeada a Rig y a Dhamon, y después miró fijamente a uno de los caballeros. La banda que éste llevaba en el brazo indicaba que era un oficial y que estaba al mando del grupo.

--El dragón no se conformará con Ergoth del Sur -estaba diciendo la elfa-. Tenéis que comprender eso. -Rig y Dhamon estaban lo bastante cerca para oír sus palabras con claridad.

»Si no se hace algo, si nadie le hace frente...

--¿Qué pasará? -la interrumpió el oficial-. ¿Que los kalanestis nunca recuperarán su hogar?

En el grupo de caballeros sonaron unas risitas apagadas.

--Ha alterado el clima de la región -continuó la elfa-. Ergoth del Sur se ha convertido en un yermo helado donde ya no crece nada. ¿Y si a continuación viene aquí?

--Me parece que Ergoth del Sur le gusta mucho -dijo el caballero más joven-. En mi opinión, está satisfecho y no se moverá.

--Además -abundó el oficial-, hemos de tener en cuenta nuestras

órdenes, y entre ellas no está el ocuparnos de un dragón.

La elfa respiró hondo.

--Pero ¿y si Escarcha no se conforma con lo que tiene ahora? -dijo luego-. Lo lógico es que viniera aquí a continuación... o amenazara alguna otra comarca. Podrás ayudarme. -La kalanesti miró de hito en hito al oficial-. Por favor. Podrás ir con vuestro barco hasta allí. Juntos, quizás podríamos...

--¿Qué? ¿Morir todos? Comprendo tu preocupación, pero no está en mi mano ayudarte. Hemos venido a reclutar más caballeros, y ésa es la tarea en la que debo concentrarme, pues beneficia a nuestra orden.

Los hombros de la kalanesti se hundieron, y la elfa dio media vuelta para marcharse. Uno de los caballeros dio un paso en pos de ella y la agarró por la túnica. La hizo girarse y la atrajo hacia sí.

--¿Por qué no te vienes con nosotros? -preguntó. Alzó la otra mano a la ondulada melena-. Te haremos sitio en el barco.

Tras él, el oficial frunció el ceño y le ordenó que volviera con los demás. El joven caballero vaciló, y la kalanesti le propinó una patada en la espinilla.

--¿Ir con vosotros? Jamás -siseó-. Tengo cosas más importantes que hacer.

Se soltó del hombre y echó a andar de nuevo, pero el joven caballero la siguió, y, dándole un empellón en la espalda con el hombro, la hizo caer de brúces en la arena.

--Si no eres capaz de tenerte en pie, ¿cómo vas a poder enfrentarte a un dragón? -se chanceó. Los caballeros que lo flanqueaban se echaron a reír.

Dhamon oyó al oficial reprender al joven caballero. También escuchó el siseo de la hoja de una espada al ser desenvainada. Rig se adelantó y levantó el brazo derecho, poniendo su alfanje a la altura del cuello del insolente caballero.

--¡Pide disculpas a esta dama! -exigió.

--¿Disculpas? ¿Porque es torpe?

Hubo más risas, a las que siguió otra reprimenda.

--Rig -el tono de Dhamon era suave pero insistente-. Son doce contra uno. Demasiada desventaja, aunque seas muy bueno con esa arma.

Él marinero vaciló. La elfa se puso de pie, recogió su mochila, y se alejó corriendo de los caballeros. Cuando Rig vio que estaba a salvo, bajó el alfanje.

--Venga, vámonos de aquí -sugirió Dhamon-. Nadie ha salido herido.

Rig retrocedió un paso, y en ese momento el joven caballero dio otro adelante. Ansioso por tener una pelea, sacó su espada, abrió las piernas para mantener el equilibrio, y observó al marinero.

--¿Tienes miedo de defender a una mujer? -se mofó-. Quizás es que una elfa no merece la pena.

Rig volvió a levantar el alfanje.

--No lo hagas -suplicó Dhamon.

--¡Te conozco! -exclamó el oficial, que señalaba a Dhamon sin hacer caso al pendenciero joven que estaba a su cargo. Sus ojos se abrieron de par en par-. El año pasado en Kyre, cerca de Solanthus. En la mansión del viejo caballero solámnico. Tú estabas...

--Estás equivocado -lo cortó Dhamon sucintamente.

--No lo creo. ¡Te vi! El subcomandante Mullor estaba allí, y tú lo mataste.

--He dicho que estás equivocado.

--Lo dudo. Yo...

--¡La dama estaba conmigo! -bramó en ese momento el joven caballero, ahogando las palabras de su superior-. ¡Vuelve corriendo a tu barco mientras tienes oportunidad de hacerlo, negro remedio de enano gully asustado!

--¿Que corra? ¿Asustado? -estalló Rig-. ¡Jamás!

Por el rabillo del ojo, Dhamon vio a Rig y al joven caballero abalanzarse el uno contra el otro. El corpulento marinero paró la precipitada embestida del caballero. Cuatro de sus compañeros desenvainaron las armas, pero no intervinieron en el enfrentamiento.

--¡Lucha! -gritó alguien-. ¡Vamos!

El joven caballero levantó la espada por encima de su cabeza y la bajó violentamente, con intención de propinar un golpe en el hombro de Rig. El marinero era rápido, e interpuso el alfanje para frenar el ataque. La espada del caballero salió rebotada, sin llegar a tocar a Rig, y éste contraatacó con un golpe dirigido al muslo del hombre joven. Dhamon soltó un suspiro de alivio al comprender que el marinero sólo intentaba herirlo, no matarlo.

El caballero tenía cierta destreza, y dio un paso atrás y paró el ataque del marinero con su propia espada, justo debajo de la empuñadura. La táctica sirvió para evitar que el caballero saliera herido, pero la larga espada se quebró debido al ángulo del impacto, y la hoja cayó a la arena. Maldiciendo, el caballero arrojó la inútil

empuñadura al suelo y miró furioso a Rig.

De nuevo, el marinero bajó su arma, aunque sólo un instante, ya que otros dos caballeros se adelantaron. El primero se movió hacia la derecha de Rig, y el otro lo atacó de frente mientras trazaba un amplio arco con la espada dirigida a su pecho.

Rig se agachó y la hoja le pasó silbando por encima; con la mano izquierda sacó dos dagas de la vuelta de la bota, se puso una entre los dientes, y balanceó la otra ante el caballero que avanzaba hacia él.

--¡No me equivoco! -Las palabras salieron bruscamente de la boca del oficial, y Dhamon giró la cabeza a tiempo de ver al oficial apuntándole con el dedo-. Llevas el cabello más largo, pero te recuerdo bien. ¡Prendedlo! -El oficial desenvainó la espada y se abalanzó contra Dhamon. El caballero que estaba junto a él lo siguió.

--¡Mirad! -gritó alguien desde los muelles-. ¡Ahí hay una pelea!

Con un grácil movimiento, Dhamon sacó la espada y frenó el ataque del oficial, que iba delante. Las espadas chocaron con estrépito. El guerrero giró sobre la arena y paró la arremetida del segundo caballero justo a tiempo de evitar que le cortara el brazo con el que manejaba el arma.

El oficial atacó de nuevo, descargando un tajo, y Dhamon tensó los músculos de las piernas y saltó, pegando las rodillas contra el pecho. La hoja silbó por debajo de sus botas. Al tiempo que descendía, Dhamon lanzó una patada, que alcanzó de lleno al oficial en el pecho y lo derribó.

Ágil como un bailarín, Dhamon aterrizó sobre el pie izquierdo y giró para enfrentarse a la arremetida del segundo caballero. La arena frenó la carga del hombre, y Dhamon pudo esquivar la estocada.

El guerrero golpeó a su adversario, pero la espada rebotó contra la negra armadura. Su segunda estocada fue más certera, y la hoja se hundió profundamente entre la hombrera y el peto. Con un gemido, el caballero cayó hacia adelante. Dhamon tiró con fuerza para sacar la espada.

Tras él, el oficial se estaba incorporando y alargaba la mano hacia su espada caída. Dhamon se adelantó rápidamente y apartó el arma de un punterazo, y acto seguido propinó una patada con el tacón al estómago del hombre, impidiéndole levantarse. Otros dos caballeros avanzaron hacia él.

--¡Apuesto por los caballeros! -gritó alguien.

--¡Y yo por el hombre negro!

Dhamon vio que uno de los caballeros se lanzaba al ataque. Echó la espada hacia atrás, por encima del hombro, y giró al tiempo que descargaba un golpe en arco. El acero acertó a dar en el cuello del hombre y lo decapitó.

--¡Doblo la apuesta por el rubio! -jaleó alguien-. ¡El mendigo sólo estaba jugando con ellos!

Una multitud se estaba reuniendo alrededor de los combatientes, y el tintineo de monedas de acero se mezcló con el sonido metálico de las armas.

Dhamon se arriesgó a echar una rápida ojeada a Rig y vio que el marinero no estaba en apuros, ni siquiera sudaba. Había dos caballeros en el suelo, cada uno con una daga clavada en la garganta. Otros dos caballeros se enfrentaban a él ahora. Dhamon conocía la máxima de nunca más de dos para un solo enemigo; más ventaja sería deshonroso.

El marinero blandió el alfanje para frenar la carga de sus atacantes. Su mano izquierda fue veloz hacia la cintura y soltó el fajín rojo. Empezó a girarlo en amplios círculos, y el fajín silbó en el aire. Estaba cargado en las puntas, como unas boleadoras, y el caballero que se abalanzaba sobre él comprendió demasiado tarde su intención.

Rig arrojó el fajín, que, girando sobre sí mismo, se enroscó alrededor del brazo armado y la cabeza del caballero más próximo. El hombre se paró para desenredarse y, en ese momento, el marinero se adelantó veloz y hundió el alfanje en una estrecha fisura del peto. El caballero sufrió una sacudida hacia atrás, con el arma hincada profundamente en el estómago.

Aparentemente desarmado, Rig se tiró en la arena para eludir la furiosa arremetida de su segundo oponente. Al mismo tiempo, metió la mano en la pechera de la camisa de seda y sacó otras tres dagas. La primera se la arrojó al enemigo que tenía de pie junto a él. La daga ensartó la mano del caballero, haciendo que soltara la espada.

Las otras dos dagas continuaron en la mano derecha de Rig. Mientras se incorporaba de un salto, adelantó la mano izquierda y arrojó un puñado de arena al rostro del desarmado caballero. Cegado, el hombre sacudió la cabeza y retrocedió, pero Rig continuó el ataque y le clavó las dagas gemelas en el costado.

--¡No! -gritó Dhamon. Se agachó para esquivar la estocada de su enemigo más cercano y blandió la espada para atraer la atención del marinero-. ¡Son caballeros! -bramó. De nuevo tuvo que

agacharse ante un sincronizado ataque-. ¡Combaten de manera honorable! No más de dos contra ti cada vez. ¡Y tú deberías luchar con honor también!

Dos caballeros continuaron atacando a Dhamon y lo obligaron a apartar su atención del marinero. Uno de ellos, un hombre fornido y musculoso, arremetió por la izquierda, pero era un ataque falso, ya que de inmediato se desvió a la derecha y lanzó un golpe directo contra el desprotegido pecho de Dhamon.

El guerrero giró sobre sí mismo justo a tiempo de evitar que lo ensartara de parte a parte, pero el acero del fornido caballero desgarró su túnica. Una fina línea rojiza manchó los bordes de la tela cortada. Dhamon retrocedió para eludir otra estocada y se encontró en el camino de la espada del segundo caballero. Aunque no tan diestro como su compañero, el golpe del caballero acertó a cortar el brazo de Dhamon, justo por debajo del codo.

El guerrero apretó los dientes. Era un corte profundo, y sintió la calidez de la sangre. Se esforzó por hacer caso omiso del dolor y apretó los dedos en torno a la empuñadura de la espada.

El hombre fornido atacó de nuevo. Dhamon hincó las rodillas en la arena y sintió el zumbido del aire sobre su cabeza al pasar la formidable estocada del hombre. Sin vacilar, impulsó la espada hacia arriba y ensartó al musculoso caballero. En el mismo instante, propinó un codazo al segundo caballero para obligarlo a recular.

El hombre gimió y retrocedió un paso, y contempló cómo su experto compañero se desplomaba de cara, hincando más profundamente la hoja en su estómago al caer en la arena.

--¡Bravo! -gritó alguien entre la multitud, cada vez más numerosa, y se alzó un vítor entre los espectadores.

--¡Págame! ¡El mendigo ha matado a otro! -chilló otra persona.

--¡Pongamos fin a esto! -bramó Dhamon para hacerse oír sobre el aplauso-. ¡Ya! -Vio que el oficial se esforzaba por ponerse en pie, ayudado por el caballero que acababa de enfrentarse a él.

»¡No tiene que morir nadie más! -Dio media vuelta al cuerpo del fornido caballero, plantó un pie sobre su estómago, y sacó la espada. Blandió el arma amenazadoramente en un arco sobre el hombre caído.

Los dos que combatían con Rig retrocedieron y miraron a Dhamon, pero mantuvieron en alto las espadas, listos para reanudar la lucha.

Cuatro hombres yacían muertos a los pies del marinero, todos

ellos con armas clavadas en sus inmóviles cuerpos. La espada de Dhamon se había cobrado tres vidas. De los cinco caballeros restantes, uno parecía estar malherido y probablemente no sobreviviría; tenía una de las dagas de Rig hincada cerca de la garganta. El caballero que había iniciado la reyerta seguía desarmado e ilesos.

--¡Rig! -llamó Dhamon.

--¡Estás herido! -contestó el marinero-. ¡Pero todavía podemos acabar con ellos! ¡Tranquilo!

--¡No! ¡Se acabó!

Rig maldijo y mantuvo su posición. Despues, a regañadientes, asintió y bajó las dagas que sostenía en ambas manos.

Los Caballeros de Takhisis se relajaron, aunque sólo un poco. A la orden de su oficial, envainaron cautelosamente las espadas.

--¡Págame! -gritó alguien entre la multitud-. Los caballeros han perdido.

--¡Pero no han muerto todos! -replicó otro.

Rig empezó a recoger sus dagas, sacándolas de un tirón de los caballeros caídos. Tras ceñirse el fajín en torno a la cintura, guardó las dagas en los bordes de las botas y debajo de la camisa, aferró con firmeza el alfanje, y lo metió entre el fajín.

Dhamon se puso de rodillas en la arena, soltó la espada ante sí e, inclinando la cabeza, musitó una plegaria por los muertos mientras su propia sangre goteaba sobre la arena. Tenía varios cortes profundos en el brazo y en el pecho, y la camisa era ahora más roja que marfileña.

--Dhamon -siseó Rig-, ¿qué haces? Larguémonos de aquí. -El marinero había visto más caballeros bajando del barco, y eran muchos esta vez-. ¡Dhamon!

Terminada la plegaria, el guerrero se puso de pie.

--Zarparemos enseguida -le dijo al oficial-. No queremos más problemas.

--No los tendréis. -El oficial hizo una leve inclinación de cabeza y dio instrucciones a sus hombres para que recogieran a los muertos. Sus ojos se clavaron en Dhamon-. Pero no estaba equivocado respecto a ti.

Dhamon miró su espada, cubierta de sangre. No la había envainado, pero la mantenía baja para que no lo malinterpretaran como una amenaza. Dio media vuelta y se encaminó hacia el muelle en el que estaba atracado el *Yunque*, seguido por Rig.

--Toda esa palabrería acerca del honor, Dhamon -rió el marinero-. ¿Es que fuiste caballero?

--Bueno, no, pero siempre quise serlo -respondió el guerrero, con la mirada prendida en las punteras de sus botas mientras recordaba la lección de Ampolla-. Mi tío lo fue, así que supongo que quería emularlo.

--Sois buenos combatiendo -dijo la kalanesti. La mujer los había seguido, y ahora tocó el hombro de Rig para llamar su atención-. Fue extraordinario.

--Nunca pierdo un liza -se jactó el marinero.

--Estoy intentando reunir algunos hombres -empezó la elfa- para atacar al Dragón Blanco. Sé algo de magia de la naturaleza, pero no puedo hacerlo sola. Me vendría bien vuestra ayuda.

--Nos dirigimos al norte -respondió Rig.

--Tenemos que atender un asunto en Palanthas -añadió Dhamon-. Prometí ocuparme de él primero, pero eres bienvenida si quieres unirte a nosotros.

--¿Y después me ayudaríais con el dragón?

--Tal vez -respondió el guerrero. Habían llegado al muelle, y se arrodilló al borde del agua para limpiar la espada.

--Me gustaría marcharme de aquí -admitió la elfa. Echó una ojeada por encima del hombro, hacia donde había tenido lugar el combate. Por fin la muchedumbre se dispersaba, pero uno de los caballeros seguía plantado en el mismo sitio, observando al trío.

--Otra boca que alimentar -rezongó Rig-. Menos mal que es bonita.

--Ferilleeagh Corredora del Alba, en otros tiempos de la tribu del valle de Foghaven -se presentó al tiempo que tendía una esbelta mano al marinero-. Llámame Feril, por favor.

--Rig Mer-Krel -contestó el marinero. Hizo una profunda reverencia a la par que realizaba un cortés gesto con la mano antes de coger la de la elfa y llevársela a los labios. Después la soltó suavemente y señaló al guerrero-. Éste es Dhamon Fierolobo, un espadachín *honorable*. Y ahí está mi barco, el *Yunque*.

La elfa arqueó una ceja al oír el nombre de la carraca, pero sonrió.

--Es un bonito barco -dijo.

Rig alzó la vista al cielo y frunció el ceño. Las nubes se habían vuelto más oscuras.

--Dhamon, ¿querrás acompañar a la dama a bordo? Yo voy a

buscar a mis hombres. Creo que será mejor que zarpemos lo antes posible.

Ampolla hizo grandes aspavientos al ver las heridas de Dhamon, y con ayuda de Shaon y Feril lo convenció para que se sentara en un rollo de maroma que había junto al palo mayor. El guerrero no estaba acostumbrado a ser centro de tanta atención, pero el roce de los dedos de la kalanesti en su frente era agradable.

La kender le dio la espalda y hurgó en uno de sus saquillos. Cuando se volvió, Dhamon vio que se había cambiado de guantes. Ahora llevaba un par blanco que tenía una especie de almohadillas en las puntas de los dedos. La kender tanteó el corte del brazo, y la sangre no tardó en teñir de rojo las almohadillas. La vio encogerse, pero creyó que era por el aspecto de su herida; no sabía que mover los dedos le hacía daño.

--Hay que quitarle la camisa -ordenó Ampolla.

La insistencia de Feril hizo que Dhamon alzara los brazos, y la kalanesti le quitó la camisola con cuidado. Shaon frunció el ceño al ver la prenda ensangrentada, la recogió y la arrojó por la borda. Como un pájaro muerto, cayó revoloteando al muelle.

--De todas formas, no te sentaba bien -adujo Shaon.

Dhamon se recostó, resignado, en el mástil e intentó relajarse. No dio resultado, pero agradecía los cuidados de la kender. La pérdida de sangre lo hacía sentirse mareado.

Vio a Ampolla poner la otra mano enguantada sobre el corte del pecho. Las almohadillas absorbieron parte de la sangre y le ayudaron a limpiar la herida. Así que los guantes estaban diseñados específicamente para atender a los heridos, dedujo Dhamon. Se preguntó cuántos pares más tendría.

--¿Qué ocurrió? -preguntó Ampolla mientras continuaba con la cura.

--Una pequeña refriega -contestó el guerrero.

--Estás aprendiendo a mentir mejor -repuso la kender, enojada-. Pero tendrás que seguir practicando para ser más convincente.

Feril relató el combate con los Caballeros de Takhisis mientras Ampolla seguía ocupándose del guerrero.

--Me hará falta agua para limpiar esto mejor -dijo la kender-. Ahora tenemos barriles de sobra.

--Estoy bien, Ampolla, de verdad -protestó Dhamon.

--No, no lo estás. -La voz era profunda. Jaspe había regresado, y Groller y el lobo rojo estaban detrás de él. Dhamon ladeó la cabeza

y husmeó el aire.

»Eh... nos hemos parado en una taberna -explicó Jaspe mientras se acercaba y torcía el gesto. El aliento le olía a ron-. Oí comentar que un par de... veamos, de estúpidos bravucones, creo que fue el término que emplearon, entablaron un combate con unos Caballeros de Takhisis.

--Eso no es exactamente lo que pasó. ¡Ay!

Los dedos del enano no eran tan delicados como los guantes de Ampolla.

--¿Salió Rig tan mal parado como tú o peor? -La voz de Jaspe tenía un tono de preocupación.

--Ni siquiera le hicieron un arañazo -contestó Feril. De inmediato se presentó y, de nuevo, relató la pelea.

El enano examinó más detenidamente las heridas de Dhamon.

--No son demasiado graves; pero, si no hacemos algo, se infectarán. No podemos permitirnos el lujo de que te pongas enfermo. -Se arrodilló delante de Dhamon y cerró los ojos-. Esto me lo enseñó Goldmoon.

Con un nuevo par de guantes que eran esponjosos, sobre todo en las palmas, Ampolla restañó la sangre de las heridas. Jaspe musitó unas palabras musicales que los demás no entendieron. Su ancha frente se perló de sudor, y sus gruesos labios temblaron al tiempo que su tez palidecía. Dhamon sintió un irritante calor en el brazo y en el pecho.

--¡Oh! -exclamó la kender.

Dhamon bajó la vista hacia su pecho y contempló cómo la línea roja se desvanecía y la herida abierta se cerraba. Se miró el brazo y vio que dejaba de sangrar.

Groller, que estaba pasmado por todo el incidente, ayudó a Jaspe a ponerse de pie.

--Te quedarán las cicatrices, pero no tendrás infección -dijo el enano. Se volvió hacia Groller y tocó el fajín del semiogro. Luego señaló el lugar donde Dhamon estaba herido, volvió a tocar el fajín y a continuación usó un dedo para indicar el gesto de vendar. Su dedo giró sobre la zona de la herida de Dhamon varias veces.

El semiogro dio media vuelta y se dirigió a la cubierta inferior. *Furia* se sentó y continuó observando la escena.

--Groller va a buscar vendajes -explicó el enano-. Y yo voy a descansar un rato.

Para cuando Rig regresó con los demás tripulantes al *Yunque*

de *Flint*, las heridas de Dhamon ya estaban vendadas. El guerrero, sin camisa y con el largo cabello ondeando en torno al rostro y el cuello, se encontraba de pie junto a la batayola, y lo saludó con un gesto.

--En la próxima escala tendremos que comprarte camisas -dijo Rig.

--¿Tendremos? -Dhamon puso los ojos en blanco.

El marinero hizo caso omiso de él y fue hacia la rueda del timón.

--¡Shaon, izad las velas! ¡Nos marchamos!

Las manazas de Groller aferraban las cabillas de la rueda del timón mientras sus ojos oteaban el horizonte para aprender de memoria las posiciones de los pequeños icebergs que flotaban en el agua. Jaspe rondaba cerca de él, rezongando en voz baja sobre la posibilidad de que el barco chocara con uno y naufragara, aunque, por otra parte, manifestaba que el *Yunque de Flint* era capaz de aguantar cualquier cosa. El enano sabía que Groller no podía oírlo, pero de todas formas siguió parloteando, como si el sonido de su propia voz le proporcionara cierta seguridad ante el encrespado oleaje.

Los dos llevaban puestas varias prendas de abrigo para contrarrestar el azote glacial del viento que soplabía procedente del territorio del Dragón Blanco. El frío les había enrojecido el rostro, y cada ráfaga les provocaba nuevos escalofríos.

De vez en cuando, el enano se agarraba a una u otra cosa para mantener el equilibrio, sobre todo cuando el barco cabeceaba con los bruscos virajes del semiogro a babor o estribor para esquivar una masa de hielo. El viento era fuerte, y la carraca se zarandeaba con las grandes olas. Jaspe estaba convencido de que la cubierta no había dejado de moverse ni había estado seca desde que habían salido del puerto de Caergoth. Una ola tras otra rompía sobre ella, lanzando rociadas de espuma.

El enano estaba poniendo gran empeño en mantener en el estómago la sopa de pescado y el oscuro ron que había ingerido, la

primera comida que había sido capaz de tragarse desde el encuentro con el Turbión. Para librarse de las náuseas, decidió intentar una nueva táctica: mantenerse ocupado. Se juró aprender más del rudimentario lenguaje de signos que Groller empleaba.

Hasta el momento, Jaspe sabía una docena de señas y, aunque no era amante del mar, el primer signo que había aprendido era el que significaba, precisamente, «mar». Con la mano extendida, la palma hacia abajo, hizo movimientos arriba y abajo con la muñeca y los cortos dedos para simular una ola. Despues tiró del chaleco de Groller, y el semiogro bajó la vista hacia él, estoicamente. El enano se señaló el estómago y luego repitió el movimiento ondeante a la par que hinchaba los carrillos. Sus regordetes brazos rodearon la pierna de Groller buscando apoyo.

--Jaspe ma... reado. -El semiogro rió por lo bajo, trasto cual procedió a enseñarle las señas de «nube», «viento» y «tormenta».

El enano hizo girar los dedos por encima de la cabeza.

--Nube -dijo, enorgullecido. Agitó las manos atrás y adelante frente al pecho para imitar el viento. Despues las agitó con movimientos más rápidos y pronunciados mientras se balanceaba sobre los talones-. Tormenta.

Jaspe echó una ojeada a su espalda, hacia la tormenta que amenazaba lejos, en el horizonte. El barco la estaba dejando atrás.

El *Yunque* se alzó sobre una ola, y Jaspe volvió a agarrarse a la pierna del semiogro. Cuando el barco se calmó -al igual que su estómago-, el enano se soltó y alzó la vista hacia Groller. El semiogro tenía puesta de nuevo su atención en el mar.

--Me pregunto qué se sentirá al no poder oír -musitó-. No logro imaginarme ser incapaz de no escuchar las olas o los pájaros. O lo que dice la gente. -El enano pensó que los signos utilizados por el semiogro, y que Rig y Shaon dominaban bastante bien, eran una forma de comunicarse extraordinaria, hermosa en cierto sentido, e increíblemente sugestiva. Pero no lo consideraba una alternativa adecuada para el sonido.

--Cuando sepa suficientes de estos signos de mano -se dijo Jaspe-, podré preguntarle qué se siente al estar aislado tras un muro de silencio.

Ampolla dormía, acurrucada bajo un chal cerca del cabrestante, con la cabeza apoyada en un rollo de cuerda. *Furia* estuvo enroscado junto a la kender durante un rato, aunque no había cerrado los ojos. El lobo estaba inquieto, y poco despues había

empezado a pasear por la cubierta, hasta que por fin se acomodo cerca de la kalanesti, que se encontraba de pie junto a la batayola, en el medio del barco.

--Nadie me hizo caso en Caergoth -le estaba contando a Dhamon, que se encontraba detrás de ella, a unos cuantos pasos. Se apoyó en la batayola y miró hacia el oeste, a través de las olas, al sol poniente y a lo que había sido su país-. No pude convencer a nadie. Ni siquiera aquellos Caballeros de Takhisis estaban dispuestos a enfrentarse a un dragón tan temible. Pero no pienso darme por vencida.

Sus ojos estaban prendidos en las cumbres de la montaña más alta. Como si fuera una pintura de acuarela, el fuerte resplandor anaranjado del sol escurría por las cimas nevadas. Por alguna razón, la fuerte tonalidad sólo conseguía hacer que el paisaje pareciera aún más frío, desolado e inhóspito.

Feril se estremeció al tiempo que Dhamon se aproximaba a ella. El guerrero hizo intención de rodearle los hombros con su brazo, pero se contuvo.

--Viví en Ergoth del Sur cuando sólo nevaba en invierno -musitó la kalanesti-. Vivía en el norte, cerca de las ruinas de Hie, en la costa.

--No creía que hubiera mucha gente en los yermos -comentó Dhamon.

--No vivía con gente. Nací en Foghaven, en un pueblo kalanesti, al pie de las montañas -continuó ella-. Era feliz allí, al menos, mientras fui joven. Pero me hice mayor y empecé a preferir la soledad a la compañía de mis semejantes. -Suspiró melancólicamente, y se agachó para acariciar las orejas de *Furia*.

»Así que me dirigí hacia el norte y exploré las montañas y los yermos que hay cerca de Hie, y en mi camino se cruzó una manada de lobos rojos, como éste. Los estudié, al principio desde lejos, e imagino que ellos hicieron igual conmigo. Finalmente, la distancia se acortó, y un día me acerqué a ellos. Viví con los lobos unos cinco años.

Dhamon la miró sin salir de su asombro. El sol iluminaba suavemente el contorno de sus rizos ondeantes, y formaba un pálido y cambiante halo naranja alrededor de su cabeza.

--¿Viviste con lobos?

--Sí -asintió Feril-. Creo que estuve más unida a ellos que a las personas que dejé atrás. Los lobos me enseñaron mucho. Durante

aquellos años descubrí que tenía cierta afinidad con la magia natural, y eso influyó en mi elección de dibujos en la piel. A pesar de que me aparté de los míos, todavía me considero una kalanesti, y quiero que se me identifique como tal.

--¿La hoja de roble?

--Esa representa mi estación favorita, el otoño, y está arrugada para simbolizar que se soltó del árbol hace mucho tiempo, igual que yo llevo mucho separada de mi tribu. La pluma de arrendajo simboliza mi tendencia a vagabundear, igual que una pluma llevada por el viento, y señala mi amor por los pájaros.

--¿Y el rayo?

--Es rojo para simbolizar el color de los lobos con los que conviví. La manada se mueve veloz cuando está cazando, como el relámpago de una tormenta, y cae sobre su presa con poca o ninguna advertencia.

--Así que ataca como un relámpago, ¿no? -preguntó Dhamon.

--Eso es -rió la elfa mientras asentía-. Aprendí a comunicarme con los lobos, y también con otras criaturas salvajes. Las personas utilizamos demasiadas palabras, algunas para decir lo mismo. Un barco no es sólo un barco: es un galeón o una carraca. La tierra no es sólo tierra: es llanura o matorral o tundra. Para los lobos, lo importante son los conceptos y los objetos, no las palabras. Aprendí cómo ver a través de sus ojos y a fundir mis sentidos con los suyos, una sensación atemorizadora al principio, pero maravillosa. Esa clase de magia no ha desaparecido de Krynn. No es fácil encontrarla, pero todavía sigue siendo abundante.

--¿No echabas de menos a los tuyos? -Dhamon avanzó un paso.

--Regresaba al valle de vez en cuando -repuso la elfa al tiempo que se encogía de hombros-. Y recorrió otras zonas de Ergoth del Sur, en parte por curiosidad y en parte para reanudar mi relación con los pocos amigos que había dejado atrás. Mi último viaje fue... Bueno, era primavera, y la tierra había sufrido cambios, se había hecho más fría de forma gradual. Los lobos estaban inquietos; percibían que algo iba mal.

Feril recordó que el viaje al pueblo le había llevado más de dos semanas y que, cuanto más al sur se internaba, más empeoraba el tiempo. El paso por las montañas resultó peligroso, ya que el invierno se aferraba a las cumbres con dureza. Pero finalmente llegó a su destino, aunque le costó varios días darse cuenta.

--Al principio no pude encontrar el pueblo. La blancura de la nieve se extendía en todas direcciones, y era tan profunda que los árboles daban la impresión de no tener troncos. No había señales de personas, casas ni caminos, pero seguí buscando. Cuando retiré suficiente nieve, casi me volví loca por lo que encontré. -Hizo una pausa antes de que una oleada de recuerdos hiciera que las palabras salieran a borbotones de sus labios.

»Las ruinas del pueblo yacían debajo del manto de nieve; las casas de madera habían sido hechas pedazos. Había trozos de cuerpos helados esparcidos bajo las tablas y los muebles rotos. Se veían grandes huellas de garras en el suelo. Intenté seguir las hasta su punto de origen, pero fue inútil.

»Había demasiada nieve y hielo cubriendo todo. Vi unos pocos animales por los alrededores... conejos, tejones, alces... así que usé mi magia natural hasta el agotamiento para ver a través de sus ojos, para encontrar algún rastro de la criatura responsable.

--¿Lo conseguiste?

La elfa se volvió hacia Dhamon; una lágrima resbalaba por su mejilla, siguiendo la curva de la hoja de roble.

--Fui capaz de entrar en contacto con el alce que acababa de salvar una elevación situada a casi veinte kilómetros al sur del pueblo. Percibí algo, y noté el miedo que atenazaba su corazón. El animal hizo intención de huir, pero mi mente compartía su cuerpo, y lo convencí para que se quedara. Al principio lo único que vimos fue nieve, grandes bancos que enterraban prácticamente un amplio calvero. Pero entonces atisbamos unas charcas gemelas de gélido color azul y, extendiéndose detrás, una loma irregular de hielo. Me pregunté por qué las charcas no se habían helado; pero entonces las charcas parpadearon. Eran ojos, y la irregular loma de hielo era la cresta que corría por el cuello y la espalda del monstruo. Mientras el alce lo miraba fijamente, la criatura, un dragón, se levantó de la nieve y cargó.

»Insté al alce a huir a toda velocidad, pero el miedo lo tenía paralizado. El dragón era una montaña blanca, más alto en la cruz que los grandes abetos. Cuando el monstruo abrió las fauces, todo cuanto el alce y yo pudimos ver fue una negra gruta plagada de colmillos que semejaban carámbanos. La gruta se acercó, y entonces sólo hubo oscuridad y dolor. El alce murió, y por un instante también yo sentí como si me hubiera engullido. Di media vuelta y eché a correr.

--¿Cómo llegaste a Caergoth?

Feril se giró de nuevo hacia la batayola y contempló el mar fijamente.

--Nadé durante mucho tiempo. Un encantamiento que había realizado me permitía respirar en el agua. Dormía en el fondo del mar, cerca de los arrecifes, donde podía estar a salvo cuando era de noche. Finalmente, llegué a la costa, pero nadie en Caergoth me hizo caso. Supongo que no puedo reprochárselo. Los dragones son formidables.

Poco después de medianoche, la tormenta alcanzó repentinamente al *Yunque de Flint*.

Shaon se ató a la rueda del timón para evitar caer por la borda y también para asegurarse de que hubiera alguien tripulando el barco. Rig se ocupaba de las velas, que en ocasiones se hinchaban y otras veces se quedaban flojas a causa del viento variable. Los mástiles, crujiendo en protesta por el constante azote, amenazaban con partirse.

Dhamon y Ampolla ayudaban con los cabos. Despiertos por el excesivo cabeceo del barco, habían dejado la cubierta inferior y hacían cuanto estaba en su mano para seguir las instrucciones de Rig, pero el aullante ventarrón ahogaba las órdenes del marinero y los dos tenían que adivinar sus palabras.

La lluvia disimuló las lágrimas de Ampolla cuando la kender agarró un cabo suelto con las manos enguantadas e intentó tensarlo de nuevo. La cuerda, como todo y todos los que se encontraban en cubierta, estaba resbaladiza por el agua salada, y resistió todos sus esfuerzos. Unos pinchazos de dolor, helados y ardientes, laceraron sus muñecas y se extendieron por sus brazos, de manera que la kender tuvo que morderse los labios para no gritar. «¡Moveos! -instó a sus dedos-. ¡Da igual cuánto os duela; pero, por favor, moveos!» Por fin el tesón de la kender tuvo su recompensa... y su castigo; una punzada dolorosísima se propagó desde las puntas de sus dedos hasta la espina dorsal, pero Ampolla no aflojó las manos y finalmente fue capaz de amarrar el cabo suelto.

Las olas se hincharon hasta coger gran altura, y envolvieron la proa del barco, amenazando con arrastrar al *Yunque* al fondo del mar. Ampolla se abrazó a la base del cabrestante cuando otra ola barrió la cubierta. Hizo un gesto de dolor cuando movió los dedos

para buscar un agarre más firme. Deseó poder acurrucarse bajo cubierta, como había hecho durante la travesía a través del Turbión, pero sabía que la necesitaban.

Feril subió a gatas por la escotilla justo en el momento en que una ola rompía sobre la cubierta. El agua la golpeó y la lanzó hacia babor. La elfa agitó los brazos, tratando de encontrar algo a lo que agarrarse, y sus dedos se cerraron sobre un cabo. Otra ola la zarandeó, y la cuerda escapó de su mano y la golpeó en la cara como un látigo. Feril salió lanzada a través de la cubierta, y su espalda chocó contra la batayola. Se quedó sin respiración por el encontronazo, y se apoderó de ella una sensación de mareo. Rodeó con los brazos una barra de la batayola. De nuevo el agua la golpeó, pero la elfa se las arregló para no soltarse a pesar de estar casi inconsciente.

Desde alguna parte, hacia la proa del barco, creyó oír un grito, pero era muy difícil entender lo que decían en medio del salvaje aullido del viento y del chasquido de las velas.

Entonces sintió que el *Yunque* escoraba, y tuvo que concentrarse en su propia supervivencia. El barco se inclinó hasta casi tumbarse de costado, y la batayola a la que iba agarrada rozó prácticamente el agua. Feril cerró los ojos y evocó un conjuro cuyas palabras le permitirían respirar en el agua. Pero el embate de las olas rompió su concentración, y sufrió una arcada cuando el agua salada le entró en la boca.

Las olas que rompían contra el barco eran ensordecedoras ahora que la tormenta había cobrado intensidad. A través de un velo de agua salada y lágrimas, Feril se preguntó durante un fugaz instante qué estaría experimentando Groller, para quien el fragor de una tormenta desatada no significaba nada. De nuevo el barco escoró, esta vez hacia estribor. La elfa se sintió impulsada hacia arriba, y entonces una mano fuerte la agarró del brazo y la puso de pie de un tirón.

Rig la arrastró lejos de la batayola. El marinero le gritaba algo que la elfa no entendía y trataba de hacerse oír por encima de la baránda. Después la empujó hacia el palo mayor. Los dedos de Feril tantearon en busca de algo a lo que agarrarse, y acabó encontrando un cabo que estaba enrollado alrededor del mástil.

Entonces oyó otro grito, débil, pero esta vez no le cupo duda de que el ruido lo había hecho una persona. Rig también lo oyó, y la elfa lo vio cerrar los ojos y soltar un profundo suspiro. De algún modo, el

marinero nunca perdía el equilibrio; se mantenía siempre en pie como un gato, flexionando las piernas cuando el barco cabeceaba, sin dar un traspie nunca.

--¡Quédate aquí! -le gritó.

Rig encontró a Dhamon luchando a brazo partido con un cabo que se había soltado de la vela mayor. El marinero lo agarró por la cintura para evitar que el agua lo arrastrara, y entre los dos consiguieron amarrarlo de nuevo. Dhamon se volvió para ocuparse de otro cabo que amenazaba con soltarse, mientras Rig se dirigía trabajosamente hacia la rueda del timón; soltó un suspiro de alivio al ver que Shaon seguía allí.

--¡Hemos perdido a dos tripulantes! -gritó la mujer mientras giraba bruscamente la rueda hacia babor-. Estaban cerca de bauprés. Los vi caer por la borda, pero no pude hacer nada. Creo que el lobo cayó también.

--¿Y Groller? -Rig estaba ronco de tanto gritar.

--¡Está en el palo de mesana, o al menos allí estaba!

--¿Y el enano?

--¡No estoy segura!

--¡Como no cambie el tiempo, estamos perdidos! Hemos dejado atrás los icebergs, pero según las cartas de navegación hay unos islotes por esta zona, y también algunos bajíos. ¡Podríamos acabar estrellándonos con ellos o encallando!

--No veo nada -jadeó Shaon. Sacudió la cabeza para quitarse el agua de los ojos. Tenía la ropa y el cabello empapados y pegados al cuerpo, y temblaba violentamente, tanto de miedo como de frío.

La mano de Rig le acarició el hombro, y después el marinero se marchó, de vuelta hacia el entrepuente para comprobar cómo les iba a Dhamon y a Feril. A través de las cortinas de agua, atisbo la corpulenta figura de Groller en la vela mesana, y soltó otro suspiro de alivio.

--¡Deberíamos habernos quedado en puerto! -gritó a Dhamon cuando estuvo cerca de él-. ¡No vemos por dónde vamos, y cabe la posibilidad de que encallemos! ¡Ya hemos perdido a dos hombres!

Merced a su agudeza de oído, Feril alcanzó a escuchar las palabras, y comprendió que encallar podría significar la muerte de todos ellos. «He de hacer algo -pensó-. Tengo que...» Se ató la cuerda a la cintura y se puso a gatas sobre la cubierta. Las olas rompieron sobre ella mientras plantaba las manos en la madera para que sus dedos pudieran percibir la fuerza del agua.

Cerró los ojos y musitó unas palabras que sonaron como el apagado chapoteo de un suave oleaje contra el casco. La kalanesti sintió unos dolorosos latidos en la cabeza a causa del esfuerzo de mantener la calma. Se concentró en el agua, en su tacto, en su olor, en su movimiento, en su frialdad.

Por fin su esfuerzo se vio recompensado. Notó como si se deslizara, se sumergiera, con el agua rodeándola por completo, acariciándola, instándola a ir hacia ella, a formar parte de ella. Se dejó arrastrar junto con las olas, que ya no eran amenazadoras, sino agradables. Tuvo la sensación de que el poder pasaba a través de ella mientras el *Yunque* cabeceaba y se sacudía. Entonces se concentró en ampliar su visión más allá del barco, debajo de las crestas de blanca espuma, lejos del constante batir del viento. La oscuridad no le dio miedo; era agua de mar, y el agua de mar no necesitaba al sol ni a la luna. Extendió sus sentidos, y tocó arrecifes, acarició la vegetación llena de colorido; después amplió más su alcance hasta localizar una solitaria roca que asomaba sobre la superficie, oculta por las altas olas. La formación era negra como la noche, y Feril supo que Shaon no podría verla. Estaba directamente en el paso del *Yunque*.

--¡A la derecha! -advirtió la kalanesti.

--¿Qué? -oyó gritar a Rig.

--¡Virad rápidamente a la derecha o el barco se estrellará!

¡Hacedlo!

El marinero le creyó y le advirtió a Dhamon, que a su vez le transmitió a Shaon la orden de virar bruscamente a estribor. En cuestión de segundos, el *Yunque* se desplazó en un pronunciado ángulo y esquivó el escollo por muy poco.

Feril soltó un suspiro de alivio y dejó que su mente llegara más lejos, delante del barco. Detrás del arrecife, un grupo de delfines nadaba hacia uno y otro lado, nerviosos. Estaban a bastante profundidad para que la tormenta los preocupara y, sin embargo, algo los inquietaba. La kalanesti se sumergió más hasta encontrarse entre ellos, buscando lo que causaba su ansiedad. ¿Tiburones quizá? Extendió más el alcance de su mente, tratando de establecer contacto con uno de los delfines, pero en ese momento los animales se espantaron y empezaron a nadar en todas direcciones. A su alrededor el agua empezó a agitarse con violencia.

Feril sintió que el agua era desplazada por algo muy grande. Un trío de delfines nadaron, enloquecidos, hacia ella, y entonces la elfa

sólo vio oscuridad. Un chorro de burbujas la rodeó al tiempo que el agua parecía espesarse y volverse más caliente. ¡Sangre! Se apartó del lugar hasta salir de la oscuridad, y sus sentidos pudieron percibir una hilera de afilados colmillos semejantes a carámbanos.

«¡El dragón!», gritó dentro de su cabeza, y las palabras también salieron de sus labios, en la cubierta del barco.

--¡El Dragón Blanco está ahí debajo, aprovechando la tormenta para darse un festín!

Presenció cómo el monstruo devoraba a los delfines, alcanzándolos y tragándoselos del mismo modo que un róbalo se habría tragado los más pequeños alevines. La inmensa bestia giró en el agua, y la gigantesca cola se sacudió tras ella y golpeó un pináculo rocoso, que se partió y cayó al fondo marino. Feril sintió que el corazón le palpitaba alocadamente en el pecho, aterrada aunque sabía que el dragón no podía verla, ya que su cuerpo estaba a salvo en cubierta. La elfa intentó tranquilizarse, y entonces vio que el dragón miraba hacia arriba. Su inmensa cabeza blanca apuntaba hacia algo que tenía encima. La kalanesti siguió su mirada y divisó el casco del *Yunque* moviéndose en el agua como si fuera unos restos flotantes. Se estremeció. El mar se había vuelto terriblemente frío alrededor de la bestia.

Entonces contempló con horror cómo el dragón pegaba las alas contra los costados y se impulsaba con las musculosas patas traseras en dirección al barco. Abrió las fauces y lanzó un cono de hielo que golpeó al *Yunque* con tal fuerza que lo levantó del agua.

El barco escoró a la derecha al caer de nuevo al mar con fuerza, levantando cortinas de agua. Dhamon se aferró al mástil para evitar salir lanzado por la borda, y Rig fue a parar cerca de donde estaba Feril.

--¿Qué ha sido eso? -le oyó gritar la kalanesti.

--¡A la izquierda! -chilló ella al notar que el dragón se desplazaba a la derecha, en pos del barco.

Rig transmitió la orden a Shaon, y la embarcación se inclinó a babor mientras el Dragón Blanco pasaba por debajo. La cresta irregular de la bestia asomó en la superficie cortando el agua como una hilera de aletas de tiburones, y después el dragón se sumergió y cambió de rumbo para hacer otra pasada.

Feril sabía que el *Yunque* no podía dejar atrás a la criatura, y que sólo era cuestión de minutos que el barco acabara hecho astillas. Con todo, siguió dando instrucciones a Rig. De nuevo, el

dragón dio media vuelta, pero en esta ocasión no salió a la superficie, sino que se sumergió más mientras la sorprendida kalanesti lo seguía hasta la revuelta arena del fondo, donde un gigantesco calamar se impulsaba, intentando escabullirse. El dragón había decidido perseguirlo, de repente más interesado en la carne de otra presa.

El Blanco desapareció de su vista, perdido en un remolino de arena y tinta. En cubierta, Feril se mordía el labio inferior con tanta fuerza que sintió el sabor de la sangre. ¿Regresaría el dragón? Sus sentidos continuaban bajo la quilla del *Yunque*, que seguía cabeceando. No habría sabido decir cuánto tiempo pasó, pero estuvo durante otras dos horas escudriñando el agua y dirigiendo al barco alrededor de escollos sumergidos, islotes, bajíos y torbellinos. El dragón no volvió a aparecer, y por fin la tormenta aflojó y el mar se serenó.

--Unos daños mínimos en el barco -resopló Shaon mientras se desataba y se dirigía, tambaleándose, hacia Rig y Dhamon, que estaban inspeccionando el palo mayor-. Pero nos faltan dos hombres.

--Sabían que habría riesgo hacia donde nos dirigíamos -gruñó Rig-. Jamás les hice falsas promesas. Espero que podamos contratar a uno o dos en el próximo puerto de escala. No me gusta andar corto de tripulación. -El marinero inhaló profundamente. Para sus adentros podía lamentar la pérdida de los hombres, pero el código del mar rehusaba la manifestación de sentimentalismos-. Podemos dar gracias de no estar todos muertos. Cuando el dragón salió a la superficie, creí que estábamos perdidos.

Hizo una mueca y echó una mirada a la dormida kalanesti. Después de haber hecho su trabajo tan bien, Feril se había desplomado por el agotamiento, con la cuerda aún atada a su cintura. Tenía los mechones castaños pegados a su cabeza y la ropa adherida al cuerpo. Un hilillo de sangre escurría de su labio inferior, y todavía yacía sobre un charco de agua. Las olas no habían borrado las pinturas de su rostro y de su brazo. Parecía una muñeca de trapo rota y tirada a un lado.

--Podría haber sido mucho peor -dijo Rig al tiempo que señalaba a Feril con la barbilla-. Gracias a ella el barco sigue de una pieza.

Shaon apretó los puños y se puso en jarras.

--¡Pues yo no la he visto a la rueda del timón! -barbotó. La mujer de piel oscura lanzó una mirada enfurecida a Rig, después pasó ante

él y empezó a bajar la escalera, apartándose a un lado un instante para dejar pasar a Jaspe, que subía a cubierta.

»Voy a cambiarme de ropa -gritó-. Estaré de vuelta dentro de un rato... a no ser que no te haga falta.

El marinero suspiró.

--Más vale que baje y le diga algo para que no siga de uñas conmigo. -Rig dio unos pasos tras ella, pero se detuvo al ver a Groller junto al palo de mesana. Cerró las manos y las sostuvo a la altura de los hombros, y después las movió en un arco hacia uno y otro lado. El semiogro asintió.

»Groller se ocupará del timón -le dijo a Dhamon-. Prueba a ver si puedes desenredar el cabo de la vela de mesana, y después desata a Feril. Subiré dentro de un rato.

Dicho esto, desapareció bajo cubierta en silencio. Entretanto, Ampolla se había soltado del cabrestante. Sus guantes estaban empapados y helados, y tenían manchas de sangre. Metió las doloridas manos en los bolsillos para que nadie las viera, y se escabulló bajo cubierta para buscar otro par de guantes.

--¿Qué pasa? -Feril vio a Dhamon cerca de la proa, contemplando las pequeñas crestas espumosas de las olas con semblante ceñudo.

--Nada. -El guerrero sacudió la cabeza-. Sólo estaba pensando en... cosas. -De hecho estaba pensando en Feril, que últimamente ocupaba sus pensamientos la mayoría de las veces.

--¿Pensabas en los dragones?

Él asintió en silencio.

--Algunos dicen que sólo quedan unas cuantas docenas -manifestó la elfa-. Al menos, eso era lo que se comentaba en el puerto de Caergoth. Hace unas pocas décadas los había a cientos. Estuve hablando con un viejo marinero que decía que los dragones grandes habían matado a los más pequeños. Los grandes que quedan poseen territorios, como la gran hembra Roja que domina el este, o la Negra del sur, junto al Nuevo Mar. -Hizo una pausa y se quedó mirando el mar-. Y también está el Blanco.

»Los dragones parecen tan fuertes como eran antes, tal vez incluso más. El Blanco alteró Ergoth del Sur mediante la magia. Son los que poseen la mayor parte de la magia existente.

--Jamás he confiado demasiado en ella -manifestó Dhamon-. Prefiero poner mi fe en algo sustancial, como mi espada. La magia ha desaparecido casi en su totalidad.

--Lástima que pienses así -dijo Feril suavemente, con el entrecejo fruncido-. La magia sigue siendo muy importante para algunos.

Dhamon sintió que la sangre se le agolpaba en las mejillas. No había querido molestarla. Nada más lejos de su intención. Abrió la boca para disculparse, pero ella se le adelantó:

--¿Cuánto tardaremos en llegar a Palanthas?

--Unas cuantas semanas. Ayer estuvimos en Puerto Estrella.

Rig había bajado a tierra para ocuparse de algunos asuntos. No quería que se repitiera un altercado como el de Caergoth, y ordenó a todos que permanecieran a bordo del barco. Varias horas después regresó con dos nuevos marineros, algunas provisiones y varias camisas de vivos colores para Dhamon.

--El rojo te sienta bien -dijo Feril, que con el índice acarició la camisa del guerrero y se echó a reír, para luego darse media vuelta y marcharse.

Se reunió con Rig en la rueda del timón.

--Escuché vuestra conversación sobre magia -le dijo el marinero. Su profunda voz sonó a través de la cubierta-. La magia me fascina.

«Apuesto a que sí», se dijo Dhamon para sus adentros al tiempo que echaba una ojeada por encima del hombro a Feril, que estaba de pie junto al corpulento marinero.

--La magia que prefiero utilizar me permite adoptar la forma de un animal -explicó la elfa-. Pero es agotador, y después me siento como si hubiera estado corriendo kilómetros y kilómetros. También puedo limitarme a mirar a través de sus ojos.

--¿Cómo adoptas la forma de un animal? -El interés del marinero parecía sincero.

Feril sonrió y bajó la mano hacia una pequeña bolsa de cuero que llevaba colgada a un costado. Tiró de la cinta que la cerraba, metió los esbeltos dedos dentro, y sacó un trozo de arcilla.

--Así -respondió y empezó a trabajar la arcilla con los pulgares.

En lo alto chilló una gaviota, y la elfa trabajó más deprisa la arcilla, formando la tosca figura de un pájaro con una fina cola y un

pico algo romo. Utilizó la uña del pulgar para hacer una semblanza de ojos y alas pegadas al cuerpo. No era una obra artística, pero pareció satisfacerla.

--Una gaviota -dijo.

La kalanesti sostuvo la imagen de arcilla en la palma de la mano derecha, y cerró los ojos. Empezó a hacer un sonido, una especie de melodía que el ave en lo alto repitió con sus gritos. La distancia entre Feril y la gaviota se disipó, y la mente de la mujer se elevó hacia el ave, sintiendo el silbido del aire a su alrededor. De repente, se puso rígida, y una sonrisa asomó a su semblante. Estaba contemplándose a sí misma y al marinero desde arriba.

--Estoy por encima del barco -susurró-. Veo un trozo de arcilla en mi mano. Y veo a Dhamon observándonos y acercándose a nosotros. Jaspe está detrás del cabrestante. Tiene el ceño fruncido y sacude la cabeza. Shaon lo está mirando. Veo la bandera ondeando encima de la vela. A la gaviota le gusta mirar las velas.

--¿Sabes lo que piensa la gaviota?

--Sí -asintió la elfa-. Es como si estuviera dentro de su cabeza. Siente curiosidad por nosotros, por los barcos. Le gusta seguir a los pesqueros, y se pregunta por qué no estamos pescando. Le gusta zambullirse en picado sobre la cubierta y arrebatar algo de comida. Lo considera una diversión, y no entiende por qué no le seguimos el juego.

--¿Puede ver lo que hay más adelante? ¿Hay otros barcos por las inmediaciones?

Feril empezó a hacer el extraño sonido otra vez, y Rig alzó los ojos a tiempo de ver a la gaviota virar y alejarse del barco.

--Lo envío hacia el norte -dijo la elfa.

--¿Controlas al ave?

«No lo volveré a hacer, no después de lo que pasó con el alce», pensó Feril.

--Se lo he pedido amablemente -respondió-. Y él es muy complaciente. Hay un barco a cierta distancia. Tres mástiles. Hay otro más. Se ven varios puntos blancos en la lejanía; quizá sean velas o quizá crestas de espuma. Hay un barco más pequeño. Todos están bastante alejados. La gaviota ve a gran distancia. Uno de ellos es un barco de pesca. Quiere acercarse. -La kalanesti abrió los ojos y sonrió.

»Supongo que ha encontrado a alguien que le sigue el juego -dijo con una sonrisa. Apretó el puño e hizo una bola informe con el

trozo de arcilla, que volvió a guardar en la bolsita.

--Quizá podrías enseñarme a hacer eso -aventuró Rig.

--Tal vez mañana -respondió la elfa.

Transcurrieron varias semanas y el *Yunque de Flint* rodeó el cabo de Tanith. Las Puertas de Paladine, la boca de la ancha y profunda bahía de Branchala, estaban ante ellos. Detrás, al fondo de la bahía, todavía fuera de la vista, se extendían la ciudad de Palanthas y la campiña.

El litoral era espectacular, y Dhamon se encontró en compañía de Feril admirando el paisaje. La elfa señaló hacia el oeste.

--Arena -susurró-. Cuánta. Y es blanca como la nieve.

--No sabía que el desierto llegara hasta tan lejos -comentó el guerrero-. Claro que nunca había estado en esta región.

--Da la impresión de que lo único que separa al cielo de la tierra es esa fina franja de arena -dijo Feril-. Creo que me gustaría navegar tan lejos que no se viera tierra alguna. Llegar donde el cielo y el mar se unen y continuar navegando hacia un azul infinito...

El claro cielo matinal descendía hasta tocar la alba arena de Palanthas, haciéndola parecer una cinta blanca que ondeara lentamente con la brisa. El agua de color zafiro de la bahía se extendía hasta el horizonte, meciendo suavemente al barco.

--Es muy hermoso -manifestó Dhamon.

--Siempre hay belleza en la naturaleza -convino Feril-. Incluso en Ergoth del Sur. La nieve era hermosa, fría, infinita y silenciosa. Las capas de hielo reflejaban el cielo. No era natural, pero costaba trabajo no apreciar su belleza.

Dhamon contemplaba fijamente el horizonte. «Y tú también eres hermosa», pensó.

--Me gustaría saber más cosas sobre Ergoth del Sur -dijo. En realidad, sólo quería seguir oyéndola hablar.

--¡Feril! -resonó la potente voz de Rig-. Hay aves por todas partes. ¡Quizá podrías volver a intentar lo de esa magia!

La kalanesti sonrió y se dirigió presurosa hacia el marinero.

--Magia -refunfuñó el guerrero.

Al día siguiente, poco antes del alba, entraban lentamente en el profundo puerto de Palanthas.

El drac azul estaba de pie en una loma situada sobre el cubil subterráneo de Khellendros. Su regordeta cola se sacudió, unos rayos diminutos saltaron entre los dedos de sus garras, y su cabeza giró lentamente para contemplar el vasto y yermo paisaje.

La arena se extendía en todas direcciones. Era una arena blanca y fina, no los granos marrones y gruesos que cubrían el suelo unos cuantos meses atrás. La blancura de la arena contrastaba marcadamente con el color del drac y con el Dragón Azul: un profundo zafiro contra el reluciente blanco.

Un cielo pálido y despejado se extendía sobre sus cabezas, y el sol aparecía suspendido en lo más alto, descargando un calor cegador e implacable. «Bendito calor», pensó el drac. Como su creador, gozaba con la ardiente temperatura.

Khellendros había estado esculpiendo su territorio, igual que habían estado haciendo los otros dragones señores supremos. Pero él no había creado montañas o lagos ni había hecho crecer profusión de plantas. Y tampoco había ampliado mucho más el desierto de como era originalmente. Había dejado el territorio como era en su mayor parte, ya que no era partidario de realizar cambios significativos en las características de los Eriales del Septentrión. Al dragón le gustaba su hogar como era. Simplemente había cambiado el color y la textura de la arena, ya que pensaba que los finos granos blancos acumulaban mejor la temperatura.

Le encantaba sentir el intenso calor bajo las almohadillas de sus patas o bajo el vientre cuando se tumbaba estirado en pleno mediodía -las horas de más calor en el desierto- como lo estaba ahora mismo. El calor penetraba a través de las escamas, calaba sus gruesos músculos, y daba masajes a la cresta que corría a lo largo de su espalda.

La blanca arena retenía mejor el agua cuando el dragón desataba una tormenta para mojar su piel y empapar su territorio, ya que de vez en cuando necesitaba refrescarse, aunque sólo fuera porque, al evaporarse el agua y volver el calor, sabía apreciarlo más y disfrutaba de él otra vez.

¡Ah, este glorioso calor!

El dragón retumbó, como un gato ronroneando, y el drac se volvió a mirarlo. Khellendros contempló a su criatura y, como siempre, ratificó que estaba mirando una copia en miniatura de sí mismo.

--Amo, ¿quieres algo de mí?

--No -gruñó Khellendros sin dejar de observarlo fijamente. Ladeó la testa-. Me apetece dormir un poco. Despiértame si ves intrusos.

El drac azul volvió la cabeza, y Khellendros vio cambiar la escena de su propia imagen hacia el sur. Todavía se estaba acostumbrando a su habilidad de ver lo que cualquier drac escogido veía; y no sólo ver, sino también oír y sentir. Este drac, y los otros que se encontraban en la guarida subterránea, eran extensiones de sí mismo. Cerró los ojos y pensó en la cálida arena, y al hacerlo sus sentidos se desconectaron del drac azul.

--Intrusos *bípedos* -añadió el dragón suavemente.

En ocasiones anteriores, el drac lo había despertado sin necesidad ante la aparición de un camello salvaje en las cercanías. Para la joven criatura, con su mentalidad infantil, intrusos significaba cualquier cosa aparte de sí mismo o Khellendros. Pero el dragón sabía que el drac aprendería. Tenía la capacidad mental de un genio, y Khellendros sólo tenía que llenar esa mente y encarrilarla.

El drac azul continuó vigilando los dominios de su amo; escudriñó cada cactus y cada parche de chaparros, hizo caso omiso de los grandes escorpiones que se desplazaban veloces de aquí para allí, y apenas prestó atención a las finas serpientes marrones que se deslizaban por la arena dejando dibujos ondeantes tras de sí. El drac sabía que cuando su amo despertara borraría las huellas en forma de «S» y devolvería al desierto su aspecto incólume. Vio rielar el aire con las corrientes cálidas que se levantaban del blanco lecho del amo. Y vio aproximarse al diminuto intruso bípedo. El sueño de Khellendros no iba a ser muy largo.

--Amo...

El dragón retumbó; se incorporó sobre las patas traseras, irritado, y miró más allá del drac. ¿Otro camello? ¿Algún escorpión gigante? ¿Tal vez una pequeña tormenta de arena? Por un instante el dragón se preguntó si no habría cometido un error al designar a este drac azul como centinela antes de haber completado su educación. Le habían prometido otros centinelas, vigilantes adecuados para que sus dracs pudieran seguir siendo un secreto mientras los instruía. Pero la promesa del huldre no se había

cumplido, y el dragón no conseguía disfrutar del necesario sueño sin que lo despertaran.

Sin embargo no tardó en desechar sus recelos.

--Estoy contento contigo, drac azul -dijo-. Me sirves bien.

El diminuto hombre de piel gris, que un momento antes sólo era una mota en el horizonte, siguió avanzando hacia ellos sin que, al parecer, le molestara el calor.

--Fisura -siseó Khellendros. Abrió las fauces justo lo suficiente para poder sacar la lengua.

Lejos de las sombras de su cubil y del negro cielo de Foscaterra, los oscuros rasgos del huldre quedaban expuestos en toda su ambigüedad. Aunque no tenía orejas, Khellendros vio pequeños agujeros a los lados de su suave y lampiña cabeza. En sus encuentros anteriores, el dragón había creído que los ojos del huldre no tenían pupilas, pero ahora la luz del sol ponía de manifiesto unas pequeñas y negras pupilas en el centro de los ojos, de un color violeta profundo. Aquellos extraños ojos sostuvieron la mirada de Khellendros.

--¿Puedes dar a la arena el color que quieras? -preguntó Fisura.

El dragón arqueó el escamoso entrecejo, gruñó, y se pasó la lengua por el labio inferior. El huldre sería poco más que una motita insignificante en el inmenso estómago del dragón, pero la idea de tragarse al descarado duende le proporcionó cierta satisfacción.

--¿Podrías hacerla verde o azul o púrpura? Despues de todo, yo puedo adoptar cualquier color que desee.

--¿Has venido para molestarme a costa de la arena? -El dragón se deslizó hacia adelante, sin hacer ruido.

--De hecho, estoy aquí para molestarte a costa de colores.

Khellendros rugió y el cielo respondió retumbando. Fisura alzó la vista y advirtió que había aparecido una nube en lo alto, donde un momento antes no había nada.

--De un color en particular -añadió el huldre.

El retumbo se hizo más intenso, y de repente el luminoso cielo azul se oscureció, encapotándose en un visto y no visto. Fisura creyó ver el destello de un relámpago en el centro de la negra masa de nubes. Desde luego, donde sí vio el chisporroteo de un rayo fue alrededor de los colmillos del dragón.

--El color gris -continuó imperturbable, sin mostrar la menor preocupación-. De El Gríseo, para ser preciso.

El retumbo perdió intensidad, bien que el cielo siguió

mostrándose amenazador.

--¿Qué, te interesa? -preguntó el huldre mientras se llevaba un dedo, delgado como un sarmiento, a la mejilla.

El retumbo cesó, y Fisura adelantó unos pasos y pasó junto al drac, que enseñó los afilados dientes al hombrecillo. El huldre se paró una docena de pasos delante de Khellendros.

--He estado haciendo ciertas investigaciones... sobre la magia. Parece ser que la magia imbuida en objetos puede incrementar la que posea cualquier dragón o humano.

--Eso ya lo sabía -siseó Khellendros, que había estrechado los ojos hasta hacerlos meras rendijas-. Por eso busqué la que había almacenada en la torre de Palanthas.

--Ah, pero los humanos no saben lo que sé yo: que ciertos objetos antiguos, como espadas, cetros o lo que sea, ya que su naturaleza poco importa, pueden liberar más poder que otros.

--Continúa -instó el dragón.

--Objetos de la Era de los Sueños -dijo Fisura.

--Eso fue en tiempos remotos -gruñó Khellendros-. Antes de que los dioses empezaran a entremeterse en los asuntos de Krynn.

--Sí, antes de la Era de la Luz, antes de que alguien embaucara a Reorx para que forjara una gema que dejó en Lunitari. Luego los dioses de la magia, que habían sido expulsados de Krynn, la impregnaron con su propia esencia y engatusaron a un elegido de Reorx para que robara la joya. El elegido, quizá de manera accidental, la dejó caer en Krynn. Y, con ese acto, la magia resurgió en el mundo.

--Conozco la historia, duende -gruñó Khellendros, irritado-. Pero la magia de la Era de los Sueños...

--Los objetos mágicos de esa época no son ni por asomo tan abundantes como las baratijas que se crearon a partir de entonces, elaboradas después de que los dioses de la magia empezaran a interferir y a repartir sus bagatelas por todas partes. Esos objetos antiguos son más poderosos que todas las chucherías creadas posteriormente.

--Quizá podrían utilizarse para volver a abrir los Portales -razonó Khellendros, pensativo.

--A eso iba. Creo que merece la pena intentarlo a todo trance. Lo único que hace falta es encontrar uno o más de esos objetos arcaicos -prosiguió Fisura-, cosa que imagino llevará mucho tiempo. Meses o tal vez años.

--El tiempo no me importa -repuso Khellendros. «Sólo importa Kitiara», añadió para sus adentros, y el espíritu de la mujer era inmortal mientras flotara en El Gríseo-. Tú buscarás esa magia. -Era una orden, no una súplica.

--Desde luego -contestó el huldre-. Quiero acceder a El Gríseo tanto como tú. Pero, antes, tengo un regalo para ti.

--¿Los centinelas que me prometiste?

Fisura asintió e hizo un gesto hacia el cielo. Abrió la boca, dejando a la vista una hilera de pequeños y puntiagudos dientes, y lanzó un penetrante silbido.

Al principio Khellendros no vio nada, sólo las negras nubes que había hecho aparecer hacia unos minutos. Entonces sus agudos ojos divisaron unos sombras gemelas en medio de los tormentosos nubarrones, unas sombras en forma de dragones, pero más pequeñas. Las figuras se dejaron caer a través del oscuro manto y, plegando las alas contra el cuerpo, se lanzaron en picado hacia el suelo del desierto.

Las criaturas eran de un color marrón oscuro y sólo estaban cubiertas parcialmente con escamas; la envergadura de sus alas era de casi quince metros. Las cabezas parecían haber sido arrancadas de dos lagartos gigantes gemelos, pero estaban equipadas con tres hileras de largos dientes y colmillos curvos que asomaban por encima del labio inferior. Sus correosas alas eran semejantes a las de los murciélagos, pero ni mucho menos tan enormes como las de un dragón. También se diferenciaban de los dragones en que carecían de patas delanteras. Las posteriores, rematadas en zarpas con tres garras, se extendieron al aterrizar, y sus largas colas restallaron con tal violencia que levantaron montones de arena. El dragón se fijó en el protuberante cartílago que tenían casi en la punta de la cola, del que salían unas púas aguzadas como agujas que brillaban por estar impregnadas con veneno.

La mayor de las dos criaturas abrió las fauces y emitió un penetrante siseo, un ruido que sonó como una espada recién forjada al ser sumergida en agua para enfriarla. La otra inclinó la testa y soltó un sordo y profundo gruñido que más parecía el bufido de un gran cocodrilo.

--Wyverns -comentó el dragón.

--De Foscaterra -añadió Fisura, enorgullecido, mientras sacaba pecho-. Prefieren los bosques, donde hay sombra en abundancia, pero por fin conseguí persuadirlos para que vinieran aquí. Y... los

perfeccioné.

--Explícate -pidió Khellendros, ladeando la cabeza.

--Los wyverns no hablan -manifestó el huldre-, pero éstos sí pueden. Cortesía de la casa. Aunque no me resultó fácil, te lo aseguro. Tuve que emplear mucho tiempo y energía; pero, siendo para ti, sólo vale lo mejor. Podrán alertarte si hay intrusos, avisarte de lo que pase en el desierto o viajar a donde quieras enviarlos. Y, cuando vuelvan, te informarán de lo que vieron. Te los entrego como un gesto de buena fe, un regalo, una muestra de amistad. Seguirán tus instrucciones al pie de la letra.

Khellendros estrechó los ojos. Dudaba que Fisura tuviera ni buena fe ni buena voluntad, pero aceptó a los wyverns. Los nuevos centinelas le permitirían mantener a la mayoría de sus dracs bajo tierra y usar como exploradores sólo a unos pocos cuidadosamente elegidos. Podría dedicar más tiempo a la enseñanza de su prole.

--¿No estás impresionado? -preguntó Fisura.

--Estoy satisfecho -retumbó el dragón.

--¿Hacemos ahora qué? -preguntó el wyvern más grande. Sus grandes ojos negros parpadearon y las aletas de su nariz se estremecieron. No paraba de moverse, apoyando el peso del cuerpo de manera alternativa en una y otra pata, sin dejar una zarpaz sobre la ardiente arena demasiado tiempo.

--No sé hacemos ahora qué -contestó el otro, que se movía como su hermano. Se sopló las zarpas en un fútil intento de refrescarlas-. Preguntamos hacemos ahora qué.

La pareja miró a Khellendros sin interrumpir su extraño bailoteo.

--¿Hacemos ahora qué? -inquirieron prácticamente al unísono.

--No son muy listos, ¿verdad?

Fisura hundió el suave pie en la arena.

--Tienen cierto grado de inteligencia... aunque no demasiada.

El cielo gris se oscureció más y se descargó un rayo en el suelo, detrás de la guarida del dragón. La arena saltó sobre Khellendros, los sorprendidos wyverns y el nervioso huldre.

--Pero apuesto a que se despabilarán. Y prepararé unos cuantos centinelas más por si acaso no ocurre así -se apresuró a ofrecer Fisura.

--Ponte a ello -replicó Khellendros-. Y que sean más avisados.

--Me ocuparé ahora mismo.

--No.

--¿No?

--Todavía no. -El Azul avanzó hacia él deslizándose sobre la arena como una serpiente. Cuando estuvo a unos palmos del huldre, añadió:- Necesito crear más dracs azules.

--¿Más? ¿Por qué? Creí que tenías docenas de ellos.

--He de crear un ejército, como protección y también como demostración de fuerza. Y, para llevarlo a cabo, me hará falta gente, cuerpos que corromper y modelar.

--Ah. -El huldre tragó saliva.

--Preferentemente, humanos.

Fisura se tranquilizó, aunque sólo un poco.

--¿Cualquier clase de humanos? ¿Bajos, altos, gordos, hombres, mujeres?

--Primero, viajarás a las colinas que hay al norte de las Llanuras de Solamnia -ordenó el dragón, que hizo caso omiso a las preguntas del huldre-. Allí hay ogros, mis aliados. Generalmente son cafres que se ocupan de las adquisiciones actuales, pero ha llegado el momento de sacar provecho de otros seguidores que están en deuda conmigo. Encuentra a los ogros y transmíteleles mis instrucciones de que reúnan algunas personas.

--Así que no tengo que ocuparme personalmente de ello. -El duende se relajó-. Eso está bien. En fin, ¿de dónde les digo a los ogros que consigan a esas..., eh, gentes?

--Hay una gran urbe en las proximidades. Los humanos la llaman Palanthas. Los ogros pueden coger gente que entre y salga de esa ciudad, gente que esté de paso, la que vaya cargada con bultos y que tenga aspecto de ser forastera o de estar de viaje.

--No lo entiendo.

--Los residentes de Palanthas no se preocuparán mucho por la suerte de unos forasteros. Así habrá pocas probabilidades de que organicen persecuciones o busquen a los desaparecidos, y yo no correré el riesgo de ser descubierto. Prefiero que no haya dedos apuntando en mi dirección todavía. Entra en contacto con los Caballeros de Takhisis en Palanthas. Han sido muy eficaces en la administración de mi feudo. Podrán ayudar a los ogros en su misión discretamente, y los cafres recibirán a los humanos capturados. Si algo sale mal, la culpa recaerá en los ogros. Son prescindibles.

»Mis cafres han estado haciendo incursiones a pueblos de bárbaros al noreste de la ciudad, pero no me han traído suficientes humanos. Y ya no quedan muchos pueblos sin saquear.

--De acuerdo -respondió Fisura-. Se lo comunicaré a los ogros.

Y me pondré en contacto con los caballeros negros. Puedes confiar en mí.

--Una vez llevada a cabo esa misión, te ocuparas de crear mejores centinelas.

--Desde luego. Otros mucho más listos.

--Sí -asintió el dragón-. Y te encargarás de estos asuntos rápidamente. Después empezarás la búsqueda de esa antigua magia que mencionaste.

--De la Era de los Sueños.

--Eso es.

El huldre apretó los labios formando una fina línea, inclinó la cabeza, y se fundió con el suelo del desierto. En el punto donde acababa de estar, se formó un pequeño montón de arena; el montoncillo se agitó y a continuación se alejó del dragón como un topo abriendo madrigueras a través de un jardín. Se dirigió hacia el suroeste, en dirección a las colinas.

--¿Hacemos ahora qué? -volvió a inquirir el wyvern más grande.

--¿Hacemos nada? -planteó el otro una pregunta afín.

--Seguidme -retumbó Khellendros.

--Bien. Aquí calor.

--Calor mucho -añadió el más pequeño-. ¿Seguimos ti más frío?

El dragón no dejó de gruñir mientras conducía a los wyverns al interior de su cubil subterráneo. El drac echó una última ojeada al horizonte y a la cada vez más amenazadora tormenta, y después desapareció también dentro de la caverna.

22

El rastro del Mal

Ampolla paseaba por la cubierta del *Yunque de Flint*. Ahora tenía la piel tostada tras las semanas pasadas a bordo del barco, y sus azules ojos resaltaban más, parecían un poco más claros.

La kender llevaba puesta una túnica azul oscuro que hacía juego con los guantes, que tenían unas puntiagudas piezas metálicas en los nudillos y las puntas de los dedos. Su cabello estaba perfectamente peinado, y lucía una concha pintada acoplada

a un peinecillo a la derecha de la cabeza, a mitad de camino entre la oreja y el copete. Iba a entrar en una gran urbe, y deseaba ofrecer el mejor aspecto posible.

--Dhamon, ahora que hemos llegado a Palanthas, ¿qué tenemos que hacer? Has sido muy remiso respecto a lo que Goldmoon te dijo.

-Ampolla se arregló el cinturón con los pulgares. Colgada de una trabilla del cinturón de cuero azul, entre dos abultados saquillos, llevaba una chapak, un arma de diseño kender que había tenido guardada hasta ahora en una de sus mochilas. Era una especie de hacha pequeña de una sola hoja, rematada en la parte posterior en dos puntas a las que iba acoplado un tirador.

--Goldmoon me dijo que el Mal estaba engendrándose cerca de Palanthas -contestó Dhamon mientras miraba a la kender de arriba abajo, deteniéndose un momento para observar mejor el hacha. El guerrero se había puesto sus pantalones de cuero negro y una camisa verde bosque que Rig le había comprado en Puerto Estrella. Era de cuello abierto, pespunteado con hilo gris plateado, y tenía las mangas amplias, muy fruncidas. En opinión de Dhamon era la más funcional y la menos llamativa de las tres que Rig le había comprado. Llevaba la espada colgada al costado izquierdo. La había estado limpiando y frotando, y la antigua empuñadura relucía con el sol matinal.

--Y... -lo instó a seguir Ampolla.

--Y me gustaría descubrir qué es ese Mal -respondió el guerrero-. Pero antes tenemos que pasar por un sitio, un lugar llamado Refugio Solitario.

--Quizá deberíamos dar una vuelta por la ciudad primero, antes de ir a ningún sitio -sugirió la kender-. Tal vez advirtamos algo malo o escuchemos a alguien hablar sobre algo siniestro. O quizás alguien intente robarnos. Podríamos seguir a esa persona y a lo mejor nos conduciría a una banda de criminales. Además, fíjate lo grande que es esta ciudad. Parece un sitio precioso. Deberíamos explorarla. De cabo a rabo. Tendríamos que ir con cuidado, desde luego.

Dhamon siguió la mirada de Ampolla. El *Yunque de Flint* estaba atracado cerca del extremo más noroccidental del laberinto de muelles con forma de herradura que se extendía por el litoral de Palanthas. Los edificios más cercanos al puerto eran de piedra. Aparte de los letreros y los postigos, carecían prácticamente de adornos de pintura, seguramente para que la acción corrosiva del salitre no tuviera mucho donde actuar. Los tejados tenían cubiertas

de tejas verdes, rojas y grises en su mayor parte, y las calles eran de tierra apisonada, con tarimas aquí y allí.

Al dirigir la mirada hacia el centro de la ciudad, el guerrero alcanzó a ver los edificios más impresionantes: torres hechas con piedra gris pálido, y los chapiteles marfileños y rosas del palacio. La línea curva de una antigua muralla parecía rodear el núcleo antiguo de la urbe.

--Ése era el límite de la ciudad. -Rig se había acercado al guerrero en silencio y ahora extendía el brazo señalando el extremo occidental de la antigua muralla-. Al seguir creciendo, tuvieron que construir fuera de los muros y abrir unas cuantas puertas para construir más calles y edificios. Ahora se extiende hasta las montañas. En realidad no puede crecer en otra dirección; quizás un poco hacia el este.

Dhamon divisaba las montañas detrás de los edificios. Era como si Palanthas -con sus viviendas, sus establecimientos y sus templos vacíos- estuviera recogida en la palma de una gigantesca mano, rodeada de montañas.

--¿Cómo sabes tanto sobre la ciudad?

--En realidad no sé mucho. Visité Palanthas hace unos doce años, cuando todavía era un muchacho. No recuerdo que hubiera tantos muelles entonces, pero sí me acuerdo de un sitio llamado Posadería de Myrtal. Excelentes bistecs. Allí tomé mi primer trago de ron. Y hoy me tomaré otro si es que sigue en pie el establecimiento.

-Rig frunció los labios y sacudió la cabeza como si quisiera alejar algún recuerdo-. Espero que terminéis pronto vuestros asuntos y así el barco será de mi propiedad y podré zarpar. No os molestará si después cambio el nombre por otro que suene más ligero, ¿verdad?

--Espera un momento. -Los ojos de Dhamon se estrecharon-. El barco es tuyo, y me importa un bledo lo que hagas con el nombre... después de que Jaspe y yo nos hayamos marchado. Pero el trato era, y tú estuviste de acuerdo con ello, que te quedarías durante un tiempo aquí, ¿recuerdas? Sólo por si se daba el caso de que necesitáramos largarnos de la ciudad.

--¿Cuánto tiempo?

--Unos pocos días. Tal vez una semana. Es por cuestión de seguridad.

El marinero gimió.

--¿Te fías de él? -intervino Ampolla-. Si salimos a dar un paseo por la ciudad, a lo mejor se marcha.

--Confío en él -repuso Dhamon mientras subía a la pasarela que bajaba al muelle-. Creo que es un hombre de honor.

--Ya estamos otra vez a vueltas con el honor -gimió Rig. Sus ojos se encontraron con los del guerrero-. De acuerdo, esperaré... al menos un poco de tiempo.

--¡Esperad! -Feril subió corriendo la escalera a cubierta, con Jaspe pisándole los talones-. Voy con vosotros.

--Yo no -rezongó el enano-. Hay un largo paseo hasta Refugio Solitario, y no pienso cansarme sin necesidad. Además, algo me dice que debería quedarme por aquí, sin alejarme demasiado.

--Pero Goldmoon dijo que sabías cómo llegar allí -argumentó Dhamon con brusquedad-. Dijo que ayudarías.

--Oh, y lo estoy haciendo. Aquí tenéis un mapa que he dibujado. Seguid las indicaciones y encontrareis el lugar. Considera mi decisión de quedarme descansando en el barco como una especie de seguro. Me ocuparé de que siga atracado en el puerto.

--He dicho que esperaría -declaró secamente Rig.

--Por si acaso, me aseguraré de que lo haces -contestó Jaspe. El enano hizo un gesto con la cabeza a la elfa, que pasó ante Dhamon y lo adelantó rápidamente. Ampolla fue tras ella.

A bordo del *Yunque*, Jaspe, Rig, Groller y *Furia* vieron alejarse al trío. Shaon se acercó a ellos.

--Creo que debería acompañarlos -comentó.

--¿Qué? -exclamó el marinero-. Pero si a ti ni siquiera te gusta estar en tierra. Al menos es lo que siempre me has dicho.

--Sabes que prefiero el mar -le replicó la mujer bruscamente-. Y por eso precisamente es por lo que voy a ir con ellos. Quiero ayudarlos a encontrar lo antes posible lo que quiera que sea que buscan. Les meteré prisa. Cuanto antes estemos de vuelta, antes podremos considerar nuestro el barco.

Sin esperar su respuesta, la mujer se ciñó la espada que el kender había utilizado para pagar el pasaje a Schallsea y se puso una de las camisas amarillas de Rig.

--No zarpes sin mí -dijo con una risita mientras pasaba a su lado.

Rig alargó el brazo velozmente y la agarró por la muñeca. Tiró de la mujer hacia sí.

--¿Qué te hace estar tan segura de que no lo haré?

--Piensa en mí, ¿vale? -repuso Shaon, con los ojos prendidos en los de él y sonriéndole.

--¿Que piense en ti? Prefiero ir contigo.

--¿Y quién cuidará del *Yunque*? ¿Groller, que no oye una palabra? ¿O Jaspe, que no entiende nada de barcos? No lo vas a dejar en manos de esa pareja ni en las de dos marineros a los que apenas conocemos. -Hizo un mohín-. Además, no pienso estar ausente mucho tiempo. Sabes que no me siento segura en tierra firme.

--Entonces ten cuidado -advirtió él-. Y date prisa.

--Lo haré. Será mejor que me marche antes de que los pierda de vista.

Rig volvió a tirar de la muñeca de la mujer, y con el otro brazo enlazó su cintura y la apretó contra sí. Sus labios se posaron con fuerza en los de ella, y la mantuvo abrazada un momento.

--No te metas en líos, Shaon -susurró.

La mujer se soltó de sus brazos lentamente, le lanzó una picara sonrisa, y descendió presurosa por la plancha. *Furia* bajó del barco y fue tras ella en silencio.

--Así que algo te decía que te quedaras aquí, ¿no? -preguntó Rig a Jaspe.

--Aja. -El enano había encontrado un cajón vacío y se había sentado cerca del palo mayor, a tomar el sol.

--¿Es que no confías en mí?

--La confianza no tiene nada que ver en esto -contestó Jaspe-. Además, así tendrá ocasión de aprender más del lenguaje de signos de Groller.

El marinero gruñó y levantó un cajón de embalaje.

--Pues hablando de signos, el que todas las mujeres se hayan ido con Dhamon lo interpreto como una mala señal.

La primera parada del grupo fue inesperada. Antes de que salieran de la zona portuaria, fueron sometidos a una inspección por los centinelas, unos caballeros negros.

Feril, que iba delante de todos, fue a la primera que pararon. Cuando Dhamon vio al grupo de caballeros negros rodeando a la kalanesti se acercó corriendo, con la mano sobre la empuñadura de la espada.

Shaon lo alcanzó y le cogió la mano para evitar que desenvainara el arma.

--No te importará que os acompañe, ¿verdad? -preguntó la

mujer-. Me apetecía estirar un poco las piernas.

--No buscamos problemas -intervino rápidamente Feril.

--Bien -repuso un caballero negro alto mientras examinaba al grupo atentamente. Su ceja izquierda se arqueó cuando su mirada llegó a la elfa-. Y ahora, decidme, ¿qué andáis buscando aquí? -inquirió al tiempo que daba un paso hacia la kalanesti.

--¿Quién lo pregunta? -inquirió Ampolla, puesta en jarras.

Los otros tres caballeros negros se acercaron a la irascible kender, pero se pararon cuando el caballero alto levantó la mano como para hacerlos callar.

--Lo pregunto yo, por orden de Khellendros -dijo-. Haced cualquier otra pregunta y pagaréis doble la tasa portuaria.

--¿Qué tasa portuaria? -quiso saber Shaon.

--Triple -manifestó el caballero oscuro.

Dhamon dirigió una mirada ceñuda a sus compañeras.

--Yo hablaré por el grupo -dijo mientras apartaba a Feril y se situaba frente al alto caballero negro.

Mientras registraban una por una a las tres mujeres, Dhamon respondió a las preguntas del que parecía ser el jefe de los centinelas, que al final del interrogatorio obtuvo el pago de la tasa portuaria triplicada.

El registro a Ampolla fue el más largo. Los centinelas no paraban de encontrar más saquillos y bolsillos -más cosas- con gran deleite por parte de la kender.

Cuando finalmente consiguieron pasar el puesto de control de los caballeros negros, Ampolla no pudo guardar silencio durante más tiempo.

--Deberías haber dejado que fuera yo quien hablara. Todavía no se te da muy bien lo de mentir. Además, ¿por qué está el Azul tan interesado en las idas y venidas de la gente? Y, por cierto, ¿adonde vamos?

--A Refugio Solitario -respondió el guerrero, que se paró delante de la tienda de un cartógrafo que había visto desde el muelle.

El mapa de Jaspe estaba bien, pero era incompleto, y Dhamon quería algo un poco más detallado y documentado. El mapa del enano, que agitó frente a la nariz de Ampolla, consistía en poco más que el puerto en forma de herradura, una «X» que indicaba Palanthas, y una línea de puntos que conducía a otra «X» al noreste de la ciudad. No había escala ni otros puntos de referencia. Se guardó el mapa en el bolsillo y entró en la tienda. Ampolla lo siguió.

Shaon y la kalanesti se quedaron fuera, en la acera de tablones, atrayendo las miradas curiosas y apreciativas de los transeúntes.

--Vamos -dijo Shaon, que señaló a una taberna cercana-. Apaguemos la sed mientras esperamos.

Feril encogió la nariz, pero acompañó a la mujer bárbara, picada por la curiosidad.

Dentro de la tienda, Dhamon se dirigió hacia un mostrador bajo, cuyo tablero estaba repleto de rollos de pergamo y recipientes con tinta. Las paredes del establecimiento se hallaban cubiertas con mapas viejos y amarillentos de edificios, ciudades, litorales e islas. Protegido tras un cristal había una representación de Palanthas antes de que la ciudad se extendiera fuera de la muralla circular de piedra. Sólo un puñado de muelles se adentraba en la bahía, y a un lado aparecía una leyenda indicando los sitios importantes, como la Torre de la Alta Hechicería, la Gran Biblioteca y la colina de los Nobles. También había mapas de las ciudades de Neraka, Qualinost y Tarsis, todos ellos realizados con pericia, que incluían hasta los más pequeños hitos y accidentes geográficos.

--Mira eso. -Ampolla señalaba al techo.

Un mapa de unos cinco metros cuadrados estaba clavado justo por encima de ellos. Era el dibujo de un monte, realizado en tinta negra, marrón y verde. Dentro del monte se superponían niveles y más niveles, treinta y cinco en total, de escaleras sinuosas, cámaras grandes y pequeñas, mecanismos gigantescos, y muchas otras cosas. Un sector inferior estaba señalado con el rótulo «vertedero», y Dhamon, estrechando los ojos, alcanzó a distinguir una minúscula silla rota tirada encima de un montón de desechos indistinguibles. Cerca había otras áreas rotuladas: agricultura, estación geotérmica, investigación, y sala de control de catapultas. Una red de cañerías se extendía desde el adyacente «cráter lacustre» y aparentemente abastecía de agua a todos los niveles del complejo.

--El Monte Noimporta.

El que había hablado era el propietario, un hombre mayor cargado de espaldas y con la cabeza, casi calva, salpicada de manchas oscuras. Salió de detrás de una cortina de lona y se dirigió al mostrador sin dejar de darse toquecitos en la blanca túnica con un trapo mojado para quitarse una mancha de tinta.

--Probablemente sea el mapa más preciso del lugar que

encontraréis en todo Krynn -continuó-, incluso con todas las remodelaciones que los gnomos han estado haciendo.

--¿Lo dibujaste tú? -Ampolla estaba fascinada con el complejo mapa, y lo examinaba con la cabeza echada hacia atrás, de manera que el copete le colgaba a la espalda.

--Un gnomo que solía trabajar para mí nació allí. Él lo dibujó, así como algunos otros mapas que hay en la tienda. -El hombre suspiró mientras agitaba una mano en dirección a otras representaciones cartográficas muy minuciosas-. Murió hace un par de años. Todavía lo echo de menos.

Dhamon miraba fijamente un mapa que había en la pared, detrás del viejo propietario. Representaba una parte de tierra en forma de «V» con los yermos de Tanith formando el brazo izquierdo; las montañas, la parte inferior de la «V»; y el litoral de Palanthas, el brazo derecho. En la punta derecha aparecía el rótulo «Eriales del Septentrión».

--Con todos estos mapas, tienes que conocer la comarca a fondo -insinuó Dhamon-. Habrás visto muchas tierras.

--He vivido aquí toda mi vida -respondió el hombre-. Nunca he viajado mucho, pero respondo de la precisión de mis mapas.

--Así que conoces la ciudad al dedillo.

--He visto prosperar a Palanthas, y la he visto sufrir. He presenciado cómo un extraño terremoto se tragaba la Torre de la Alta Hechicería hará unos treinta años. Tenía un plano de la torre, pero ya no vale para nada. Nadie necesita un plano de un punto negro. Muchas cosas se han perdido desde entonces...

--Veo que hay algunos mapas interesantes -lo interrumpió Dhamon, cambiando de tema-. ¿No tendrás por casualidad el de un lugar llamado Refugio Solitario?

El hombre arqueó una ceja blanca como la nieve.

--No es más que un montón de viejas ruinas. ¿Para qué ibas a querer ir allí?

--Para ver a Palin Majere -dijo Ampolla, que se apartó rápidamente a un lado para evitar que Dhamon le diera un fuerte codazo-. Tenemos que ir allí para encontrarnos con él. Al menos, eso es lo que por casualidad oí que Goldmoon le decía a Dhamon.

--Palin Majere. -El anciano soltó un suave silbido mientras miraba al guerrero de hito en hito-. No queda mucha magia en Krynn, pero la que exista, él la conocerá. Es un hechicero, uno de los pocos que quedan... y uno de los más poderosos.

--¿Lo conoces? -preguntó la kender, aunque sus ojos seguían prendidos en el admirable trazado del enorme Vestíbulo Exterior del Monte Noimporta.

--No. Pero lo he visto un par de veces. Visitó la Torre de la Alta Hechicería después de la guerra de Caos.

--¿Qué hay de Refugio Solitario? -instó Dhamon.

--Ah, sí. Bueno, el desierto rodea Refugio por tres lados, y en el cuarto hay una costa rocosa que se precipita en el mar. Tengo un mapa de la zona que indica dónde están las ruinas, pero no puedo garantizarte que sigan todavía en pie. -Buscó en una estantería y sacó un pergamino-. Cuesta cinco monedas de acero.

Dhamon reaccionó con evidente sorpresa ante el elevado precio.

--Impuestos -dijo el anciano, que señaló a un grupo de caballeros negros que pasaban ante la tienda.

El guerrero rebuscó en su bolsillo y puso el dinero sobre el mostrador.

--Tres -regateó la kender.

--Ya le he pagado al hombre, Ampolla. -Dhamon se guardó el mapa en la mochila-. Vámonos.

--¿A Refugio Solitario?

--Después de comprar algunas provisiones.

La kender sonrió. Todavía exploraría un poco más la ciudad.

A despecho de la claridad de la mañana en el exterior, estaba oscuro dentro de la taberna, y sólo junto a las escasas ventanas del establecimiento no había sombras. La taberna se encontraba abierta y concurrida por marineros, que parecían estar siempre dispuestos a echar un trago a cualquier hora del día.

El lugar era una única sala abarrotada de viejas mesas y sillas. Había un fuerte olor a alcohol y a sudor. Ruedas de timón, pequeñas anclas oxidadas, faroles, catalejos rotos y un surtido de cabillas adornaban las paredes. En el techo, aquí y allí, había redes colgadas, y una lámpara grande de hierro forjado pendía del centro.

El aire salado que entraba por la puerta delantera sólo conseguía incrementar la mezcolanza de olores. Ron, sudor, buñuelos fritos y humo de pipa competían por atraer la atención de Shaon y Feril.

Seis marineros estaban sentados alrededor de una mesa que

había junto a la puerta. Cuatro de ellos intentaban jugar una partida de dados, en tanto que los otros dos roncaban con la cara apoyada en el tablero. Una par de tipos de aspecto tosco, con la piel curtida por el sol y el aire, se hallaban sentados a otra mesa cercana, observando a los marineros y dando buena cuenta de una fuente de huevos y carne de vaca. Vestían chalecos de piel de lagarto, polainas de confección casera, y sandalias, y llevaban el cabello largo y despeinado.

--Huele peor que la madriguera de una comadreja -protestó Feril, torciendo el gesto.

--Bueno, la verdad es que aquí encontrarás muchas de esas alimañas -respondió Shaon. La mujer bárbara se dirigió hacia la pared trasera de la sala, donde había un largo mostrador de color caoba oscuro. Detrás, un hombre joven secaba unos vasos.

--¡Buenos días, señoritas! -saludó en tono jovial. Sus ojos observaron fijamente a Shaon y su llamativo atuendo, y después se clavaron en la exótica kalanesti-. ¿Qué va a ser?

--Cerveza. -Shaon soltó una moneda de acero sobre el mostrador.

--¿Tan pronto? -susurró Feril. La elfa encogió la nariz en un gesto de asco.

Los dedos del cantinero se cerraron presurosos sobre la moneda.

--De la mejor que tengo -dijo mientras llenaba una jarra y la ponía delante de la mujer bárbara-. Lo mejor para mi clienta más hermosa. Mis dientas más hermosas -se corrigió de inmediato.

Shaon echó un trago y retuvo el cálido líquido en la boca antes de tragárselo.

--Está buena -manifestó-. ¿Conoces un sitio llamado Refugio Solitario? Está fuera de la ciudad, en alguna parte.

--No hay nada fuera de Palanthas que me interese -respondió el cantinero, sacudiendo la cabeza-. Y os aconsejo que no os aventuréis fuera de los límites de la ciudad.

La mujer de piel oscura ladeó la cabeza y enarcó una ceja.

El cantinero se acercó más a ella y bajó la voz a un susurro apenas audible:

--Y también os aconsejaría que os marcharais de Palanthas. Damas como vosotras atraen la atención sobre sí, y ha estado desapareciendo gente en la ciudad, viajeros en su mayoría. -El cantinero señaló a la pareja de tipos de aspecto tosco-. Podéis

preguntarles. Son de una zona al noreste de la ciudad. Dicen que la gente que vive por allí está asustada. Muy asustada.

Shaon se dirigió hacia los dos hombres y acercó una silla a su mesa. Feril se quedó junto al mostrador, ya que el olor de la cera utilizada para abrillantar la oscura madera mitigaba un poco la fetidez.

--¡Están allí! -gritó Ampolla. La kender señalaba calle abajo con la punta metálica que remataba el dedo del guante. Shaon y Feril salían de una taberna.

»Vamos de compras -explicó-. A coger provisiones.

--¿Conseguiste el mapa? -preguntó Shaon.

Dhamon asintió con la cabeza, y la mujer bárbara extendió la mano.

--Déjame verlo. -Desdobló la hoja de pergamo que parecía tela, y siguió con el índice una línea de aldeas que conducía hacia el noreste-. Aquí -dijo, señalando un pueblo en particular-. Los bárbaros que viven en los yermos están desapareciendo, como también algunos viajeros y cabreros que viven en las colinas. Una pequeña aldea que está entre Palanthas y un sitio llamado Fresno, que debe de ser éste de aquí, se ha quedado desierta. Nadie sabe dónde están los vecinos. No fue un ataque del dragón; todo está en perfecto estado, intacto. Sólo que falta la gente. Y los que viven fuera de Palanthas no son los únicos que están desapareciendo.

--¿Cómo te has enterado de todo eso en tan poco tiempo?
-resopló Ampolla, algo herida en su orgullo.

--Dos hombres de Fresno nos lo contaron -respondió Feril-. Por lo visto, Fresno es una población bárbara de buen tamaño que está a unos ciento cincuenta kilómetros de aquí.

--Los hombres con los que hablamos no tenían planeado regresar siquiera a casa -añadió Shaon-. Están asustados.

--Fresno está en el camino a Refugio -musitó Dhamon-. Podríamos parar y echar un vistazo por allí. Hay otros cuantos pueblos pequeños entre Palanthas y Refugio. No nos llevaría mucho tiempo investigar en ellos. Quizás un par de días, dos y medio como mucho. Merece la pena. -Se guardó el mapa y tanteó en el bolsillo para contar el dinero que le quedaba-. Voy a ver cuánto cuestan unos caballos. Si pensáis acompañarme, nos encontraremos en la puerta oeste dentro de una hora.

--Un pueblo desierto -reflexionó la kender en voz alta-. Suena espeluznante. Por supuesto, no me importa recibir un buen susto de vez en cuando, pero...

23

La calma antes de la tormenta

--He tomado mi decisión, Majere. -El mago conocido como el Hechicero Oscuro hablaba en voz baja, poco más que un susurro. Vestía la misma Túnica Negra con la que Palin lo había visto cuando se conocieron, hacía casi tres décadas. No estaba ajada ni descolorida, y nunca tenía el menor rastro de suciedad. Siempre estaba limpia, y siempre encubría los rasgos de la persona que la vestía. La máscara metálica ocultaba cualquier emoción.

Palin había renunciado a descubrir quién era el mago o si se trataba de un hombre o una mujer. El Hechicero Oscuro había demostrado ser un aliado útil y un competente investigador, y Palin, en todos estos años, no había hecho indagaciones sobre él. Su tío Raistlin había sido muy reservado, y si el Hechicero Oscuro deseaba el anonimato, Palin no pensaba oponerse. Por lo general, los hechiceros eran gente misteriosa que se aislaba escudándose tras sus propias peculiaridades. Por otro lado, Palin estaba normalmente abierto a todo. Andar con secretos no era su estilo.

--No fue una decisión fácil -añadió el Hechicero Oscuro.

--E implica no revelar ninguna información sobre nuestro descubrimiento -adivinó Palin tristemente. Los ojos del mago eran vivaces y brillantes, y sólo tenían un atisbo de arrugas a despecho de su edad. A Usha le gustaba decir que eran arrugas de preocupación, y él estaba de acuerdo con su esposa. Casi siempre estaba preocupado. Su tez estaba bastante morena, ya que tenía por costumbre salir al exterior varias veces al día, aunque sólo fuera para meditar.

--Eres perspicaz, Palin -dijo el Hechicero Oscuro-. Aunque he de admitir que no estaba seguro de mi decisión hasta ayer. Pero tienes razón. Estoy de acuerdo con el Custodio. El secreto tiene que quedar entre nosotros.

--Lo veía venir. Debí imaginar que iba a ocurrir algo así. -Palin

se alejó de la larga mesa de ébano, ante la que estaban sentados el Hechicero Oscuro y el Custodio de la Torre.

--Realmente consideré tu postura -dijo el Hechicero Oscuro-. Pero no es el modo de obrar más aconsejable en este momento.

«¿Y cuándo lo será? -se preguntó Palin-, ¿cuando sea demasiado viejo para que me importe o cuando ya dé lo mismo?»

Soltó un profundo suspiro y se quedó mirando por la ventana, la más alta de la Torre de Wayreth. Al menos Ansalon había recuperado la magia a través de la hechicería. Palin estaba enseñando magia en su Escuela de Hechicería, cerca de Solace. Aun así, quería hacer algo más. Confiaba en que él o alguno de los héroes de Goldmoon dieran con alguna fisura en la armadura de los dragones que pusiera fin a toda esta inquietud.

Los hechiceros habían estado inspeccionando mágicamente el feudo de Malys. Había una cumbre en particular que llamaba la atención a Palin. Se encontraba entre Flotsam y Lejanas Encinas, y unas agujas rocosas parecían rodearla como una corona. Ahora la estaba observando y se preguntaba qué tipo de seres estaban dirigiéndose hacia allí. Había contemplado un grupo de goblins ascendiendo por la empinada ladera hacia aproximadamente un mes. Hubiera querido investigar, pero sus compañeros le habían recomendado que fuera precavido.

«Vigila desde lejos», le había dicho el Custodio, y Palin no tuvo más remedio que reconocer que era un sabio consejo.

--En el fondo de tu corazón sabías que no podía tomarse otra decisión -continuó el Hechicero Oscuro, sacando a Palin de su abstracción-. Llevamos casi dos meses estudiando esa zona. La hembra Roja ha transformado la propia configuración del territorio, algo que ni siquiera los dioses habrían hecho. Todos los objetos mágicos que controlamos o que tenemos a nuestro alcance tienen que estar a nuestra disposición, y sólo a la nuestra, por si acaso sufrimos algún ataque tanto por parte de ella como de cualquier otro dragón. Los utilizaremos juiciosamente. No podemos responder del uso que otros les darían.

--Me atendré al voto de este Cónclave -repuso Palin, pero para sus adentros pensaba que era una presunción el que sólo tres hechiceros se arrogaran la decisión sobre algo tan importante.

»Aunque debéis comprender que, si nosotros hemos descubierto el secreto de destruir objetos mágicos para incrementar el poder de los hechizos, cabe la posibilidad de que otros magos lo

descubran -se sintió obligado a añadir.

--Lo dudo mucho, Majere. Los demás no son tan poderosos ni tan versados como nosotros -adujo el Hechicero Oscuro.

--Por desgracia, la mayoría de los jóvenes creen que estudiar magia es un esfuerzo inútil -añadió el Custodio de la Torre-. La nueva orden de hechicería necesitará tiempo para florecer.

No todos los jóvenes eran de esa opinión, reflexionó Palin, pensando en su propio hijo Ulin, aprendiz en la Escuela de Hechicería.

--Puede que no dispongamos de tiempo -dijo, sin dirigirse a nadie en particular.

Había conseguido ver a Malys sólo una vez, cuando realizaba un escrutinio mágico. La había observado mientras volaba silenciosamente sobre los árboles, surgiendo por el oeste. Pero no la había vuelto a ver desde entonces, desde hacía casi dos meses. Su ausencia, su *invisibilidad*, lo tenía preocupado, le ponía de punta el vello de la nuca, lo atraía hacia la bola de cristal, le ocasionaba insomnio, y lo mantenía alejado de su esposa. Últimamente, había estado con Usha muy poco tiempo. ¿Cuánto más seguiría siendo tan comprensiva?

--¿Dónde está la hembra Roja? -preguntó en voz alta.

--Quizá se encuentra en otra parte, apoderándose de otro país -sugirió el Hechicero Oscuro.

--Lo dudo. -Palin se pasó los esbeltos dedos entre el largo y canoso cabello, y bostezó-. Los vaticinios que he realizado apuntan a que Malys sigue en su feudo. ¿Qué se traerá entre manos?

Estaba terriblemente cansado. Se había forzado hasta el límite, exigiéndose más y más, quedándose en vela hasta casi el amanecer, sin apenas dormir, ensimismado en los libros de su tío Raistlin, buscando alguna clave hacia el poder, alguna referencia a algo que pudiera utilizarse contra los dragones, alguna migaja del saber mágico que antes le hubiera pasado por alto. Sus compañeros también solían trabajar muchas horas, pero no siempre, y eran lo bastante sensatos para irse a la cama antes de verse obligados a ejecutar pequeños conjuros con los que evitar dar cabezadas.

--Creo que probablemente sólo siente curiosidad. ¿Por qué matarnos si puede analizarnos, aprender de nosotros? -El Hechicero Oscuro se inclinó hacia adelante con gesto furtivo-. Descubrir nuestros puntos flacos, los defectos de la raza humana. Tal vez nos esté oyendo en este mismo momento.

--Tal vez -repuso Palin-. Deberíamos marcharnos.

--¿E ir adonde, Majere?

--A los Eriales del Septentrión. Goldmoon ha enviado a algunas personas allí para que se reúnan conmigo.

--Ah, sí, ahora me acuerdo -dijo el Custodio-. Tenían que buscarme en Refugio Solitario.

--Tenemos que ir a los Eriales.

--¿Sólo por causa de los aspirantes a héroe de Goldmoon? -La queda voz del Hechicero Oscuro estaba cargada de escepticismo-. ¿Crees de verdad que pueden llevar a cabo algo significativo? ¿Qué pueden hacer ellos que no podamos hacer nosotros? ¿Y de qué modo, tú o cualquiera de nosotros, podemos ayudarlos?

Palin se apartó de la ventana y regresó a su sitio a la cabecera de la larga mesa. Apoyó los codos en el tablero, juntó las manos por las puntas de los dedos, y bajó los ojos. Su rostro con expresión preocupada se reflejaba en la pulida superficie de madera.

--Cada cual contempla el mundo de una manera diferente, amigo mío -contestó por fin Palin-. A lo mejor ven algo que nosotros no vemos, o descubren alguna cosa que se nos ha pasado por alto. Son distintos de nosotros, que nos atrincheramos en una torre mientras examinamos viejos libros enmohecidos y conjeturamos qué harán los dragones a continuación. Además, Goldmoon tiene fe en ellos. Y yo la tengo en ella.

--Entonces, nos trasladaremos allí -decidió el Custodio-, y haremos cuanto esté en nuestras manos para ayudarlos.

--Pero yo no os acompañaré -manifestó el Hechicero Oscuro-. Tal vez tengas razón, Majere, y alguien que no esté atrincherado en una gran torre pueda ver a la hembra Roja. Si, como sospechamos, es efectivamente la más poderosa y peligrosa de todos los dragones señores supremos, alguien tendrá que vigilarla, descubrir sus planes.

--Podría ser arriesgado -advirtió Palin.

--Lo sé.

--¿Te reunirás después con nosotros? -preguntó el Custodio.

--Desde luego. Os buscaré en los Eriales del Septentrión.

--Que tengas suerte -deseó Palin mientras se incorporaba de la mesa y giraba la cabeza a uno y otro lado hasta que sonó un chasquido en su cuello-. Y ahora, si me disculpáis, tengo algo que hacer.

Salió de la habitación y subió otro tramo de escaleras; abrió una pesada puerta de madera y salió al tejado.

Inhaló profundamente y miró en derredor antes de acercarse al borde. El aire estaba cargado, bochornoso. Cerró los ojos y alzó la barbilla hacia el sol, enfocando su energía. Transcurrieron varios segundos, en los que el ritmo de su respiración se hizo más lento; Palin sintió la caricia de una suave brisa en su piel.

--Goldmoon -musitó.

--Hacía mucho que no hablábamos -contestó la imagen proyectada de Goldmoon, que flotaba a unos palmos del mago, al otro lado del parapeto.

A pesar de ser casi transparente, Palin vio su semblante perfecto y sus ojos relucientes. El dorado cabello ondeaba levemente con la suave brisa creada por la magia.

--Partiremos para los Eriales a última hora de la noche para esperar a tus campeones -empezó el mago-. Refugio Solitario está...

--¿Y el mango? -lo interrumpió la imagen.

--Ya está en mi poder -repuso Palin-. Después de que me reúna con tus campeones, los acompañaré a Palanthas. Goldmoon, ¿crees que tu plan funcionará?

--Estos nuevos compañeros tienen madera de héroes -respondió ella-. Están hechos de buen material, como la lanza. Pero no pueden enderezar las cosas en Krynn por sí solos.

--Sin embargo, son un principio... -concluyó Palin.

Entonces la niebla sopló con más fuerza y se llevó la imagen.

Esa noche, más tarde, Palin dejó los libros de su tío a un lado, regresó a la Escuela, y se encontró con Usha, que estaba volcada en plasmar con pinceles una escena que recordaba de su infancia. Un espeso bosque de robles y pinos estaba cobrando forma, y cerca del árbol más alto había un hombre de increíble atractivo y edad incierta, un irda al que Usha llamaba el Protector. Él la había criado, había cuidado de ella, y la había enviado lejos cuando los otros irdas consideraron que había llegado el momento de que se reuniera con sus semejantes. Si no la hubiera hecho marcharse, Usha habría muerto con todos los irdas en su isla idílica cuando la Gema Gris fue fracturada y Caos escapó.

Usha había estado trabajando con ahínco en el cuadro desde hacía varias semanas y ya estaba casi acabado; era una de sus mejores obras.

--Es precioso -dijo Palin, que se había acercado a su mujer por

detrás sin hacer ruido.

--Pero no le hace justicia -dijo ella-. Es por los ojos. La esperanza ardía en ellos. Me miraban risueños cuando hacía alguna niñería. Me reprendían cuando me equivocaba. Y lloraban cuando me marché. Sus ojos me hablaban. Es esa expresividad la que no consigo captar.

--Quizá no habría querido que lo hicieras -sugirió Palin-. Tal vez su significado era sólo para ti, y no para cualquiera que admire su imagen colgada en una pared. Es un cuadro bellísimo. Exquisito.

Usha había empezado a pintar después de que sus hijos se hicieran mayores, después de que Palin empezara a pasar cada vez más tiempo dedicado al estudio de los dragones y las notas de Raistlin. Tenía que hacer algo que la mantuviera ocupada, y ese algo decoraba ahora varias paredes de la Escuela de Hechicería. Había ido mejorando con cada cuadro, desarrollando por sí misma técnicas sutiles para matizar, iluminar y dar profundidad. Había retratos de Ulin y de Linsha, de amigos que Palin y ella habían conocido, de criaturas fantásticas que había visto, de puestas de sol en Solace. Éste era el único cuadro en el que había intentado plasmar a un irda.

--Puede que sea precioso, pero sigo pensando que no le hace justicia. -Se apartó del caballete, removió el pincel dentro de una vasija de agua, lo sacudió, y lo puso con cuidado en un recipiente-. Era un hombre maravilloso.

--Y más por enviarte junto a mí. -Palin la cogió de las manos y la atrajo hacia sí. La besó con suavidad.

--Te he echado de menos -susurró ella-. Hace días que no te veía, encerrado en esa habitación con esos hombres.

--Hemos estado...

--Ya lo sé: los dragones.

--Nos marchamos a los Eriales del Septentrión mañana -anunció el mago, mirándola casi suplicante.

--¿Nos? -Usha suspiró hondo.

--Puede ser peligroso. Cuando hallemos algún modo de combatir a los dragones, nos convertiremos en el blanco de los reptiles.

--Sé sincero y dime si hay algún lugar realmente seguro, Palin Majere. -Usha había frunció los labios. El mago tenía el gesto ceñudo.

»Bueno, ¿lo hay o no?

--Algunos sitios son más seguros que otros -respondió Palin,

lacónico. Condujo a su esposa hacia la escalera-. Necesito saber que te ocupas de la Escuela, que estás aquí. Sigo teniendo sueños sobre el Azul. Ahora, por fin, voy a su feudo.

--Puede que si ves a Khellendros en carne y hueso dejes de soñar con él -dijo Usha con una risita.

--El Azul es casi tan poderoso como la hembra Roja. -El mago tenía prietos los labios.

Usha lo precedió escaleras arriba.

--A lo mejor podría pintarlo -comentó-. Tengo pintura azul a montones.

Cuando llegaron al rellano, el mago hizo un alto delante de una puerta de roble.

--Te he persuadido para que te quedes, ¿verdad?

Ella asintió con la cabeza.

--Y yo puedo persuadirte para otra cosa -le dijo.

Usha sonrió con coquetería, abrió la puerta, y empujó al mago suavemente hacia el interior del cuarto.

24 *Los guantes de Ampolla*

Dhamon llegó a la puerta occidental de Palanthas conduciendo a tres yeguas de color pardo, dos de ellas ensilladas. La más grande iba cargada con abultadas alforjas llenas de carne seca, queso y odres de agua.

--Hay tres monturas, y somos cuatro -comentó Ampolla con tono cortante-. Y no veo ningún pony.

--No tenía bastante dinero. Ni siquiera pude comprar silla para una de las yeguas.

--Bueno, pues podrías habernos pedido ayuda -replicó la kender, ofendida-. Aún me queda algo de dinero, además de la colección de cucharas de Raf. -Puso énfasis a sus palabras agitando uno de sus saquillos, en el que tintinearon monedas.

Dhamon le dirigió una leve sonrisa.

--Tal vez sea mejor que alguno de nosotros lleve algo de dinero, Ampolla, por si acaso se presenta otro gasto imprevisto -comentó-.

Tendrás que montar con Shaon o con Feril. Lo siento.

Dicho esto, saltó sobre la grupa del animal que llevaba los bultos y que iba sin ensillar.

--Estás acostumbrado a montar -observó la kender, sagaz.

Estrechó los ojos y añadió con tono más suave:- También lo estoy yo. Al menos, sabía montar a pelo en un pony.

Feril eligió la yegua más pequeña, e hizo hueco para la kender delante de ella. La kalanesti acarició los flancos del animal e hizo unos sonidos suaves, una especie de arrullo, y la yegua respondió con un relincho.

--Estos animales son viejos, Dhamon -dijo la elfa.

--No me podía permitir otra cosa -replicó él con voz tirante.

La mirada de Dhamon fue hacia Shaon. La mujer bárbara estaba contemplando a la yegua de hito en hito, y sus ojos iban de la silla al estribo, y de éste a la abultada alforja. Se meció atrás y adelante sobre los pies mientras jugueteaba con las riendas.

--Creo que será mejor que camine durante un trecho -declaró-. Si la yegua es vieja, no es menester que cargue con mi peso más tiempo del necesario, ni hacerla sufrir. Además, me vendrá bien un poco de ejercicio, y...

--No te preocupes por eso -la interrumpió Feril-. Estos animales son viejos, pero están en muy buenas condiciones. Son fuertes, y están contentos por haber salido del corral. No cabe la menor duda de que están habituados a llevar jinetes, y me ocuparé de que me advierten cuando estén cansados.

--Aun así, creo que iré andando.

Dhamon bajó de su montura y se acercó a la mujer.

--¿No has montado en caballo nunca?

--Por supuesto que sí -replicó Shaon, tal vez con demasiada premura-. Sólo que ahora no me apetece.

--No es difícil -dijo el guerrero en voz queda-. Deja que te ayude a subir.

--No necesito que me ayudes. ¡Mira! -Shaon plantó el pie en el estribo, se dio impulso y montó. Fue un movimiento perfecto, salvo porque quedó de cara a la grupa del animal. Ceñuda, intentó cambiar el pie de estribo y darse media vuelta, pero la yegua se plantó y Shaon acabó dando con sus huesos en el suelo.

»¡Ay! ¡Condenado penco! ¿Ves? No quiere que la monte. Quiere que vaya caminando.

Dhamon se agachó para ayudarla a levantarse, pero Shaon

rechazó su mano con un cachetazo y se incorporó de un brinco.

--No necesito ayuda.

--Pero tenemos que ponernos en marcha. -En la voz del guerrero había un timbre irritado-. No estoy dispuesto a retrasarme porque tú quieras ir andando.

--Quizá debería quedarme en el barco. Así Ampolla no tendrá que compartir la yegua.

--¿Y le contarás a Rig que cambiaste de opinión por culpa de un caballo? -inquirió la kender-. Además, ni soñando llego con los pies a esos estribos.

Shaon se mostraba impertérrita.

--Como quieras -espetó Dhamon, que se dio media vuelta y fue hacia su montura.

La mujer bárbara se sacudió el polvo de las ropas. Maldijo al ver que la camisa de Rig se había manchado de tal manera que quizás estuviera estropeada sin remedio. El marinero se enfadaría.

Apretando los labios hasta formar una fina línea, Shaon cogió las riendas y se encaramó a la silla, esta vez en la dirección correcta.

--¿Ves? Te dije que no me hacía falta que nadie me ayudara -le gritó a Dhamon.

El guerrero le dirigió una sonrisa antes de montar en su yegua. Un instante después, Dhamon se ponía a la cabeza del reducido grupo y lo conducía fuera de la ciudad.

Feril habló a la yegua de Shaon con aquella especie de arrullo, y el animal le respondió relinchando suavemente. La kalanesti pareció absorta en la comunicación con el animal, y escuchó atentamente los relinchos.

--¿Qué le has dicho? -susurró Ampolla.

--Eso queda entre la yegua y yo -respondió Feril en otro susurro.

--Oh, vamos, Feril -suplicó la kender.

--Si tantas ganas tienes de saberlo, pregúntale a *Palla*, porque yo no pienso airear sus confidencias -contestó la kalanesti.

Ampolla puso un gesto ceñudo. Sin embargo, a medida que los kilómetros iban quedando atrás, la kender se fijó en que la montura de Shaon avanzaba a un trote especialmente suave, y dedujo que la kalanesti le había dicho a la yegua que se lo pusiera fácil a Shaon.

Pasaron la noche en una pequeña aldea bárbara llamada Arcilla de Orok. Les contaron que tenía tal nombre en memoria de un jefe muerto hacía mucho tiempo que había decidido construir las casas con el barro de la tierra. De hecho, muchas viviendas eran cúpulas

hechas con arcilla y estiércol, y hacía fresco en su interior, al menos si se comparaba con el desagradable calor de los yermos. Las gentes eran cautelosamente amistosas, y después de compartir su comida admitieron que últimamente no habían tenido noticias de la aldea más próxima, Dalar. Estaba varios kilómetros al noroeste, y hacía mucho que los ancianos de allí habían enviado su último informe. Las gentes de Arcilla de Orok no habían mandado a nadie de la aldea a investigar. Había noticias sobre unos grandes lagartos marrones volando sobre la arena, unos lagartos de enormes alas.

Unos cuantos de sus propios cazadores habían desaparecido; ignoraban cómo y por qué, aunque temían que los lagartos marrones o el Dragón Azul fueran los responsables. A causa de las misteriosas desapariciones, sospechaban que algo malo había pasado en Dalar, y tal vez también a otros pueblos vecinos que había más al norte.

El cuarteto partió poco después del alba; esta vez Ampolla cabalgaba con Shaon. La mujer de piel oscura gimió al montar en la silla. Tenía doloridas las piernas y la espalda por la desacostumbrada postura cabalgando durante tantas horas.

--¿Por qué llevas guantes? -le preguntó la mujer bárbara a Ampolla. Shaon trataba de olvidar los pinchazos de sus doloridos muslos-. Nunca te he visto sin algún par, y debes de tener por lo menos una docena.

La kender llevaba hoy unos de cuero de color tostado. Cosa rara, no tenían añadidos ni adornos extraños.

--¿Fue ayer la primera vez que cabalgaste? -preguntó a su vez Ampolla.

--Sí -repuso Shaon con un gemido.

--Entonces, te diré por qué llevo guantes. -La kender decidió ser sincera con su compañera de montura-. Sufrí un accidente hace unos treinta años -empezó-. En aquellos tiempos no era tan precavida como ahora, sino más bien del tipo de Raf.

Los años parecieron esfumarse conforme Ampolla recordaba Calinhand, una villa en la costa sur de Balifor, una comarca limítrofe con su tierra natal de Kendermore, al este. Calinhand era una bulliciosa ciudad portuaria llena de maravillosos sonidos y muchas cosas que investigar, aunque ni por asomo tan grande como Palanthas.

Mientras visitaba la ciudad, se había sentido particularmente interesada en los barcos mercantes atracados en los muelles, en los que se cargaban y descargaban cajas, la mayoría de las cuales iban

destinadas a Importaciones Hosam.

Se había colado dentro de aquel sitio una tarde a última hora, cuando había muchas sombras para esconderse. El almacén de la trastienda era grande, y todo lo que había dentro parecía ser algún tipo de embalaje: cajas, arcones, cofres, baúles, sacos, mochilas y barriles. Por todas partes había misterios, cosas que descubrir.

--¿Y encontraste una caja llena de guantes de tamaño kender?
-conjeturó Shaon.

--No. -Ampolla sacudió la cabeza-. Pero encontré esto. -La kender señaló uno de los saquillos que colgaban de su cinturón. Era una malla prietamente tejida, de color verde oscuro.

--¿Y qué es?

--Una bolsa mágica. No se ensucia ni se deshilacha. Puedo meter cosas afiladas, y nada la rompe. Alguien me dijo una vez que estaba hecha con algas, y que quizás era mágica. Después de todos estos años, estoy segura de que lo es.

La kender explicó que había inspeccionado el interior de unos cuantos sacos y arcones que obstruían el paso hacia un gran baúl negro suave, pulido y de aspecto caro. Sin duda también lo que hubiera dentro sería valioso.

--Bueno, ¿y qué había? -Shaon estaba cautivada con la historia.

--No lo descubrí. -Ampolla agachó la cabeza-. Había palabras escritas en la tapa del baúl, y supongo que eran algún tipo de conjuro mágico. Mientras hurgaba la cerradura, de repente las letras se escurrieron del baúl sobre mis manos, y se ciñeron a mis dedos y mis palmas tan prietamente que casi me cortaron la circulación en las muñecas. Su contacto corrosivo me abrasó la piel. Me dolía mucho, pero no podía desprenderme de ellas, y creó que grité. Entonces él entró.

Explicó que Hosam, el viejo mercader portuario en persona, entró corriendo en el almacén, la vio y empezó a chillar y a agitar los puños. Ampolla no prestó atención a lo que decía porque las manos le dolían de una manera espantosa, como si las hubiera metido en agua hirviendo. Huyó, perseguida por Hosam, pero era muy lento debido a su obesidad. Levantó los carnosos puños y siguió gritando mientras la kender corría por el callejón y caía de brúces en un charco de agua de lluvia. Metió las manos en él con la esperanza de que el agua mitigara el dolor, pero no fue así. Las letras mágicas siguieron corroyendo sus dedos durante lo que le parecieron horas. El dolor no cesó hasta muy entrada la noche.

Ampolla se quitó un guante y sostuvo la mano en alto para que la mujer bárbara pudiera verla bien. Sus pequeños dedos estaban retorcidos, deformados y cubiertos con docenas de minúsculas ampollas y manchas ásperas. Shaon dio un respingo.

--Oh, ¿te duele?

--Sólo cuando los doblo, cosa que intento evitar. Y cuanto más los doblo, más me duelen. -Se puso de nuevo el guante con precaución.

--Así que por eso es por lo que eres tan cuidadosa con tus dedos en todo momento.

La kender se limitó a asentir en silencio.

--Y también es por lo que te llamas Ampolla -dedujo Shaon-. Por lo que te pasó.

--Bueno, la historia no acaba ahí. -La kender rebulló inquieta en la silla-. Pero el resto lo dejaré para otra ocasión.

Shaon soltó una carcajada.

--Bien ¿y cuál es tu verdadero nombre? -preguntó.

--Vera-Jay Dedosligeros.

--¿Sabes una cosa? Me gusta más Ampolla.

La kender se mostró completamente de acuerdo y, mientras dejaban atrás los kilómetros, entretuvo a la mujer bárbara con relatos de sus aventuras en Balifor y Kendermore. Dhamon y Feril cabalgaban en silencio, escuchando también, hasta que las afueras de Dalor aparecieron ante su vista.

Ya era más de mediodía y no parecía que el tiempo fuera a refrescar. Feril se limpió el sudor de la frente, estrechó los ojos, y observó el grupo de casas de barro con forma de cúpula y los edificios de madera levantados al pie de unas colinas bajas. No había señales de gente. Era exactamente como los bárbaros de la taberna habían pronosticado que estaría.

La kalanesti respiró hondo y después tosió. El aire estaba impregnado del putrefacto hedor de la muerte. Un escalofrío le recorrió la espina dorsal, y la elfa echó miradas en derredor, buscando los cadáveres que sabía tenía que haber cerca.

--Me da la impresión de que nos están observando -susurró Shaon-. Me pregunto si no habrá fantasmas por aquí...

Feril desmontó y se dirigió hacia la aldea, seguida por su montura. La yegua relinchó suavemente.

--Sé que huele mal -la tranquilizó Feril-. Quédate aquí.

Junto a las frías lumbres de cocinar había ollas de metal en el exterior de muchas de las abovedadas casas de tierra. La elfa se preguntó si Arcilla de Orok estaba construida a semejanza de Dolor o si este pueblo era posterior y había adoptado -y mejorado- las técnicas de construcción de Orok. Algunas de las cúpulas parecían más trabajadas, y los laterales habían sido decorados con dibujos de plantas, animales, círculos y zigzags.

Detrás del umbral de la casa más próxima había un telar con una manta a medio confeccionar, de colores blanco y ocre. Dentro de otra vivienda Feril vio ropas limpias y dobladas en una estantería alta, así como platos sucios en la mesa. En una tercera, se alcanzaba a ver una cama de niño vacía, con una bola roja de madera y otros juguetes debajo. Detrás de una cúpula pequeña encontró un corral lleno de cerdos, apretujados en la escasa sombra arrojada por la casa, y que apenas mostraron curiosidad ante su presencia.

El hedor a muerte seguía siendo penetrante, pero la kalanesti aún no había descubierto ningún cadáver. Se fijó que una parte de la valla del corral estaba rota, y supuso que los animales salían y entraban para buscar comida. No obstante, dudaba que los cerdos se estuvieran alimentando de los muertos. En tal caso, habría huesos esparcidos por los alrededores, y no se veía ninguno.

Siguió un sendero curvado que atravesaba el centro de la aldea, y pasó ante un corral más grande, para caballos y ganado, dedujo. Estaba vacío.

Dhamon y Shaon se acercaron más; pero, cuando sus monturas pasaron entre las primeras casas, la kalanesti levantó una mano, advirtiéndoles en silencio que mantuvieran la distancia. La elfa no quería que ningún ruido u olor ajeno a la aldea la confundieran.

Escuchó un ruido apagado más adelante. ¿Alguien o algo se estaba moviendo? Echó una ojeada a la izquierda y vio una cortina de lona colgada en el umbral de una puerta; hacía un ruido susurrante al ser agitada por la leve brisa. La elfa se relajó y continuó avanzando.

Pasó el centro de la aldea, donde el sendero giraba y las toscas casas eran las más grandes. Localizó lo que supuso era la casa comunal. Desde aquí, alcanzaba a ver mejor el otro extremo del pueblo... y una hilera de tumbas recientes al borde de un cementerio.

Había más de doce sepulturas nuevas. ¿Quién las había abierto? ¿Quién había enterrado a la gente? Feril siguió avanzando despacio por el sendero. Se paró a unos cuantos pasos de las tumbas nuevas y se hincó de rodillas en el suelo. Tocó con las dos manos la tierra al borde de los recientes montículos, y empezó a dibujar hundiéndo los dedos en la tierra suave y seca.

Dhamon y Shaon condujeron a sus monturas hasta la casa comunal, y observaron a la kalanesti.

--¿Qué está haciendo? -susurró Ampolla. La pregunta de la kender no tuvo respuesta.

Dhamon desmontó y siguió avanzando. El sol estaba alto y a su espalda, de manera que su sombra se extendía en línea hacia la elfa. Parecía como si Feril estuviera removiendo la tierra entre los dedos y trazando dibujos en el suelo. A través de la quieta atmósfera la oyó emitir una especie de quedo zumbido.

Ampolla dio un codazo a Shaon, y la mujer bárbara bajó de la yegua y aupó a la kender de la silla, ayudándola a desmontar. Lo hizo con toda clase de cuidados, como si Ampolla fuera una muñeca de porcelana que pudiera romperse. Shaon no quería que los dedos de la kender tropezaran con nada.

--¿Qué está haciendo? -volvió a preguntar Ampolla.

Feril contó quince tumbas nuevas, todas pequeñas, como si los residentes de Dalor recientemente fallecidos hubieran sido enanos o kenders, aunque los umbrales de las casas eran obviamente lo bastante altos para que los cruzaran humanos. Unas pocas de las tumbas eran muy recientes, a juzgar por el color y lo suelta que estaba la tierra amontonada encima. De la casa abovedada que había a su derecha salía el hedor de cuerpos putrefactos. Aún había muertos sin enterrar.

¿Acaso no quedaba nadie para hacerlo?, se preguntó la elfa. ¿Sería una plaga la causa? No percibía el olor de ningún ser vivo, ni siquiera el de sus compañeros. El tufo a putrefacción era demasiado intenso.

Continuó dibujando en el polvo, trazando símbolos acordes a un sencillo conjuro que la permitiría ver a través de la tierra, descubrir lo que sabía, quiénes estaban enterrados aquí y qué les había ocurrido.

Canturreó más alto, casi terminado el encantamiento. Entonces, de repente, gritó cuando una flecha se clavó en el suelo, delante de ella. Le siguió una segunda rápidamente, y ésta se hincó profundamente en su brazo.

Dhamon echó a correr, levantando tierra tras de sí, al tiempo que desenvainaba la espada, y se dirigió hacia el edificio más apartado, a la derecha de la kalanesti. Vio salir más flechas por el umbral.

--¡Échate al suelo, Feril! -chilló mientras entraba como una tromba en la casa.

La kalanesti se tiró de bruces un instante antes de que dos flechas pasaran silbando por encima, justo donde había tenido la cabeza. Se quedó tumbada entre dos de las tumbas. Se giró hacia la izquierda y alargó la mano hacia el astil de la flecha hincado en el brazo; apretó los dientes y la sacó de un tirón.

«Ahora sé cómo se sienten los ciervos cuando los cazan», pensó. Sólo que un ciervo no tenía manos para quitarse la flecha. La sangre manó cálida de la herida, oscureciendo la manga de su túnica de suave cuero.

Oyó un puñetazo detrás de ella. ¿Dhamon? Se arriesgó a echar una ojeada por encima del montón de tierra de la tumba y vio a Shaon y a Ampolla corriendo por el sendero central. No había señales del guerrero, aunque la elfa escuchó otro golpe sordo dentro de la cabaña.

--¿Por qué le disparaste? -oyó gritar a Dhamon.

Shaon desenvainó la espada y se plantó en una postura agazapada ante el umbral de la casa; entonces sus ojos se abrieron en un gesto de sorpresa, y la mujer retrocedió un paso. En ese momento, un muchacho salió despedido al exterior de un empujón. La fuerza del empellón de Dhamon lo tiró. Perdido el equilibrio, cayó de espaldas, y la cabeza golpeó contra el suelo. Soltó un gemido e intentó incorporarse, pero Dhamon lo había seguido y le plantó un pie en el estómago. Shaon se adelantó rápidamente y acercó la punta de la espada a su cuello.

Feril se puso de pie y caminó lentamente hacia ellos, con el brazo apretado contra el pecho. La herida le dolía mucho y le sangraba, pero relegó el dolor al último rincón de su mente y se concentró en el chico. Calculó que tendría unos nueve o diez años. Tenía el pecho descubierto y sudoroso, y olía a muerte. Sus labios estaban agrietados y le sangraban donde Dhamon le había dado un

puñetazo.

--Estoy bien -dijo la kalanesti. Echó un vistazo a las puertas de las otras casas esperando ver salir a alguien en defensa del muchacho.

Dhamon se apartó del chico y se plantó junto a Feril en dos zancadas. Detrás de él, Shaon mantuvo la espada apuntada al cuello del chico en actitud amenazadora.

--¿Por qué le disparaste? -preguntó Ampolla-. No te había hecho nada.

--¡Responde! -espetó Shaon-. ¡Dame una razón para que no te atraviese de parte a parte!

--¡Tiene que morir! ¡Iba a violar las tumbas! ¡Profanadores! -maldijo el chico.

--Vaya, así que tiene lengua -rezongó Dhamon, que envainó la espada y sacó una pequeña daga del cinturón con la que empezó a cortar la manga del brazo herido de Feril-. Al menos, no tiene buena puntería.

--¿Dónde están los demás? -Shaon mantenía la espada a escasos centímetros de la garganta del muchacho.

--No hay nadie más -respondió-. Todos están muertos, como lo estaréis vosotros muy pronto. ¡Los monstruos del cielo os llevarán, os matarán!

--¿Monstruos del cielo? -Ampolla levantó la cabeza para mirar a Shaon al tiempo que la mujer bárbara retrocedía un paso.

--¡Levántate! -ordenó Shaon-. Ampolla, registra esa casa.
La kender cruzó el umbral.

--Aquí dentro apesta. -Desapareció en las sombras y empezó a recorrer el interior.

--No me importa cómo huele. Toda la aldea apesta. ¿Hay dentro alguien más? -La mujer bárbara bajó la voz al dirigirse a Dhamon:- ¿Está Feril bien?

--Sí -respondió la kalanesti por sí misma-. Estoy bien. Sólo me dio en el brazo.

--No, no está bien -se mostró en desacuerdo Dhamon-. Está perdiendo mucha sangre, y la herida está sucia.

--Porque las flechas lo están -añadió Ampolla, que salía en ese momento de la choza con un gesto de dolor y sosteniendo un puñado de flechas entre sus dedos. Empujó de un puntapié una aljaba de cuero, de la que salieron más flechas y se desparramaron en el suelo-. Y también apestan -dijo mientras se las tendía a Shaon.

--Maldita sea -masculló Dhamon-. Están impregnadas de estiércol.

--¡Puag! -exclamó la kender, que dejó caer las flechas y miró al chico con el ceño fruncido-. Y hay mantas ahí dentro, cubriendo algo que apesta todavía más: cadáveres.

--¡Déjalos en paz! -chilló el muchacho.

--¿Son de tu gente? ¿Los mataron los monstruos del cielo? -preguntó Shaon, a lo que el chico contestó afirmativamente con un cabeceo.

»¿Por qué no acabaron contigo?

El muchacho agachó la cabeza y masculló algo. La mujer bárbara se acercó para oírlo mejor.

Entretanto, Dhamon condujo a Feril hacia su yegua.

--Esto ayudará -dijo el guerrero suavemente mientras cogía un odre de agua-. Pero quiero encender una lumbre y cauterizar la herida un poco para asegurarnos de que no se infecta y para detener la hemorragia. Te dolerá.

La kalanesti apretó los labios.

--Ojalá Jaspe estuviera aquí -dijo, al recordar cómo el enano había curado las heridas de Dhamon mediante un conjuro.

Se sentaron en el suelo, cerca de un hoyo de lumbre, y el guerrero utilizó las patas de una tosca silla para leña. Después sostuvo la hoja de su cuchillo sobre las llamas, girándola una y otra vez hasta que el metal estuvo al rojo vivo.

--Espero que no hayas herido al chico -dijo la elfa.

--Intentó matarte.

--Creía que iba a profanar... -El metal caliente le dolió más que la flecha, y Feril apretó los dientes y clavó los dedos en el polvo mientras Dhamon cauterizaba la herida. Sintió correrle las lágrimas por las mejillas.

Terminada la cura, Dhamon mojó la herida de nuevo con agua, encontró algunas ropa limpia dentro de una de las casas, y rasgó en tiras la camisa de un niño para hacer el vendaje. La elfa lo observó mientras le vendaba el brazo. Era concienzudo, y se notaba que tenía práctica.

--Estás acostumbrado a atender heridos, ¿verdad?

--Tengo cierta preparación. -La miró a los ojos-. Sé cómo vendar heridas.

--¿Dónde lo aprendiste? -La elfa se acercó más y sus piernas rozaron las de él al apoyar el brazo herido en su rodilla-. Buen

guerrero y buen curandero. Apuesto a que serviste en el ejército en alguna parte. ¿Te ocupabas de los heridos en el campo de batalla?

--En cierto sentido. Yo... -Acercó el rostro al de ella y sintió el aliento de la elfa en su mejilla.

--¡He conseguido algunas respuestas del chico! -interrumpió Shaon.

De mala gana, Dhamon volvió la cabeza hacia la mujer bárbara. Sentía el sonrojo de la turbación, y la ancha sonrisa de Shaon y el rápido guiño que le hizo no contribuyeron a mejorar su azoramiento. El chico estaba de pie delante de ella, con los ojos gachos, mirando el polvo a sus pies.

--Se había zafado de sus quehaceres -dijo Shaon.

--Por eso no murió también -añadió Ampolla que, dicho esto, corrió hacia la pareja para examinar el vendaje de Feril-. Se encontraba detrás de esas colinas cuando estalló una gran tormenta, y se quedó allí hasta que dejó de llover -añadió la kender.

--Cuando regresó, lo único que encontró fueron cadáveres. -La mujer bárbara frunció el ceño-. Dice que no sabe lo que les ocurrió, pero asegura que había huellas de garras en algunos cuerpos, como si alguna fiera los hubiera enganchado, y que otros tenían quemaduras en las manos y en el torso.

--Fueron los monstruos del cielo -susurró el chico en actitud desafiante-. Vinieron con la tormenta.

--Ha estado enterrando a los muertos -intervino Ampolla-. Tres cada día. Según él, no podía enterrar a más porque cavar las tumbas lo agotaba. Le he dicho que lo ayudaremos a enterrar al resto.

Dhamon se puso de pie, se limpió el polvo de los pantalones, y contó las sepulturas.

--Así que esto ocurrió hace cinco días, ¿no? -preguntó, a lo que el chico asintió en silencio-. ¿Y todos murieron excepto tú?

--No -musitó-. La mayoría de la gente, más de treinta, falta. Los monstruos del cielo se los llevaron.

--Buscaré huellas -ofreció Feril al tiempo que extendía un brazo hacia Dhamon, que tiró de ella suavemente y la ayudó a levantarse. La elfa dio un respingo, pero el dolor no era tan fuerte ahora.

--No encontrarás ningún rastro -dijo el chico-. Ya he mirado yo. Los monstruos alimentaron la tormenta con los míos.

--Quizá se marcharon cabalgando -sugirió ella.

--No. Ya te he dicho que vinieron del cielo.

--Pero no viste a esos monstruos -insistió la kalanesti-. Así que

no sabes realmente lo que pasó.

--No los vi -admitió el muchacho-. Estalló la tormenta y los adultos desaparecieron.

--Supongo que tendré que charlar con los cerdos -dijo Feril-. Puede que ellos vieran lo que sucedió.

--¿Cuántos quedan por enterrar? -preguntó Dhamon, que siguió con la mirada a Feril mientras se dirigía al corral. Al darse cuenta de que Shaon lo observaba con interés, sus mejillas volvieron a encenderse.

--Cuatro -repuso el chico-. Todos niños. No eran bastante grandes para servirles de comida.

Shaon se estremeció y miró fijamente al muchacho. Deseó haberse quedado con Rig. Tal vez los monstruos del cielo eran el Mal del que Dhamon hablaba.

--¿Dónde hay palas? -preguntó la mujer bárbara, ansiosa por marcharse de allí cuanto antes.

El chico señaló hacia al casa de arcilla más grande y echó a andar en esa dirección. Miró por encima del hombro para asegurarse de que Shaon lo seguía.

--Ya voy -dijo la mujer-. Eh, ¿qué haces tú aquí?

Dhamon, Feril y Ampolla siguieron la dirección de su mirada. En el extremo occidental de la aldea estaba *Furia*, jadeante. El lobo rojo agitó la cola y saludó con un ladrido.

--Al menos no has traído contigo a Rig y a Groller -comentó, enojada, mientras escudriñaba detrás del lobo para asegurarse. Después giró sobre sus talones-. ¿Qué pasa con esas palas?

Feril se inclinó sobre la valla del cercado, analizando a los cerdos. Uno grande, con manchas negras, la observaba fijamente mientras los demás hociqueaban afanosos la tierra de aquí para allí. La elfa encogió la nariz y emitió sonidos sorbiendo el aire; mientras se acercaba, metió la mano en el saquillo de cuero que llevaba colgado a la cadera, y sus dedos se cerraron sobre un trozo de arcilla blanda.

El cerdo miró el pegote de barro que le tendía la elfa y husmeó el aire creyendo que era alguna golosina. Tras decidir que no lo era, sorbió el aire con actitud desencantada y miró a sus compañeros.

--No tengo nada -susurró Feril-, pero no te vayas.

El cerdo resopló y luego, lentamente, se volvió hacia ella. La elfa

amasó la arcilla con los dedos de la mano izquierda. El dolor del brazo le dificultaba los movimientos.

Furia apareció trotando por el costado de la casa, lo cual hizo que los cerdos se escabulleran hacia el extremo opuesto del corral. Feril frunció el ceño y llamó al puerco blanco y negro para que volviera.

--*Furia* no te hará nada -le aseguró la kalanesti.

El lobo ladró, como confirmando sus palabras, y se restregó contra la pierna de la elfa mientras alzaba los ojos hacia ella con una mirada de devoción. Feril trabajó la arcilla más deprisa, dando forma a un hocico y cuatro patas. Utilizó la uña del meñique para modelar una cola enroscada.

--Quiero hablar contigo después -le dijo al lobo-. En este momento estoy ocupada. -Alisó la arcilla para darle la suave apariencia de la piel de un cerdo, y después empezó a sorber aire y a soltar suaves gruñidos que tenían un sonido hasta cierto punto musical.

El cerdo chilló con excitación, y Feril sintió que su mente entraba en contacto con la del animal. Mientras centraba todos sus sentidos en él, la elfa sintió un chorro de aire caliente a su alrededor. Los gruñidos del cerdo empezaban a sonar como palabras dentro de su cabeza a medida que la magia natural los traducía en términos comprensibles para ella.

--Había personas aquí -empezó Feril, utilizando gruñidos que atrajeron la atención de los otros cerdos. Unos cuantos se acercaron más, mientras sus ojos iban y venían de la elfa al lobo.

--Muchas -respondió el cerdo manchado-. Personas que nos alimentaban y espantaban las moscas.

--¿Dónde están esas personas?

--Se han ido -gruñó el cerdo tristemente-. Todas menos el chico. Nos da de comer cosas pequeñas y no nos rasca nunca. No tiene tiempo para nosotros.

--¿Adónde se fueron todos? Si me lo dices, tal vez pueda traerlos de vuelta, y estaréis mejor atendidos.

--No volverán.

Animó al cerdo para que continuara, interpretando sus gruñidos y los sutiles gestos de las orejas y el hocico.

--Los destellos del cielo vinieron por las personas.

«Los relámpagos», interpretó Feril para sus adentros.

--Los destellos mataron a los pequeños. A los mayores los

subieron hacia el cielo.

--¿Qué los subió? -inquirió Feril, perpleja.

--Los hombres feos.

La elfa ladeó la cabeza, y los resoplidos del cerdo se volvieron más fuertes.

--Muchos hombres feos que llovieron del cielo.

Feril se alejó del corral después de prometer a los cerdos que esta noche serían recompensados con buena comida y una buena rascada. Entonces recordó al lobo.

--¿Por qué nos seguiste? ¿Se encuentran bien Groller, Jaspe y Rig? -le preguntó a *Furia*.

El lobo ladró y meneó la cola, y después se dirigió trotando hacia el cementerio.

«Sí, es posible que necesitemos tu ayuda», se dijo Feril mientras lo veía alejarse. De repente se sintió muy sola, y se apresuró para alcanzar al animal y reunirse con los demás, que esperaban junto al cementerio.

La kalanesti les informó lo que le había contado el cerdo mientras enterraban al resto de los niños. Era obvio que a Ampolla le hacía daño manejar la pala, pero la kender se negó a quedarse mirando cómo trabajaban sus compañeros. Incluso *Furia* ayudó, escarbando con las patas delanteras y lanzando por el aire pegotes de tierra a su espalda.

El último niño fue enterrado poco antes de anochecer. Por el oeste, a kilómetros de distancia, surgió el destello de un relámpago. El grupo miró hacia los oscuros nubarrones. La brisa estaba cargada de olor a lluvia, anunciando que la tormenta no tardaría en descargar sobre ellos.

El chico estaba temblando, y Ampolla alzó la mano y palmeó con cuidado su espalda.

--Nosotros te protegeremos -prometió la kender.

--Descansemos un poco -sugirió Dhamon.

--Pero es hora de cenar -protestó Ampolla, cuyo estómago sonaba de forma escandalosa.

--Quiero emprender camino dentro de unas pocas horas -explicó Dhamon. El guerrero recorrió las casas abovedadas con la mirada y eligió una pequeña para Feril y *Furia*, que lo siguió al interior. Shaon y Ampolla prefirieron la casa communal.

--No podemos dejar al chico aquí -dijo la elfa mientras se tendía en un ancho jergón de paja cubierto con mantas.

Dhamon la tapó con otra más fina. Se fijó en una estantería que había encima de la cama; estaba llena de prendas cuidadosamente dobladas. A lo mejor encontraban ropas limpias para cambiarse antes de emprender la marcha.

--El muchacho estará más seguro aquí que con nosotros -repuso-. Además, sus monstruos no tienen motivo para volver a esta aldea, ya que no queda nada que puedan llevarse.

Feril asintió en silencio, de mala gana, y bostezó.

--Deberías buscar una choza y descansar un poco -le dijo. En cuestión de segundos se quedó profundamente dormida, con el lobo enroscado junto a ella.

Dhamon la estuvo observando un poco; después salió y eligió otra choza cercana. Su sueño fue intranquilo, lleno de fulgurantes rayos y cuerpos carbonizados. Se despertó al cabo de unas cuantas horas con el ruido de la lluvia repicando sobre el tejado de arcilla.

26
Muerte azul

A juzgar por lo descansado que se sentía, Dhamon imaginó que debía de ser casi medianoche. Salió de la choza y alzó el rostro hacia el cielo. Estaba tan encapotado que no se veía ninguna estrella; las negras nubes se extendían en todas direcciones, y la lluvia que seguía cayendo era fuerte y caliente. Cerró los ojos y dejó que las gotas le mojaran la cara. Tras varios minutos, se encaminó a la casa en la que dormía Feril. Se asomó justo en el momento en que la kalanesti se estaba levantando. Al lobo no se lo veía por ninguna parte.

El guerrero encontró ropas que eran más o menos de la talla de Feril y se las tendió. Halló asimismo una túnica de niño que le estaría bien a Ampolla, y una camisola amplia para reemplazar la amarilla de Rig que Shaon había roto y manchado. Su propio atuendo estaba en bastante buenas condiciones, pero cogió una camisa de cuero suave y se la metió bajo el brazo. Quizá la necesitara más adelante.

La kalanesti se reunió con él en el exterior de la choza; llevaba unas polainas de color tostado y una túnica verde oscuro que le llegaba por debajo de las caderas. A pesar de la oscuridad Dhamon

intentó comprobar el vendaje de la herida, pero la elfa no cooperaba demasiado. Feril giraba sobre sí misma con lentitud, obviamente disfrutando con la lluvia, dejando que las gotas cayeran en su boca abierta; y, cada vez que el guerrero se acercaba un paso, ella retrocedía otro, como si fuera un juego. Finalmente, Dhamon la agarró por el hombro del brazo sano y tiró de ella hacia el umbral de la choza abovedada, buscando un poco de resguardo.

--¿Habéis dormido bien? -ronroneó Shaon, que salía de la casa comunal. Mientras se acercaba a la pareja, Dhamon advirtió que los oscuros ojos de la mujer bárbara chispeaban con malicia. Ampolla caminaba detrás, bostezando y arrastrando los pies.

Cuando por fin pudo echar un vistazo al brazo de Feril, Dhamon comprobó que no había manchas de sangre en el vendaje. La herida estaba curando. Satisfecho, tendió las ropas limpias a Shaon y se dedicó con afán a preparar y ensillar a los caballos.

--Las yeguas no están muy contentas de tener que viajar con este tiempo -dijo la kalanesti, que escuchaba, compasiva, los relinchos de los animales al tiempo que rascaba a su yegua entre los ojos.

--Tampoco a mí me apetece mucho -repuso el guerrero, cuyas ropas ya estaban empapadas, por lo que se habían vuelto incómodas y pesadas. Tras ayudar a la kalanesti a montar, guardó la camisa de repuesto debajo de la silla. Los rizos de la elfa goteaban agua y se pegaban a su cabeza. El guerrero alzó la mano y pasó suavemente los dedos sobre la hoja de roble dibujada en la mejilla de la mujer.

--Es indeleble -dijo ella-. Por mucha agua que caiga, no lo borrará.

--Eh, vosotros dos, ¿queréis que regresemos? -preguntó Shaon con segundas-. No pondré objeciones si deseáis dar por terminado el asunto. Rig y yo os dejaremos en algún lugar acogedor de la costa.

Eso era precisamente lo que Shaon ansiaba: regresar al *Yunque*. Había pasado la noche soñando con monstruos del cielo y con dragones y con gigantescas fauces que la aplastaban. Lo único que deseaba era volver a estar en los brazos de Rig dentro de un barco mecido por las olas, mar adentro, muy lejos de tierra firme.

--No. Yo no puedo regresar. -Dhamon subió a su montura, se soltó el pelo y sacudió la cabeza. Debajo, *Furia*, que había salido de alguna parte, se sacudió también, y salpicó agua en todas direcciones. Era un gesto inútil, ya que la lluvia siguió

empapándolos-. Puedes quedarte aquí con el chico hasta que vuelva o regresar a Palanthas, como quieras. Pero no te aconsejaría esto último. Podrías extraviarte.

--¿Eres consciente de que no sabemos dónde buscar a esos... monstruos? -rezongó Shaon-. Podríamos pasarnos horas, incluso días, recorriendo estos yermos a caballo.

--Vamos hacia Refugio Solitario -repuso Dhamon-. Pero, si los monstruos del cielo, como los llama el chico, aparecen de noche durante una tormenta, ahora es el momento de buscar pistas.

--Siempre y cuando des crédito a un cerdo y a un chiquillo. -La mujer bárbara suspiró. No quería quedarse con el muchacho, que los observaba desde el umbral de una casa, y no estaba dispuesta a regresar a Palanthas sola. Sabía que Dhamon tenía razón, y que sin la guía de las estrellas era muy probable que se perdiera. Además, no quería correr el riesgo de topar con algún monstruo del cielo estando sola.

Shaon pasó los dedos sobre la húmeda empuñadura de la espada y se ajustó la camisa marrón que le colgaba en empapados pliegues.

--Bueno, todavía no he perdido una pelea, y pueden necesitarme -se dijo en un susurro. Luego levantó la voz-. De acuerdo, vámmonos. -Ayudó a la kender a montar-. Cuanto antes acabemos con esto, antes podré regresar al barco.

--Enviaremos a alguien a buscarte -le dijo Dhamon al chico-, pero quizás pasen varios días. Ten cuidado. -Le lanzó por el aire una bolsa con carne curada y frutos secos, una parte considerable de las provisiones que había comprado.

El camino elegido por el guerrero los llevó a lo largo del cementerio de Dalor. El lomo de su yegua estaba resbaladizo por la lluvia, pero él era un experto jinete, y azuzó al animal para ponerlo a un trote vivo. El mapa indicaba que había otro pueblo más adelante, a menos de veinte kilómetros, casi en línea recta con Refugio Solitario. Quizás los monstruos del cielo habían ido allí. Era un sitio tan bueno como cualquier otro para investigar, y no los desviaría de su camino. Dhamon esperaba que el pueblo no se les pasara por alto debido a la oscuridad y a la lluvia torrencial que caía.

Shaon y Feril iban tras él, y el lobo rojo trotaba junto a los jinetes, a veces adelantándose y a veces quedándose retrasado para olisquear los parches de marojos. La kalanesti emitía una especie de arrullo para alentar a las yeguas, y de tanto en tanto echaba un

vistazo a la mujer bárbara para asegurarse de que Shaon se las estaba arreglando bien con su montura.

--Creo que esta lluvia es agradable. Hace que me sienta limpia -dijo la elfa a Shaon-. Pero las yeguas están quejosas.

-Prácticamente tenía que gritar para hacerse oír sobre la incesante lluvia y el trapaleo de los cascos.

--¡Si piensas que las yeguas están quejosas, espera a que empiece a protestar yo! -respondió la mujer bárbara-. Si no me queda más remedio que empaparme, prefiero hacerlo en la cubierta de un barco. El agua no congenia muy bien con un terreno seco. Además, la tierra firme, ya sea seca y embarrada, y yo no somos compatibles.

--Entonces, ¿por qué viniste? -quiso saber Feril.

--Cuanto antes encuentre Dhamon lo que busca, antes podremos tomar posesión del barco Rig y yo y marcharnos -contestó Shaon, encogiéndose de hombros.

Ampolla también estaba deprimida y, cosa sorprendente en ella, se mantenía callada. Con quejarse no iba a conseguir estar menos mojada; aún no había decidido qué era más insopportable: si el extremado calor del sol de mediodía o este intenso aguacero. Al menos tenía la oportunidad de conocer algo de la campiña. Apretó los dientes y buscó algo en la mochila. Le costó un poco de trabajo, pero por fin se las arregló para sacar un par de guantes de piel de foca para repeler un poco el agua.

Menos de una hora más tarde, dejó de llover. El cielo seguía encapotado, pero en el manto de nubes se abrieron algunos huecos aquí y allí, dejando a la vista el brillo de las estrellas. Se levantó un vientecillo flojo, que secó un poco las ropas de los compañeros.

Dhamon frunció el entrecejo y tiró de las riendas, haciendo frenar a su montura. Esta noche no habría monstruos del cielo ya que la tormenta estaba encalmando. Miró a sus compañeras, que también se habían parado. Shaon y Ampolla sonreían, contentas por la mejoría del tiempo. El agua chorreaba por los mechones de Feril, quien le dedicó una leve sonrisa mientras palmeaba el cuello de su yegua.

--El próximo pueblo está todavía unos cuantos kilómetros más adelante. -Señaló hacia el noreste-. Por allí, en alguna parte.

--¿En alguna parte? -Shaon se echó a reír-. Está tan oscuro que casi no vemos por donde caminamos, conque a saber si vamos en la dirección correcta.

--Pero habrá más claridad dentro de poco -dijo el guerrero-. Las nubes se están despejando, y no tardará en amanecer. -Se giró sobre el lomo de su montura y escudriñó hacia el norte. Entre los distintos matices grises y negros, divisó una pequeña elevación. Azuzó a la yegua, que reanudó la marcha a trote corto.

Feril se apresuró a alcanzarlo, y Shaon fue tras ellos de mala gana.

--No pienso quedarme sola en este sitio -rezongó la mujer bárbara-. Y a Rig más le vale esperar a que regrese.

--Lo siento, no te he oído -manifestó Ampolla.

--He dicho que es estupendo que haya dejado de llover.

--El agua le viene bien a esta comarca -estaba diciendo Feril a Dhamon-. La tierra estaba muy seca en Dalor. Por cierto, tengo el brazo mucho mejor. Gracias. ¿Dónde dijiste que aprendiste a curar a la gente?

--Hace varios años, al este de Solamnia. -Dhamon hizo una pausa-. Viajaba con un ejército, y el comandante se ocupó de que todos los hombres de su unidad supiéramos cómo curar heridas. Es una práctica que viene bien en un campo de batalla.

--Así que dejaste el ejército, obviamente. Pero ¿qué te trajo aquí?

--Es una larga historia.

--Tenemos tiempo -lo animó-. Dijiste que cabalgaríamos un buen rato. ¿Combatiste alguna vez? ¿Cómo...? -El fuerte relincho de la yegua cortó la frase la Feril. El animal se detuvo y sus ojos se desorbitaron.

También las monturas de Dhamon y Shaon se pararon, y empezaron a resoplar y a piafar, moviéndose atrás y adelante. La yegua de la mujer bárbara era la que estaba más inquieta y sacudía la cabeza a uno y otro lado.

--¿Qué hago? -exclamó Shaon, que manoseaba torpemente las riendas.

Ampolla agarró las crines del animal a fin de no caer al suelo, mientras la mujer bárbara bregaba para mantenerse derecha detrás de la kender.

--Algo pasa -susurró la kalanesti-. Los animales ventean algo.

-Las aletas de la nariz de Feril se agitaron, tratando de captar el efluvio que estaba poniendo nerviosas a las yeguas. Olió algo raro, algo desconocido.

También *Furia* percibió algún problema. El lobo echó la cabeza

atrás y aulló justo al mismo tiempo que un relámpago se descargaba en el aire en diagonal, como una lanza arrojada, y atravesaba el cuello de la yegua de Feril. El animal se desplomó, muerto antes de llegar al suelo.

La kalanesti saltó de la silla. Ágil como un gato, cayó de pie, con las piernas flexionadas. Sus ojos recorrieron el horizonte por el norte, pero sólo vieron oscuridad, sombras y nubes bajas. *Furia* se acercó a ella al tiempo que emitía un gruñido sordo; el rojo pelaje empapado estaba erizado a lo largo del lomo.

--¡Al suelo! -gritó Dhamon a Ampolla y a Shaon. El guerrero también bajó de un salto de su montura y desenvainó la espada.

Shaon se resbaló en la empapada silla y se dio un buen golpe al caer en el barro cuando otro relámpago surcó el aire y no le dio por un pelo. La yegua se encabritó y Ampolla salió lanzada de la silla y cayó patas arriba sobre Shaon; el encontronazo dejó a las dos aturdidas durante un momento. La yegua corcoveó, despavorida, y salió a galope hacia la oscuridad, levantando pegotes de barro a su paso. La montura de Dhamon fue tras ella.

--Vi de dónde salía el rayo -siseó el guerrero-. De allí, de esa pequeña colina. -Gateó hasta donde estaba la kalanesti-. ¿Te encuentras bien?

Feril asintió y después miró hacia donde Dhamon había señalado, un poco hacia el oeste. Se concentró, y su aguda vista de elfa penetró la oscuridad, permitiéndole distinguir unas lóbregas formas que se movían en la cercana colina. Lo primero que pensó era que los arbustos emitían más calor de lo normal, pero después las siluetas empezaron a desplazarse hacia adelante.

--¡Hay tres, Dhamon! ¡No sé qué son, pero se acercan a nosotros! -Buscó en un saquillo, y sus dedos tantearon plumas y arcilla, que dejaron a un lado para seguir buscando otra cosa.

Dhamon se agazapó y levantó la espada cuando una de las sombras se adelantó. En el negro fondo resaltaron unos dientes blancos. Ampolla y Shaon bregaron para incorporarse. La mujer bárbara desenvainó la espada y se agachó justo en el momento en que otro rayo le pasaba rozando la cabeza. ¡Había salido de las sonrientes sombras! Shaon corrió a situarse junto a Dhamon.

Más estrellas se abrieron paso entre el celaje, arrojando luz suficiente para que el guerrero viera a la criatura que se aproximaba. Su figura era inequívoca.

--Un draconiano -farfulló, desalentado-. ¡Feril, ten cuidado! ¡Esas

criaturas no son monstruos del cielo, pero son peligrosas!

--Letales -lo corrigió el draconiano que iba a la cabeza. Era más corpulento que los otros dos, alrededor de los dos metros diez de estatura-. Somos dracs, y estáis en nuestro poder. -Salvó la distancia que lo separaba de Dhamon batiendo las alas para moverse con más celeridad.

El guerrero arremetió contra el ser, pero éste era rápido y se anticipó a su movimiento. Batió las alas y se elevó, cernido sobre él, para inmediatamente después descargar los puños contra el pecho de Dhamon. El guerrero cayó de espaldas al suelo y perdió la espada. La criatura saltó sobre su pecho, y lo aprisionó contra el suelo. Acercó su rostro al de él, y Dhamon vio con horror unos minúsculos rayos que se agitaban entre los afilados dientes iluminando los rasgos del monstruo.

La tenue luz arrancó destellos en sus escamas. Los brazos y piernas, azules como zafiros, eran gruesos y musculosos, y la cola descargó un golpe en los muslos de Dhamon, en tanto que las alas batían sin cesar y le arrojaban barro en el rostro, cegándolo. Las afiladas uñas se hincaron en la clavícula del guerrero.

Dhamon jadeó cuando un dolor lacerante le recorrió el cuerpo, y renovó sus esfuerzos para quitarse de encima a la criatura. El ser gruñó ante sus débiles forcejeos, y hundió más las garras. De repente, abrió las negras fauces y aulló al tiempo que se incorporaba violentamente para enfrentarse a un nuevo adversario.

Shaon había corrido hacia ellos y, descargando con fuerza su espada sobre la espalda de la criatura, había conseguido abrir un tajo en una de las alas, que ahora batía fútilmente, esparciendo escamas y sangre al aire. El ser siseó y caminó hacia ella, incapacitado ya para volar. Entre sus garras saltaron pequeños rayos, y sus ojos emitieron un fulgor dorado.

--¡Ven por mí, fea bestia! -lo aguijoneó Shaon, que se movió ágilmente atrás y adelante, y se agachó cuando el ser abrió la boca y expulsó un rayo contra ella. A continuación, la mujer propinó un golpe de abajo arriba con la espada, y la hoja hendió las escamas del abdomen de la criatura. El ser, para quien la sensación de dolor era algo nuevo a lo que no estaba acostumbrado, aulló otra vez y bajó bruscamente las garras, de las que salieron despedidos unos rayos pequeños que pasaron rozando la cabeza de la mujer.

Shaon cayó sentada y gimió al sentir el cabello y el cuero cabelludo chamuscados. Sus ropas estaban cubiertas de la sangre

de la criatura, y no pudo menos de encoger la nariz en un gesto de asco por el tufo que soltaba y su pegajosa consistencia. El ser la miró fijamente un momento, bajó la vista a su abdomen herido, y después soltó un gruñido al tiempo que avanzaba. Shaon se levantó de un brinco y blandió la espada amenazadoramente.

--¡Fuera de aquí! -gritó-. ¡Te volveré a herir! ¡Te mataré!

Dhamon se puso de pie a trompicones, vio que el alto draconiano azul mantenía las distancias con Shaon, y rápidamente miró en derredor buscando su espada. Sus ojos se desorbitaron cuando vieron el arma atrapada bajo uno de los pies de otra criatura. Ésta era fornida, de tórax ancho y muy musculosa. Lo miró sonriente, y después dirigió la vista hacia Ampolla, que estaba a unos cuantos metros; abrió las horrendas fauces, y Dhamon atisbo el chisporroteo de un rayo entre los dientes del ser. El guerrero se abalanzó sobre él y embistió contra las escamosas rodillas justo en el instante en que un gran rayo salía disparado de su boca. La descarga cayó en el suelo y levantó una lluvia de polvo y barro.

Ampolla corrió hacia la refriega, blandiendo su chapak en la mano derecha. Aferrar el arma le causaba mucho dolor en los dedos, pero se dijo que le dolería mucho más si la criatura la asaba viva con sus rayos. Todavía arrodillado, el ser ofrecía una fácil diana para la kender, que esquivó sus zarpazos, pasó por debajo de los brazos del monstruo, situándose a su espalda, y lo atacó en la parte posterior de los muslos.

Dhamon aprovechó el movimiento de distracción de Ampolla para sacar su espada de debajo de la criatura. Sus dedos se cerraron sobre la empuñadura y tiró del arma, pero la bestia batía las alas rápida y violentamente y empezó a elevarse. El guerrero maldijo y saltó tras el ser, arremetiendo hacia arriba. La hoja se hundió en la prieta carne, justo por encima del tobillo, y el monstruo aulló de dolor mientras ascendía.

Dhamon tiró hacia atrás cuando el ser cogió altura y se puso fuera de su alcance. Echó un rápido vistazo por encima del hombro, preocupado por Feril. La kalanesti estaba tras él, de rodillas en el suelo, meciéndose y canturreando, moviendo la cabeza en círculos, para después hincar la barbilla en el pecho. Con los brazos extendidos frente a sí meneó los dedos y, a medida que su canturreo se hacía más fuerte, alzó los brazos, sin dejar de mover los dedos como si estuviera manejando una marioneta. El barro que había delante de ella empezó a bullir y a levantarse, dando la impresión de

que la elfa tiraba de él con cuerdas invisibles. El fango se combó y se extendió veloz como una flecha, alejándose de la kalanesti, como si un gigantesco topo estuviera excavando con frenesí, cargando contra la criatura azul más pequeña.

Furia ladraba y corría alrededor de las piernas de la bestia, lanzando una dentellada de vez cuando y mirando de soslayo el misil de barro que se aproximaba. La criatura batió las alas y se elevó unos palmos sobre el suelo. Miró a Feril y abrió la boca; el chisporroteo de un rayo centelleó entre sus dientes.

—¡No! —gritó Dhamon, que vio a la kalanesti eludir de un salto el primer rayo justo en el momento en que un segundo se descargaba desde otra dirección. El guerrero giró la cabeza hacia la bestia de amplio torso que descendía al suelo al tiempo que escupía un rayo contra su espada. Cuando la descarga alcanzó el acero, crepitando y siseando, el arma se puso increíblemente caliente, y la empuñadura le quemó la mano. La intensa sacudida corrió de sus dedos hasta el pecho, y después se extendió por sus piernas. Los músculos se le retorcieron violentamente mientras el guerrero luchaba para mantener el equilibrio.

»No puedo soltarla otra vez —gruñó. Con los dientes apretados, aferró con fuerza la ardiente empuñadura y arremetió hacia adelante y hacia arriba. El acero se hundió en el abdomen de la criatura, que se había abalanzado sobre él. Dhamon soltó el arma de un tirón y la echó hacia atrás, para ejecutar a continuación una violenta arremetida lateral que alcanzó justo debajo de la rótula a la fornida criatura. Ésta se había remontado en el aire, eludiendo así una cuchillada mortal, pero la punta de la espada se hundió en el hueso. La bestia aulló enfurecida y empezó a aletear más deprisa.

Dhamon intentó sacar el arma, pero esta vez estaba encajada firmemente y no cedió con el tirón. El guerrero sintió que se alzaba en el aire, y tiró con más fuerza de la empuñadura, pero la bestia se estaba remontando en el aire con él. Una fugaz imagen del chico del pueblo acudió a la mente de Dhamon. Monstruos del cielo. El guerrero pensó en saltar, pero no veía el suelo debido a la postura, así que no podía calcular el trecho que caería.

Sujetándose a la espada con la mano derecha, manoteó con la izquierda hasta conseguir agarrarse al tobillo de la escamosa criatura. De algún modo logró auparse por la pierna de la bestia mientras ésta se retorcía a varios metros del suelo intentando librarse de él.

Abajo, Ampolla utilizaba su chapak como tirador, acribillando al monstruo con piedras disparadas con precisión; pero éstas rebotaban inofensivamente en el torso del ser y al parecer lo único que conseguían era enfurecerlo aun más.

--¡Así no me ayudas! -gritó Dhamon a la kender-. ¡Defiende a Feril! ¡Ella no tiene ninguna arma!

Mientras tanto, el guerrero había ido aupándose hasta que los brazos llegaron a la cintura de la bestia, y se aferraba a ella con tenaz determinación. La criatura estaba pasando un momento difícil mientras intentaba doblar el cuello para poder disparar un rayo al guerrero. Sus garras se hincaron en los hombros de Dhamon y los diminutos rayos que saltaban entre sus dedos tocaron la camisa mojada y de inmediato le penetraron en la piel.

El guerrero estuvo a punto de soltarse cuando la descarga lo sacudió de pies a cabeza. El cabello, prácticamente seco a estas alturas, se le puso de punta. Creyó que iba a morir. Una vez, unos cuantos años atrás, había experimentado una sensación parecida. En aquel momento, Dhamon estaba dispuesto a morir, pero ahora no. Luchó para no perder el sentido y mantener despejada la cabeza. Siguió colgado de la bestia por el brazo derecho, mientras bajaba la mano izquierda al cinturón, donde llevaba sujeto un cuchillo.

Sus dedos se cerraron en torno a la empuñadura y acto seguido arremetió hacia arriba una y otra vez, hincando la Roja en el costado de la bestia. La criatura giró en el aire en un vano esfuerzo por librarse del indeseado pasajero, y Dhamon tuvo que emplearse a fondo para sujetarse mientras la lucha continuaba.

Abajo, vio a Feril que seguía intentando hacer funcionar su magia natural. Gesticulaba con los dedos, tejiendo un tenue dibujo verde en el aire. Cuando el resplandor del dibujo aumentó de manera gradual hasta emitir un intenso brillo, la elfa echó la cabeza hacia atrás y aulló. Dhamon parpadeó, perplejo. ¡Lo hacía exactamente igual que *Furia*!

En el momento en que se apagó el aullido de la elfa, el misil de barro que había estado creando explotó en el aire y golpeó a la criatura más pequeña que tenía delante. El proyectil de tierra húmeda alcanzó a la bestia por sorpresa, en mitad del pecho, y la lanzó por el aire hacia atrás a causa del tremendo impacto. Se desplomó en el suelo, las alas ahora inmóviles, y de inmediato fue acorralada por el lobo, que ladraba y lanzaba dentelladas.

Entretanto, Shaon avanzó hacia la bestia más alta que había

estado manteniendo a raya. La criatura la miró con cautela. Los rayos diminutos saltaban de sus dedos, pero la mujer bárbara era demasiado rápida para que las descargas la alcanzaran. Se abalanzó y descargó un golpe con la espada que hundió el ala ilesa, asegurándose así de que su adversario no pudiera remontar el vuelo y escapar. Shaon esquivó ágilmente la siguiente andanada de descargas que disparó la bestia, aunque fue evidente que no había conseguido eludirlas todas, ya que la camisa y la túnica negra estaban hechas jirones y chamuscadas.

La atención de Dhamon tuvo que centrarse sin remedio en su propio enemigo cuando éste empezó a ascender más y más. Las afiladas garras le arañaban la espalda, produciéndole un lacerante dolor con cada zarpazo. La criatura intentaba librarse de él, pero el guerrero enlazó las piernas con más fuerza en torno a las pantorrillas del monstruo, consiguiendo un agarre más firme. Sintió las uñas de la bestia hincándose en su piel una vez más, desgarrándole la carne, y notó el cálido flujo de la sangre en su espalda.

De nuevo, Dhamon arremetió con el cuchillo contra la bestia, esta vez más arriba en el pecho, justo debajo de la clavícula. El acero se hundió, y el guerrero lo sacó de un tirón y volvió a hincarlo.

--Tienes que tener un corazón en alguna parte -maldijo.

Arremetió otra vez mientras la pegajosa sangre de la criatura le corría por los dedos. El monstruo aulló, aunque en esta ocasión sonó casi patético, y Dhamon empleó toda su fuerza en el siguiente golpe, hundiendo el cuchillo hasta la empuñadura. Por desgracia, la hoja se clavó en hueso y el guerrero no pudo sacarla.

La criatura sufrió una sacudida y entonces pareció desvanecerse en el aire, dejando a Dhamon sin nada sólido en lo que agarrarse, y fue sustituida por un fuerte destello, dorado y cegador, que inundó los sentidos del guerrero cuando estalló en el lugar ocupado hasta hacía un momento por la bestia. El aire crepitó, y acto seguido el suelo se precipitó a su encuentro. Aterrizó violentamente, y se quedó sin aire por el impacto. Aturdido, alzó los ojos, pero sólo vio el cielo nocturno y unas cuantas estrellas haciéndole guiños.

--¡Muere! -gritaba Shaon a su adversario. La mujer bárbara arremetió de frente y hundió la espada en el vientre de la bestia. Al mismo tiempo, la criatura abrió las fauces y un rayo chisporroteante se descargó en el pecho de Shaon, que salió lanzada hacia atrás por el aire.

La bestia bajó los ojos hacia la espada embebida en su cuerpo, y sus garras manosearon la empuñadura, la aferraron y tiraron hasta sacar el arma. Cosa rara, la criatura pareció vigorizada por la herida. Sostuvo en alto la espada, y los rayos de sus garras se propagaron por la empuñadura y a lo largo de la hoja de acero, crepitando y destellando como una traca de fuegos artificiales. Sonriente, avanzó hacia la mujer blandiendo la chisporroteante espada.

Furia corrió hacia la bestia, se coló por debajo de sus brazos y le clavó los dientes en la pantorrilla. La criatura lanzó un chillido y descargó el arma sobre el lobo, pero *Furia* fue más rápido y corrió a su alrededor, de manera que el acero sólo acuchilló pelo rojo.

Dhamon bregó para ponerse de rodillas y se arriesgó a echar una ojeada a su espalda. Feril estaba utilizando el barro para enterrar a su adversario, que permanecía inmovilizado contra el suelo, en tanto que Ampolla se encontraba inclinada sobre él, propinando golpes en el pecho de la criatura con su chapak. La bestia arrojaba rayos que no causaban daño. En lo alto, el cielo retumbó en respuesta.

Poniéndose de pie a fuerza de voluntad, Dhamon agarró su arma, respiró hondo y corrió en ayuda de Shaon. La bestia esquivaba al lobo y se iba acercando a la mujer.

--¡Puedo combatir mis propias batallas, Dhamon! -gritó Shaon-. ¡No necesito ayuda!

--¡Es posible, pero no lucharás muy bien sin una espada! -replicó el guerrero.

La mujer bárbara, obstinada, esquivó a Dhamon y se adelantó, atrayendo la atención de la bestia, que se abalanzó sobre ella. Distraída por los movimientos de Shaon, la criatura se olvidó del lobo. Un terrible error. *Furia* saltó sobre su espalda, y la bestia cayó de bruces en el barro.

Shaon propinó un feroz taconazo en la escamosa mano del monstruo, que soltó la espada de la mujer. Cuando Shaon se agachó para recogerla, la bestia giró sobre sí misma, le apuntó con las garras, y disparó varias descargas sobre ella.

Shaon gritó y cayó de rodillas. Cerró los ojos intentando resguardarlos del abrasador destello, pero aun así éste la cegó, y al abrirlos sólo vio líneas y puntos luminosos. Tanteó el suelo, y por fin sus dedos rozaron la empuñadura de la espada. La agarró y arremetió, todavía cegada, hacia donde creía que estaba la bestia.

--¡Cuidado! -espetó Dhamon-. ¡Casi me has ensartado!

El guerrero se había abalanzado sobre la criatura y estaba enzarzado en un combate cuerpo a cuerpo.

--¡Entonces apártate! ¡Esta bestia es mía! -Sin embargo, Shaon tuvo que retroceder gateando al tiempo que parpadeaba para aclarar la vista.

Por detrás, *Furia* enganchó la nuca de la criatura entre sus dientes y apretó. La bestia aulló mientras se hincaba de rodillas en el suelo. El lobo hundió más aun los dientes. Dhamon descargó una cuchillada, y la hoja atravesó la prieta carne del brazo de la bestia y la ensartó; el ser cayó de brúces otra vez en medio de un cegador destello, un estallido de energía que lanzó por el aire a *Furia* aullando de dolor.

Dhamon levantó el brazo justo a tiempo de cubrirse los ojos, pero la descarga eléctrica los envolvió a Shaon y a él Era abrasadora, y la sacudida hizo que les castañetearan los dientes. Entonces, con la misma rapidez con que los había rodeado, la sensación se disipó.

--¿Qué ha pasado? -gritó la mujer bárbara-. ¡No veo nada!

--¡Mirad! ¡Ha explotado! -chilló la kender-. ¡Dhamon ha matado a esa cosa!

Furia gruñó y se levantó del suelo al tiempo que se sacudía. Su rojo pelaje estaba de punta, dándole un aspecto algodonoso que lo hacía parecer el doble de su tamaño. La criatura había desaparecido, pero en el sitio donde se encontraba un momento antes ahora había una depresión cóncava en el barro. Shaon se arrodilló al lado, todavía parpadeando con frenesí.

Dhamon echó una ojeada sobre el hombro y vio que Feril no corría verdadero peligro, así que ayudó a la mujer bárbara, que empezaba a recobrar la vista poco a poco.

--Tendría que haberlo matado yo -protestó ella. Frunció el ceño y se tocó la cara y la cabeza. Tenía el corto cabello chamuscado, y una quemadura se extendía a lo largo del brazo izquierdo-. Me quedará cicatriz -rezongó-. Un recuerdo de esta noche.

Dhamon señaló hacia Feril y Ampolla.

--¡Lo tenemos! -dijo la kender, falta de aliento. Levantó la chapak sobre el rostro de la bestia-. ¡Como abras la boca y escupas otro rayo, te parto la cabeza en dos!

La criatura forcejeó, pero Feril había amontonado sobre ella barro suficiente para mantenerla inmovilizada durante un buen rato.

--¿Por qué nos habéis atacado? -lo interrogó Dhamon.

La bestia azul clavó los ojos en los del guerrero y emitió un siseo.

--Ordenes del amo -contestó.

--¿Vuestro amo os ordenó que nos atacarais?

--Que atacáramos a humanos, que capturáramos humanos.

--Pues me parece que os hemos dado una buena lección -lo zahirió Ampolla-. Eh, Dhamon, ¿sabías que esta cosa hablaba? Oh, vaya, estás malherido.

--Todos los draconianos hablan -respondió el guerrero-. Y a éste más le vale explayarse un poco más si no quiere reunirse con sus congéneres en el olvido.

--Somos dracs, no draconianos -siseó la criatura-. Somos mejores, más fuertes, más numerosos. Somos la nueva casta.

--¿Y quién es ese amo del que hablas? -Dhamon estaba plantado junto a la criatura, con la mano aferrada firmemente en torno a la empuñadura de la espada, en tanto que Ampolla se encontraba al otro lado. Los dos miraban de hito en hito el rostro del drac.

--El Señor del Portal -siseó-. Sólo a él obedezco.

--Jerigonzas -rezongó Dhamon.

--Tormenta sobre Krynn nos creó -continuó el drac-. Nos dio vida con carne y lágrimas, nos hizo criaturas de energía y rayos. Tormenta acabará con vosotros.

--¿Por qué os ordenó vuestro amo atacar a la gente? -preguntó Ampolla, que hizo un gesto de dolor y se cambió de mano la chapak para blandiría en un gesto amenazador.

--No quiere kenders -siseó el drac-. El amo sólo quiere humanos.

--Comprendo -dijo Ampolla, ofendida-. Así que habrás capturado a Dhamon y a Shaon y nos habrás dejado en paz a Feril y a mí.

--A la elfa y a ti os habríamos matado -replicó el drac con malevolencia mientras un rayo destellaba entre sus labios.

--Háblame del pueblo -ordenó el guerrero, atrayendo sobre sí la atención del drac. Señaló en dirección a la aldea de la que venían-. ¿Apresasteis a todos los habitantes?

Un gesto que podría interpretarse como una sonrisa asomó al escamoso semblante del drac.

--A los de ese pueblo y a los de otros, para gloria del Señor del Portal, nuestro amo y señor.

Eso explicaba el lúgubre misterio. Dhamon contempló al ser con horror.

--¿Qué hacemos con él? -le preguntó Feril al guerrero-. No podemos dejarlo libre. Seguirá apresando gente.

--¡Yo digo que lo matemos! -opinó Shaon. La mujer bárbara se acercó a ellos, con la espada echada al hombro. Tenía la piel enrojecida alrededor de los oscuros ojos-. Me ofrezco voluntaria para hacerlo. Apartaos.

--¡No! -Dhamon levantó una mano para frenarla.

--¿No? -preguntó Ampolla con incredulidad-. Si lo dejamos aquí excavará y acabará escapando.

El ser esbozó una mueca y enseñó sus relucientes y afilados dientes.

--Quiero llevarlo con nosotros para que Palin lo vea.

--Estás loco, Dhamon -gimió Shaon.

--Palin es hechicero, y Refugio Solitario no debe de estar ya muy lejos. Podemos conducirlo hasta allí. Si lo matas, desaparecerá y no tendremos nada, ninguna evidencia que analizar.

--Estupendo -rezongó la mujer bárbara muy enfadada-. No tenemos cuerda. El próximo pueblo está a varios kilómetros, y seguramente lo encontraremos desierto. Y tampoco tenemos monturas. La tuya y la mía han huido, y la de Feril es alimento para buitres.

La kalanesti lanzó a Shaon una mirada enojada.

--Utilizaremos nuestros cinturones para atarlo -sugirió Dhamon.

--Genial -replicó Shaon-. ¿No te parece lo bastante fuerte para partirlos?

--Tengo una idea. -Feril se arrodilló junto a la criatura y metió la mano en su saquillo, del que sacó una semilla de judía seca-. No sé si tendrá energía suficiente, pero lo intentaré.

--¿Intentar qué? -preguntó Ampolla. La kender se apartó del drac y se puso al lado de la elfa, donde no se perdería ni un detalle del espectáculo.

Feril sostuvo la semilla encima del torso cubierto de barro del drac.

--Tan pequeña como esta judía es, así serás tú. -Hizo una leve impresión en el barro con el pulgar, colocó dentro la semilla con delicadeza, y echó un poco de tierra encima para taparla.

Después empezó a mecerse atrás y adelante, con los ojos cerrados, e inició una salmodia. Eran palabras elfas, de manera que

Dhamon, Ampolla y Shaon no las entendieron. Ronca y profunda, la melodía del canto sonaba suave y lenta, y la brisa que agitaba las ropas hechas jirones de los compañeros parecía un adecuado acompañamiento. A medida que el ritmo aumentaba, la piel de Feril adquirió un suave lustre, una especie de halo brillante. Las yemas de sus dedos relucieron, y la elfa los acercó al cuerpo del drac.

Después juntó las manos, como si estuviera rezando, y el fulgor se volvió más intenso. A continuación las separó y puso las palmas a pocos centímetros sobre la semilla. El resplandor se extendió al barro, concentrándose en el punto en que estaba enterrada la judía.

Ampolla dio un respingo al ver que un pequeño tallo verde empezaba a brotar de la tierra. Debajo de ella, el drac forcejeó frenéticamente. El tallo se hizo más grande, un fino zarcillo que se elevó hacia las manos de Feril. Cuando alcanzó varios centímetros de longitud, la kalanesti retiró las manos, y en ese instante el brote verde se dobló sobre sí mismo y se sumergió en la tierra, cerca de donde la semilla había sido plantada.

Feril siguió cantando al tiempo que imaginaba a la planta plegándose sobre sí misma. Pero algo no funcionaba bien del todo. La elfa tuvo que dejar de cantar y, al hacerlo, el tallo empezó a marchitarse.

--Es inútil.

--Inténtalo otra vez -instó Dhamon-. Por favor.

Feril suspiró y reanudó el cántico, que ahora parecía mucho más triste. De nuevo sostuvo las palmas sobre la judía enterrada. *Furia* se acercó a la elfa, pero no para darle apoyo moral. El lobo rojo bostezó, se tumbó en el suelo con la cabeza descansando sobre la pierna de la kalanesti, y observó sin mucho interés lo que hacía.

--Tan pequeña como esta judía es, así serás tú. -Feril volvió a cerrar los ojos. Esta vez sintió la presencia de la energía, la notó palpitando a su alrededor, y recorrió su cuerpo de pies a cabeza. Cantó con más fuerza, y la pequeña planta adquirió un color verde oscuro y se hundió más profundamente, hacia el drac azul.

--¡Mirad! -exclamó la kender-. La criatura se está volviendo más pequeña.

Una expresión de sorpresa cruzó el rostro de reptil del drac, que reanudó los forcejeos, retorciéndose sin resultado mientras desaparecía poco a poco debajo del montón de barro. Dhamon tiró la espada y empezó a excavar con las manos. Shaon hizo otro tanto.

En cuestión de segundos, habían apartado el barro, dejando a la

vista un drac de menos de un palmo de altura. La reducida bestia aleteó con frenesí y se elevó en el aire, pero la mujer bárbara fue más rápida y sus dedos se cerraron alrededor de las diminutas piernas.

Un rayo salió disparado de su boca y rebotó en el brazo de la mujer, pero el impacto fue similar al de la picadura de una araña. Shaon se echó a reír y sacudió al drac, que le arañó la mano con el mismo resultado que si fuera un gatito.

--¿Vas a llevarlo todo el camino hasta que nos reunamos con Palin? -preguntó Ampolla.

--Sólo si me prestas tu bolsa de malla -contestó Shaon.

Los ojos de la kender se abrieron de par en par.

--¡Claro! -exclamó-. Mi bolsa irrompible. Mi bolsa mágica de algas. -Se colgó la chapak del cinturón y soltó la bolsa de un tirón. Cuando la abrió y la puso boca abajo cayeron varias cucharas de Raf, dos carretes de hilo, un puñado de canicas, un par de guantes verdes, y un ovillo de lana. Tendió la bolsa a la mujer bárbara y después se puso a la tarea de guardar en otro saquillo las cosas que había tirado.

Shaon metió al forcejeante drac dentro, y luego levantó la bolsa de malla y la sostuvo a la altura de su cara. El tejido verde era tupido, pero distinguió unos ojillos brillantes a través de una pequeña abertura. La bolsa se sacudió, y Shaon la vio iluminarse cuando la criatura intentó liberarse utilizando las descargas que expulsaba por la boca.

--¿Qué te parece, Ampolla? -Shaon sonrió-. Creo que es realmente mágica. No puede romperla.

--¿Te encuentras bien? -preguntó Dhamon a Feril mientras la ayudaba a levantarse.

--Sí -asintió la elfa-. Estoy un poco dolorida, pero creo que he salido mejor parada que Shaon y tú. Los dos necesitáis una cura en serio.

La kender, que había terminado de recoger sus cosas, se sentó y suspiró. Los dedos le dolían mucho, pero alzó la vista hacia la mujer bárbara y Dhamon.

--¡Estáis hechos un desastre! -rió-. ¡Ni un espantapájaros tendría esa pinta!

La camisa del guerrero colgaba hecha jirones, al igual que la de Shaon. Sus pantalones estaban desgarrados, y las partes expuestas del cuerpo aparecían salpicadas de barro y quemaduras.

Dhamon no pudo menos de sonreír. Ya no le quedaba dinero. Ni montura. Ni comida. Pero sí tenía una camisa de repuesto debajo de la silla de la yegua muerta de Feril. La recogió y se la tendió a Shaon.

--Quizá Palin tenga algo de ropa en Refugio Solitario -añadió Ampolla.

--Iba a ser un largo recorrido a caballo -rezongó Shaon-. Ahora hay una larga caminata a tu Refugio Solitario. -Después agregó entre dientes:- Más le vale a Rig esperar a que regrese.

--Puedo encontrar agua y alimento en el camino -se ofreció Feril, que a continuación se volcó en atender a Dhamon y a Shaon durante varios minutos vendando sus heridas con los harapos que era ahora la camisa del guerrero.

--Bien, pues, en marcha a Refugio Solitario -dijo Dhamon. Envainó la espada, hizo una seña a Feril y echó a andar hacia el norte. *Furia* iba junto a él-. A ver si hay suerte y damos con otro pueblo para que alguien vaya a buscar al chico de Dalor. Viajaremos de noche. No quiero estar dormido mientras estas bestias andan por ahí.

--¿Y quién dice que sólo salen de noche? -preguntó Ampolla mientras se apresuraba para alcanzarlos-. También puede descargar una tormenta de día.

--Genial -masculló la mujer bárbara. Shaon alzó la bolsa tejida a la altura de su cara y observó que una mueca maliciosa asomaba al minúsculo semblante del drac. Sintió un estremecimiento y aceleró el paso para reunirse con los demás.

27

Espía azul

Khellendros había presenciado toda la escena desde su guarida subterránea, bajo el suelo del desierto. Había visto cómo uno de sus vástagos perecía en pleno vuelo a manos de un audaz humano que se negó a rendirse a sus garras y descargas de rayos. Era un hombre alto, de hombros anchos, con el cabello del color dorado del trigo que la brisa agitaba en torno a su rostro de rasgos firmes.

El dragón había presenciado cómo el hombre hundía una y otra

vez un cuchillo en el pecho de su drac azul, cuya terrible agonía fue compartida por Khellendros. Había sentido cómo manaba el fluido vital de su primera creación lograda con éxito. Había sentido a su criatura jadear, falta de aliento, y llenarse los pulmones con sangre en lugar de aire.

El dragón se había desconectado de la criatura, disociando sus sentidos, no queriendo experimentar el aniquilamiento de su primer vástagos, negándose a saber cómo era la muerte, qué había sentido Kitiara tanto tiempo atrás cuando él le falló y su cuerpo pereció.

Pero su concentración se vio interrumpida por la muerte de otro drac azul, también éste a manos del hombre de pelo dorado.

--¡No! -gritó el dragón. Las paredes de la caverna se sacudieron, y a través de las grietas del techo rocoso cayó una lluvia de granos de arena, blanca como nieve. Los centinelas wyverns lo habían mirado fijamente, sin comprender.

--¿Hacemos qué? -había preguntado el más grande.

--Hacemos nada -había sugerido el otro.

El Azul estuvo despotricando y dando rienda suelta a su cólera durante varios minutos.

Ahora eran más de dos docenas de dracs los que miraban y esperaban detrás de los obtusos centinelas, observando a su amo, pero tuvieron el sentido común de guardar silencio y permanecer inmóviles mientras la arena seguía cayendo.

--¡No seré derrotado! -bramaba Khellendros-. Y menos por un puñado de mortales. Enviaré más dracs. Haré... -El dragón hizo una pausa al percibir al tercer vástagos en los yermos, uno al que no habían matado los humanos. Estaba relativamente ilesos, pero se sentía asustado, y se encontraba... ¿atrapado?

A través de los ojos de su drac embadurnado de barro, Khellendros vio rostros enmarcados en verde: una kender, de edad avanzada y con muchos mechones canos en el pelo; el hombre, que miraba hacia abajo, con el cabello dorado ondeando alrededor de la cara. Estaba diciendo algo, pero Khellendros no alcanzó a oírlo. Y el drac azul estaba cada vez más asustado, de manera que los atronadores latidos de su corazón ahogaban cualquier otro sonido.

--Tranquilízate -se comunicó el dragón con la criatura-. No demuestres miedo.

El drac se calmó, pero sólo un poco. Con el ánimo y las constantes palabras tranquilizadoras de Khellendros, el ritmo de los latidos se hizo más lento, menos ruidoso, y entonces el Azul oyó una

palabra:

--... Palin -dijo el nombre.

¿Palin? El dragón frunció el entrecejo. El nombre le resultaba enojosamente familiar. Un nombre humano que tenía importancia. Ah, sí. Palin Majere, nacido de Caramon y Tika Majere, unos humanos que se habían entremetido en asuntos de dragones y que habían enfurecido a Kitiara. Los Héroes de la Lanza, como los llamaron sus congéneres.

¿El sobrino de Kitiara?

Y el hombre que se llamaba a sí mismo héroe por haber conseguido sobrevivir a la guerra de Caos y por fundar la Escuela de Hechicería. Era un problema que se repetía.

El dragón sentía curiosidad, deseaba ver a este vástagos de héroes, saber cómo habían muerto sus padres... si es que estaban muertos. Caramon y Tika le habían amargado la vida a Kitiara en más de una ocasión, lo que significaba que también se la habían amargado a Khellendros. Descubriría qué había sido de ellos y compartiría la información con Kitiara cuando recuperara su espíritu. Quizá los matara a todos, a Caramon y a Tika -si todavía vivían- y a su cachorro, y le presentaría a Kitiara sus cuerpos como regalo de bienvenida.

--Te creen un draconiano corriente, mi querido drac -siseó Khellendros en tono conspirador-. Piensan que eres una criatura normal, no un complejo ser mezcla de draconiano y humano al que di vida con mi esencia. Yo soy parte de ti. -El dragón se sentía inmensamente complacido consigo mismo y disfrutaba con la perspectiva de que su drac azul trajera a Palin Majere a su presencia.

»Serás un buen espía -añadió. Sintió que el corazón de su creación palpitaba ahora con orgullo, feliz de poder complacer a su amo.

El Azul ordenó al drac que pusiera a prueba su prisión. Era una malla resistente, pero no realmente mágica. Con un mínimo esfuerzo, la criatura podría romperla y escapar. Sus garras eran lo bastante afiladas para atravesar las algas, y los rayos crepitaban chispeantes contra el tupido tejido, amenazando con romperlo para huir volando.

--¡Alto! -ordenó Khellendros-. No debes escapar... todavía.

El drac se quedó quieto, desconcertado, e intentó ponerse cómodo. Forcejeaba débilmente dentro de la malla de vez en cuando

para hacer que la bolsa se moviera y así mantener la ilusión de su cautividad.

Esto complacía a su amo.

28

El secuestro

Muglor iba en el bote que marchaba a la cabeza. Jefe de la tribu Puñofuerte de los ogros de las colinas cercanas a Palanthas, había escogido subir a la lancha más grande, como le correspondía. Era la embarcación robada más recientemente y parecía ser la más rápida. A Muglor no le gustaba el agua, aunque sabía nadar. El agua sólo servía para lavarse apelo y la piel y quitarse el olor corporal, al que tenía mucho apego y del que se sentía muy orgulloso.

Muglor era un poco más corpulento que los otros ogros que estaban a sus órdenes, y su tamaño era una de las razones de que lo hubieran puesto al mando. Medía tres metros y pesaba más de ciento ochenta kilos. Al igual que sus congéneres, tenía la piel de un apagado color amarillo oscuro. Era excesivamente verrugoso, y tenía unas manchas violetas de aspecto malsano en los hombros, codos y dorso de las grandes manos. Su cabello, largo y grasiendo, era de un color verde oscuro, aunque ahora, de noche, parecía negro, ya que las nubes ocultaban la luna.

La oscuridad no preocupaba a Muglor ni a sus compañeros. Los ojos de los ogros, grandes y purpúreos, eran agudos, y distinguían sin dificultad todo el puerto de Palanthas y los barcos atracados en él, así como unos pocos hombres que paseaban por las cubiertas de las naves.

Muglor hizo un ademán para que los remeros pararan, y dejar que las lanchas se deslizaran empujadas por la corriente. Aunque era tarde y sin duda la mayoría de los marineros estaría durmiendo o de juerga en la ciudad, el jefe ogro no quería correr el riesgo de que los pocos que hubiera despiertos dieran la alarma e hicieran fracasar su misión.

Al ogro no lo inquietaban los habitantes de la ciudad. A sus compañeros y él no les resultaría difícil partir las cabezas de aquellos que pudieran ser tan necios como para atacarlos, pero sí lo

preocupaba el Azul.

Tormenta sobre Krynn quería humanos, y quería que los ogros se los proporcionaran. Muglor no deseaba contrariar al dragón; quería tenerlo contento. Que Tormenta estuviera satisfecho significaba que Muglor podría seguir vivo y al mando de su tribu.

El ogro sabía que los caballeros negros lo ayudarían si fuera necesario, pero quería llevar a cabo este asunto sólo con sus hombres. Ya había sido bastante insulto el que les ordenaran llevar a los cautivos humanos a un campamento levantado por cafres. Por lo visto, el campamento de los ogros no era lo bastante bueno. Los tribales cafres se habían instalado en territorio ogro, acompañados por unos cuantos Caballeros de Takhisis. Las altas y delgaduchas criaturas estaban al servicio de los caballeros negros para lo que quisieran mandar, y además se pintaban la piel de azul. ¡Como si alguien pudiera confundirlos con un Dragón Azul!

Los pensamientos de Muglor fueron interrumpidos cuando la lancha rozó contra el casco verde de una carraca. En el costado había pintadas unas letras, y el ogro se esforzó por leerlas: *Yunque de Flint*. Muglor arqueó el grasoentrecejo. ¿Había leído bien? Flint era el nombre que los enanos daban al trozo de pedernal con el que se encendía el fuego, y los yunque se hundían. Pues claro que había leído bien; sólo que los humanos habían elegido un nombre estúpido para un barco. Muglor también era uno de los pocos jefes ogros que sabía leer y que era inteligente, al menos comparado con la media de esta raza. Era el miembro más avispado de la tribu Puñofuerte.

Con gestos ondeantes de sus peludos y grandes brazos, Muglor dirigió a las otras lanchas hacia blancos distintos. Satisfecho de que todos siguieran sus instrucciones y se mantuvieran razonablemente silenciosos, el jefe ogro se puso de pie, colocó una red sobre uno de los brazos, y metió en el cinturón un burdo garrote, un trozo de madera cuidadosamente seleccionado al que había añadido afiladas puntas. Tras asegurarse de que no se le caería metiendo un gran escándalo, clavó las uñas en el casco del *Yunque* y empezó a trepar por el costado. Uno de los ogros se quedó en la lancha para que no la arrastrara la corriente. Otros tres acompañaron a Muglor; iban cargados con redes y armas, y ponían gran empeño en no hacer el menor ruido.

El dragón había pedido humanos que fueran forasteros en Palanthas, gente con la que los vecinos no tuvieran lazos y cuya

desaparición no los preocupara demasiado. Muglor, que era bastante listo, supuso que el puerto sería el mejor sitio para encontrar personas que encajaran con tales requisitos. Los estúpidos palanthianos creerían que los marineros desaparecidos se habían ahogado o habían encontrado trabajo en otro sitio o que los habían secuestrado piratas, a los que temían demasiado para ir en su persecución. Nadie imaginaría la verdad si los ogros capturaban sólo unos pocos, y el Azul estaría contento. Y Muglor también.

El jefe ogro saltó la batayola del *Yunque* y aterrizó sobre la cubierta con un apagado golpe. Escudriñando a través de la oscuridad, sus ojos penetraron en las sombras buscando los objetos que emitían calor; así fue como localizó a un hombre. ¿Estaría dormido? Muglor supuso que así era, ya que no lo había oído. El jefe ogro y sus compañeros avanzaron sigilosamente.

Groller estaba sentado de cara a la playa, con la espalda apoyada en el palo mayor. Se rascó la cabeza contra la madera; la leve aspereza del mástil le produjo una agradable sensación. Estaba pensando en su amigo *Furia*, que se había marchado hacía días. Sabía que el lobo rojo regresaría pronto, ya que, aunque propenso a hacer escapadas que duraban días o incluso semanas, siempre se las arreglaba para volver.

El semiogro suspiró y respiró hondo el aire salino. Mañana iría de nuevo a la ciudad, al sitio al que Rig lo había llevado y que se llamaba Posadería de Myrtal. El bistec que habían tomado allí dos noches antes estaba delicioso, y Groller tenía suficientes monedas para unos cuantos más. A lo mejor invitaba a Jaspe y le enseñaba los signos de manos correspondientes a diferentes tipos de comida.

Rig había dicho que, cuando zarparan, navegarían a lo largo de la costa de Ergoth del Norte, harían escala en Hylo y conseguirían uno o dos contratos para transportar mercancía. El bárbaro del mar afirmaba que obtendrían una buena paga. El semiogro sonrió. Bebería la mejor cerveza que el dinero pudiera comprar y comería bistecs a diario. Hasta compraría algunos filetes para *Furia*.

De repente se puso en tensión cuando captó el olor de algo desconocido y que no encajaba en el barco. Se puso de pie y volvió a husmear; se giró bruscamente hacia el lado de estribor del *Yunque*.

¡Ogros! Bajó la mano hacia la cabilla que siempre llevaba colgada a la cintura, pero era demasiado tarde. El ogro más grande, un bruto amarillento de aspecto repulsivo, ya se le había echado

encima y, tras derribarlo, lo golpeó con un garrote. Groller gruñó y luchó con denuedo, pero su adversario era corpulento y tenía a su favor el factor sorpresa. El garrote se estrelló contra su cabeza, y Groller sintió como si cayera en el vacío, hundiéndose más y más. Una ola de cálida oscuridad se precipitó sobre él para taparlo como si fuera un escollo de la costa cubierto por la marea alta. Después notó que le ataban las manos y que lo envolvían en algo que le pareció una red de pesca.

«Si no fuera sordo, quizá los habría oído y podría haber avisado a Rig y a Jaspe», pensó mientras la negra ola seguía cubriendolo. Después la marea arrastró su conciencia y lo sumió en la negra nada.

--¿Ser él humano? -planteó la pregunta el ogro más pequeño.

Muglor se agachó para examinar a su prisionero más de cerca.

--Ser parte humano, al menos. «Valerá» -sentenció el jefe-.

Bajar abajo. Encontrar más.

Muglor agarró a Groller bajo el brazo y lo llevó casi a rastras hacia la batayola. Echó su carga por la borda y el ogro que esperaba en la lancha recogió a Groller y lo tiró sin contemplaciones en un rincón. Muglor recorrió el puerto con la mirada y comprobó que otros marineros envueltos en redes eran depositados en las barcas.

Esbozó una mueca que dejó a la vista una hilera de negros y afilados dientes.

--Tormenta sobre Krynn ponerse contento -se regocijó el jefe.

Dio unas palmaditas en un saquillo vacío que colgaba a su costado y se dirigió a la cubierta inferior para ver si había más humanos que valiera la pena llevarse.

Antes de que hubiera transcurrido una hora, Muglor y su flotilla de lanchas navegaban hacia la salida de la bahía de Palanthas. Las barchas iban bastante hundidas en el agua, cargadas con prisioneros.

--Él no humano -dijo Muglor señalando a un enano de pelo corto que yacía inconsciente en el fondo del bote.

--Mi siente -se disculpó un joven ogro.

El jefe pensó que a lo mejor los cafres no se daban cuenta. Lo pondrían en el centro del corral, por si acaso.

La flotilla puso rumbo noreste, hacia las colinas donde los ogros se habían instalado. Una vez en tierra, llevarían las lanchas a su campamento, y así no quedaría ninguna evidencia en el litoral si por casualidad resultaba que alguno de los prisioneros no era forastero y alguien de Palanthas tomaba medidas para encontrarlo.

A media mañana del día siguiente, los compañeros hicieron un alto en el camino. Estaban magullados, cansados y sedientos. Sus estómagos no dejaban de hacer ruidos. Feril se ofreció para cazar, pero Dhamon argumentó que en este momento descansar era lo más importante. Había encontrado una pequeña colina con un ligero saliente, lo suficiente para proporcionar un poco de sombra a resguardo de un sol de justicia que les caía a plomo.

Shaon se sentó en la arena pesadamente, y dejó la bolsa tejida a sus pies. *Furia* se tumbó estirado a su lado y observó con fijeza a la minúscula criatura, que le sostuvo la mirada a través de los huecos de la malla verde oscura.

La mujer bárbara hizo un gesto de dolor al extender el brazo para acariciar al lobo. Lo tenía marcado con la quemadura del rayo que la había alcanzado la noche anterior. Seguramente le quedaría una larga y fea cicatriz.

--¿Por qué tuve que venir? -le susurró al lobo-. ¿Creía de verdad que les haría darse prisa o que los ayudaría? ¿O sólo quería que Rig me echara de menos durante unos días?

Volvió a pensar en el corpulento marinero, y se preguntó qué estaría haciendo y si pensaría en ella. Cerró los ojos y se tumbó, imaginando que se encontraba en la cubierta del *Yunque*. Iba a tener que cambiar de nombre al barco tan pronto como regresara, aunque Jaspe protestara. De todas formas, el enano se marcharía enseguida.

Dhamon se sentó al lado de la kalanesti. Feril intentó examinar las marcas de zarpazos que el guerrero tenía en la espalda, pero él rechazó las atenciones de la elfa. No tenían agua para limpiar las heridas, y si hacían más vendas de sus ropa acabarían quedándose desnudos. La kender, quizá por ser más pequeña -o más afortunada- era la que había salido mejor parada; lo único que tenía era el copete chamuscado.

--Dhamon, ¿cuánto crees que tardaremos en llegar a Refugio Solitario? -preguntó Feril.

--No lo sé. -El guerrero se encogió de hombros-. Tal vez varios días, si tenemos suerte. El mapa estaba en la alforja de mi yegua, que probablemente esté ahora a kilómetros de aquí. ¿Lamentas haber venido?

La elfa sonrió y sacudió la cabeza.

--Lo encontraremos, ya verás. Y dentro de un rato conseguiré algo para comer. Soy una buena cazadora. Quizá lleve a *Furia* conmigo. Me pregunto si aún conserva su instinto cazador o si lo habrá perdido al vivir con gente tanto tiempo.

--Quisiera saber dónde estamos -intervino Ampolla con expresión distraída.

Feril miró atentamente a la kender. Ampolla había estado mascullando y paseando, parándose de vez en cuando para dar una patada en la arena y dibujar círculos con el tacón de la bota. Su labio inferior sobresalía en un gesto de concentración, y sus brazos se balanceaban a los costados. Hoy llevaba puesto un par de guantes de lona grises. Tenían unos extraños accesorios: un artilugio de botón y corchete en los pulgares, y botones más grandes en las palmas.

--Sé todo lo referente a draconianos -musitaba la kender-. Leí cosas sobre ellos en alguna parte. Los hay de cobre, de bronce, de latón, de plata y de oro, pero no azules. Al menos, antes no los había. Éstos tienen que ser nuevos. ¡Eh, mira, Dhamon! ¡Allí hay un edificio!

El guerrero se incorporó de un salto, boquiabierto. ¡Ampolla tenía razón! A menos de un kilómetro se alzaba una torre, alta y definida. ¿Se encontraba allí hacía un momento? Había estado mirando en aquella dirección y no la había visto hasta ahora.

--¿Será un espejismo? -se preguntó Ampolla en voz alta-. He oído decir que el calor sobre la arena crea imágenes ilusorias.

--No -repuso Dhamon. Tendió la mano hacia la kalanesti para ayudarla a ponerse de pie, pero Feril se incorporó de un brinco, sin ayuda, y miró fijamente hacia la estructura.

--Todavía no hace bastante calor para que haya espejismos -dijo la elfa-. Al menos, es lo que tengo entendido. Además, proyecta su sombra, y los espejismos no lo hacen. Apuesto a que la magia tiene algo que ver. -Miró de soslayo a Dhamon-. Y alguno de nosotros creemos en ella.

Shaon, que había salido de su ensoñación acerca de una carraca bautizada con su nombre, cogió con brusquedad la bolsa

que guardaba al drac, dio un codazo al lobo, y se puso de pie.

--Vamos, Ampolla, *Furia* -los apremió-. Si no es un espejismo, estaré en su interior dentro de pocos minutos, y me llenaré el estómago con cualquier cosa comestible que encuentre.

La torre estaba construida con suave piedra, un sencillo granito gris. Era grande e imponente, y proyectaba una larga sombra en el camino de los compañeros.

Dhamon calculó que tenía unos ocho o nueve pisos, tal vez más si se extendían hacia abajo, en el subsuelo. ¿Habría estado ahí desde el primer momento y algo les había impedido verla hasta ahora? A pocos metros de la puerta, el guerrero se puso tenso y alzó una mano para que los demás se pararan. Quizás este edificio era el lugar de donde procedían los draconianos azules, los dracs. No se veían huellas en torno a la construcción, pero los dracs volaban y no tenían por qué dejar ninguna.

Entonces la puerta se abrió en silencio y una figura vestida con una túnica plateada apareció en la entrada. La voluminosa capucha ocultaba el rostro en las sombras del embozo, y las mangas colgaban de manera que le tapaban las manos. Lo mismo podía ser un hombre que un fantasma o incluso un drac.

Hizo un ademán invitándolos a entrar, pero Dhamon ordenó a los demás que permanecieran donde estaban.

--Debéis de ser los campeones de Goldmoon -dijo la figura en voz queda y algo rasposa-. Soy el Custodio. Palin está dentro. Os estaba esperando.

--¿Es esto Refugio Solitario? -preguntó Ampolla con excitación. La kender había corrido para alcanzar a sus compañeros de piernas más largas, y ahora se adelantó un paso.

Dhamon observó intensa, suspicazmente, al hombre de túnica plateada.

--Entrad, por favor. No es menester quedarse fuera con este calor. Le diré a Palin que habéis llegado.

--No sé -parloteó Ampolla-. A lo mejor ha matado a Palin. A lo mejor está fingiendo que Palin está ahí. A lo mejor quiere matarnos y lo quiere hacer dentro, donde seguramente estará más fresco. A lo mejor es ya sabéis quién: Tormenta sobre Krynn.

Furia se acercó a la puerta y husmeó al hombre. Después, moviendo la cola, el lobo desapareció en el interior de la torre.

--Creo que no hay peligro -susurró Feril.

Dhamon asintió en silencio, pero su mano fue hacia la

empuñadura de la espada. Cruzó el umbral, con Feril y Shaon pisándole los talones. La puerta empezó a cerrarse mientras Ampolla echaba una ojeada por encima del hombro a la yerma extensión arenosa antes de entrar apresuradamente.

La amplia estancia a la que accedieron era fresca y agradable. En el centro había una gruesa alfombra que resultó sedante para los doloridos pies de la kender y la hizo sentirse un poco mejor.

Las paredes estaban cubiertas con tapices y exquisitas pinturas en las que se representaban hermosas campiñas, retratos de gente distinguida, barcos, unicornios y litorales azotados por el viento. Una pulida escalera de piedra ascendía sinuosa a un lado de la estancia, y a lo largo del tramo había más pinturas, cada una de ellas más llamativa y mejor realizada que la precedente.

Un hombre bajaba los peldaños. Era alto, e iba vestido con calzas de color verde oscuro y una túnica del mismo color pero en tono más claro. Llevaba un fajín blanco adornado con bordados negros y rojos. Su cabello cobrizo y algo canoso era largo, y los ojos eran vivaces, aunque con una expresión de cansancio. Su delgado rostro tenía la sombra de una barba incipiente.

La kender calculó que tenía más o menos su edad; quizás incluso fuera mayor que ella, pero de ser así se conservaba muy bien. Caminaba erguido, con la cabeza levantada y los hombros derechos. Le pareció apuesto y fascinante considerando que era humano, y de inmediato decidió que le caía bien.

--Los campeones de Goldmoon -anunció el Custodio de la Torre mientras extendía el brazo en un arco hacia Dhamon y sus compañeras-. Éste es Palin Majere -añadió en voz queda-, nuestro anfitrión.

El silencio se adueñó de la estancia. Dhamon no sabía muy bien cómo empezar, y Feril estaba demasiado ocupada mirando intensamente a su alrededor para decir nada. Ampolla se adelantó y saludó inclinando la cabeza, omitiendo adrede extender la mano por miedo a que se la estrechara y le hiciera daño.

--Encantada de conocerte. Jaspe Fireforge me contó todo lo referente a ti. Bueno, me contó muchas cosas. Pero él no ha venido. Se ha quedado en el barco, en Palanthas. Creo que le daba miedo que zarpara sin esperarnos si él se iba. Por supuesto que no ocurriría eso, aunque Jaspe hubiera venido. Pero prefirió quedarse allí. Yo soy Ampolla.

--Es un placer conocerte, Ampolla. Goldmoon me avisó que

veníais hacia aquí. Acompañadme; tenemos que hablar de muchas cosas.

--Echa una ojeada a esto -dijo Shaon, que de repente se adelantó presurosa y tendió la bolsa tejida a Palin-. Dice que es un drac. Fuimos atacados por tres de estas bestias anoche, sólo que eran mucho más grandes y peligrosas en ese momento.

Palin cogió la bolsa y escudriñó entre la malla. El drac dejó de forcejear y le sostuvo la mirada fijamente a través de un agujero del tejido.

Desde su cubil en el subsuelo del desierto, muchos kilómetros al norte, Khellendros atisbo a través de los ojos de su vástagos.

«Así que éste es Palin Majere -pensó el Azul-. No tan viejo y débil como había imaginado, y sus aliados son poderosos. Estudiare al tal Palin, el sobrino de Kitiara, igual que él analiza a mi drac y descubriré lo que ha sido de sus padres. Quizás aún estén vivos y pueda utilizar al hijo para llegar hasta ellos. Qué sacrificio tan propicio serían los tres.»

--Goldmoon dijo que percibía la germinación del Mal cerca de Palanthas, y creo que estos seres son decididamente malignos -empezó Dhamon-. Se parecen a los draconianos, aunque son algo diferentes.

--Explotan en una descarga de energía cuando mueren -intervino Ampolla-. Y por supuesto pueden arrojar rayos cuando están vivos. Además, vuelan. Éste dijo que su amo es una gran tormenta.

--El Custodio de la Torre y yo estudiaremos a este drac. -El mago se frotó la barbilla-. ¿Querréis, por favor, reuniros con nosotros arriba después de que os hayáis refrescado un poco? No tengáis prisa. Estaremos en el piso alto.

Tuvieron tiempo para tomar un baño y comer, ocuparse de sus heridas y ponerse ropa limpia que les facilitaron. Las viejas las echaron a la chimenea, delante de la cual se enroscó *Furia*, satisfecho. A despecho del calor reinante en el exterior, dentro de la torre hacía una temperatura agradablemente fresca.

Tomaron asiento a una mesa redonda hecha con madera de abedul, al igual que las sillas, que eran cómodas y tenían gruesos almohadillados. Bebieron sidra de melocotón servida en altas copas de cristal, disfrutando del silencio. El cuarto era elegante, aunque amueblado con sencillez, con madera blanca por todas partes. El aparador de la loza y el largo y bajo trinchero que había al fado estaban llenos de platos blancos y jarrones. Era un agradable cambio tras la caminata por el desierto.

Ampolla apuró su copa, se relamió, y bajó de la silla para admirar mejor la túnica naranja oscuro que llevaba. Era una de las camisolas desechadas de Linsha Majere, y la kender se la había recogido ajustada en la cintura, de manera que parecía casi un vestido. Alrededor del cuello tenía una hilera de diminutas perlas cosidas, y Ampolla sonrió mientras pasaba el pulgar de la mano, enfundaba en un guante blanco, a lo largo del adorno.

Dhamon usaba más o menos la misma talla que Palin, y su atuendo prestado consistía en unas calzas marrón oscuro y una camisa de seda blanca que le estaba casi a la medida. Al guerrero lo complacía su relativa sencillez, y la suave tela tenía un tacto agradable contra su piel.

Shaon y Feril vestían ropas que se habían reservado para viajeros necesitados, y eran muy diferentes de las que cualquiera de las dos mujeres solía ponerse. El vestido de Shaon era de un color lila pálido, adornado con encaje blanco alrededor del cuello cerrado. Le quedaba un poco corto, por encima de los tobillos, ya que Shaon era bastante alta. Aun así, la mujer bárbara ofrecía un aspecto imponente, y se sorprendió a sí misma admirándose en un espejo.

Feril lucía un vestido de vuelos en color verde bosque, con rosas bordadas con hilo rojo oscuro a lo largo del corpiño; las mangas le llegaban al codo y ondeaban como alas de mariposa cuando caminaba. Siguiendo el ejemplo de Ampolla, se levantó de la mesa y giró sobre sí misma delante de Dhamon mientras reía quedamente.

--¿Tengo tu visto bueno? -preguntó.

Su cabello, limpio de nuevo, volvía a semejar la melena de un león. Dhamon la miró intensamente.

--Estás bellísima -repuso, en un quedo y ronco susurro.

La elfa pareció sorprenderse. Era una de esas contadas veces en las que no se le ocurría qué decir.

Shaon carraspeó con fuerza y se encaminó hacia la escalera.

--Quiero ver cómo está mi animalito -dijo.

--¿Tu animalito? -protestó Ampolla-. La bolsa mágica es mía, y Feril encogió a esa cosa horrible. -La kender alzó la barbilla-. La criatura es nuestra.

Pero la mujer bárbara se había marchado ya, por lo que la protesta de la kender fue en balde.

Dhamon fue hacia la escalera, pero Feril lo detuvo poniendo la mano en su hombro.

--Espera -empezó-. Tú venías a Refugio Solitario por algo. -La elfa señaló hacia una caja de nogal pulido de unos sesenta centímetros de largo por unos treinta de ancho que había en el centro de la mesa.

--¿Estaba ahí antes? -preguntó el guerrero. Se acercó y pasó los dedos por la tapa antes de abrirla suavemente. Dentro había una pieza de acero, abollada en algunos sitios, y adornada con trocitos de latón y oro.

Era el mango de una lanza, antiguo y ornamentado, con intrincadas espirales y dibujos por toda su superficie. Dhamon lo sacó de la caja e inspeccionó el agujero donde se ajustaba la lanza. Lo sostuvo en la mano derecha, como lo habría hecho si el arma hubiera estado completa. La pieza era increíblemente ligera.

El guerrero le dio la vuelta y reparó en un par de ganchos iguales. Metió la mano en el bolsillo, donde había guardado el estandarte de seda cuando se cambió de ropa, y lo prendió en su sitio.

--Ahora sólo falta una parte -dijo-. Y Palin nos llevará hasta ella. -Miró a Feril, que le sonreía enorgullecida.

»Una de las Dragonlances originales -musitó el guerrero en tono reverente-. Siempre me he preguntado si no serían una simple leyenda.

Feril se echó a reír.

--Eran reales, tenlo por seguro. Imagino que todavía queda un par de ellas en alguna parte.

Dhamon asintió en silencio y, con sumo cuidado, volvió a guardar el mango de la lanza y el estandarte en la caja.

--Ignoro si incluso una lanza mágica podría matar algo tan grande como el Blanco que viste.

--Debes tener fe -repuso Feril-. La magia, si es lo bastante poderosa, puede hacer que el tamaño de algo sea irrelevante. Y, hablando de magia, creo que iré a ver qué hace Palin con el drac.

La elfa, con las mangas del vestido aleteando como mariposas,

echó a andar hacia la escalera, aunque parecía que iba flotando. Cuando empezó a remontar los peldaños, Ampolla, que había permanecido tan inmóvil y callada que los dos habían olvidado su presencia, fue tras ella. La kender miró los altos escalones y puso el gesto ceñudo.

--Todo está construido a medida de los humanos -rezongó. Sabía que Feril llegaría arriba mucho antes que ella.

--Los campeones de Goldmoon más parecen chusma -comentó el Custodio, que estaba sentado a una larga mesa pulida, enfrente de Palin.

--Recuerdo historias que me contaba mi padre sobre tío Raistlin y él, Tas y todos los demás. Supongo que podrías haberlos descrito también como chusma, sobre todo después de salir de un combate.

El drac azul estaba en el centro de la mesa, dentro de una vasija de cristal en forma de campana, tapada con un grueso corcho. Observaba intensamente a los dos hombres. Entonces, completamente harto, fue de un lado a otro siseando y escupiendo rayos que rebotaron en los costados del recipiente y estallaron en un cegador despliegue de luz.

--Creo que Goldmoon hizo una sabia elección -continuó Palin-. Si vencieron a tres de estas criaturas, de estos nuevos draconianos, deben de ser formidables.

--O han tenido suerte. -El Custodio acercó el rostro al recipiente de cristal mientras echaba un poco hacia atrás la capucha, si bien sus rasgos siguieron ocultos bajo el embozo-. Realmente parece un draconiano, pero hay diferencias.

Palin se inclinó y miró fijamente al drac. El silencio se adueñó de la estancia. De repente, alargó la mano y aferró con fuerza la vasija.

--¡Son los ojos! ¡Fíjate!

El Custodio aflojó con suavidad los dedos de Palin para que soltara el recipiente y examinó detenidamente al drac.

--En efecto. No son del todo ojos de reptil -dijo, mostrándose de acuerdo.

--No me refiero sólo a las pupilas, grandes y redondas, ni al hecho de que tenga los ojos más hacia el centro de la cabeza en lugar de hacia los lados. Me refiero a lo que hay detrás de ellos, la expresión honda. Son sensibles, tristes, casi...

--Casi humanos -apostilló el Custodio. Miró a Palin y guardó

silencio, expectante. Se había puesto pálido.

--¿Qué ocurre? -dijo Palin-. ¿Qué nos está pasando? ¿Es que nos estamos volviendo locos?

--Estamos muy cuerdos -repuso el Custodio-. Descubriremos qué hay detrás de esto. -Puso la mano en el hombro de Palin-. El drac tiene la cola más fina que un draconiano, y puede volar. Hasta ahora, sólo los sivaks volaban. ¿Cabría la posibilidad de que esta criatura procediera de un huevo de Dragón Azul?

Palin asintió con la cabeza.

--Lo de los rayos coincide con el arma principal de un Azul -dijo-, pero fue Takhisis quien creó a los otros draconianos. Ausente ella, ¿quién habría creado a éste?

--Averiguémoslo.

Palin se levantó de la silla y fue hacia una hilera de escritorios y armarios bajos colocados contra la pared, a todo lo largo de la habitación. Empotrados en el muro y hechos con la misma madera que la mesa, contenían decenas de cajones de diferentes tamaños y distintos tiradores. Abrió uno de ellos y sacó varias hojas de pergamino, una pluma y un tintero.

--Anotaré las observaciones que hagamos -explicó mientras colocaba los utensilios de escritura sobre la mesa.

El Custodio salió de la estancia un momento, arrastrando suavemente la túnica tras de sí. Cuando volvió, traía una jofaina de cobre, llena de agua hasta el borde. La dejó sobre la mesa y tomó asiento. Descansó las dos manos a ambos lados del recipiente y se inclinó hacia adelante como si pensara beber en él. De sus labios salieron unas palabras. Su voz, queda y áspera, sonaba como hojas secas agitadas por el viento.

Palin observó al Custodio y comprendió que estaba realizando un conjuro de adivinación que les permitiría ver el nacimiento de la criatura, el proceso para crearla, y quién era el responsable. Sin quitar los ojos de la superficie del agua, Palin cogió la pluma y la primera hoja de pergamino.

Las palabras del Custodio se fueron haciendo más y más quedas, de manera que Palin apenas podía oírlas. El agua brillaba ligeramente, evocando los rayos de sol al acariciar la suave superficie de un lago. Apareció la imagen ondulada, etérea, de un joven de aspecto flaco y macilento, con una mata de cabello negro desgreñado. De anchos hombros, casi desnudo y curtido por el sol, tenía la apariencia de un bárbaro.

--Se me antoja que era oriundo de los Eriales del Septentrión -musitó el Custodio-. Fíjate en los dibujos del cinturón.

--Sí, y por los indicios, procedía de un lugar situado no muy lejos al norte de aquí.

--¿Dónde estás, hombre o drac? Muéstranos tu entorno, el lugar donde naciste -insistió el Custodio.

Unas ondas rizaron el agua alrededor de la imagen del hombre, y sus movimientos cambiantes recrearon un fondo rocoso.

--Está en una cueva -dijo Palin. Las sombras de unas imágenes se proyectaban contra la pared de la caverna; eran de personas de diferentes tamaños y formas, aunque los hechiceros no lograron distinguir sus fisonomías con suficiente precisión para calcular sus edades.

La imagen plasmada en la superficie del agua volvió a cambiar; los músculos del hombre se desdibujaron para, acto seguido, reaparecer otra vez, tornándose cobrizos y escamosos; y le crecieron alas en la espalda. Era un kapak -una especie draconiana bastante obtusa- que se encogió, acobardado, y lanzó miradas furtivas a uno y otro lado de la cueva.

--Esto es interesante. Quizá se hizo una fusión del kapak con el humano -especuló Palin-. Pero ¿cómo? ¿Y por qué iba a volverse azul?

De nuevo la imagen ondeó y cambió, de manera que la forma del kapak empezó a crecer hasta dar la impresión de ocupar toda la caverna en la que estaba. El agua se volvió completamente azul, y los dos hechiceros se inclinaron más sobre la jofaina.

--¿Qué ha ocurrido? -preguntó Palin.

--Quizás es el cielo -respondió el Custodio, que se acercó más para localizar una nube o una figura pequeña en vuelo.

De repente, el agua se dividió por el centro, revelando un enorme y reluciente globo ocular. Un Dragón Azul acababa de abrir los ojos.

Los dos hechiceros se echaron hacia atrás rápidamente, apartándose de la jofaina, y se miraron el uno al otro.

--Skie -musitó Palin.

Los dos magos presenciaron cómo el ojo de reptil giraba de un lado a otro, al parecer examinando la estancia. Su funesta mirada se quedó prendida fijamente en ellos, y el ojo se estrechó. La imagen empezó a ondear, y el agua se volvió turbulenta, se enturbió, y se evaporó. La jofaina de cobre estaba vacía.

--¿Qué significa eso?

La pregunta la había hecho Shaon. La mujer bárbara se hallaba en el umbral, y su mirada fue de la jofaina al recipiente de cristal donde estaba metido el drac. Entró en la habitación e, inclinándose sobre la mesa, observó a la criatura fijamente. El drac le sostuvo la mirada.

Palin escribía en el pergamino con frenesí; quería anotar todas sus observaciones antes de que pasara más tiempo y borrara hasta el más mínimo recuerdo.

--Significa que Goldmoon escogió sabiamente a sus campeones -dijo el Custodio. Su voz era más apagada que antes a causa del agotamiento experimentado con la rigurosa prueba. Se recostó en la silla y exhaló el aire lentamente-. A pesar de toda nuestra magia, nuestros libros y horas de estudio, tú y tus compañeros habéis descubierto algo sobre los dragones que ni Palin ni yo ni nuestro colega, que está en otra parte, fuimos capaces de descubrir. Si los dragones, o incluso uno solo de ellos, han encontrado el modo de crear nuevos draconianos o dracs, entonces... -El Custodio dejó la frase en el aire.

--Entonces Krynn corre un peligro mayor de lo que cualquiera de nosotros temía -apostilló Dhamon, que había entrado en la habitación detrás de Feril.

--En efecto -convino el Custodio-. Los dragones son por sí mismos suficiente amenaza, pero si hemos de enfrentarnos antes a los vástagos del Azul para derrotarlos a ellos, entonces no sé si tendremos alguna posibilidad.

--Siempre la hay -intervino Palin al tiempo que dejaba la pluma-. Regresaré con vosotros a Palanthas. Allí recogeremos la última pieza de la lanza.

--Los caballeros negros, subordinados del Azul, nos estarán vigilando -advirtió Ampolla. La kender había llegado por fin al final de la escalera y jadeaba por el esfuerzo. Se preguntó cuántas veces al día la subirían y bajarían los hechiceros. Quizá los magos tenían las estancias importantes en el piso alto para así obligarse a hacer ejercicio, pensó.

--Aun así, debemos ir a Palanthas. Creo que podremos encontrar más respuestas allí que quedándonos aquí sentados.

-Palin metió la mano en un profundo bolsillo, sacó la bolsa tejida de Ampolla, y se la tendió a la kender-. Lo siento, pero no es mágica -le dijo-. Y tampoco es especialmente resistente. Sospecho que el drac

debió resultar herido en la lucha y quedó sin la fuerza necesaria para romperla y escapar. Lo dejaremos en ese recipiente para mayor seguridad.

--¿Y no se morirá ahí dentro, sin aire? -preguntó la kender.

--No -contestó Palin-. El frasco sí es mágico. No quiero que esta criatura escape. -Se volvió hacia Feril-. ¿Cuándo estudiaste misticismo con Goldmoon?

--Nunca -respondió la elfa, que bajó la vista al suelo.

Palin, intrigado, se acercó a ella.

--Entonces, la reducción del drac, tu magia ¿de dónde procede?

--Es algo que puedo hacer, simplemente. He tenido ese don toda mi vida.

--Magia innata -musitó Palin, que sonrió y lanzó una mirada de soslayo al Custodio-. Cuando tengamos tiempo -añadió-, me gustaría hablar contigo de esas dotes inherentes.

--Será un honor -aceptó ella-. ¿Podríamos hacer un pequeño desvío en el camino? Hay un chico solo en un pueblo. Los dracs capturaron a todos los adultos de su aldea.

--¿A cuántos? -inquirió Palin.

--Por lo que pudimos sacar en conclusión, fueron unas cuantas docenas -contestó Feril.

--El Azul podría estar creando todo un ejército de estas cosas -apuntó el Custodio-. Y nunca se crea un ejército sin un propósito.

--Bueno, los dracs no son invencibles -repuso Palin al tiempo que señalaba a la criatura.

--Y nosotros tampoco -comentó Ampolla.

Khellendros ronroneaba. Mirando a través de los ojos de su drac azul, analizaba a Palin, al Custodio y a los demás.

--Al llevar a mi vástagos con ellos, me han llevado a mí.

El Azul estaba satisfecho. Sabría adonde iban y en qué estaban trabajando, y conocería cualquier hallazgo que hicieran, todo ello sin salir de su cómoda guarida. Y mientras tanto descubriría todas sus debilidades y sus puntos fuertes. Y, en el momento propicio, descargaría un ataque virulento sobre ellos.

--Tal vez les dé antes algo por lo que preocuparse -siseó-. Quizá los amenace, los asuste. Puede que haga de esto un juego. -Su boca se curvó en una mueca que quería ser sonrisa, e hizo un ademán con la garra llamando a los wyverns.

--¿Hacemos qué ahora? -preguntó el más grande.
--¿Hacemos algo? -abundó el otro.
--Sí -repuso Khellendros-. Id en busca de mi lugarteniente, Ciclón. Su cubil está al norte. Traedlo aquí.
--¿Hacemos ahora? Sol fuera ahora -dijo el pequeño.
--Calor fuera ahora -protestó el más grande.
Khellendros rugió, y los wyverns salieron precipitadamente a la tarde detestablemente ardiente del desierto.

30
Secretos

La noche estaba avanzada y todavía no se habían puesto en camino hacia Palanthas. A la luz de varias velas altas y gruesas que emitían una cálida luz sobre la acampanada vasija de cristal y la pulida mesa, Palin seguía analizando con minuciosidad al drac. Tenía sus notas, copiosas y detalladas, extendidas a su alrededor; algunas habían caído al suelo. Una silla adyacente estaba ocupada con montones de hojas en blanco.

El rostro del mago estaba sombreado por una barba crecida, y sus ojos denotaban fatiga. El estómago vacío hizo ruidos apagados; Palin había estado tan absorto en esta tarea que había pasado por alto la cena. El Custodio le había llevado una bandeja con pan y queso, un pequeño cuenco de bayas confitadas, y un vaso de vino. Todo se hallaba intacto. El drac miró la comida con ansia.

El Custodio de la Torre se encontraba ahora con Dhamon y el resto del grupo varios pisos más abajo, interrogándolos incisivamente acerca de su enfrentamiento con las criaturas y utilizando unos cuantos conjuros sencillos para recrear el combate; unas figuras fantasmales se proyectaban sobre una pared del comedor y reconstruían una y otra vez la refriega.

Dhamon observaba, con los puños apretados. No le gustaba revivir escenas de lucha. Se preguntó si la amenaza de un nuevo ejército de draconianos sería el anuncio de algo mucho más horrible que cuanto había experimentado hasta ahora.

Arriba, Palin sacudió la vasija hasta que el encolerizado drac soltó otra andanada de diminutos rayos.

--Interesante criatura, Majere.

Palin se volvió bruscamente. Del rincón más oscuro de la habitación salió un personaje envuelto en ropajes negros: el Hechicero Oscuro. La figura se separó de las sombras de la estancia y avanzó hacia la mesa; la máscara metálica destelló con la luz de las velas. El Hechicero Oscuro examinó las hojas de pergamino a medida que Palin le iba explicando sus descubrimientos con todo detalle.

--Vi a la hembra Roja -informó el Hechicero Oscuro-. Es enorme, mayor que cualquiera de los dragones que hemos observado, quizá tan grande como Takhisis. No tiene... dracs, como llamas a esta criatura, y tampoco draconianos. Sin embargo, sí cuenta con un ejército de goblins y hobgoblins que va incrementándose.

--Es probable que todos los señores supremos dragones estén acumulando tropas -comentó Palin-. Si lo hicieran para combatir unos contra otros, no me preocuparía. Pero la Purga de Dragones acabó hace tiempo. Llevan varios años sin luchar entre sí, así que es indiscutible que la ofensiva va contra nosotros ahora. Los Dragones del Bien hacen lo que pueden, pero han de realizar su labor a escondidas.

--El secreto es a veces necesario -asintió la figura de ropajes negros.

Palin observó al otro hechicero un momento, antes de ponerse a ordenar sus notas.

--El drac me preocupa -dijo.

--Claro. -El mago de negro se aproximó más a la vasija, y el drac miró fijamente el hueco en sombras bajo el embozo.

--Nos transportaremos a Palanthas, a un sitio fuera de la ciudad.

--¿Cuándo? -preguntó el Hechicero Oscuro.

--Ahora. Después de ocuparme de un chico cuya aldea fue atacada, sólo esperábamos que llegaras tú. -Palin se levantó de la silla-. Reuniré a los demás para transportarnos. No podemos perder más tiempo.

Bajó por la escalera, haciendo un alto para mirar el retrato de su tío Raistlin.

«Él lo sacrificó todo por la magia, por su arte -pensó-. ¿Estaré haciendo lo mismo?»

31
Contra los ogros

Después de despedirse del Custodio y del Hechicero Oscuro, que de repente habían cambiado de opinión respecto a acompañar al grupo a Palanthas, Palin transportó mágicamente a los compañeros y a sí mismo a las afueras de la ciudad. Shaon se puso a la cabeza, abriendo la marcha a través de Palanthas con paso ligero, espoleada por el olor de la brisa marina y la perspectiva de reunirse con Rig. Sostuvo el paso marcado por *Furia*, y los dos no tardaron en dejar atrás a los demás.

Ampolla trotaba al lado de Palin, acribillando al paciente mago con una andanada interminable de preguntas acerca de los sitios en los que había estado, qué aspecto tenía y cómo olía el Abismo, y si había en él muchos kenders. Palin contestó a lo que pudo hasta quedarse prácticamente sin aliento.

Dhamon y Feril caminaban en silencio unos metros detrás; la kalanesti llevaba con todo cuidado la vasija en la que iba el drac; la criatura atraía las miradas curiosas de los transeúntes, que señalaban el recipiente. Por su parte, el guerrero cargaba la caja de nogal con el mango de lanza y el estandarte dentro.

--¿Dónde encontraremos la lanza? -preguntó Dhamon a Palin.

--Nos está esperando aquí, en la ciudad. La recuperaremos tan pronto como veáis a vuestros amigos en el barco para informarles de vuestro regreso.

Shaon llegó al embarcadero donde estaba atracado el *Yunque*. Los tablones crujían bajo sus pies conforme acortaba la distancia que la separaba del barco, remangando la falda del vestido lila hasta las rodillas para no tropezar con el repulgo.

--¡Rig! -llamó, excitada, mientras el lobo y ella subían por la plancha que iba del embarcadero a la carraca-. ¿Rig?

Furia husmeó la batayola y echó la cabeza atrás al tiempo que aullaba. A pesar de la distancia que todavía los separaba de Shaon, Dhamon y los demás la vieron correr por cubierta de un lado a otro y escucharon los aullidos del lobo.

Dhamon le entregó a Palin la caja de nogal, desenvainó la espada y echó a correr hacia el barco justo en el momento en que Shaon desaparecía bajo cubierta. ¿Habrían estado las criaturas aquí también?

--¿Rig? -siguió llamando la mujer; la voz se fue apagando de manera gradual a medida que se internaba más en la estructura del *Yunque*.

Dhamon se unió a sus llamadas, pero siguió sin haber respuesta.

--No hay nadie a bordo -comentó Palin mientras Feril, Ampolla y él se acercaban a la carraca verde. El mago cerró los ojos, concentrándose-. No ha habido nadie aquí desde hace días.

Echó una ojeada por encima del hombro a un pequeño barco de carga que estaba amarrado cerca, y vio a un viejo marinero apoyado en la desgastada batayola. El lobo de mar sacudió la cabeza tristemente.

Ampolla y Feril subieron a bordo del *Yunque* mientras Palin volvía sobre sus pasos, en dirección al barco del viejo marinero.

--Esto es de Groller -musitó Dhamon, que había recogido del suelo una cabilla. Se la mostró a Feril, que soltó el recipiente con el drac junto al palo mayor y se puso a registrar el barco.

--¡Rig! -gritó Shaon una última vez mientras subía a cubierta-. ¡Dhamon, no está aquí!

--Cálmate, es posible que esté en la ciudad. -El hombre le puso las manos en los hombros. Por el rabillo del ojo vio que *Furia* iba de un lado para otro, nervioso; la agitación del lobo echaba por tierra sus palabras de ánimo.

--¡No lo entiendes! -insistió la mujer bárbara-. No hay nadie en el *Yunque*, ni los marineros ni Jaspe ni Groller. Rig no dejaría ningún barco desatendido, cuanto menos el suyo. Y faltan otras cosas. Mis joyas, por ejemplo. -Tenía los ojos desorbitados, relucientes. Reparó entonces en la cabilla que Dhamon había encontrado y se mordió el labio inferior-. Casi esperaba que el barco no estuviera, que Rig no hubiera aguardado mi regreso, pero no contaba con encontrar el barco sin ellos. Algo terrible tiene que haber pasado.

--Sí, muchacha. Algo muy malo ha pasado. Fueron unas bestias. -Era el anciano y tambaleante marinero al que Palin conducía hacia cubierta.

»Los vi, ya lo creo, pero nadie me cree. Unas bestias grandes, que vinieron en plena noche.

Shaon se adelantó rápidamente hacia el recién llegado. El viejo retrocedió, intimidado por su brusquedad, y alzó la vista hacia la mujer. Los azules ojos pitañosos parpadearon sobre la bulbosa nariz llena de venitas rojas.

--¿Qué estás diciendo? -inquirió la mujer.

--Bestias, eso he dicho. -El viejo lobo de mar se frotó la barbilla, en la que crecía una barba incipiente, sonrió y le guiñó un ojo a Feril, que se había acercado al grupo por detrás de Shaon-. Se llevaron a vuestros hombres, y a muchos otros, pero nadie me cree. Sin embargo, aquí estoy yo... por si necesitáis uno.

--Estás borracho -acusó Shaon, dando un respingo. No sólo el aliento del viejo marinero apestaba a cerveza, sino también sus ropas, con las que parecía que hubiera fregado el suelo de alguna taberna.

--Sí, muchacha. Por eso es por lo que nadie me cree. -Su comentario fue acentuado por un sonoro eructo-. Pero, borracho o no, los vi. Estaba tumbado en la cubierta de *El Cazador*, allí, con la cabeza colgando por la borda porque me había pasado un poco con los tragos. Entraron remando al puerto, con todo descaro, y empezaron a sacar hombres de los barcos. A mí no me quisieron.

--No imagino por qué -gruñó Shaon.

--¿Adónde llevaron a los hombres? -intervino Dhamon.

--Salieron del puerto otra vez. -El viejo marinero se tambaleó, y Feril adelantó un paso para sujetarlo-. Los llevaron mar adentro, esas bestias. Se perdieron de vista tras aquel cabo. Probablemente se los zamparon. Las bestias comen hombres, ¿sabéis? Cada una tenía tres cabezas y montones de brazos. Sus pies eran grandes como anclas, y en vez de pelo tenían algas. Sus ojos brillaban como ascuas, como si hubieran salido del Abismo.

--No te creo -repuso Shaon con un escalofrío, aunque una parte de su mente daba crédito a las palabras del viejo. La mujer bárbara había visto cosas muy raras recientemente: una aldea vacía, dracs, edificios que aparecían de repente. Así que cualquier monstruo entraba dentro de lo posible.

--Puedo descubrir si su historia es verdad. -Feril tomó asiento al borde de la cubierta, cerca de una sección de la batayola en la que se apreciaban profundos arañosos. Quizás eran marcas de garras, pensó la kalanesti mientras buscaba en su bolsa y sacaba un pegote de arcilla. Lo trabajó con los dedos mientras canturreaba al tiempo que se mecía atrás y adelante. En cuestión de segundos, la arcilla tenía la forma de un pequeño bote.

La elfa miró por la borda y su tatuado rostro se reflejó en la quieta superficie del agua. Apretó los labios en una fina línea y su canturreo se hizo más alto. Era difícil hacer magia ese día, y el

conjuro parecía burlarse de ella desde muy lejos. Con todo, Feril no se dio por vencida y su mente siguió buscando contacto con la energía.

Por fin el contacto mental se produjo, y la elfa tuvo poder suficiente para ejecutar el encantamiento. Bajo ella, el agua titiló y se agitó, y a continuación apareció una imagen duplicada del *Yunque*. Groller estaba en cubierta, rodeado por cuatro horrendos ogros, que rápidamente lo redujeron y después bajaron a la cubierta inferior y secuestraron a los demás. Lo ocurrido a bordo del barco se reflejó en el agua de principio a fin, de manera que todos los compañeros pudieron presenciarlo.

--Eso es lo que vi -dijo el viejo marinero en actitud fanfarrona-. Salvo que las bestias eran enormes y estaban vivas, no eran imágenes en el agua. Y su aspecto era cruel, con ocho ojos cada una y un montón de dientes.

Los dedos de Shaon se cerraron crispados sobre la batayola mientras el agua volvía a la normalidad y Feril guardaba la arcilla en la bolsa.

--Quizás estén ilesos -intentó tranquilizarla la elfa-. Rig y Groller son duros, y Jaspe es ingenioso. Las barcas parecían demasiado pequeñas para adentrarse en mar abierto, así que los ogros tuvieron que desembarcar en algún sitio que no esté muy lejos de aquí. No podrían aguantar mucho en alta mar.

--¿Por qué razón querrían unos ogros secuestrar marineros? -se preguntó Ampolla.

--Porque utilizan esclavos -respondió Palin-. Los marineros son fuertes y resultarían unos buenos trabajadores. Pero los ogros no los tendrán mucho tiempo en su poder. Los rescataremos. -«Si es que aún están vivos», añadió para sus adentros. Señaló la cabilla que Dhamon sostenía aún en la mano-. Quizá pueda usar algo de mi magia para rastrearlos. -El mago le entregó a Shaon la caja de nogal.

»Protégela con tu vida, porque las de muchos otros pueden depender de lo que guarda -dijo. Después cogió la cabilla, la sostuvo en la palma de la mano derecha, y concentró en ella su mirada mientras los demás observaban.

Las palabras que Palin pronunció sonaron claras, aunque eran en un lenguaje desconocido para todos los que estaban en el barco. Al tiempo que salían de sus labios, la cabilla tembló y adoptó otra forma, semejando una réplica de Groller a pequeña escala. La frente del mago estaba perlada de sudor, y también brillaba la humedad en

sus manos. Las palabras siguieron saliendo de sus labios, ahora con más rapidez. Entonces terminaron de manera repentina, y la imagen de Groller volvió a ser una simple cabilla, aunque en ella había dos marcas o impresiones donde antes habían estado los ojos del muñeco.

Palin respiró hondo, sacudió la cabeza, y levantó la cabilla.

--Esto funcionará como un imán y nos conducirá hasta vuestro amigo. -Se arrodilló y llamó a *Furia*. El lobo acudió obedientemente a su lado y se sentó mientras Palin se quitaba el fajín de la cintura y lo enrollaba varias veces en torno al cuello del animal, metiendo a continuación la cabilla debajo del improvisado collar.

»¡*Furia*, búscalos! -ordenó. El hechicero vio que los dorados ojos del lobo brillaban con una extraña luz.

Furia empezó a ladrar y trotó hacia la plancha que bajaba hasta el muelle. Palin corrió tras él, dejando al viejo marinero mirando de hito en hito a él y a los demás mientras se balanceaba precariamente en la cubierta del *Yunque*.

--¿Adónde va tan deprisa? -se preguntó el viejo en voz alta-. ¿Es que no le gusta mi compañía?

--¡Vamos, Feril! -llamó Dhamon.

La kalanesti se puso de pie de un brinco. Shaon también empezó a bajar por la plancha, pero Feril la cogió del brazo.

--Alguien tiene que quedarse en el barco -le recordó-, en caso de que Rig y los otros escapen y vuelvan aquí. Además, tienes que proteger esa caja.

Shaon se mostró de acuerdo, y Feril echó a correr en pos de Dhamon.

--Rig no querría que le pasara nada al barco -agregó Ampolla-. Podrían robarlo si no hay nadie en él. -La kender hizo un gesto de dolor al cerrar los dedos sobre la mano de Shaon, y llevó a la mujer de vuelta a cubierta-. Me quedaré contigo.

--Y yo ¿qué? -dijo el viejo marinero, soltando otro eructo.

--Vuelve a tu barco -replicó Shaon secamente.

El viejo se encogió de hombros y descendió por la plancha con torpeza, dando trompicones y rezongando sobre bestias amarillas con colas prensiles y hermosas mujeres descorteses que no sabían apreciar sus obvios encantos.

La mujer bárbara toqueteó el cuello de encaje de su vestido, que de repente le parecía ajustado, áspero e incómodo; sus ojos se habían enrojecido y estaban llenos de lágrimas. ¡Cuánto había

deseado que Rig la viera así, tan bonita!

El lobo condujo a Palin, Feril y Dhamon fuera de la ciudad, hacia el este, a las estribaciones de las montañas. Caminaron durante horas y horas, hasta que el día quedóatrás y el mago empezó a jadear por el esfuerzo. Palin estaba acostumbrado a subir y bajar escaleras aparentemente interminables en la Torre de Wayreth, pero ya no era aquel jovencito que había recorrido muchos kilómetros con su primo, Steel Brightblade, y que había luchado contra Caos en el Abismo. Esta caminata era larga y agotadora, y su orgullo le impidió quedarse retrasado o pedir a los demás que bajaran el ritmo de la marcha. Trató de hacer caso omiso de las punzadas en el pecho concentrándose en teorías mágicas, la amenaza de los señores supremos dragones, y pensando en Usha.

Feril y Dhamon parecían incansables. La kalanesti había acortado la larga falda de manera expeditiva, y había creado un astros atuendo verde que le llegaba justo por encima de las rodillas. Se disculpó con Palin por estropear el vestido, pero el mago sacudió la cabeza y contestó que lo comprendía. Las zancadas de Feril eran aún más rápidas ahora que no tenía el estorbo de los largos pliegues.

El atardecer los sorprendió a muchos kilómetros de los puestos de vigilancia exteriores de Palanthas, sentados en el húmedo suelo y reposando contra el enorme tronco de un árbol muerto. Palin cerró los ojos. Le ardían los músculos de las piernas, y sentía pinchazos en los pies; imaginó que tendría las plantas llenas de ampollas. A pesar de los dolores y de la aspereza de la corteza del tronco contra su espalda, el sueño lo venció enseguida.

Dhamon estaba sentado junto a Feril y la miraba tristemente a los ojos.

--Los ogros son brutales y perversos. He estado en sus campamentos, y sé que no tratan bien a los prisioneros. Es posible que nuestros amigos no estén ilesos... o vivos.

--Mantengamos la esperanza -susurró ella-. Con Palin y conmigo, tenemos la magia de nuestra parte. Las cosas pueden salir bien. Tienen que salir bien. Sería incapaz de llevar malas noticias a Shaon.

La kalanesti se arrimó más al guerrero y apoyó la cabeza en su hombro. Entre los rizos asomó una oreja encantadoramente

puntiaguda que le hizo cosquillas a Dhamon en la mejilla. El hombre suspiró y recostó la cabeza en el tronco mientras echaba el brazo sobre los hombros de la kalanesti.

«Tal vez no tenga mucha fe en la magia, Feril, pero la tengo en ti», se dijo.

Los dos no tardaron en dormirse, y sus suaves ronquidos se unieron a los de Palin.

Poco después de medianoche, el lobo se escabulló.

Feril siguió el rastro de *Furia* a la mañana siguiente, aunque no la preocupaba mucho el hecho de que el lobo no los hubiera esperado. Sus huellas estaban claramente impresas en el barro y en las zonas de suelo arenoso, e incluso Palin y Dhamon podían seguir las sin demasiada dificultad.

Al caer la noche ya se habían reunido con *Furia*, y se encontraban escondidos detrás de un pequeño cerro, espiando a través de una grieta abierta en las rocas. El cielo estaba despejado, y las estrellas brillaban sobre el descorazonador panorama que había a unos metros de distancia: un corral lleno de personas cautivas.

Los prisioneros estaban arremolinados, sus taciturnos semblantes alumbrados con el resplandor de una lumbre de campamento que ardía a poca distancia. Sentado frente al fuego había un ogro de piel amarilla oscura e hirsuto pelo verde, dándole vueltas y más vueltas a una pata de venado chamuscada mientras mascullaba en voz baja.

--Debe de haber cincuenta o sesenta ahí dentro -susurró Feril. Estaban tan apelotonados que muy pocos tenían sitio suficiente para sentarse o tumbarse. La kalanesti vio que algunos dormían de pie, apoyados contra la valla-. Me parece que he localizado a Groller. Pero sólo veo al ogro que está sentado frente a la hoguera. Podríamos reducirlo fácilmente.

--Tiene que haber más de uno -repuso Palin en voz baja-. Son brutales y fuertes, pero nunca viajan solos. -Asomó la cabeza por encima de la elevación, corriendo el riesgo de ser descubierto-. Allí enfrente. Cuento ocho figuras contra la ladera del cerro opuesto. No estoy seguro si son ogros. Parecen menos corpulentos. Es posible que sean humanos. Hay una tienda cerca, y dentro probablemente haya más. Salvar a vuestros amigos no va a resultar fácil. -El mago

se retiró de su puesto de observación y miró pensativamente a sus compañeros de viaje.

--Quiero liberarlos a todos -susurró Dhamon-, no sólo a nuestros amigos. Daré un rodeo por el otro lado, y veré si puedo deslizarme en la tienda para ocuparme de los ogros que haya dentro.

--Creo que puedo colarme en el campamento y asegurarme de que Rig, Groller y Jaspe están en el corral -dijo en voz baja Feril.

--Ten cuidado -advirtió el guerrero.

Ella asintió y le dedicó una leve sonrisa antes de alejarse furtivamente.

--Yo intentaré mantener a raya a los ogros que están fuera -anunció Palin.

--No tienes armas -lo previno Dhamon.

--No las necesito. -El mago ensayó mentalmente algunos hechizos con el propósito de decidir cuál sería más apropiado.

Dhamon empezó a alejarse y *Furia* fue tras él. La kalanesti, que les llevaba ventaja, fue asaltada por una docena de olores diferentes: el tufo de los cautivos, mezcla de sudor y miedo; la pestilencia de los ogros, que al parecer pasaban meses sin bañarse, y el hedor de un montón de excrementos. Mientras Feril corría para ocultarse detrás, el ogro que estaba junto a la hoguera levantó la vista y olisqueó. Tras soltar un gruñido, volvió a mirar el ennegrecido trozo de carne y se puso a devorarlo. Feril se internó un poco más en el campamento.

Pasó junto a un montón de restos y esqueletos de antílopes y venados. El viento cambió de dirección, y la elfa estuvo a punto de vomitar al llegarle el olor a carne podrida que todavía seguía pegada a los huesos de los animales. También percibió el fuerte olor a aguamiel. Los ogros estaban bebiendo, al menos algunos de ellos. Quizás habían tomado suficiente para embotar sus sentidos, pensó.

La kalanesti apresuró sus pasos camino del corral al pasar por una zona abierta. El corazón le palpitó con fuerza cuando divisó las ocho figuras que Palin había localizado. Definitivamente, no eran ogros. Había dos caballeros negros y seis seres de aspecto humano que eran bastante altos. Su espeso cabello les caía en mechones retorcidos y lo llevaban decorado con plumas. Sus musculosos cuerpos, de largas extremidades, estaban pintados con trazos azules.

La elfa también atisbo un grupo de ogros, poco más de una docena, que estaban recostados en un terraplén y masticaban trozos de carne con entusiasmo. Era imposible que Palin los hubiera

divisado, ya que se encontraban detrás de la tienda hacia la que Dhamon se dirigía. El guerrero los vería, desde luego, sólo que eran demasiados para hacerles frente. Feril confió en que Dhamon no hiciera una tontería. La elfa llegó al corral, pasó por debajo de la valla inferior rodando sobre sí misma, y se perdió rápidamente entre la muchedumbre.

--¡Feril! -La voz baja, contenida, era de Jaspe. Sus cortas y regordetas manos tiraron de las de ella-. ¿Qué haces aquí?

--Vengo a rescatarlos -contestó la kalanesti-. ¿Rig está vivo?

El enano señaló con la barbilla hacia el centro del corral. Groller estaba junto a Rig, que superaba en estatura a casi todos los prisioneros. El corpulento marinero la agarró por los hombros y se situó de forma que su corpachón tapara a la elfa del ogro que acababa de terminar la carne y se dirigía ociosamente hacia el corral. Los otros prisioneros se apiñaron a su alrededor, la curiosidad despierta por la recién llegada.

--¡No! -espetó Rig-. Apartaos, o el ogro se imaginará que pasa algo raro. -La feroz mirada del marinero y la actitud de Groller mantuvieron alejados a los otros prisioneros-. ¿Dónde está Shaon?

--En el barco -explicó Feril rápidamente-. Alguien tenía que quedarse y cuidar del *Yunque*. Pero Dhamon está aquí, y también Palin Majere.

--¿Quién?

Un estampido sacudió el campamento; fue un estruendo atronador que conmocionó a todos e hizo dar un resingo a la mayoría de los prisioneros. La peste a carne quemada impregnó el aire hasta el punto de hacer lagrimear a Feril.

--Eso tiene que haber sido obra de Palin -susurró la elfa-. Es hechicero. Vamos, salgamos todos de aquí. -Echó a correr hacia la valla, pero vaciló un instante al fijarse en un gran agujero abierto en el centro del campamento, donde antes estaban las ocho figuras. Una columna de humo ascendía en el aire. El ogro que iba camino del corral también contemplaba fijamente el cráter. El boquiabierto bruto fue cogido por sorpresa cuando los prisioneros salieron a través de la valla y lo arrollaron.

Los doce ogros que quedaban vivos corrieron hacia la elfa y la multitud que huía. Un caballero negro también seguía vivo, e impartía órdenes a voz en grito, algunas de las cuales Feril alcanzó a oír:

--¡No los matéis! ¡Prendedlos! -bramaba.

Furia se había lanzado sobre el ogro que iba a la cabeza,

gruñendo y lanzando dentelladas. Agachándose para coger impulso, el lobo saltó y fue a chocar contra el pecho del ogro, al que tiró de espaldas.

A través de la brecha abierta entre los feos cuerpos amarillentos, Feril divisó a Dhamon. Los ogros lo tenían rodeado.

--¡Hacia las piedras! -dirigió la elfa a los prisioneros que huían a la carrera. Señaló frenéticamente hacia el hechicero canoso que estaba de pie sobre una roca plana, semejante a una mesa. Sus manos eran un remolino en movimiento, tejiendo un dibujo de pálida luz amarilla en el aire-. ¡Deprisa! -gritó, animándolos. Después giró sobre sus talones para hacer frente a los ogros que cargaban contra ellos. Rig estaba a su lado.

--¡Guardaron nuestras armas en la tienda! -gritó el marinero-. ¡Sin ellas, acabarán con nosotros! -Dicho esto, salió disparado hacia los ogros atacantes y, consiguiendo por los pelos esquivarlos, se coló dentro de la tienda.

Feril metió la mano en su bolsa y pasó los dedos sobre objetos diferentes. Seleccionó un guijarro pulido y lo levantó al tiempo que iniciaba una salmodia. Tres ogros se dirigían hacia ella, y la elfa aceleró el ritmo del cántico. El resto de los ogros se había separado para ir en persecución de los prisioneros.

--Vamos, Feril -oyó que Jaspe la urgía, detrás de ella, pero la kalanesti no le hizo caso. Por el rabillo del ojo vio a Groller lanzado a la carga. El semiogro había arrancado un trozo de la valla para usarlo como garrote. Salió al paso del ogro más grande y descargó la improvisada arma en su feo estómago amarillento. El ogro se dobló, y Groller lo volvió a golpear; esta vez lo alcanzó en la nuca y lo derribó de brúces.

El cántico de Feril se oía por encima del pataleo de pies. Era una antigua melodía elfa sobre los bosques y la tierra. La brisa cesó a medida que la fuerza y el volumen del canto aumentaba gradualmente, y entonces sonó la última nota. La kalanesti arrojó el guijarro a los dos ogros que cargaban contra ella. Conforme la piedra giraba en el aire hacia ellos, empezó a brillar y a aumentar de tamaño, igualó el puño de un hombre, y después siguió creciendo aun más y alcanzó al menos corpulento en el pecho. Cogido por sorpresa, el ogro perdió el equilibrio y cayó de espaldas. Groller llegó junto a él en un visto y no visto, y descargó el garrote en su cráneo.

El tercer ogro saltó sobre la elfa; sus sucias garras se cerraron en torno a la cintura de la mujer y se hincaron mientras la empujaban

hacia el suelo. Las uñas atravesaron el vestido y se clavaron en su carne. Entonces, de repente, la bestia se puso rígida, sus garras se aflojaron, y, al tiempo que exhalaba un gemido, cayó de brúces, aplastando con su peso a la kalanesti. Su aliento pestoso le provocó una arcada. De la boca del ogro manaba sangre que goteó en la mejilla de Feril. La elfa rodó sobre sí misma y salió de debajo del ogro; vio a Jaspe plantado ante ella, con los dedos pringados de sangre y una expresión sombría en el rostro. De la espalda del ogro sobresalía una estaca de madera.

Feril se incorporó de un salto y miró en derredor. Groller blandía su garrote en un amplio círculo, manteniendo a raya a cuatro ogros. Otros cuatro se aproximaban a los prisioneros que huían. Entonces unos brillantes haces de luz salieron volando de los dedos de Palin y se descargaron sobre las bestias, dando un poco de tiempo a los prisioneros para que llegaran a salvo hasta las rocas. Los ogros sufrieron una sacudida y se inclinaron hacia adelante casi a la vez, agarrándose los brillantes estómagos mientras aullaban de dolor.

El bruto más grande, el que la elfa suponía que era el cabecilla, se retorcía y maldecía, enzarzado en un cuerpo a cuerpo con *Furia*, aunque no parecía que el lobo corriera el menor peligro.

Feril volvió la vista hacia la tienda y echó a correr en esa dirección, seguida de cerca por Jaspe. Dhamon, con la camisa teñida de carmesí por la sangre, estaba de espaldas a la tienda y blandía la espada en un alto arco sobre su cabeza. Cinco ogros lo atacaban, gruñendo y maldiciendo. Arremetió bruscamente hacia la derecha cuando uno de los ogros se abalanzó sobre él, y a continuación lanzó una estocada frontal. La espada alcanzó el cuello de la bestia y hundió músculo y hueso. La sangre salpicó en el aire, y el decapitado bruto cayó de rodillas antes de desplomarse de brúces.

Los restantes ogros vacilaron, y el guerrero aprovechó el momento para atacar hacia adelante, impulsando su espada como una lanza, de manera que la hundió en el vientre de uno de los brutos. La hoja lo traspasó de parte a parte y asomó por la espalda del ogro al tiempo que Dhamon levantaba la pierna para hacer palanca contra la bestia y extraer su arma. El ogro cayó al suelo de cara, casi a los pies del marinero, que salía de la tienda en ese momento.

Dos de los ogros que quedaban seguían pendientes de Dhamon, pero el tercero volvió su atención hacia Rig. El bruto miró ceñudo al hombretón y cargó contra él, gruñendo y babeando saliva

maloliente. Rig estaba preparado, con una daga aferrada en la mano izquierda y el alfanje en la derecha.

--Ahora no soy una presa dormida -lo zahirió el marinero-. Ahora no te será tan fácil reducirme.

El ogro se abalanzó sobre él, y Rig descargó la espada. La hoja penetró en la garganta de la criatura, que no frenó el impulso y se precipitó sobre el marinero con los brazos extendidos de manera que le clavó las uñas en el pecho. Al mismo tiempo, el marinero arremetió con la daga y la hundió una y otra vez en el costado de su adversario. El ogro se desplomó, arrastrando en su caída a Rig, que maldijo y empujó a la moribunda bestia para quitársela de encima y levantarse trabajosamente.

Los ojos de Dhamon tenían un brillo implacable y se prendieron en el ogro más grande de los dos que todavía lo acosaban. El guerrero fintó a la derecha, se hincó de rodillas en el suelo, y descargó un golpe con la espada hacia adelante y hacia arriba que seccionó la garra de la bestia. El ogro aulló y apretó el sangrante muñón contra el pecho mientras su compañero se lanzaba al ataque, enfurecido y babeante. La espada de Dhamon volvió a descargarse y alcanzó al ogro más pequeño en una pierna, abriendo un profundo tajo y dejando a la vista el hueso. Pero el ogro hizo caso omiso de la herida y se abalanzó sobre el guerrero, al que lanzó contra la tienda de un golpe en el pecho con el peludo hombro. La vieja lona ondeó alrededor de los combatientes, se combó y crujío antes de ceder, y ogro y humano rodaron por el suelo.

Un caballero negro salió gateando entre la solapa de la tienda medio hundida.

--¡Bestias incompetentes! -bramó.

El ogro más corpulento, al que Dhamon había mutilado, retrocedió unos pasos mirando al hombre con aprensión.

--¡Mátalos! -ordenó el caballero, señalando a los tres compañeros que se aproximaban rápidamente.

--¡Huye o morirás! -gritó Rig al tiempo que amagaba un ataque.

Desconcertada, la bestia se quedó inmóvil un instante, pero cuando Jaspe gruñó y dio un paso adelante blandiendo su improvisado garrote, el ogro dio media vuelta y se perdió en la oscuridad renqueando, todavía con el sangriento muñón apretado contra el pecho. Cuando los tres compañeros volvieron su atención hacia el caballero negro, descubrieron que éste había desaparecido.

Rig y Feril corrieron hacia la tienda derrumbada parcialmente y

tiraron de la lona con brusquedad. Una garra ensangrentada se alzó hacia ellos con intención de propinar un golpe, pero Rig se las ingenió para agarrar el brazo del ogro. Mientras el marinero forcejeaba con la bestia, sintió que ésta se estremecía. Sus músculos se tensaron y después se quedaron fláccidos. Rig soltó el brazo y dio un paso atrás para dejar paso a Dhamon, que salía gateando de la tienda.

Feril llegó junto al guerrero en un instante y lo ayudó a incorporarse.

--Cuánta sangre -dijo la elfa, impresionada.

--No es mía. -Dhamon envainó la espada y se despojó de la camisa de seda rasgándola por la espalda. Feril soltó un suspiro de alivio al comprobar que no estaba gravemente herido.

--Gracias por rescatarnos -dijo Rig.

El guerrero respondió con una leve inclinación de cabeza, y entonces sus ojos se desorbitaron al contemplar la carnicería. Groller había acabado con cuatro ogros sin más ayuda que su garrote, y ahora se encaminaba hacia otro grupo que se estaba incorporando trabajosamente; eran los ogros que Palin había puesto fuera de combate durante un tiempo con sus descargas de luz mágica. *Furia* tenía plantadas las patas sobre el pecho del ogro más grande; la sangre goteaba entre sus fauces. Alzó la cabeza hacia el cielo y lanzó un aullido.

Dhamon pasó junto al marinero y a Feril y corrió hacia donde estaba Groller. Jaspe lo siguió. El semiogro cargó contra uno de los restantes ogros y, renunciando al garrote, saltó sobre la espalda del bruto. Los dos rodaron por el suelo, levantando tierra, y el jaleo atrajo la atención de los otros tres brutos. Sin cabecilla, no sabían qué hacer. Además, se asustaron al ver que sus adversarios los superaban en número. Dhamon blandió la espada en el aire.

--¡Rendios! -instó a los pocos que seguían en pie-. ¡Si apreciáis vuestras vidas, daos por vencidos ahora!

Un crujido resonó a través del campamento. Groller había partido el cuello de su adversario y se ponía de pie.

--Rendimos -dijo uno de los ogros-. No matéis nosotros. Rendimos.

Jaspe se adelantó.

--¿Por qué nos secuestrasteis? -inquirió el enano, que agitaba el puño coléricamente.

Los ogros contemplaron con expresión estúpida su destrozado

campamento y a sus compañeros caídos.

--Para caballeros negros -dijo el que hacía de portavoz-. Dragón quiere gente.

Dhamon se acercó al ogro con la espada enarbolada. El resplandor de la hoguera todavía encendida se reflejó en la hoja y la hizo brillar amenazadoramente.

--¿El Azul? -preguntó.

El ogro miró a sus compañeros y después alzó la vista al cielo.

--Mí no sabe -contestó Juego.

Para Dhamon esa respuesta bastaba.

--¿Dónde está Skie?

--Mí no sabe. Mí no quiere saber. Algún sitio en desierto, pero mí no sabe cuál. Muglor sabe. Pero Muglor muerto. -El ogro miró a *Furia*, que seguía husmeando el cadáver del corpulento ogro-. Ése, Muglor.

--¿Por qué quería Skie a estos hombres precisamente?
-preguntó Dhamon.

Los ogros se miraron entre sí y sacudieron la cabeza con gesto perplejo.

--Entonces, ¿por qué lo hicisteis? -insistió Dhamon-. No se secuestra gente sin una razón.

--Mí no sabe -balbució uno de los ogros-. Muglor dijo que Azul quiere más dracs.

--¿Dracs?

--¡No sabemos! -gritó el que había sido portavoz en primer lugar. Jaspe dio tirones del talabarte de Dhamon.

--¿Tienes alguna idea de qué son dracs? -quiso saber.

--¡Largaos de aquí antes de que cambie de opinión y decida acabar con todos vosotros! -gritó el guerrero a los ogros.

Los brutos dieron media vuelta y echaron a correr, demasiado asustados para mirar atrás.

Entretanto, Palin había bajado de la roca plana y grande. Tenía el rostro demudado y respiraba con dificultad. Los pocos conjuros que había ejecutado eran potentes y habían consumido mucha de su energía.

--Marchémonos de este lugar -dijo el mago en voz baja. Dio media vuelta y se encaminó hacia los hombres que esperaban entre las rocas.

Dhamon fue el único que se rezagó para orar brevemente junto a los cuerpos de los que habían muerto.

Viajaron sólo unos cuantos kilómetros, justo lo bastante lejos para poner distancia entre ellos y el campamento. Había casi seis docenas de prisioneros liberados. Sólo la mitad de ellos eran marineros que habían sido secuestrados en sus barcos anclados en el puerto de Palanthas. Los restantes eran granjeros, mercaderes, y visitantes de la ciudad; a todos ellos los habían atacado antes de que pudieran llegar a las puertas de la urbe.

Estaban famélicos, y Feril, a la que Jaspe había curado con un conjuro, tuvo que emplearse a fondo para conseguir comida suficiente con la que engañar un poco el hambre de todos. Dhamon se puso a hablar con Palin sobre los dragones y los dracs, y cuál sería el siguiente paso para combatir esta amenaza.

--Uniremos la lanza y hablaremos con Goldmoon antes de decidir nuestro curso de acción. -El mago se frotó la mejilla. Le había crecido una barba corta y desigual que le daba un aspecto distinguido-. Confío en su consejo, pero sospecho que la decisión será ir tras el Azul, que se encuentra cerca.

Al otro lado de su improvisado campamento, Rig daba masajes a la elfa en los hombros.

--Creí que había llegado mi hora -admitió el marinero-. Tiene gracia. Sólo recuerdo otro momento en el que realmente llegué a temer por mi vida... -Feril volvió la cabeza y alzó la vista hacia él; sus ojos lo animaban a seguir hablando.

»Shaon y yo navegamos una vez por el Mar Sangriento en un barco llamado *Dama Impetuosa*. Hubo un motín a bordo. Se suponía que no debería haber derramamiento de sangre, y fui designado como el nuevo timonel. Sentía un gran respeto por el capitán, y creí que los demás también. Acordamos desembarcarlo y dejarlo en tierra con un poco de dinero y suficiente comida para que le durara hasta que pasara otro barco. Yo mismo fui en la barca con el capitán y un puñado de marineros.

»Después de desembarcar, vi cómo los otros se echaban sobre él y lo acuchillaban y lo golpeaban hasta mucho después de haberlo matado. No podía hacer nada, a menos que quisiera morir con él. Remamos de vuelta al barco en silencio. Jamás le dije a Shaon lo que pasó realmente. Y la primera vez que el *Dama* hizo escala en puerto, cogí a Shaon y desaparecimos. Estuvimos escondidos durante un tiempo, y estoy seguro de que ella se preguntó el porqué,

pero sabía que era mejor no presionarme. Finalmente, llegamos a Nuevo Puerto.

--Debes de tenerle mucho aprecio -dijo Feril-. Y salta a la vista que ella te lo tiene a ti.

Las manos del marinero se demoraron sobre los hombros de la elfa.

--Somos buenos *amigos* -dijo.

Dhamon buscó a la kalanesti con la mirada y la vio al otro lado del campamento. Rig estaba inclinado sobre ella, muy cerca, tocándola. El guerrero sintió un arrebato de celos. Creía que Feril le había estado demostrando interés, pero ahora decidió que sólo coqueteaba con él. Apretó los puños, pero no se movió del lado de Palin, y su conversación continuó.

32

Fisura trae malas noticias

Khellendros se estiró todo lo cómodamente que le permitían los confines de su cubil subterráneo; sus músculos vibraron suavemente y movió la cola como un gato satisfecho. Había dormido durante casi ocho días, reponiendo energías, y ahora estaba listo para dedicarse a la creación de más dracs azules. Los componentes no tardarían en llegar, conducidos como ganado a través del desierto hacia su perdición. Después de eso, el dragón intentaría agrandar su madriguera a fin de tener más espacio para relajarse y preparar nuevos barracones para su creciente ejército.

Khellendros flexionó las garras y ronroneó de placer, y el sonido retumbó en las paredes de la caverna. El regimiento de dracs azules que había detrás de él alzó la vista hacia el techo y observó con recelo la arena que caía a través de las grietas. En el suelo se había acumulado una capa de dos centímetros de fina y blanca arena a estas alturas, ya que la agitación del dragón había seguido debilitando la estructura del cubil.

El Azul se deslizó hacia adelante. Era el momento de tomar un poco el sol, disfrutar de su brillante y pálido desierto. Se tumbaría sobre la caliente arena mientras aguardaba la llegada del nuevo material, cosa que calculaba sería dentro de dos o tres días como

mucho. Avanzó lentamente, extendiendo el cuello y frotándolo contra el techo para calmar un picorcillo. Entonces se paró. Sus inmensos ollares aletearon con desagrado.

--¡Muéstrate! -retumbó su voz, y más arena se desprendió a través de las grietas del techo.

Un único ogro apareció en la boca de la caverna arrastrando los pies. El dragón alargó una zarpa con intención de aplastar a la insolente criatura que osaba profanar la intimidad de su cubil, pero entonces se frenó. Quizás era un mensajero de la tribu Puñofuerte que traía la noticia de la llegada de los ingredientes. No obstante, mientras Khellendros todavía consideraba tal posibilidad, la figura del ogro rieló y desapareció, reemplazada por la pequeña forma del polimorfista huldre.

--Estaba con los ogros -empezó Fisura.

--Como ordené -contestó el dragón-. ¿Y mis componentes?

El huldre parecía inusitadamente nervioso, y el dragón captó el olor a miedo del duende. Algo había ido mal, y eso disgustaba a Tormenta sobre Krynn.

--Bueno... -volvió a empezar Fisura.

--¿Sí? -lo apremió Khellendros, con creciente enojo y sin molestarse lo más mínimo en facilitar las cosas para que su aliado le diera las malas noticias.

--Los humanos que los ogros capturaron... En fin, que fueron rescatados.

--¡Rescatados! -La voz del dragón retumbó en la cámara subterránea, y las ondas sonoras lanzaron hacia atrás al huldre varios pasos. También cayó más arena del techo.

Fisura fingió un valor que no sentía y se apresuró a describir el inesperado ataque al campamento de los ogros, relatando con detalle el incidente y poniendo especial énfasis en el mago de cabello canoso, vestido con túnica corta y calzas, que ejecutó conjuros con los que derribó a los cafres y a los caballeros negros.

--Palin Majere -siseó Khellendros, identificando de inmediato al hechicero por la descripción del huldre-. Lo subestimé a él y a sus amigos, pero no volveré a caer en el mismo error. Y les haré pagar esta afrenta.

--Supongo que algunos de los cautivos debían de ser amigos del tal Palin -masculló Fisura-. Imagino que pensó que tenía que...

--Majere. -La palabra sonó como un trueno, un denuesto escapándose de los labios del dragón-. Los hermanos de Kitiara. Los

Majere fueron aciagos para ella, y su vástago se está convirtiendo en una calamidad para mí.

--Todavía tienes a todos tus caballeros negros y tus cafres, y yo puedo encontrar más ogros...

--¡Silencio!

Los dracs azules retrocedieron y se apiñaron en un rincón apartado y oscuro para esquivar los violentos latigazos de la cola de su amo.

--Palin Majere tiene que ser castigado. Quiero hacerlo sufrir -masculló el dragón-. Y el mejor modo de que sufra es haciendo daño a los que ama.

--¿Qué quieres que haga? -susurró Fisura.

--De Palin Majere me encargo yo. Me cobraré venganza, y será dulce. Kitiara se alegrará.

El huldre se apresuró a desvanecerse en el suelo; una línea en la arena fue el único indicio de su encarnación.

--Sí, me ocuparé de ese...

Una titilación en el aire sacó al dragón de su ensueño de revancha. El punto rielante creció hasta formar un gran círculo que ocupó prácticamente toda la cámara, del suelo al techo, y después adquirió un chispeante color rojo que se concretó en el rostro casi transparente de un dragón; un dragón muy furioso, por cierto.

--Malys -masculló Khellendros, su cólera redoblada. La hembra Roja nunca había entrado en contacto con él aquí. Era una violación a su intimidad.

--¡Traidor! -despotricó la imagen-. Creaste una casta en secreto, una casta taimada y poderosa. -La aparición de Malystryx escupió y siseó, expulsando por los ollares unas llamas que se retorcían como serpientes-. Los llamas dracs azules. ¡Pero no me lo dijiste!

La imagen de la hembra Roja siguió echando pestes e increpando al Azul. Mientras tanto, la mente de Khellendros maquinaba a marchas forzadas. Unas palabras acudieron a sus labios, pero las contuvo, esperando que Malys hiciera una pausa en su diatriba. La aparición no podía causarle ningún daño, y no temía a la hembra Roja, pero respetaba su poder, y sabía que no podía permitirse el lujo de tenerla como enemiga. Ocuparse de una adversaria semejante lo apartaría de su verdadera labor.

--¡Exijo saber por qué lo mantuviste en secreto! -siseó la imagen de Malys.

--Ha sido una lástima que lo descubrieras tan pronto -ronroneó

Khellendros-. Y lástima también que creyeras que tenías que espiarme. Has conseguido estropear la sorpresa tan cuidadosamente planeada. Pensaba que confiábamos el uno en el otro, Malys. Mi intención era ofrecerte a los dracs como regalo. He trabajado duro perfeccionando a las criaturas porque deseaba asegurarme de que serían un presente adecuado para la hembra de dragón más poderosa, la que, por supuesto, ocupa permanentemente mis pensamientos.

--¿Un regalo? -La imagen de Malys tremoló.

--Para la hembra de dragón que más respeto en este mundo -continuó el Azul, lisonjero. No mentía al decir esto último. Era cierto que admiraba a Malys por su fuerza, su ambición y su habilidad para manipular a los otros dragones y a los humanoides de su feudo-. Aunque todavía no estoy satisfecho con los dracs, compartiré mi secreto contigo ahora... si es eso lo que quieras, Malys. Todo cuanto tengo es tuyo, no cabe duda. Todo.

La imagen de la hembra Roja hizo una leve inclinación, aceptando los halagos del Azul. Khellendros sabía que el gusto por la adulación era un punto flaco de los Rojos, y Malys no era una excepción. Tormenta sobre Krynn procedió a explicar con detalle el horripilante proceso para crear un drac y los ingredientes requeridos: el draconiano, el humano y la esencia de dragón. La imagen de la Roja estaba ensimismada, su atención totalmente volcada en las palabras del Azul.

--¿Y hay que derramar una lágrima? -La voz de Malys rebosaba curiosidad-. No debe de ser cosa fácil para ti. Y para mí, sería imposible. -La imagen cobró profundidad, volviéndose de un fuerte color carmesí, y las fantasmagóricas llamas crecieron hasta disiparse en el techo de la caverna-. Yo utilizaré sangre para dar vida a mis dracs. La sangre es más poderosa que las lágrimas. Entre los dos crearemos ejércitos, y después, cuando llegue el momento y nuestras fuerzas sean numerosas, haremos partícipes de este secreto al resto de los señores supremos. Aunque ellos no tendrán nunca tantos dracs como nosotros. Ni tan poderosos.

--Como deseas. -Khellendros inclinó la testa, y la imagen de la hembra Roja desapareció.

Maldiciendo, el Azul salió de su cubil al bendito sol. El hecho de que Malys conociera la existencia de sus dracs era una complicación imprevista. Sabía que habría acabado por descubrirlo, cuando él hubiera enviado a sus fuerzas a conquistar algún lugar o a reunir

objetos mágicos. Finalmente decidió que era mejor que se hubiera enterado antes. Las azules fauces se curvaron en un remedo de sonrisa.

Khellendros todavía no deseaba llamar la atención en los Eriales del Septentrión; era preferible tener otros que hicieran el trabajo pesado. Que la atención de los humanos se enfocara en Malys, en Beryl y en Escarcha al sur y al oeste, pensó.

Se concentró en un único drac azul, el que estaba hambriento y furioso, el que estaba atrapado dentro de un recipiente mágico en una carraca verde. Lo habían puesto sobre un escritorio en un estrecho camarote bajo cubierta. La mujer de piel oscura y cabello muy corto lo estaba observando. Detrás de ella, una kender iba de un lado para otro mientras mascullaba algo que no alcanzó a entender. El maldito cristal ahogaba cualquier sonido.

Khellendros miró a través de los ojos de su creación y observó atentamente a las dos mujeres sin dejar de maquinar mientras tanto.

--Puedes huir ahora, ya no te necesito como espía -le dijo mentalmente a su vástago-. Sé dónde están, y que Palin Majere regresa al barco con sus seguidores.

El corazón del drac palpitó con más fuerza.

--¡Libre! -gritó con voz ronca al tener seca la garganta. Batió las alas y salió lanzado para arriba, hacia el tapón. Llevaba extendidas las garras, y las hincó en el blando corcho, pero se quedaron trabadas en él. El drac quedó colgado del tapón, demasiado débil por la falta de alimento y de agua para llegar más allá.

Khellendros cerró los ojos y desconectó sus sentidos de los del drac; lloró en silencio y brevemente por el vástago que ya daba por muerto.

Horas después, los wyverns regresaron; un Dragón Azul volaba detrás de ellos.

--¿Hacemos bien? -inquirió el wyvern más grande mientras se posaba grácilmente sobre el ardiente suelo del desierto.

El más pequeño lanzó una lluvia de arena sobre el rostro de Khellendros al aterrizar.

--¿Hacemos bien? -repitió como un eco-. ¿Acabamos?
¿Hacemos qué ahora? ¿Hacemos algo en sitio más fresco?

--¿Hacemos algo en sitio menos luz? -preguntó, casi suplicante, el de mayor tamaño, que se movía atrás y adelante sobre sus garras

para evitar permanecer demasiado tiempo en un mismo punto de la odiada arena.

Khellendros gruñó y agitó la cola en dirección a la entrada del cubil. Los wyverns intercambiaron una mirada y después se metieron en la oscura caverna, felices de librarse del calor y el resplandor.

El Dragón Azul planeó sobre la arena y aterrizó a varios metros de Khellendros. Era la mitad de grande que Tormenta sobre Krynn, pero, aun así, resultaba impresionante, y sus largos cuernos se retorcían en una espiral poco frecuente. Inclinó la cabeza ante Khellendros.

--Ciclón -siseó Khellendros-, me alegra tu venida.

--Estoy a tus órdenes. -El Dragón Azul menor hizo un gesto cortés con la cabeza-. Como siempre, hasta mi último aliento.

Khellendros sabía que su lugarteniente no era tan servil como aparentaba, pero estaba seguro de la lealtad temporal de Ciclón. Tormenta sobre Krynn no había destruido a su inferior durante la Purga de Dragones, aunque le habría sido fácil hacerlo, e impidió que los otros señores supremos acabaran con él. A cambio, Ciclón le había jurado lealtad del mismo modo que lo habría hecho un caballero a su señor. Khellendros confiaba en él más de lo que tenía por costumbre confiar en nadie.

--Tengo un encargo para ti -empezó Tormenta sobre Krynn-. No te llevará mucho tiempo, y seguramente disfrutarás con ello. ¿Has oído hablar de Palin Majere?

Ciclón asintió, y una mueca maliciosa asomó a su azul semblante.

33 *Un pequeño refrigerio*

Desayunaron en la Posadería de Myrtal. Palin estaba sentado a la cabecera de la mesa, y Dhamon, Rig, Shaon, Feril, Groller, Ampolla y Jaspe ocupaban las otras sillas. La lustrosa caja de nogal con el mango de lanza descansaba al lado de Dhamon. Todos llevaban ropas limpias, y tenían un aspecto mucho más descansado y aseado que el que habían tenido desde hacía días.

Furia estaba en los escalones de la entrada del establecimiento, olisqueando los maravillosos aromas que salían por la rendija de debajo de la puerta. Sus dorados ojos relucían hambrientos y su cola se movía con entusiasmo, golpeando la hoja de madera; pero la puerta siguió cerrada.

Los cautivos habían regresado a sus barcos, sus granjas y sus negocios, agradecidos por su libertad, pero las vejaciones sufridas en manos de los ogros era algo que jamás podrían olvidar por completo. A partir de ahora, siempre mirarían hacia atrás, vigilantes. Y siempre se preguntarían qué habría sido de ellos si no hubieran aparecido sus salvadores.

Ampolla estaba concentrada en un trozo de salchicha ensartada en un artilugio semejante a un sacacorchos que tenían sus guantes negros. Feril se hallaba a su lado y echaba miradas frecuentes a Dhamon, pero los ojos del hombre no se encontraron con los de ella en ningún momento, ya que el guerrero los tenía fijos en su vaso de sidra y en la comida que tan generosamente Palin había procurado para todos.

--Entonces, ¿qué hacemos ahora? ¿Adónde vamos? -preguntó la kender entre mordisco y mordisco-. ¿Y cómo vamos a llegar dondequiera que tengamos que ir?

Palin se atusó la corta y bien arreglada barba y apartó su plato.

--Dhamon y yo vamos a ir a la posada que hay un poco más abajo en esta calle para... recoger algo. Supongo que después tendremos que dirigirnos hacia el extremo norte de los Eriales del Septentrión.

--En busca del Azul -intervino Jaspe. Echó un buen trago a su jarra de sidra e hizo un gesto para que Palin continuara.

--Y de los dracs -añadió Shaon.

--Creo que tendremos que alquilar un barco que nos lleve allí, alrededor del cabo donde termina la bahía de Palanthas -dijo el mago-. Nos hará falta una base desde la que actuar.

--Iremos en el *Yunque* -se apresuró a decir Rig, sorprendiendo a los demás. Todos los ojos se volvieron hacia el corpulento marinero, incluidos los de Shaon.

»Ahora soy parte de esto -explicó-. Supongo que me estaba engañando a mí mismo pensando que podría zarpar y hacer caso omiso de lo que pasaba a mi alrededor. Los dragones y todo lo demás. Ya nadie está a salvo.

Jaspe movía los dedos, haciendo signos a Groller para que el

semiogro pudiera seguir la conversación.

--Gracias -dijo Palin-. El Hechicero Oscuro y el Custodio se han enterado de que Malys trama algo. Esa hembra Roja es el dragón más grande de Krynn, seguramente más formidable incluso que el Azul de los Eriales. Hay que vigilarla, y eso es exactamente lo que están haciendo. -Palin sonrió y miró a Rig.

»Hace mucho que no navego. Me parece que va a ser un cambio agradable viajar a alguna parte sin tener que emplear la magia para hacerlo.

Groller hizo gestos a Jaspe, ahuecando las manos y llevándose las a la boca. Después hizo la seña de «barco» y la de «comida», y se tanteó el bolsillo para indicar dinero.

--Necesitaremos bastantes provisiones -tradujo Jaspe, que había cogido enseguida la idea del semiogro.

--Pero no tenemos dinero para comprarlas -intervino Dhamon. Al alzar la vista, sorprendió a Feril mirándolo, y entonces bajó los ojos a los huevos que había en su plato.

--Todavía me quedan las cucharas de Raf -sugirió Ampolla-. Deben de valer algo.

--Yo me encargaré de las provisiones -se ofreció el mago, que lanzó a Jaspe un saquillo-. Es lo menos que puedo hacer.

El enano miró dentro. Estaba lleno de monedas de acero. Hizo un gesto de agradecimiento a Palin.

--Con esto habrá más que suficiente -dijo.

--Entonces, lo menos que puedo hacer es comprarle a Dhamon una camisa -sugirió la kender-. Gasta ropa con una rapidez asombrosa. -Pasó la bolsa con las cucharas a través de la mesa-. Toma, Dhamon, utilízalas para comprarte algo que sea de tu gusto.

-Se echó a reír al tiempo que miraba con guasa a Rig.

--Rig y yo iremos a preparar el barco -se ofreció Shaon. Jaspe, Ampolla y Groller se mostraron dispuestos a ayudarlos.

El semiogro llenó la servilleta con unas cuantas salchichas, guardó el paquete en un bolsillo, y salió para dárselo a *Furia*. En cuestión de segundos, Dhamon, Palin, y Feril se encontraron solos en la mesa.

El mago observó a sus compañeros. Había en perspectiva un gran viaje, y habían pasado décadas desde que había tomado parte en una aventura de este tipo; demasiado tiempo. Estudiar libros y hacer predicciones estaba bien, pero zambullirse de cabeza en una misión y enfrentarse personalmente a asuntos peligrosos era algo

que debía confesar que había echado de menos.

--Sois conscientes de que incluso con el consejo de Goldmoon y con la lanza podríamos morir en el intento -dijo.

--Todos hemos de morir, antes o después -respondió Dhamon-. La única incógnita es cuándo. -Se apartó de la mesa y fue hacia la puerta. Hizo tintinear las cucharas y se metió la caja de nogal debajo del brazo. Se volvió a mirar al hechicero-. Tengo que comprar algo de ropa. Me reuniré contigo en la posada de más abajo de la calle dentro de poco.

La puerta se cerró suavemente tras él. Palin volvió la vista hacia Feril. La kalanesti miraba la puerta.

--Hablo por experiencia -empezó el hechicero-. La vida es demasiado corta, aun para una elfa, para no llenarla con algo o con alguien importante para ti. Mi tío estuvo siempre solo. Volcó su vida en la magia, pero siguió teniendo un vacío. También yo he dedicado mi vida a la magia, pero tengo a Usha y a mi familia. Dudo que mi magia fuera tan fuerte si ellos no estuvieran ahí. Yo no sería tan fuerte, y no tendría las mismas convicciones.

La kalanesti le dedicó una leve sonrisa y después salió corriendo en pos de Dhamon. Lo alcanzó en la calle.

--¡Espera! -gritó.

--Feril, yo...

--Creo que estoy enamorada de ti -soltó la elfa de sopetón.

Dhamon cerró los ojos y sacudió la cabeza.

--No...

--¿Tú no sientes nada por mí? -lo interrumpió Feril, que se plantó delante de él, cerrándole el paso.

--Lo que sienta, o lo que crea que puedo sentir, no importa -empezó él-. Además, hay que tener en cuenta a Rig.

--¿Rig? ¿Porque ha estado pendiente de mí después del rescate? -La elfa suspiró y se puso en jarras. El marinero había pasado con ella mucho tiempo en el camino de regreso a Palanthas, y no le había importado la atención del hombre. Dhamon había estado muy ocupado con Palin; entonces había pensado que era porque hablaban sobre los dracs o sobre el Azul. Ahora comprendía que también era porque el guerrero había notado las atenciones de Rig con ella.

»Estás celoso -dijo finalmente-. Rig sólo es un amigo. Flirtea, eso es todo. Y, si no estuvieras tan cegado por los celos, lo verías. Y, si estás celoso, significa que sientes algo por mí.

--Vale, siento algo -confesó Dhamon.

--¿Algo? ¿Y ya está? -La kalanesti miró hacia el puerto y divisó el palo mayor del *Yunque*.- Está bien. Cuando decidas qué es lo que sientes, cuéntamelo. Quizá todavía me interese.

Mientras la elfa empezaba a girar sobre sus talones, él la cogió por el brazo y tiró hacia sí. Subió la mano hasta la nuca de la mujer y enredó los dedos en el suave cabello, dejándolos atrapados en los rizos. Acercó sus labios a los de ella y la besó ávidamente. La intensidad de sus sentimientos lo sorprendió, pero Feril le devolvió el beso al tiempo que lo rodeaba con sus brazos y lo estrechaba fuertemente. No fueron conscientes de las miradas de los transeúntes ni de las expresiones pasmadas de quienes estaban en los establecimientos y los observaban por las ventanas. Tras unos largos instantes, sus bocas se apartaron.

--Conque algo, ¿eh? -le tomó el pelo en voz queda-. Creo que voy a acostumbrarme enseguida a ese *algo*. -Tiró del cuello de la camisa de Dhamon, acercando su rostro al de ella. Esta vez fue la elfa la que inició el beso, y de nuevo transcurrieron varios segundos antes de que sus labios se separaran.

»Te veré en el *Yunque* -le susurró al oído.

34 *Escarmiento*

Ciclón sobrevolaba muy bajo las arenas del desierto, permitiendo que el calor que subía del suelo impregnara el reverso de sus azules alas. Muy pronto dejaría tras de sí el calor y tendría que hacer frente al desagradable frescor de la campiña de Palanthas.

Pero no sería durante mucho tiempo, pensó el dragón, que en ese momento sobrepasaba el límite de los Eriales del Septentrión y ponía rumbo a la ciudad. Después de que hubiera llevado a cabo el encargo de Khellendros, podría regresar a la bendita calidez de su propio cubil.

La presa de Ciclón estaba en un barco anclado en el puerto, según las instrucciones de Tormenta sobre Krynn. Bueno, habría

calles y edificios y todo tipo de cosas de camino al puerto; todo tipo de cosas susceptibles de ser destruidas. Al fin y al cabo, pensó Ciclón, Khellendros no había dicho que tuviera que ocuparse exclusivamente del barco ni que sólo Palin Majere tuviera que sufrir la cólera del Señor del Portal.

Una mueca burlona curvó la boca del dragón, de color zafiro. Ya que tenía que molestarse en cumplir un encargo, se aseguraría de tener un poco de diversión mientras lo hacía. Ciclón batió las alas más deprisa, y los kilómetros pasaron veloces bajo su imponente figura. Su mente trascendió para entrar en contacto con la brisa que le acariciaba las escamas. *Obedéceme*, exigió y, en respuesta, el viento se levantó.

Groller y Jaspe terminaron enseguida la compra de una docena de barriles de agua fresca y una buena provisión de carne y frutos secos. También adquirieron varias piezas de lona en previsión de que las velas necesitaran una reparación durante la travesía, así como media docena de rollos de cuerda.

Después de pagar les quedaban todavía bastantes monedas de acero, pero el semiogro dejó bien claro que quería guardar algunas en reserva, por si acaso necesitaban provisiones más adelante.

Dieron instrucciones de que todo fuera entregado a bordo del *Yunque* esa misma tarde, y después los dos amigos, acompañados por *Furia*, se dirigieron hacia los muelles.

--Está ventoso el día -dijo el enano. Tiró de la manga del ogro e hizo la seña de «viento».

Groller asintió, hizo la seña de «tormenta» y después juntó las manos.

--Se aproxima una tormenta -tradujo Jaspe-. Ojalá te equivoques. Preferiría que...

El aullido del viento apagó el resto de la frase del enano, y el cielo se encapotó.

El pelaje de *Furia* se puso erizado a lo largo del lomo, y el lobo soltó un gruñido.

El viento agitaba el cabello de Dhamon y se lo echaba a la cara, de manera que el guerrero tuvo que girar la cabeza a uno y otro lado para evitar que se le metiera en los ojos. Se dirigía hacia una posada

llamada Reposo Liviano, con la caja de nogal bajo un brazo y un paquete envuelto en papel debajo del otro. El papel crujía y chasqueaba al ser sacudido por las ráfagas de aire.

Palin lo estaba esperando a la puerta de la posada.

--¿La lanza está aquí? -Dhamon miró a través de la ventana. Era un establecimiento bastante lujoso, con el vestíbulo lleno de sillas demasiado mullidas.

--En el segundo piso -respondió el mago, sonriente-. Está en buenas manos, tenlo por seguro. Sígueme.

Condujo a Dhamon al interior del edificio, y subieron una amplia escalera alfombrada que trazaba una suave curva. Una lámpara de varios brazos, hecha de latón, colgaba del techo sobre el rellano. Las velas no estaban encendidas, pero había luz suficiente con la que entraba por la ventana situada al fondo del pasillo. Palin fue hacia la puerta más próxima, llamó una vez, y entró. Dhamon vaciló un momento antes de cruzar el umbral.

El cuarto estaba bien amueblado, con una cama grande de columnas, una cómoda de roble y varias sillas de aspecto cómodo. De pie en el centro de la habitación, Palin abrazaba a una mujer mayor. Cerca de ella, un anciano los miraba y sonreía. Dhamon observó a los tres con atención.

La mujer era menuda, y llevaba corto el blanco y rizoso cabello; sus brillantes ojos hacían juego con el vestido de un intenso color verde. Las arrugas que tenía no eran profundas, aunque parecían más pronunciadas alrededor de los ojos y de la boca cuando sonreía. Había algo en el aspecto del hombre que le resultaba familiar a Dhamon. Era corpulento, ancho de hombros, y con un prominente estómago. Su espeso cabello, de un color entre gris acerado y blanco, le llegaba a los hombros. Vestía un pantalón marrón claro y una túnica marfileña. Su mano, carnosa y encallecida, palmeó a Palin en la espalda.

--Hijo, cuánto me alegro de verte -dijo con voz tonante.

--Caramon Majere -musitó Dhamon-. Eres Caramon Majere, y tú... -Se volvió hacia la mujer mayor, que se había separado de Palin.

--Soy Tika. -Tenía una voz clara y suave, y sonrió cálidamente al tiempo que tendía la mano al guerrero-. Hace días que os esperamos a Palin y a ti. Ya empezábamos a preocuparnos.

--Tú empezabas a preocuparte -corrigió Caramon-. Sabía que Palin venía de camino. Imaginé que estaba ocupado.

Dhamon miraba a los dos de hito en hito. Los Héroes de la

Lanza, combatientes de una guerra ya lejana; creía que estarían muertos. Caramon debía de rondar los noventa años, calculó, aunque parecía tener veinte menos. Saltaba a la vista que gozaba de buena salud, y no tenía la espalda encorvada. Tika también se conservaba bien. Quizá los dioses los habían bendecido décadas atrás, cuando todavía estaban en el mundo.

--¿Y la posada El Último Hogar? -preguntó Palin.

--En buenas manos -contestó Tika-. Pero tenemos que volver. El negocio disminuye siempre cuando estamos ausentes durante un tiempo. -Se volvió hacia su marido-. Caramon, ¿no crees que deberías sacar lo que este joven ha venido a recoger?

El anciano asintió y a continuación se dirigió hacia la cama. Se arrodilló, levantó la colcha, y sacó un bulto alargado, envuelto en lona.

--Un amigo mío llevó esto y le dio buen servicio. -Se levantó y puso el bulto sobre la cama casi reverentemente, en ángulo, debido al tamaño. Empezó a desatar las cuerdas.

»Lo recuerdo como si fuera ayer, aunque ha pasado toda una vida -continuó-. Sturm Brightblade blandió esto. Era un amigo muy querido, un hombre fuerte y resuelto. Supongo que todos lo éramos, con la seguridad que da la juventud. De algún modo, nuestras armas y nuestro ingenio bastaron en la Guerra de la Lanza. Pero los dragones son más grandes hoy en día, y las cosas han cambiado.

Palin dio un suave codazo a Dhamon para que se acercara, y le cogió el paquete de ropa que llevaba sujetado bajo el brazo. Caramon siguió hablando mientras el guerrero dejaba la caja de nogal a los pies de la cama.

--Goldmoon se puso en contacto con nosotros hace muchas semanas -continuó Caramon-. Estuvo con nosotros durante aquellos años, combatió a nuestro lado y nos animó cuando parecía que todo estaba perdido. Creo que nos salvó la vida a todos en uno u otro momento. -Sus dedos forcejearon un instante con el último nudo antes de que éste cediera-. Nos dijo que habría nuevos campeones necesitados de antiguas armas. Bien, pues ésta es un arma muy antigua. -Retiró la lona y dejó a la vista una lanza plateada que brilló suavemente con la luz que entraba por la ventana abierta.

Sopló una ráfaga de aire que agitó violentamente las cortinas. Era un viento frío que silbó al pasar sobre la lanza.

Dhamon se inclinó sobre la lanza. Estaba tan pulida y cuidada que parecía recién forjada. Tenía unos minúsculos grabados en la

parte más ancha: imágenes de dragones volando en círculo. Las sombras proyectadas por las cortinas ondeantes daban la impresión de que los dragones estuvieran moviéndose. El guerrero tocó el metal y se sorprendió por su cálido tacto. Sintió un hormigueo en las puntas de los dedos.

--La guardamos en partes, supongo que porque todos nosotros deseábamos un fragmento de historia, un trofeo de la guerra. Ésta ha estado colgada sobre la chimenea de nuestra posada. Tika y yo entregamos el mango a Sturm, nuestro segundo hijo, al que pusimos ese nombre en recuerdo de Sturm Brightblade. -Los hombros de Caramon se hundieron-. Él y Tanin, nuestro hijo mayor, murieron hace muchos años. El mango pasó a Palin, nuestro hijo varón más joven.

--Joven. -Palin soltó una risita guasona-. Ya no lo soy, padre.

--Y Goldmoon guardó el estandarte -añadió Caramon. Hizo un gesto con la barbilla señalando la caja de nogal-. ¿Está ahí dentro?

--Sí. -Dhamon sacó rápidamente el mango, y el estandarte de seda ondeó con el viento, que era más fuerte ahora. Se lo tendió a Caramon, y el antiguo guerrero encajó la lanza en él con pericia.

Tika se puso un chal y echó una vistazo por la ventana. El cielo estaba cada vez más oscuro, y se vio el resplandor de un relámpago entre las nubes.

--Ahora es tuya -dijo Caramon al tiempo que levantaba el arma y se la ofrecía a Dhamon.

La lanza era mucho más ligera de lo que debería ser, y sin embargo estaba espléndidamente equilibrada.

--No sé qué decir -empezó Dhamon. Su mirada fue de Tika a Caramon varias veces-. Que me hayáis dado esto... No sé si...

--Prométenos que matarás un dragón con ella -lo interrumpió el anciano-. Ésa es su razón de ser, para lo que fue hecha. Y, desde luego, hay unos cuantos dragones en Krynn que merecen la muerte.

Un fuerte rayo saltó de las nubes y se descargó sobre la ciudad. El suelo se sacudió, y las vibraciones se notaron incluso en el suelo de la posada. El estampido del trueno retumbó en el aire. Le siguió un segundo rayo que cayó sobre la esquina de un balcón, calle abajo, y que Tika vio por el rabillo del ojo. Una lluvia de baldosas y piedras se precipitó sobre la acera. Tika se apartó rápidamente de la ventana y miró a Caramon.

--Tenemos que marcharnos -dijo Palin.

--Siempre con prisa -rezongó la anciana-. Pero supongo que

hace años tu padre y yo también teníamos siempre prisa. -Tomó el rostro del mago entre sus manos y lo besó en la mejilla-. Es una tormenta fuerte. Y con tantos rayos. Ojalá pudieras quedarte hasta que se pasara. Al fin y al cabo, vuestro barco no puede zarpar durante una tormenta.

Palin fue hacia la puerta.

--Madre, padre, pienso volver a veros... muy pronto. La próxima vez será en casa. No voy a pediros que hagáis más viajes...

--¡Tonterías! -lo interrumpió Caramon-. Comprobar el funcionamiento de otras posadas nos viene bien. Nos da ideas para El Último Hogar. Además, nos...

Se produjo el crepitar del rayo seguido del estampido de un trueno, más fuerte esta vez. La posada se sacudió de nuevo, y se oyeron algunos gritos en la calle. Palin corrió hacia la ventana y se asomó. A lo lejos vio un edificio que se derrumbaba al recibir la continua descarga de rayos. Una oleada de gente venía corriendo calle abajo, huyendo de algo.

--¡Esta tormenta no es natural! -gritó Palin para hacerse oír sobre los estampidos de los truenos-. ¡No llueve! ¡Y parece como si estuvieran dirigiendo los rayos a propósito!

Dhamon corrió hacia la puerta.

--Feril y los demás...

--Lo sé -asintió el mago, que se apartó presuroso de la ventana-. Vámonos.

--¡Un dragón! -oyeron todos que gritaba alguien.

--¡Voy con vosotros! -anunció Caramon-. Esperad a que coja mi espada.

Tika agarró a su marido por el brazo mientras Dhamon y Palin salían corriendo al pasillo.

--Esta vez no, Caramon -lo reprendió-. Quédate aquí y protégeme.

El viejo hombretón sabía que su esposa no necesitaba que la protegiera nadie, pero asintió en silencio y fue con ella hacia la ventana.

Palin tuvo que esforzarse para que Dhamon no lo dejara atrás, si bien se vio obligado a pararse varias veces para esquivar los escombros que volaban. El viento aullaba calle abajo, moviendo contraventanas y carteles de los edificios, volcando bancos y macetas. Los rayos seguían cayendo, algunos lo bastante cerca para que los adoquines temblaran bajo los pies del mago y del guerrero. Se oía el estruendo de cristales al romperse y los golpes de cascotes al caer en la calle.

Se escuchaban gritos en los muelles, una algarabía de chillidos, órdenes y alaridos. Al girar los dos amigos en una esquina, casi fueron arrollados por una multitud de marineros y trabajadores de los muelles que corrían en dirección contraria. Palin y Dhamon apenas podían ver a través de la masa de gente aterrorizada.

--¡Corred! -chillaba un pescador al tiempo que se abría paso junto a Dhamon dando codazos.

--¡Skie! -gritó otro, con el rostro congestionado y las manos crispadas sobre el pecho, sin dejar de correr.

Los dos compañeros se abrieron paso a empujones entre la multitud y vieron al responsable del pánico desatado: un gran Dragón Azul que estaba cernido justo encima del *Yunque de Flint*.

--¡Feril! -aulló el guerrero. Aferró la lanza con más fuerza y la colocó en posición al tiempo que aceleraba la carrera y dejaba a Palin rezagado.

El mago tiró el bulto de ropas de Dhamon, metió las manos en los bolsillos de su túnica y cogió el primer objeto mágico que tocó, un pequeño broche. Empezó a articular las palabras de un poderoso conjuro, uno que destruiría la brujería y que después lo dejaría prácticamente indefenso. Pero era un hechizo poderoso con el que esperaba forzar la retirada del dragón.

--¡Feril! -Las zancadas de Dhamon resonaban sobre el embarcadero.

En la cubierta del *Yunque*, Rig estaba junto a la batayola, arremetiendo contra la ondeante cola del Azul. Ampolla y Jaspe se encontraban encaramados al cabrestante; los dedos del enano brillaban con la ejecución de algún sortilegio clerical destinado a Groller, que yacía retorcido y ensangrentado a sus pies; era el primero alcanzado por el dragón.

Shaon había trepado al palo mayor y desde su precaria posición descargaba su espada contra una de las patas traseras del reptil. Su

vestido de color violeta ondeaba alrededor de sus largas y oscuras piernas. Un rayo cayó del cielo sobre la espada haciendo casi resplandecer la hoja.

Feril estaba atrapada entre una de las garras del dragón. El brazo de la kalanesti subía y bajaba repetidamente asestando cuchilladas al reptil con una daga. Los músculos del dragón eran compactos, y la hoja sólo consiguió rebotar contra las escamas de color zafiro hasta que finalmente se rompió y los fragmentos metálicos cayeron sobre el maderamen de la cubierta.

No obstante, la espada de Shaon consiguió atravesar escamas y piel e hizo que el dragón rugiera sorprendido. El Azul batió las alas para ascender un poco más, justo lo bastante para ponerse fuera del alcance de la mujer bárbara.

La kalanesti cerró los ojos y se concentró, pensando en su tierra natal, Ergoth del Sur, en el hielo que la cubría, en la nieve que caía todos los días y todas las noches aplastando la tierra hasta sofocarla, igual que la garra del reptil la estaba estrujando a ella. Soltó la empuñadura de la daga rota y extendió los dedos cuanto pudo; consiguió tocar la zarpa del dragón y le hizo sentir el terrible frío que estaba evocando.

Sorprendido por la gélida sensación, el Azul soltó a Feril, y la elfa se precipitó hacia el distante muelle. En el mismo instante, el dragón abrió las fauces y soltó un rayo, una leve descarga que atravesó el palo mayor y lanzó al mástil y a Shaon sobre la cubierta. Pero la garra del reptil se movió con rapidez, extendiéndose hacia abajo, y atrapó a la mujer bárbara en el aire. La espada con que lo había herido cayó en cubierta tintineando, inofensiva.

Entonces el dragón alzó la testa hacia los nubarrones y soltó otro rayo; éste retumbó ensordecedoramente en el cielo. El Azul batió de nuevo las alas para ascender aún más.

Empezó a llover, al principio suavemente, repicando sobre los barcos, los muelles y el puerto, pero en cuestión de segundos se convirtió en un fuerte aguacero.

Feril se las ingenió para girar sobre sí misma y aterrizar con las piernas y los brazos flexionados como si fuera un gato. Tanteó en su bolsa, buscando el pedazo de arcilla.

Dhamon subió gateando por la plancha que llevaba a la cubierta del *Yunque*. Echó una rápida ojeada a Feril para asegurarse de que estaba bien, y después enarbóló la lanza y buscó al dragón a través de la cortina de lluvia. El reptil estaba demasiado alto, fuera de su

alcance. El guerrero estrechó los ojos intentando ver mejor al dragón. Había algo en él que le resultaba familiar.

Palin, al borde del muelle principal, pasó el pulgar sobre la suave piedra engastada en el broche mientras sus palabras y su pulso se aceleraban. Subió el tono de voz al final del hechizo, y el broche se le hizo añicos en la mano. Un rayo de pálida luz verde salió de su palma hacia el cielo como si fuera una flecha y alcanzó de lleno al dragón en el pecho; cayeron escamas y sangre como hojas de un árbol sacudido.

El reptil aulló de dolor mientras el rojo fluido manaba a borbotones de la herida. Batió las alas para ascender, con la mujer bárbara todavía atrapada en su garra.

--¡Shaon! ¡No! -bramó Rig, que subió de un salto a la batayola, donde mantuvo el equilibrio como un acróbatas. Sus dedos encontraron las dagas que guardaba en el pecho y empezó a lanzarlas al dragón que se remontaba en el aire. Apuntó bien, pero la piel de la bestia era demasiado gruesa y las dagas rebotaron en ella y cayeron al mar sin haber ocasionado ningún daño.

--¡Humano oscuro! -siseó el reptil a Rig al tiempo que aleteaba con más fuerza y estiraba el cuello-. ¿Quieres a esta mujer?

--¡Shaon! -gritó el marinero otra vez. Saltó a cubierta, incapaz de seguir manteniendo el equilibrio con las fuertes ráfagas de aire creadas por las alas del Azul que zarandeaban violentamente al *Yunque* en el embarcadero.

La mujer bárbara se retorcía entre la garra del dragón en un fútil intento de aflojarla para soltarse y caer al mar, pero todos sus esfuerzos fueron en vano.

--¿Quieres a esta mujer? -preguntó de nuevo, furibundo, el reptil.

Finalmente Palin había llegado al embarcadero del *Yunque* y, de pie junto al poste al que estaba amarrado, había empezado la ejecución de otro conjuro. Sus dedos tomaron una pieza de oro. Era una moneda que su tío Raistlin había utilizado siendo joven en sus actuaciones como el Hechicero Rojo, durante una época en la que parte del grupo de los Héroes de la Lanza tuvieron que recurrir al improvisado montaje de un espectáculo itinerante para pagar sus pasajes en un barco. Su padre se la había regalado cuando era poco más que un niño, y la había guardado durante todos estos años como un preciado tesoro. La moneda vibraba en su mano.

Los ojos del dragón se estrecharon.

--Palin Majere -siseó-. ¡Majere! ¿Esta mujer es algo tuyo?
¿Significa algo para ti?

El mago interrumpió las palabras del encantamiento, sorprendido de que el reptil supiera su nombre.

--¡Suéltala! -gritó.

--¡Puedes quedártela! -escupió el dragón.

Shaon chilló; una abrasadora sensación de dolor le traspasó el cuerpo cuando una de las garras del dragón le perforó el estómago y casi la partió en dos. Después, el reptil la soltó. La mujer cayó como una muñeca rota, y su cuerpo inmóvil se precipitó sobre la cubierta del *Yunque* con un fuerte golpe. Rig corrió hacia ella.

--¡Ciclón! -barbotó Dhamon. ¡Claro que el dragón le resultaba familiar! Los ojos del guerrero se desorbitaron al reconocer a la bestia. Los largos cuernos retorcidos, la cresta sobre los brillantes y malévolos ojos: los rasgos eran inconfundibles. Tragó saliva-. ¡Basta ya, Ciclón!

El dragón miró hacia abajo, vio a Dhamon cargado con la lanza, vio su propia sangre goteando sobre la cubierta, tiñéndola de rojo. El Azul hizo una pausa en el ataque y escudriñó al hombre al tiempo que dejaba de aletear y se quedaba cernido sobre el barco.

--¿Dhamon? -siseó-. ¿Dhamon Fierolobo?

La concentración de Palin se rompió, dando al traste con el encantamiento que estaba ejecutando. El hechicero miró con incredulidad a Dhamon. También Feril y Jaspe lo miraban de hito en hito. Ampolla estaba boquiabierta, sin habla.

--Sí, Ciclón, soy yo -asintió Dhamon-. No tienes que actuar así. Estas personas no te han hecho nada, y no hay razón para qué luches contra ellas.

--¡Dhamon, únete a mí! -La voz del reptil retumbó sobre la lluvia y el trueno-. ¡Juntos otra vez, podremos servir a un nuevo señor!

--¡No! -replicó el guerrero-. ¡He terminado con esa clase de vida!

--¡Necio! -siseó Ciclón-. Hay una gran guerra en perspectiva, Dhamon, y si te pones contra mí estarás en el bando perdedor.

--No estés tan seguro de eso, Ciclón -contestó el guerrero al tiempo que levantaba la lanza.

El dragón echó la testa hacia atrás y, con un rugido, lanzó un gran rayo chisporroteante al cielo. El retumbo de un trueno sacudió el puerto.

--Así que has terminado con esa clase de vida, ¿no? ¡Entonces, también la tuya terminará pronto! -bramó el reptil-. De momento te la

perdonó por los viejos tiempos; pero, la próxima vez que nos veamos, no seré tan generoso.

El Azul levantó la cabeza hacia el cielo y soltó otra andanada de rayos; después batió las alas y se remontó hasta las nubes antes de virar hacia las colinas occidentales.

La lluvia arreció, acribillando los muelles y los barcos. El viento aullaba como un animal salvaje, y las embarcaciones que estaban en la bahía chocaron contra los embarcaderos.

Palin, luchando contra el despliegue antinatural de los fenómenos atmosféricos, guardó en el bolsillo la moneda que no había utilizado y subió trabajosamente por la plancha resbaladiza hasta la cubierta del *Yunque*. Se dirigió hacia donde Shaon había caído.

Rig acunaba el cadáver de la mujer, en tanto que Jaspe, Ampolla y Feril se apiñaban a su alrededor. Dhamon se acercó lentamente hacia el grupo. Los ojos del corpulento marinero estaban llenos de lágrimas, y unos desgarradores sollozos sacudían sus negros hombros.

--Shaon -gimió-, ¿por qué? -Volvió la cabeza hacia Dhamon y sus ojos se estrecharon. Soltó el cuerpo de la mujer con todo cuidado sobre la cubierta y se puso de pie-. ¡Tú! ¡Tienes mucho que explicar!

--¿Conocías a ese dragón? -La voz de Feril estaba cargada de incredulidad-. ¿Conocías al dragón que ha matado a Shaon?

--¿Y Groller? -Dhamon tragó saliva-. ¿También ha muerto?

--Vivirá -respondió Jaspe-. Pero está malherido.

--¡Respóndeme, Dhamon! -insistió la elfa-. ¿Conocías a ese dragón? ¿Cómo?

--Fue mi compañero hace años -empezó el guerrero-. Cuando era un Caballero de Takhisis...

--¡No! -bramó el marinero, que cargó contra Dhamon.

La lanza cayó de las manos del guerrero con estrépito cuando los dos hombres rodaron por cubierta. Las manos de Rig se cerraron en torno a la garganta de Dhamon.

--¡Detente! -gritó Feril mientras tiraba del marinero-. ¡Basta de violencia!

Entre la kalanesti y Palin consiguieron apartar al marinero. Dhamon rodó sobre sí mismo, jadeante, y se agarró la garganta; tosió e inhaló profundamente mientras se incorporaba de rodillas con gran esfuerzo.

--Lo lamento. -La voz le sonó ronca-. Dejé a Ciclón hace años.
--¡Si no lo hubieras dejado quizá Shaon seguiría viva ahora!
-escupió Rig.
--Eso no lo sabes -intervino Palin, quedamente.
Feril dio un paso hacia el guerrero.
--¿Por qué no nos lo dijiste? ¿Cómo pudiste ocultarnos algo así?
--Feril, yo... -Se puso de pie y extendió la mano hacia ella, pero la elfa lo rehuyó y dio un paso atrás-. Lo lamento -repitió. Cerró los ojos para contener el llanto, pero las lágrimas se deslizaron por sus mejillas, mezclándose con la lluvia.
--¿Que lo lamentas? -espetó Rig-. ¡Con lamentarlo no le devolverás la vida a Shaon! ¡Tú deberías estar muerto, no ella!
--Cuida de Feril, por favor -pidió Dhamon, mirando intensamente al marinero-. Me ocuparé de Ciclón, y me aseguraré de que no vuelva a hacer daño a nadie.
Bajó presuroso la plancha que llevaba al embarcadero.
--¡Dhamon! -llamó Palin. El mago recogió la lanza y la sostuvo en alto-. Té hará falta.
--No. -El guerrero sacudió la cabeza-. No la necesitaré.
Enseguida se perdió entre la multitud que se había reunido cerca del *Yunque* y contemplaba en silencio el maltrecho barco.

36
Vínculos rotos

Llovía sin cesar. El cielo estaba gris, encapotado, favoreciendo el ambiente depresivo de toda la escena.

Sentado en cubierta, con la espalda apoyada en el palo mayor roto, Rig estrechó el cuerpo de Shaon contra sí, y lo acunó atrás y adelante. Le susurró algo, como queriendo confortar su espíritu. Le susurró lo apenado que se sentía, lo hermosa que estaba con su vestido violeta, lo mucho que la amaba, y que no sabía si podría vivir sin ella.

Jaspe y Ampolla ayudaron a Groller a levantarse, y *Furia* se movió alrededor del semiogro al tiempo que soltaba nerviosos gañidos.

--Llevémoslo bajo cubierta -dijo el enano-. Quiero que se acueste, y después veré qué más puedo hacer por él.

Ampolla se mordió los labios para contener el dolor cuando cerró los dedos alrededor de la manaza de Groller. Entre el enano y ella condujeron al semiogro hacia la escotilla lentamente, con el lobo rojo pisándoles los talones.

Feril miró hacia el puerto, pero no vio señales de Dhamon. La muchedumbre era cada vez más numerosa a lo largo del muelle. La kalanesti se sintió muy sola.

Palin observó las colinas, hacia el oeste, mientras el marinero reanudaba su diatriba contra el antiguo Caballero de Takhisis.

--¡Dhamon es el responsable de todo esto! ¡Ojalá el dragón lo mate también!

--Creo que la cólera te ofusca -dijo Palin sin volverse a mirar a Rig. Hablaba en voz baja, pero sus palabras tenían fuerza suficiente para contener el estallido del marinero-. Un Dragón Azul ha matado a Shaon, y los reptiles son responsables de casi todo el dolor que hay en Krynn.

--Pero Dhamon lo conocía -despotricó Rig-. ¡Cabalgó en él cuando era un Caballero de Takhisis! ¡Llamó compañero al dragón!

--Cuando era un Caballero de Takhisis -replicó el mago-. Tú lo has dicho: *era*. Creí que lo tenías por amigo. Te rescató de los ogros.

--Shaon está muerta. -Los hombros de Rig se encorvaron.

--Y debemos llorar su muerte y no olvidarla -continuó Palin, todavía de espaldas al marinero-. Pero no sería justo culpar a Dhamon de su muerte. ¿Cómo puedes condenar a un hombre por una clase de vida con la que rompió? ¿Cómo puedes culparlo por los actos despreciables de un dragón? ¿Es que no hay nada en tu pasado que te gustaría dejar atrás y enterrado?

«El motín -pensó Rig mientras seguía acunando el cuerpo de Shaon-. Pero yo no habría podido impedir la muerte de mi capitán. Esto es diferente.»

--¿No hay nada que preferirías olvidar? -insistió Palin.

A través del velo de lágrimas Rig miró el cuerpo inmóvil de Shaon. Quizá Dhamon tampoco habría podido hacer otra cosa...

--Voy a buscar a Dhamon -anunció Feril, que había escuchado la conversación-. Él solo no puede encargarse de ese Azul. Y es por él por quien vinimos aquí a luchar contra los dragones.

--Te acompañó -dijo Palin, que se volvió a mirar a sus compañeros-. Voy a decírselo a los que están abajo.

--Date prisa -urgió la kalanesti.

Seguía lloviendo cuando se abrieron paso entre el gentío y se encaminaron hacia las colinas occidentales. El mago caminaba deprisa a pesar de la edad y el cansancio que sentía. Con todo, su paso no era tan vivo como el del marinero. Rig, que llevaba la lanza, los había alcanzado antes de que llegaran a las afueras de la ciudad.

--Culparlo a él tampoco le devolverá la vida a Shaon -admitió el marinero ante Feril. Luego se dirigió a Palin:- Supongo que tienes razón. Hay cosas del pasado que es mejor enterrarlas.

Dhamon ascendía trabajosamente por la ladera de la montaña. Las rocas estaban resbaladizas con la lluvia, y en más de una ocasión estuvo a punto de perder pie. La tormenta seguía descargando furiosamente a su alrededor, y los relámpagos iluminaron al dragón apostado en lo alto.

Ciclón vio acercarse a su antiguo compañero, y batíó las inmensas alas para crear un fuerte viento que dificultara la ascensión de Dhamon. El chisporroteo de un rayo asomó entre los dientes del dragón, que disparó una pequeña descarga contra el hombre.

Las piedras saltaron hechas añicos cerca de los pies de Dhamon y acribillaron sus piernas, obligándolo a gatear para encontrar un asidero mejor.

--¿Has cambiado de opinión? -retumbó la voz del reptil-. ¿Vienes a disculparte? ¿A pedirme que te perdone y te deje cabalgar conmigo otra vez?

Dhamon no respondió. Apretó los dientes y siguió trepando. La imponente figura de Ciclón surgió más próxima.

El dragón esperó pacientemente y siguió fraguando la tormenta. Dispuso que una fuerte ráfaga de viento se precipitara, impetuosa, ladera abajo, y observó divertido cómo levantaba casi en vilo a Dhamon, que se quedó sujetado sólo con las manos.

--Qué porfiado -comentó Ciclón-. Claro que siempre lo fuiste.

Por fin, el guerrero llegó a la cumbre y se plantó ante el Azul, a su sombra.

--No tenías por qué matarla -dijo-. No te había hecho nada.

--Nada salvo ser amiga de Palin Majere -replicó el dragón-. Y matándola le hice daño a él.

--Palin apenas la conocía -manifestó el guerrero, enojado.

--Entonces, me equivoqué de víctima. Ayúdame a encontrar

otra, una que tenga más importancia para el hechicero.

--No habrá más víctimas -le dijo al dragón.

--Ya no estoy a tus órdenes.

Dhamon trabó la mirada con la del que antaño había sido su amigo, y después desenvainó la espada y se adelantó.

Ciclón abrió los ojos de par en par, sorprendido.

--¿Te propones combatirme? -preguntó.

--Me propongo matarte -repuso Dhamon al tiempo que atacaba.

El Dragón Azul tensó los músculos de las patas, se impulsó y batió las alas para remontarse en el aire. En ese momento, Dhamon saltó hacia arriba y golpeó con la espada. La hoja se hundió profundamente en una de las patas de Ciclón.

El guerrero se aferró con fuerza a la empuñadura al sentir que se remontaba en el aire, con las piernas colgando en el vacío; se aupó más a costa de un gran esfuerzo.

--Hubo un tiempo en que fuimos aliados -siseó el dragón. Giró la cabeza lentamente por encima del escamoso hombro-. Fuimos más que amigos. Fuimos hermanos. No me obligues a matarte.

Dhamon se agarró a la pata de Ciclón, aprovechando el agarre que le ofrecían las azules escamas. Sacó la espada de un tirón, la envainó y siguió trepando por encima del anca hacia el lomo del reptil. El guerrero sabía que Ciclón podría habérselo sacudido de encima con facilidad, y que el dragón estaba siendo magnánimo, pero sólo hasta cierto punto. Vio que Ciclón volvía la cabeza hacia él, sintió que inhalaba, y se aferró con todas sus fuerzas a la cresta del lomo cuando un rayo salió disparado de sus fauces. La descarga se propagó, inofensiva, por las escamas del dragón, pero se hizo sentir al alcanzar a Dhamon. La lacerante sensación lo sacudió. El guerrero cerró los ojos, apretó los dientes e intentó rechazar el dolor.

Sólo era un aviso, y Dhamon lo sabía.

--Fuimos aliados -repitió el reptil.

--¡Sí, en el pasado! -gritó Dhamon para hacerse oír sobre la tormenta-. ¡Esa clase de vida acabó para mí!

El dragón cerró los ojos y sacudió la cabeza tristemente.

--Entonces, tú también has acabado para mí.

Ciclón batió las alas violentamente, intentando arrojar a Dhamon al vacío, pero el guerrero siguió agarrado al sujetar la mano izquierda en una de las escamas. El cortante borde le hirió la palma, y Dhamon sintió correr la sangre por la muñeca, pero no se soltó.

--¿Por qué no te quedaste en la ciudad? Te habría dejado vivir

por los viejos tiempos, por los ratos de gloria compartida -gritó el dragón.

--¡Mataste a una amiga mía! ¡Destruiste la nueva vida que me estaba construyendo!

El reptil volvió a soltar un rayo a lo largo del lomo, y esta vez no fué un simple aviso.

Dhamon se encogió cuando el dolor de la descarga le recorrió el cuerpo como un fuego abrasador que lo dejó entumecido. Notó que sus músculos se aflojaban, y sus piernas y sus dedos se soltaron.

--¡No! -gritó mientras manoteaba frenéticamente buscando otro agarre, pero sus manos sólo encontraron escamas resbaladizas. Se estaba deslizando hacia el vacío. Por fin, enganchó con la parte interior del codo una escama puntiaguda de la cresta del lomo del dragón.

Empezó a trepar otra vez, a pulso. Ciclón giró en el aire y se puso boca abajo; estuvo a punto de tirar al guerrero, pero el antiguo caballero era tenaz. Hizo caso omiso del dolor y continuó trepando. El reptil dio media vuelta, se puso derecho otra vez, y se remontó más en el cielo. Para entonces, Dhamon casi había llegado al cuello de Ciclón. Ciñó las piernas en torno a una escama picuda y se agarró a otra con la mano izquierda al tiempo que desenvainaba la espada con la derecha y enarbolaba el arma. La descargó en la nuca del dragón. La hoja se hundió profundamente, y Dhamon agarró la empuñadura con las dos manos para sujetarse.

Ciclón bramó y el cielo retumbó. La lluvia azotaba de costado, impulsada por el ventarrón, azuzada por el retumbo de los truenos. El dragón plegó las alas contra los costados, se zambulló e hizo un picado sobre una elevación. Dhamon se agarró desesperadamente cuando sus piernas perdieron el agarre y quedaron flotando tras él.

Feril alcanzó la cima de una estribación. Tuvo que bregar para mantenerse en pie contra el rugiente viento y la lluvia. Gritó al darse cuenta de que era sangre lo que salpicaba su túnica. Aterrada, vio cómo el dragón herido pasaba sobre ella y se zambullía hacia un lago rodeado por colinas. Entonces, de repente, el reptil hizo una brusca maniobra y rozó el agua con la garras al iniciar un viraje hacia arriba. Ascendió más y más.

La kalanesti vio la pequeña figura de un hombre colgado del reptil, y escuchó el estampido del trueno resonando en el aire.

--Hubo un tiempo en que no tuve mejor amigo que tú -dijo Dhamon.

--¡Pero me abandonaste! -siseó el dragón, sus palabras casi ahogadas por el aullante viento.

--Abandoné esa vida de maldad.

--¡Y cuando dejaste la orden de los Caballeros de Takhisis, yo también dimití! ¡No soportaba tener otro compañero! -gritó el reptil-. ¡Ahora sirvo a otro señor mejor, a Tormenta sobre Krynn!

Ciclón hizo medio giro, y Dhamon se aferró a la empuñadura de la espada y pateó intentando encontrar algo a lo que agarrarse con las piernas. Por fin el dragón dio media vuelta y se puso derecho, y Dhamon consiguió ceñir las piernas en torno a un saliente de la escamosa cresta, en la base del cuello de Ciclón. Sacó la espada de un tirón.

--¿Tu señor has dicho? -inquirió el guerrero con desprecio.

--El Señor del Portal. Tormenta sobre Krynn. ¡Khellendros! -gritó Ciclón. El dragón lanzó un rayo hacia las nubes, y en respuesta, se descargaron muchos otros sobre la tierra. Lejos, allá abajo, el suelo se sacudió.

»¡Khellendros es el Dragón Azul más grande que jamás ha pisado Krynn! ¡No hay ninguno mayor ni más poderoso! ¡Juntos, mi señor y yo, podríamos destruir Palanthas!

Dhaimon apretó los dientes y arremetió de nuevo con la espada. La hoja se hundió hasta la mitad, y el dragón soltó un bramido.

Abajo, en el suelo, Palin y Rig habían llegado junto a Feril y escudriñaban el cielo a través del aguacero. El marinero levantó la lanza y se mantuvo vigilante, esperando su oportunidad.

--El dragón está gravemente herido -dijo Palin-. Dispongo de conjuros que podrían alcanzarlo, aunque ignoro si sería suficiente para acabar con él. Y, aunque así fuera, se desplomaría sobre las rocas. Dhamon no tendría la menor posibilidad de sobrevivir a la caída.

Sobre ellos, a gran altura, el guerrero volvió a hincar la espada.

--¡No servirás a ningún señor del Mal! -gritó-. ¡No volverás a matar a nadie!

Ciclón se sacudió y aleteó frenéticamente, intentando quitarse de encima a Dhamon. Levantó la cola y descargó un violento trallazo.

El golpe alcanzó al jinete, y Dhamon aulló de dolor. Sin

embargo, no se soltó. Se las ingenió para sacar la espada una vez más de un tirón; un chorro de sangre lo salpicó en la cara. El guerrero sacudió la cabeza y parpadeó para aclararse la vista; a continuación propinó una estocada haciendo un amplio arco, y sintió que la hoja traspasaba la inmensa y correosa ala de Ciclón.

El dragón volvió a chillar y a soltar un rayo, pero la descarga se perdió, inofensiva, y cayó sobre una lejana colina. El arma de Dhamon centelleó y abrió otro tajo en el ala, aprovechando el momento de debilidad de Ciclón.

Entonces el guerrero sintió que caían. El dragón se precipitaba hacia el suelo en una espiral, perdido el control completamente. Dhamon tuvo la impresión de que el lago salía a su encuentro a una velocidad vertiginosa. Cerró los ojos y, por un instante, pensó en Ciclón, en los ratos que habían compartido, en los hombres que habían matado. Notó que la espada resbalaba de entre sus dedos, y después se hundió en la negrura de la inconsciencia.

--¡No! -gritó Feril al ver que el dragón se estrellaba en el lago. El impacto levantó una gran columna de agua. La elfa bajó la colina a todo correr, rozando apenas las rocas resbaladizas y el barro. Rig y Palin fueron tras ella, resbalando y tropezando.

Llovía más débilmente cuando llegaron a la orilla, y el viento empezaba a encalmar. Las nubes se retiraban, dejando entrever el cielo azul que se reflejaba en la agitada superficie del lago, aunque el agua también empezaba a calmarse.

Feril se paró en la orilla, con las olas lamiéndole los pies. Luego avanzó unos pasos, hasta que el agua le llegó debajo de las rodillas, y extendió sus poderes sensoriales al lago, tratando de encontrar a Dhamon, al dragón, cualquier signo de vida.

Palin se acercó por detrás, hincó una rodilla en el suelo, y tocó con los dedos el borde del agua. Musitó las palabras de un hechizo sencillo, y las ondas se apartaron de él.

--Dhamon -musitó el mago-. Encontrad a Dhamon.

Pero el conjuro no halló rastro de vida del antiguo caballero. Las ondas se disiparon.

Rig puso la mano sobre el hombro de Feril, tan preocupado por el guerrero como Palin y la elfa.

En el centro del lago se formó una burbuja, seguida de otra y de otra más; en el corazón de Feril alentó una débil esperanza, pero entonces las burbujas pararon, como también la lluvia. El viento dejó de soplar. Y la esperanza murió.

Palin se puso de pie y tiró de ella hacia la orilla. La elfa enterró la cara en el hombro del mago, que la estrechó contra sí, ofreciéndole consuelo.

--Mató al dragón -fue cuento dijo Palin.

--Ese dragón tenía que ser el Azul de los Eriales del Septentrión -añadió rápidamente Rig-. El que creó a los dracs y controlaba a los ogros. Si hubiera vivido, habría destruido Palanthas... y mucho más. Dhamon venció.

--A costa de su vida -sollozó Feril.

«Y a costa de la de Shaon», agregó el marinero para sus adentros. Se cargó la lanza al hombro. Supuso que el arma era suya ahora para utilizarla contra otro dragón, quizás el Blanco del Ergoth del Sur. Sin embargo, se sentía entumecido, inútil, y era incapaz de moverse del sitio.

--La victoria rara vez se alcanza sin un alto coste -dijo el marinero, rompiendo finalmente el silencio. Alargó la mano y tocó a Feril-. Voy a honrar la memoria de Shaon y de Dhamon continuando la lucha... a cualquier precio.

La elfa asintió y alzó la vista hacia el mago.

--Tenemos que arreglar el mástil -dijo Palin, mirando en dirección a Palanthas-. Y hemos de honrar a nuestros amigos caídos. Y todavía nos esperan muchas batallas.

Feril se apartó de él. Las lágrimas seguían deslizándose por sus mejillas, y su menudo cuerpo temblaba.

Palin Majere echó una última mirada al lago y después se encaminó hacia la ciudad. Rig y Feril caminaban en fila detrás de él.